

## PORTADA



Es un homenaje a la *fantasía*, a lo distinto, a lo irracional y a lo contradictorio. Una poesía a la debilidad de las *formas*. Es la historia de los últimos días de vida de un hombre que se debate entre la razón y el corazón. Un hombre que niega la fuerza de las tinieblas y que no obstante es seducido por uno de sus agentes bajo el aspecto de una bella mujer.

Es un relato de ansiedades y esperanzas, con muchas leyendas, pavor y alguno que otro pistoletazo. Es un punto de inflexión donde lo sublime de la pasión se transforma en la dureza del dolor.

# Carlos Villamarín Escudero



Dr. Carlos Villamarín Escudero

Primero fue *EL Hombre de Sarajevo*, luego vendría *El misterioso señor Dando* (ambas afamadas obras) y muchas otras novelas que han deleitado al lector que busca ensanchar su horizonte cultural. Y ahora, este prolífero escritor, nos sorprende quizá con la más grande de sus obras literarias: PLE-NILUNIO FATAL.

Editorial: Ediciones Ecu@futuro  
Quito - Ecuador



Título:  
PLENILUNIO FATAL

Autor:  
Carlos B. Villamarín Escudero

Diseño y diagramación:  
Serge della Fonte

Primera Edición: Noviembre de 2013  
Segunda Impresión : Octubre de 2014

Derechos de Autor Nro. 042552  
ISBN Nro. 978-9942-13-498-1

Ediciones Ecu@futuro  
Quito – Ecuador

Páginas Web:  
[www.paisdeleyenda.com](http://www.paisdeleyenda.com)

e-mail:  
[carlosvillamarin@hotmail.com](mailto:carlosvillamarin@hotmail.com)

Teléfono: 0995252091

**Queda prohibida la reproducción total o parcial  
de esta obra.**

**Derechos reservados del autor.**

## Plenilunio fatal

Es un homenaje a la *fantasía*, a lo distinto, a lo irracional y a lo contradictorio. Una poesía a la debilidad de las *formas*. Es la historia de los últimos días de vida de un hombre que se debate entre la razón y el corazón. Un hombre que niega la fuerza de las tinieblas y que no obstante es seducido por uno de sus agentes bajo el aspecto de una bella mujer. Es un relato de ansiedades y esperanzas, con muchas leyendas, pavor y alguno que otro pistoletazo. Es un punto de inflexión donde lo sublime de la pasión se transforma en la dureza del dolor.

### Advertencia

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

## ÍNDICE CRONOLÓGICO

	Páginas:
Introducción	9
Diario de Lorenzo Vivas	13
Domingo 12...	13
Lunes 13...	20
Martes 14...	44
Miércoles 15...	62
Jueves 16...	96
Viernes 17...	106
Sábado 18 ...	124
Domino 19...	145
Lunes 20 ...	177
Martes 21...	198
Miércoles 22	233
Jueves 23...	284
Continúan con la historia	336
Lo que le ocurrió al doctor	336
Lo que desconocía el doctor	344
El marqués y Francisca Muñoz	351
Conclusión	373

## ÍNDICE DE LEYENDAS

	Páginas:
Himno a la Alegría	7
El cuco	35
El güillanguille	53
El fantasma impostor	77
¡Cuidado con el Urco!	112
Cunuñunun pishco	120
El chúsig	142
Guarmi vilajun	173
Yaguar shimi	174
Killa junt asqa	234
Hatuk runa	250
Paquita (La femme fatale)	345

## Himno a la Alegría \*

¡Salve oh célica Alegría,  
sal y aroma de la vida!  
En ti nace y se anida  
la radiosa melodía.

Cede al fin tu amarga ausencia.  
Al nacer el nuevo día  
ya se apunta tu presencia  
en la abrupta serranía.

El esmalte de la sombra,  
que consterna el horizonte,  
sutilmente, cautamente,  
se diluye ya en penumbra.

Son los ojos de la aurora,  
fustigando al bruno velo,  
que dibujan en el cielo  
su sonrisa redentora.

En sus labios de carmín  
hay un canto de esperanza,  
que se extiende hasta el confín  
de la ignota lontananza.

Y la música genial  
que es la esencia de aquel canto,  
cual arrullo maternal,  
evidencia en mí su encanto.

¡Ven, te ofrezco el corazón,  
hazlo en él tu real morada!  
¡Ven, enciende la ilusión  
de sentirte enamorada!

Cuando el sol se arrima al día  
o la noche eclipsa el cielo,  
no escatimes, oh Alegría,  
la bonanza de mi pueblo.

Cede al fin tu amarga ausencia.  
Al nacer el nuevo día  
ya se apunta tu presencia  
en la abrupta serranía.

---

\* Ignoro si estos versos constituyen todo el contenido del Himno a la Alegría (cantado en otra época aquí) o, si por el contrario, son apenas una parte de él. En todo caso es todo lo que se ha podido rescatar del abismo del olvido.

(Nota del autor)



## INTRODUCCIÓN

### *El Forastero*

A pesar de ser el forastero un hermoso ejemplar de la especie humana, no se podía decir que fuese tan apuesto como para que las damitas del pueblo se enamorasen de él al primer golpe de vista. Sin embargo, aquel derroche de elegancia y urbanidad que se gastaba con ellas a toda hora y en todas partes, sin importarle que fueran bonitas o no, le convertía en un auténtico Midas de la simpatía. Toda mujer a quien le tratara sentía transformar el hielo de su indiferencia en el oro de una franca admiración por él. Debido a su talante, el forastero, que decía llamarse Florencio Vivas y provenir de Quito, llegaría pronto a figurar como el invitado de honor en toda reunión social que las damas de la localidad organizaran.

Debido a una mera coincidencia, a pocos días de la llegada de Florencio Vivas se verificó el Festival de la Alegría, evento que hasta las postrimerías de la primera mitad del siglo XX tenía resonancia en el *Balcón de los Andes*, como poéticamente se lo llama a Sigchos. El magno acontecimiento prendió y mantuvo viva la llama de la alegría por varios días. Entonces el forastero se divirtió mucho y, gracias a los inagotables recursos con que contaba él para fomentar el regocijo, se divirtieron los lugareños como nunca lo hicieran. Era lo que

se dice un experto de la vida, un hombre que estaba de vuelta de todo.

Demostró ser un excelente bailarín. Con la misma soltura y distinción con que bailaba un bolero, pasacalle o un sanjuanito, se desenvolvía con esas canciones rítmicas, procedentes del norte colombiano y de las Antillas, que a la sazón empezaban a ser difundidas en las enclaustras comunidades serranas, gracias a la introducción de la vitrola. Bailaba sin arriarse demasiado y democráticamente con solteras y casadas, razón más que suficiente para que pretendientes de unas y maridos de otras soslayaran la necesidad de manifestarse celosos de él. Con todo, no era ésta la única cualidad que le adornaba a Vivas, ya que poseía otras muy importantes que le distinguían. Figuraban entre ellas la habilidad para tocar el acordeón, sus dotes de poeta, que le permitían componer graciosas coplas inspiradas en los eventos predominantes del lugar, y además el patrimonio de una privilegiada voz.

Oírle cantar, en especial sus propias canciones, resultaba sin duda todo un acontecimiento. El caudal de sensibilidad artística que animaba sus versos, al adquirir vuelo en sus labios, traducía en sí toda la emoción pasional en voluptuosa expresión auditiva. La cadencia de su canto, arrobadora, fascinante... filtrándose por los sentidos, se posaba en el alma para despertar en ella las más dulces sensaciones. Sus canciones, como las aguas del Leteo, adormecían los quebrantos.

El propio padre Silvano, versado en angelología y que presumía de conocedor de los conciertos que se dan en el cielo, incapaz de poder sustraerse de la apoteosis que le despertaba las privilegiadas dotes vocales de Florencio, se apresuró a afirmar que cantaba éste tanto o mejor que los mismos serafines. El sacerdote era un hombre hosco, de catadura con atisbos salvajes y cejas notablemente espesas y unidas, que im-

ponía distancia a primera vista. No obstante, su talante de misántropo no le impedía reunirse con los demás cuando estaban de por medio francachelas y jolgorios. Obrando con sagacidad y oportunismo, procuró trabar amistad con el músico-poeta y, en cuanto lo consideró llegado el momento adecuado, solicitó su contribución artística para dar realce a los oficios religiosos. El forastero se avino gustoso a complacer tal petición, quizá no porque le interesase contribuir a la propagación de la fe, sino debido a que le interesara conducirse con diplomacia.

Mientras duró el festival, la contribución artística de Florencio fue importante. Tocó el acordeón, cantó y bailó con agraciadas damas, creando un vínculo de amistad con todas ellas. Un lazo de candoroso afecto nada más. Por descontado que debía agradarle la compañía de las damas, ya que sus ojos se iluminaban con una intensa luz a su sola presencia. Pero de inmediato asumía la actitud de quien se siente incapaz de atravesar la barrera que le impide ir más allá. Además —y era esto lo que nadie entendía tratándose de un desconocido para todos—, era notoria la expectativa que le mantenía constantemente atento, como si esperase de un momento a otro encontrar en la multitud a alguien que le hacía esperar demasiado para dejarse ver. Sin embargo, hasta cuando se dio el suceso que habría de involucrarle frontalmente, aunque todos sospecharan que semejante actitud debía tener su génesis en una dama, nadie supo de quien se trataba ella.

La alegría despertada por el festival continuaba sin decaer su intensidad y Florencio cooperaba con ahínco para mantenerla así. Cantaba y tocaba el acordeón con el mismo sentimiento de siempre, volcando en cada verso un caudal de ternura que, como el nepente de los dioses, producía sobre todo en las mujeres una deliciosa embriaguez que anulaba las in-

hibiciones y las predisponía a manifestar su inclinación hacia él. Todas le querían para sí, cada una de ellas ambicionaba el sitio ocupado por aquella incógnita dama en el corazón del poeta. Debido a ello, cuando presente, nunca le quitaban sus ojos de encima, y cuando ausente, jamás cesaban de acariar-le con el pensamiento.

Sin embargo, ninguna de sus guapas admiradoras conseguirían interesarle sentimentalmente. El motivo de aquella aparente desidia lo justifica tácitamente Vivas en su extraño diario, que es un homenaje a lo irracional, a lo distinto y a lo contradictorio. Un poema a la fragilidad de las formas. Es la crónica de los postreros días de un hombre que se debate entre la razón y el corazón. Y un punto de inflexión donde lo sublime de la pasión se transforma en la dureza del sacrificio.

Prestémoslo atención:

## Diario de Florencio Vivas

*Domingo 12...*

Me hallo al fin en este remoto poblado situado, como un nido de cóndor, en uno de los parajes más recónditos que la cordillera occidental guarda entre sus repliegues. No disfruta de caminos adaptados al tránsito vehicular ni cuenta con alumbrado eléctrico y el teléfono, la radio y la prensa, le son absolutamente desconocidos. No obstante, para propalar los informes “oficiales” de conveniencia local, cuenta con la contribución de un pregonero músico-poeta, quien se encarga de poner en alas de los cuatro vientos las noticias convertidas en memorables canciones.

Tal como lo esperaba, este misterioso lugar, donde se dice que lo extraño y lo sobrenatural van tomados de la mano con lo habitual y lo ordinario, se ajusta como anillo al dedo a mi necesidad de permanecer por algún tiempo (y qué mejor si fuese para siempre) ignorado por agnados y cognados mientras recopilo y preparo el material necesario para escribir mi libro. Esta nueva obra, al margen del argumento rígido y racionalista, del cual me he preciado de ser hasta ahora un ferviente admirador, versará sobre un tema distinto, pero que refleja la expresión más palmaria de la idiosincrasia de nuestro pueblo: el folclore en su aspecto necrofóbico. Un tema

menospreciado por las lumbreras de la intelectualidad y abominada por la buena sociedad.

Por cierto, no pretendo elaborar una tesis en pro ni en contra de esta creencia hondamente arraigada en el alma indolatina, puesto que el empeño de buscar lucimiento con vanas filosofías terminaría por fatigarme, sino tan sólo ofrecer al lector un conjunto de fábulas protagonizadas por fantasmas y demonios necrófagos que, increíblemente, no han rebasado el ámbito donde tuvieron origen. Tampoco abrigo la fatua esperanza (por el simple gesto de tomarme la molestia de transcribir al papel las imágenes de esta faceta de la tradición oral) de llegar a figurar como el adalid de la defensa del legado cultural que sin duda constituye la etiqueta de identidad de un pueblo ennoblecido por el oro de la longevidad. Además, el folclore, en su cauce netamente narrativa, no admite la intervención de la piadosa defensa so pena de sufrir irreparables deformaciones, pérdidas o mutilaciones. Este manantial de alegóricas imágenes corre el riesgo de colapsarse si se lo impide fluir libremente. Todo lo que se puede hacer en su beneficio (o al menos para no perjudicarlo) es contentarse con escucharlo, procurando penetrar el nimbo que encierra cada relato, a menudo inocente en apariencia.

Aislado de otros centros poblados por una cadena montañosa abrupta y circular, que lo encierra en su seno como una madreperla a su aljófar, además de la respetable distancia geográfica que le separa de ellos, Sigchos disfruta de exigua comunicación con el exterior. Debido a esta particularidad es posible hallar aquí todavía intactas sus tradiciones autóctonas y una cosmovisión privativa que, nutridas por la especulación y la superstición más que en otro lugar del mundo andino, se resisten a sucumbir bajo el peso de conceptos enmarcados en la razón. En consecuencia, ¡nada existe ni sucede aquí sin la

intervención de lo sobrenatural, sus imágenes, contempladas con los ojos del miedo, priman en las decisiones y los actos de todos y cada uno de los habitantes de la población!

La opinión generalizada es que en el *Balcón de los Andes* las cosas casi nunca son lo que parecen. Tampoco existe aquí la seguridad de haber alcanzado la meta al arribar a ella, ya que sucede a veces que ese episodio no es sino el punto de partida, y el ganar o el perder en una competencia carece realmente de importancia, porque con ambas opciones es posible beneficiarse o perjudicarse. En fin, todo una serie de acertijos indescifrables para el no iniciado.

No obstante a este dogma, extraño a la fe religiosa y contrario a la razón, que sin duda afecta el comportamiento social de su gente, ésta se manifiesta alegre y hospitalaria. Pues, a pesar a ser yo un ilustre desconocido aquí, he sido acogido como el hijo ausente que, cansado de rodar por el mundo, ha decidido al fin retornar a su patria chica. Esta liberal actitud me evita la necesidad de elaborar la farsa que explicase mi extraña aparición en este lugar. “La historia de la búsqueda del pariente lejano”, que tenía en mente usarla pero que finalmente no ha sido necesaria, hubiese resultado quizá embarazosa. En cambio, el haberme presentado con un nombre falso, supongo que no implica riesgo de complicaciones ulteriores, puesto que a nadie le importa que me llamara Florencio, Jorge o Miguel y no Julián, Vicente o Fabián. Un nombre es sólo un nombre y si no conoces el vínculo que lo relacione al sujeto con algo, nada te dice por sí solo. Por tanto, jamás podrán relacionarme con el individuo que sepulté en el pasado para ir en busca del hombre nuevo en quien me he convertido. Además, no llevo conmigo documento de identidad personal ninguno que pudiese vincularme con aquél que acaba de esfumarse en las brumas del pasado.

En fin, abrigo la esperanza de que mi permanencia aquí, dado mi temperamento sosegado y mi estilo antagónico a dirimir los conflictos mediante expedientes violentos, se mantendrá dentro de los parámetros aceptados como de cordialidad. En consecuencia, la eventualidad de verme involucrado de repente en uno de esos célebres casos denominados lances de honor, que la hipersensibilidad del sigchense les mantiene aún vigentes aquí, carece de absoluto peligro para mí.

\* \* \*

Al caer la tarde, ya en la hostería, impelido más por la costumbre que por la necesidad de olvidar la estela de recuerdos que dejo atrás, no pude resistir a la tentación de tomar el acordeón, mi compañero inseparable, y ejecutar unas cuantas romanzas. No concedí sitio a la tardanza y al punto me sentí flotar en una atmósfera de célicas sensaciones generada por el ritmo y la armonía. La sesión musical, que en un principio fue diseñada en atención exclusiva de mi deleite personal, rebasó pronto el ámbito de lo privado. Obtuvo resonancia más allá de las cuatro paredes de mi alcoba y fue premiada con alborzados aplausos del abigarrado auditorio conformado por mis anfitriones y vecinos inmediatos que iban llegando uno detrás de otro, como polillas atraídas por la luz del quinqué. La velada se hubiese prolongado quizá durante horas, pues me sentía predispuesto a deleitar a la concurrencia, si la posadera, aduciendo mi cansancio, pero en realidad incapaz de reprimir su egoísmo, no la hubiese despedido con cajas destempladas.

No obstante, un hombre, mucho más distante del cenit de la vida que de su ocaso, se dio tiempo para dirigirme la palabra:



—Bienvenido, doctor, adonde se rinde culto a la amistad y a la belleza. Aunque a usted le parezca extraño, le esperábamos aquí.

—Caballero, quedo muy reconocido por el pláceme con que usted me acoge. No obstante, permítame aclararle que no soy doctor ni nada que se le parezca.

—Para el caso es lo mismo, doctor.

Por cierto que me extrañó oír que hubiesen estado esperándome donde ignoraban mi existencia. Aquel buen hombre debía estar de broma. Agradecí la cortesía con la cual se me distinguía y me presenté formalmente. También el anciano, obrando del mismo modo, declaró llamarse Braulio Salvatierra y ser el director de la escuela de la localidad. Y, aprovechado la coyuntura que se le presentaba, añadió que abrigaba la esperanza de poder contar con mi contribución artística en la obra teatral que venían preparando bajo su dirección.

Aún era demasiado temprano cuando decidí acostarme, invocando a Morfeo mi admisión en su plácido reino. Pero éste se había vuelto sordo y no escuchaba mi clamor. En tanto que el insomnio se prolongaba a mi pesar, busqué mitigar su tiranía hurgando la memoria. Pero los recuerdos emergían en alud, desordenados y entrelazados, como las hebras de una maraña que se niegan a ser desenredadas. Sin embargo, terminaron por aclararse e individualizarse, permitiendo ser observados con nitidez. Fue así cómo surgió espontáneo el recuerdo de la escalofriante leyenda relatada días atrás por el capitán Oliva a uno de los periódicos de Quito. El intrépido aviador aseguraba haberla escuchado en Sigchos, cierta ocasión en que, debido a dificultades meteorológicas, se vio obligado a realizar un aterrizaje forzoso de su avioneta en las inmediaciones de este lugar.

El contenido de esta insólita narración, cuyo nombre es el de *paquita* o *loca viuda*, que en un principio no consiguió otro efecto que el de hacerme sonreír con escepticismo, como todas de similar origen, pronto tuvo la virtud de encauzar mi atención hacia la sui géneris naturaleza con que, por lo general, están elaboradas las historias de nuestro ignaro pueblo, anclado todavía en el estadio más fatídico del Medioevo. Y aquel consuetudinario menosprecio se conmutó en la idea de escribir un libro que abordase frontalmente la superstición institucionalizada, un libro que diera por tierra con las insensatas creencias que lastran la nave del progreso de nuestro país, permitiéndola remontar en raudo vuelo hacia horizontes de progreso. ¡Oh!, si la suerte me concede el honor de contribuir al engrandecimiento de mi patria, señalando uno de los mayores errores entronizados en la mentalidad de su población, qué mejor para mí. Si por el contrario, la sociedad me vilipendia por el “sacrilegio” de pretender abatir su becerro de oro, pues, en todo caso, habré cumplido con mi deber.

La leyenda en cuestión se refiere al sanguinario espectro de una mujer fallecida aquí a principios del siglo anterior, quien, en determinadas noches, se ocupa en seducir a los noctámbulos donjuanes que los devora luego. El personaje de la leyenda, que sin duda nació como una socarrona treta inventada por alguna celosa dama nada más con la intención de impedir las aventuras nocturnas de su tenorio esposo, por obra y gracia de la candidez de la gente, predispuesta a dar como cierto lo primero que se la cuentan, se convirtió enseguida en un pavoroso súcubo, que ni siquiera la excepcional imaginación de Dante Alighieri concibió otro igual para incluirlo en su Divina Comedia. A partir de entonces, los habitantes de esta población andina, deberían aprender a convivir con él, procurando guardarle prudente distancia de ser posible.

Sin embargo, una terrorífica leyenda, concebida con la mayor insania del humor negro como ésta, difícilmente podría desatender el noctámbulo tenorio de este lugar. Y ciertamente que no lo es para menos.

Y ahora me hallo aquí, donde se originó esta sombría leyenda y por supuesto muchas otras de similar asunto, desde luego no con el propósito de reforzarlas y propalándolas como joyas del folclore ni mucho menos, sino más bien con el de triturarlas bajo el peso de argumentos dictados por la cognición y el sentido común.

### *Lunes 13...*

El proyecto de recorrer hoy la célebre población y, en gesto de cortesía —más exactamente de precaución—, presentarme a los representantes tanto de la autoridad civil como de la eclesiástica, se ha postergado por culpa de Pacho, el hombre con quien hiciera yo parte del viaje y que se encargara luego del cuidado de mi caballo. Según Pacho, estos sujetos son dos auténticos facinerosos, cada cual por su lado, agarrando lo que puede. El cura se hacía pagar hasta por las confesiones, cobrando a sus feligreses a sucre por pecado, y el teniente político se cebaba con las haciendas, chantajeando a sus propietarios con la cárcel. Debo andar con extremado tiento con estos bandidos, ya que el granjearme su enemistad resultaría nada saludable para mi tranquilidad.

Cuando me disponía a dejar la posada, en plan de realizar cuanto antes lo previsto, me sorprendió mi ex compañero de camino con su inesperada visita, para halagarme con una perentoria invitación a su casa. Como justificativo de su actitud, adujo que de ningún modo se hallaba él dispuesto a soslayar el deber de cortesía que tenía con un viajero de mi importancia y, por añadidura, flamante amigo suyo. Por mi parte, dejando para otro momento el placer de conocer detalladamente la legendaria urbe y el de presentar mis respetos a sus personalidades, agradecido de la deferencia con que se me distinguía, le prometí seguirle encantado.

Pacho, seguro de mi beneplácito respecto a su convite, además de su caballo había traído el mío, para facilitar el viaje, puesto que su finca se encontraba alejada en unos tres kilómetros del perímetro urbano. Mi equino, un negro y fogoso ejemplar de gran alzada, adquirido a elevado precio en la feria de Saquisilí, debido a su presunto origen peruano, no

demostró demasiada alegría de volver a verme. Todo lo contrario, en cuanto el ingrato animal notó mi presencia, levantó la cabeza con insolencia y se dio el lujo de mirarme de reojo mientras resoplaba como un fuelle, manteniéndose en guardia. A medida que me iba acercando aumentaba su enojo, pues sin dejar de bufar ni de mirarme torvamente, con el cuello arqueado, enseñaba amenazadoramente sus grandes dientes, dispuesto a recibirme a dentelladas. De pronto, ante mi obstinación, cambió de parecer y, pasando de la actitud de provocación a la de agresión, adoptó una posición de ataque que me puso los pelos de punta. Girando con vertiginosa velocidad ciento ochenta grados, me presentó la grupa, preparándose para obsequiarme con unos cuantos sopapos. Frente a tamaña perversidad del condenado cuadrúpedo, me detuve en seco y reflexioné que difícilmente podría evitar la avalancha que se me venía encima.

Felizmente, Pacho, que se mantenía cabalgado, interviniendo a tiempo, consiguió evitar el desastre cuando lo preveía yo todo perdido. Gracias a la posición y a la distancia adecuada que se encontraba él con relación a mi corcel, lo embistió con su montura por un flanco, derribándolo como a un pesado fardo.

—Lo que sucede con el *negro* me tiene muy preocupado, doctor —comentó Pacho, refiriéndose a mi caballo, que se esforzaba por levantarse tras la arrolladora acometida—. Ayer mismo, cuando lo llevaba al potrero, se embraveció de la nada, que me hizo sospechar que se hallaba poseído por algún espíritu maligno de aquellos que no se sienten contentos si no joroban a todo el mundo.

—¿Usted lo cree? —me limité a preguntarle, a punto de estallar de risa al escuchar semejante disparate.

—¿Y usted, no, doctor? —replicó Pacho, escandalizado del pedante desparpajo con que lo había tomado yo un asunto tan serio como las posesiones demoníacas.

—Desde luego que sí. Lo que faltaba por decirle era que también yo había pensado lo mismo —afirmé, mintiéndole descaradamente, haciéndome cargo de que estoy en Sigchos para testimoniar sus repercusiones supersticiosas y no para refutarlas. Y, refiriéndome al honroso título con el cual se había propuesto halagarme el campesino, añadí—: Otra cosa, amigo Pacho: qué yo recuerde, no poseo diploma alguno que me acredite como doctor en ninguna asignatura científica. Ya se lo he dicho.

—Ya se hará algo al respecto, doctor —trató de contentarme Pacho luego de haber escuchado con atención. Por lo oído, se refería sólo a la primera parte de mi alocución.

Pacho (Francisco Soldado) es un hombre de complexión robusta, elevada estatura, sonrosado, catiro y, pese a los cincuenta años de edad que declara tenerlos, conserva intacta la agilidad de la adolescencia. Asegura que, en las huestes de Alfaro, combatió en la Guerra de Chasqui en la cual ganó algunas heridas de bala y —pienso yo— también su apelativo. Por lo demás, a pesar de que lleva carabina en bandolera y pistola al cinto, su aserto no le convierte en nada especial, ya que en todas partes se topa uno con alguien adicto a las armas y que dice haber sido el brazo derecho del Viejo Luchador.

Al fin el belicoso *negro*, que parecía haber aprendido la lección, terminó por levantarse totalmente apaciguado y en adelante se comportó manso como un cordero. Cosas de equinos que aún me falta mucho por aprendérmelas.

Dejando la población a nuestras espaldas —con Soldado en su función de cicerone—, nos encaminamos hacia el este,

atravesando una llanada de labrantíos, de donde los agrarios nos saludaban tocándose el ala del sombrero. Mientras cabalgábamos sin prisa, me entregué al deleite de contemplar arrobado los grandiosos monumentos naturales que engalanan el paisaje plasmado en esta esquina del mundo. Mis ojos no podían sustraerse al embrujo que ejercían los colosos de imponente belleza que se alzaban delante de mí. ¡Altas cimas que se adornan con el sol de la mañana, donde abrevan la pureza los corceles de la brisa!

Las pirámides gemelas del Iliniza, vestidas de albo manto, solemnizaban con su presencia la marcha triunfal del día, un día pintado de alegría y de sol, que inflamaba de esperanza el corazón.

Al norte, vinculado a éste por uno de sus membrudos brazos, se halla el Cerro Azul, esmaltado de análogo color del diáfano cielo y ufano de contar en su dominio con la espectacular cascada de Conguiza. Evidentemente que nada concita la admiración con la intensidad que lo hace esta catarata, que a mitad de su gran salto al vacío, se deshace en diminutas y etéreas partículas que se diseminan en la atmósfera, matizando con los colores del arco iris una vasta área.

¡Y al sur, coartando de improviso el horizonte, se alza el Guingopana, impresionante montaña orlada de misterio! La Naturaleza ha esculpido en ella rostros antropomorfos que impresionan vivamente con su pétrea y adusta mirada. ¿O acaso no fue ésta su artífice? Consideraciones aparte, lo cierto es que tres formidables rostros de mujer, que ocupan la totalidad de su vertiente norte, emergiendo de las abisales profundidades del pasado, contemplan con manifiesta curiosidad el presente. El propio nombre de la montaña es de sí muy explícito: Guingopana significa en legua quechua "Herманas desiguales".

En el flanco derecho de esta montaña se distingue un conjunto de caprichosas y gigantescas rocas, herencia del cretácico, que se asemeja a un grupo de fantasmales personajes inmersos en el laberinto de misteriosos conciliábulos, al cual se lo conoce como “Círculo de los brujos”. Y en su costado izquierdo, como para acrecentar el enigma que envuelve el origen de las precitadas figuras, se destacan las siluetas bien definidas de “El arriero”, que es así como se lo denomina a un conjunto de ciclópeas tallas graníticas, compuesto por las representaciones de una bestia prehistórica (mamut, quizá) seguida de un hombre. El genial artífice, encargado de perennizar estas imágenes, no se contentó tan sólo con la reproducción fidedigna de sus modelos, congelados en estática perspectiva, sino que desplegó toda su pericia para dotarlas de una mágica apariencia de movimiento. Pues ellas proyectan la sensación de hallarse en continua marcha. El ondulante pajonal de su entorno, agitado por el recio viento cordillero, contribuye aun más a fomentar esta impresión.

Me abstraigo la presencia de este singular monumento, que me parecía algo increíble, imposible de contener el menor viso de veracidad, pero que sin embargo está allí para testimoniar su tangible realidad. Tal cosa es indiscutible. Mas ¿desde cuándo se encuentra allí? ¿Quiénes los tallaron? ¿Qué pretérita y desconocida cultura contaba con la técnica necesaria para tallar aquellos colosales monumentos que abarcan a veces buena parte de toda una montaña? Quizá, más adelante, la arqueología encuentre respuesta a estas interrogantes, desde luego, si alguna vez su académica mirada llega a posar sobre estos monumentos. De otro modo resultan demasiado grandes para ser revelados ojos vulgares.

Sin embargo, pese a la imposibilidad para encontrar una pista que me permitiera desentrañar aquel misterio, me perdí



en una maraña de interminables conjeturas que las preveía inútiles. Y fue entonces cuando Pacho, el perspicaz e ilustrado Pacho, dándose cuenta de mi dificultad para salir del laberinto especulativo en que me veía atrapado, acudió en mi ayuda con un curioso dato tomado de la tradición oral.

—Esas rocas, doctor, el recuerdo tangible de un contumaz abigeo, apodado “Arriero”, y de su último botín, encantados por un poderoso brujo que desconocía la virtud de la clemencia —declaró con naturalidad mi compañero, refiriéndose a las figuras que no dejaba yo de examinarlas a través de la distancia—. En todo caso, un castigo concebido a la medida de un pillo que se divirtió mucho convirtiéndose en plaga de los rebaños de estos pagos. Durante mucho tiempo las fechorías del bandido fueron coronadas por el éxito, pero un día le falló su buena estrella y se dio con la horma de su zapato. “Arriero”, o bien desconocía con quién tenía que vérselas o bien menospreció la eficacia profesional del hechicero, puesto que, metiéndose en el corral de éste, se llevó su buey más gordo, sin tomar siquiera la molestia de adoptar las precauciones pertinentes que normalmente adoptan los cuatrerros cuando se hallan en plena labor delictiva.

“El hechicero, que vio mentalmente el atraco desde el principio hasta el final, porque era un magnífico vidente que lo veía todo con la mente, nada dijo ni hizo mientras se alejaba el caco dichoso con su botín. Únicamente se limitó a sonreír. Mas, cuando se encontraban ellos en el lugar más elevado de su trayecto y a punto de trasponer el monte de Guingopana, ¡les petrificó con el ensalmo de un conjuro!”

¡De manera que todo el misterio se reducía al resultado del castigo aplicado a un desventurado bandido que había corrido parecida suerte que la mujer de Lot!

Así, del modo más sencillo, quedó resuelto el misterio que por un instante devanara mi mente. Me guardé de formular preguntas que pudiesen originar respuestas adversas a la creencia popular o que resquebrajaran el encanto del relato. Además, si buscaba yo material de la máxima pureza para mi libro, había que tomarlo tal como llegara de su fuente.

Mi abstracción se evaporó cuando el camino, que avanzaba ahora en zigzag por un barranco cortado a pico, me situó frente a un panorama distinto, pero tampoco desprovisto de enigma. Me vi de pronto descendiendo hacia una extraña y seductiva hoya similar a un cuenco. Su nombre es Cusipe (Hoya Hermosa, en lengua aborigen). Un lugar de interés no sólo para el amante de la bucólica belleza sino también para el estudioso. Su configuración redonda, que a primera vista sugiere la presencia del cráter de un volcán apagado, es por cierto es engañosa. Tampoco cabe la posibilidad de su formación a la existencia de una antigua laguna, pues no contiene vestigios que hicieran suponer así. Entonces, ¿cuál fue su origen? ¿Quizá el impacto de un asteroide?

Pues bien, esta hipótesis en ningún caso peca de fantástica. Además de las inequívocas señales del impacto, que habría acaecido en algún lugar de la era jurásica, basándose en estudios realizados de similares sucesos, se puede deducir la trayectoria del proyectil e incluso calcular el tamaño de éste.

Calculé su diámetro, entre los bordes, en algo menos de tres kilómetros y en unos seiscientos metros su profundidad promedio. Una planicie con suaves declives en sus costados, abarca el fondo de la depresión. En ella, donde la altitud ha decrecido notablemente y las corrientes de aire frío son casi inexistentes, impera un delicioso clima, ideal para el desarrollo de especies privativas de zonas subtropicales. Tanto la vegetación como la población de pájaros y mariposas, presen-

tes aquí, difieren ostensiblemente de la flora y la fauna que abrigan otros lugares del altiplano.

A la festiva luminiscencia de la soleada mañana, la hoya de Cusipe lucía semejante a una gigantesca y refulgente esmeralda. Vestida de verde y afelpado atuendo, confeccionado del follaje de los bosques, prados y labrantíos, se mostraba acogedora, dadivosa, dispuesta a compartir la felicidad que ha sentado allí sus reales. De su inmensa cavidad desbordaba la complacencia, una complacencia que se diseminaba en la atmósfera con el efecto de una llamarada capaz de inflamar el alma aun de los cuerpos inertes. Es así cómo los montes circundantes, abandonando su adusta y sempiterna indolencia, fijan en ella su atención con atisbos de regocijo. El Catava, desde el poniente, del indeleble talante desdeñoso que le caracteriza, pasa al de la afabilidad, para sonríele a través de su insondable ojo de cíclope. Algo apartado y parcialmente velado por el canto austral, el solemne Guingopana distiende su ceñudo semblante para esbozar una tenue sonrisa. Y el Pucará, orgulloso de los cinchones que le circundan como en un barril, se esfuerza por elevarse sobre el borde oriental, como si tratara de ponerse de puntillas, inconforme de su modesto tamaño. No obstante, una poderosa civilización extinta le honró con la gloriosa misión de vigía y fortaleza a la vez.

En la verde llanura, surcada de argentados y retozones arroyos que a menudo desaparecen entre la mies en flor y el lujuriente pastizal, se destacan media docena de casas separadas unas de otras, como si quisieran guardar distancia entre sí. Tal cosa significa que el valle pertenece a igual número de afortunados propietarios. Avanzando por un costado de aquel mar de vida, acompañados del excitante murmullo proveniente de la floresta, arribamos a una finca donde no se veía sino ganado caballar por doquiera. Una modesta casa, medio es-

condida por una hilera de cipreses, vigila con mal disimulada atención el predio. Es la heredad de Pacho.

El primero en notar nuestra presencia fue un perro de pelaje amarillo que se nos acercó cauteloso. Saludó a Pacho con suaves y entrecortados ladridos, mientras daba alegres saltos en derredor de su montura. De pronto, como si acabase de recordar que su principal misión era la de asustar a los desconocidos, empezó por gruñirle al “negro”, que no esperó más para sacar a flote su pésimo temperamento. El malvado corcel, como herido por una víbora, relinchó irritado, bufó, jadeó, se encabrito y dio al suelo con mi humanidad. Mas no contento de su alevosos acto, que jamás podía pasar como un infortunado accidente, introduciendo la cabeza entre sus extremidades anteriores, disparó una andanada de coces en mi dirección, con el designio de convertirme en picadillo. Afortunadamente ninguna de las coces conseguía tocarme. Mientras tanto yo, suponiendo que el menor movimiento de mi parte podía incrementar la furia de mi atacante, procuraba mantenerme en la misma posición yaciente de cuando aterrizara.

Pacho, valiéndose de la misma maniobra usada anteriormente, lanzó su caballo sobre el enardecido bruto, que esta vez se conservó firme y lejos de someterse. Sin embargo, consiguió desviar su furia hacia él. El temor no le arredró al jinete, quien, con un ágil e intrépido movimiento, consiguió asirlo por la brida, obligándole al temible equino a mantenerse quieto.

Cuando al fin conseguí ponerme de pie, pude comprobar que la violenta caída, gracias al mullido césped que me recibiera, no había causado en mí otro daño que no fuese un mayúsculo susto que no tardaría en esfumarse dejando apenas un desagradable recuerdo. No obstante, Pacho, luego de atar

bien estrecho al peligroso *negro*, preocupado de mi bienestar, me pidió que le permitiese examinar las posibles fracturas de mis huesos. Le respondí que me encontraba ileso, que la caída no había podido ser más suave y que las coces no me habían alcanzado. El buen hombre se alegró de que el incidente no hubiese dejado secuelas que lamentar y, tomándome afectuoso por un brazo, me pidió pasar al interior de la casa.

Mientras era introducido en la morada, acompañado de la familia de Soldado, que atraída por el escándalo protagonizado por el fiel can y el irascible “negro” no habían tardado en acercársenos, Pacho ordenó a uno de sus hijos ir en busca de un tal Santos Díaz y solicitarle su inmediata comparecencia allí.

—¡Santos Díaz, doctor, es un hombre de excepcional sabiduría, un mago eminente, para quien la vida y la muerte es un libro abierto y es también capaz de someter a su voluntad a los espíritus más aviesos! Se diría que el mismísimo Satanás le respeta— aclaró el anfitrión y, mientras arrugaba el ceño, lleno preocupación añadió—: Sin duda sabrá él lo que le ocurre al *negro* y lo que tenga que hacer para remediarlo. Ya se trate de una simple “limpia”, ya de un exorcismo o ya de algo más elaborado, lo cierto es que él sabrá lo que tenga que hacer al respecto. Ya lo verá usted, doctor.

Me molestaba el tratamiento de “doctor” que se empeñaba en darme Pacho, no obstante que en más de una ocasión le había advertido que no me llamaba así, sino Florencio Vivas. Pero la perspectiva de ser testigo de las artimañas de un redomado pillo sin otra calificación profesional que la otorgada por sus cándidos vecinos, desarmó el ímpetu de mi enésimo reclamo y no pensé sino en ver saciada mi curiosidad. ¿Qué endiabladas tretas estaba yo a punto de verlas? Estaba yo seguro de que su aparición vendría acompañada de trucos

espectaculares, inventados con el propósito de infundir reverencial temor.

Con el pensamiento rondando en torno del “eminente mago”, a quien lo preveía embutido en una especie de abrigo confeccionado en la piel de alguna fiera exótica y con el rostro adornado de múltiples verrugas y de un ojo bizco, apenas escuchaba las frases de bienvenida pronunciadas por la señora Soldado, que me llegaban débiles y fragmentadas. Tampoco otorgué mayor atención el momento de sentarme a la mesa, convidado a degustar succulentas viandas de la región, confeccionadas exclusivamente para honrar mi visita. Del delicioso yantar conservo un vago recuerdo similar al dejado por las imágenes de un confuso sueño. Con la mente como escenario de fugitivas e inconsistentes representaciones, modificándose cuando me hallaba a punto de identificarlas, todo lo que ocurría a mi alrededor se tornaba en algo menos que imperceptible.

Sólo bastante más tarde, luego de levantarnos de la mesa y de que nos trasladáramos al porche, donde, sentados en bancos de maguey, cada uno de nosotros con su respectiva copa de endemoniado aguardiente en la mano, nos entregábamos al lenitivo reposo, la presencia real del propio Santos Díaz vino a disipar aquellas imágenes que con tenaz persistencia asaltarán la mente.

Para mi desengaño, el individuo, motivo de mi especulación, no hizo su aparición montado en una escoba, ni precedido de un estrepitoso fregonazo, tampoco del modo que lo hacen los saltimbanquis al entrar en escena. Por el contrario, avanzaba hacia nosotros con la humildad del lacayo, cabalgando una potranca nívea y dócil como un borrego. Su arribo fue tan discreto que ni siquiera el perro amarillo, que se hallaba dormitando en un costado del patio, lo percibió. Bueno,

tampoco la catadura del caballero era desde luego como para impresionar a nadie por miedoso que fuese. No exhibía ojo bizco alguno, ni lucía la clásica nariz ganchuda, imputada a los brujos, ni contaba en su haber una sola verruga y la antiestética obesidad estaba lejos de desfigurar su anatomía, que es mucho decir de quien, con su sola presencia, necesariamente debe infundir pavor en los demás. Encogido, aún joven, de rasgos suaves, que recordaban mucho al indígena y muy poco al europeo, y de ojos velados por una mirada sosegada, Santos Díaz estaba lejos de parecer un hombre excepcional. Además, iba vestido con las prendas comunes del lugar: sombrero de fieltro negro, poncho colorado, que cubría la totalidad del vestuario, salvo los bajos del pantalón, y alpargatas azules. ¡Qué equivocado había andado yo al elucubrar semejantes peculiaridades para caracterizarlo!

—¿Se trata del mago? —susurré a Pacho, conociendo de antemano que la respuesta sería afirmativa. No obstante, me interesaba saber si era tal el calificativo con que mi anfitrión le honraba al aludido personaje o que se valía de otro más rimbombante.

—Por supuesto, doctor, es el famoso hechicero. —respondió en voz baja Pacho, mientras, con una copa en la mano y rebosando complacencia, iba al encuentro de Díaz seguido de mí.

Los modales de Santos Díaz, para terminar de confundirme, no acusaban el menor atisbo de bellaquería, característica inocultable del vividor, ni se escudaban en la sagaz cautela. Sus maneras y sus expresiones pertenecían a quien tiene por hábito conducirse con honrada sencillez. Abonaba también en favor de la buena impresión que proyectaba él, aquella franca sonrisa que iluminaba el semblante.

Santos Díaz, rechazó cortésmente la invitación de pasar al interior de la casa, aduciendo que carecía del tiempo necesario para disfrutar de esa distinción. En cambio, tan pronto como escuchara el motivo de la inquietud de Soldado, se dirigió hacia el *negro*, que, evidentemente inquieto, le obsequió con centelleantes miradas que no presagiaban nada bueno. Sin importarle el proceloso talante del equino, se acercó hasta casi rozarle y le examinó visualmente por un instante. Luego, retirándose notoriamente cohibido de él e indicándonos con la mirada que le siguiéramos, comentó en voz baja:

—No estoy seguro de nada, pero las señales que presenta el caballo me alarman. No obstante, sin antes someterlo a las pruebas conducentes a dilucidar el caso, de nada puedo estar seguro. Hasta entonces no sabré si realmente se trata de *él* o nada más que de un vulgar equino que se le parece mucho.

—¿A qué se refiere usted? —interrogué a Santos Díaz, sin vislumbrar el contenido de sus palabras.

—Como lo he expresado, doctor —sentenció el aludido, eludiendo mi verdadera pregunta—, antes de someter al corcel a rigurosas pruebas, nada puedo concluir respecto a su naturaleza. Sin embargo, nada permanece oculto bajo el sol si se sabe dónde buscarlo. Puesto que la hora actual no es la más adecuada como para emprender la indagación, es necesario aguardar la llegada de la aurora, que es cuando los espíritus maléficos, fatigados de sus correrías nocturnas, caen en una especie de letargo que les torna vulnerables. Es así que solamente mañana sabremos a qué atenernos, se lo aseguro, doctor.

Luego de esta escolástica definición, me quedé tan ayuno como antes. Por cierto, no por culpa de su expositor sino debido a mi falta de iniciación en temas esotéricos. No obstante, esta anomalía que me impide comprender la soflama de Díaz,



conozco perfectamente que a los hechiceros y a sus prosélitos, la condición de ciertas personas, instituciones y cosas les impide censurar o mencionar. Por tanto, lo único que de momento pude sacar en claro fue que el *negro* se hallaba en situación de interdicto. Sólo más tarde conocería la esencia de aquel tabú.

Sentí entonces que un amago de risa empezaba a cosquillar la garganta, presto a desencadenarse en escandalosa carcajada que habría dejado perplejos a mis interlocutores. Luego ellos, una vez superada la sorpresa, creyéndose víctimas de una nefanda chacota, hubieran roto todo diálogo conmigo. Felizmente pude controlar la reacción histérica a un tris del desastre.

—Pues bien, doctor, lo prudente es que me lleve ahora mismo el *negro*. El tenerlo cerca me facilitará las cosas. Feliz tarde a los dos —dijo por terminada la visita Santos.

No recuerdo haberlo expresado mi reconocimiento por su futura gestión en favor del *negro*. Tan sólo tengo presente la docilidad con que éste le seguía hasta cuando se perdieron de vista detrás del cerro Pucará. Santos no es uno de los privilegiados moradores de Cusipe, aunque su domicilio no puede quedar lejos.

—Definitivamente, no logro descifrar el misterio que envuelve al *negro* —lamenté, instalado nuevamente en el porche, junto a Pacho, mientras con masoquista fruición dejaba correr por el gáznate el candente brebaje de mi copa—. Santos se cuidó muy bien de mantenerlo inaccesible, ¿no lo cree usted?

—¡Cosas de sabios! —sonrió condescendiente el aludido— Siempre han de andarse ellos con precaución. Pero yo, que nada tengo de sabio, no tengo inconveniente en referirme paladinamente al tabú guardado más celosamente.

—¡Magnífico! —le animé a soltar la lengua.

—Sin embargo, el asunto del *negro* no es tan sencillo y debe ser comentado con la reserva que amerita un caso tan delicado. Pues, verá usted, existe la posibilidad de que este animal no sea un caballo auténtico sino un demonio encubierto.

—¡Demonios!

—¡Uno solo, doctor —trató de corregirme Pacho, que había tomado en otro sentido mi interjección, y continuó—: Ejemplos no faltan de las travesuras de este demonio, conocido como *cuco*, que recorre de aquí para allá, dándoles el susto del padre a los maleantes que, a ña de caballo, aspiran a tomar las de Villadiego.

—¡Vaya! —me oí decir maravillado— ¡Qué es lo que me dice usted! ¿Se trata acaso de una broma?

Pacho se limitó a responderme con un movimiento negativo de cabeza, escanció aguardiente en las copas, levantó la suya, brindó a mi salud e ingirió de un solo trago aquel fuego líquido. Yo le imité con mediano éxito su último acto.

—El *cuco* es un demonio que disfruta adoptando el aspecto de un magnífico caballo negro —expresó Pacho con la certeza de un experto en demonología—. Disfrazado de este modo y a la espera de poder tentar a los fugitivos de la Ley, recorre solitario los extramuros, aunque a veces se le da por visitar las ferias de ganado. Cautó por naturaleza o por experiencia, ya que la precaución es la mayor cualidad del demonio, muda de nombre en cada lugar que visita. Por ejemplo: aquí se le conoce como *capulí*, aunque nadie lo ignora que tal nombre es sólo un escudo para esconder su verdadera identidad.

A pesar del esfuerzo por mantenerme impertérrito, no pude impedir que una sonrisa mordaz denuncie la incredulidad que despertara en mí semejante fábula. Si bien, durante el trayec-

to entre Saquisilí y Sigchos, Pacho había demostrado ser afecto a la fantasía, ahora se excedía con su viva imaginación.

—Vamos. No se trata de ninguna broma, doctor —se picó Soldado—. Pues aún está fresco el recuerdo de las peripecias sufridas por cierto sujeto apodado *Centauro*, debido a su extraordinaria habilidad para cabalgar. Pero *Centauro* no se distinguía tan sólo por esta envidiable cualidad de jinete sino también por su consuetudinaria codicia del caballo de su prójimo. El incidente corrido por el desdichado truhán es tan penoso como interesante.

—¡Adelante! —le animé, prometiéndome escucharle con atención.

### [EL CUCO]

—Todo acaeció en el villorrio de Yaló, donde lo extraño y lo sobrenatural no es extraño ni sobrenatural —empezó mi anfitrión, en cuanto vació por reiterada ocasión el contenido de su copa—, cuando *Centauro*, viéndose descubierto en el instante mismo de perpetrar un acto delictivo, quiso burlar la acción de la Justicia recurriendo a la fuga. Al comienzo, gracias a la agilidad de sus piernas más que a la intervención de la benévola suerte, la evasión prometía éxito y el bandido empezó a cantar victoria. Entonces fue reduciendo el ritmo de la carrera y, un poco más allá, se dio el lujo de tenderse a descansar, sintiendo que el alma se le volvía al cuerpo. Sin embargo, cuando el reciente susto empezaba a figurar como un recuerdo nada placentero vinculado a su azarosa profesión, sintió que el cielo de su esperanza se le venía abajo.

»Viniendo de varias direcciones el rumor de voces enfurecidas cada vez más definido, supo el malhechor que le habían

acorrallado. Meditó por un instante él, que dadas las difíciles circunstancias imperantes, más le valía entregarse sin oponer resistencia. Quizá una sumisa actitud apaciguaría los ánimos de sus captores, tornándoles menos severos el rato de pedirle cuentas. Mas la experiencia le aconsejó desconfiar de aquella turba enardecida, empeñada a toda costa en darle escarmiento, y más bien que probara escurrirse cuanto antes de allí. El bandido emprendió una rauda y tenaz carrera que no obstante fue incapaz de poder ganar terreno a sus perseguidores, que ya le pisaban los talones. Fatigado, carente de la fuerza física necesaria que le permitiera desplazarse con una mínima posibilidad de éxito, lo vio finalmente todo perdido para él. Y fue entonces cuando, sin dar crédito a sus ojos, descubrió a escasa distancia suya el medio ideal de su salvación. ¡Un hermoso caballo negro, como jamás lo había visto, provisto de ricos aperos, venía providencialmente a su encuentro caminando lentamente, demostrando con su actitud proverbial manse-dumbre!

»El desesperado fugitivo —coherente con su malvada índole—, agradeciendo al diablo por la presencia del caballo, como puesto a propósito en su camino con la finalidad de sacarle de apuros, lo cabalgó sin pérdida de tiempo, incitándolo de inmediato a realizar vertiginoso galope. Y mientras se desplazaba cómodamente sobre el lomo de aquel fino corcel, cual Cid campeador sobre su noble Babieca, se ufanaba de tener ya ganada la partida, imaginando a sus lerdos perseguidores, ampollados los pies y con la lengua afuera, empeñados en su inútil expedición.

»Instalado en una silla de exquisita manufactura, revestida de gualdrapa de suave pellón, con los pies colocados en estribos de angosto aro, dorados y relucientes como si estuviesen fabricados en fino oro, el cuatrero tenía la impresión de que

se desliza en un cúmulo de gaseosas nubes. Se halla feliz de la vida. Mas de pronto, la naciente felicidad se le transformó en angustia y ésta en terror. ¡Acaba de descubrir que su cabalgadura había abandonado la tierra y que se desplazaba efectivamente por las nubes! Con el corazón encogido por el miedo se fijó entonces en las nevadas cumbres del Iliniza, del Cotopaxi y del Tungurahua, que ahora se dejaban ver a miles de metros debajo de sí, confirmando la gran altura que había alcanzado sin que se hubiera dado cuenta.

»Su jactancia de ganador, que poco antes ocupara la mente, se desvaneció. Ahora tan sólo anhelaba mantenerse asido al lomo de aquel Pegaso, ayudándose incluso con uñas y dientes. Sabía que si la suerte llega a abandonarle a semejante altura, no vivirá para jactarse de su aventura. Pero en su desesperación subyacía la esperanza de que todo lo que le estaba sucediendo no fuera más que un mal sueño, una de aquellas pesadillas que de un tiempo acá le asaltaban en cuanto cerrara los ojos. Y hubo de padecer por un dilatado lapso la inclemencia del aire enrarecido de las alturas, para aceptar como irrefutable la experiencia a la cual se enfrentaba. Entonces no se quedó corto en formular tentadoras promesas a la Virgen del Quinche, a la Virgen de Baños y al Señor de Cuicuno, si conseguían que saliera ileso de la inminente caída. Sin embargo, no abrigaba demasiada confianza en los santos, con quienes había andado siempre mal avenido. Sin fe ni esperanza, nada le quedaba por hacer que no fuera cerrar herméticamente los ojos con el fin de obviar la vista de la superficie terrestre ahora acercándosele vertiginosamente. Y así lo hizo.

»Y cuando el cuatrero no daba un centavo ya por su piel, el milagro se produjo. De pronto sintió que no flota ya como una pluma en alas de la brisa. Leves sacudidas de su montura,

producidas por la aspereza del terreno, le aseguraron que el caballo había aterrizado sin contratiempo. Abrió los ojos y pudo entonces comprobar con satisfacción cómo el hermoso animal recorría un sendero muy bien conocido por él, ya que muchas veces lo había frecuentado motivado por ocurrencias similares a la presente. No obstante, *Centauro* experimentaba apenas una sombra de alegría pese a haber salido bien librado de aquel peligroso viaje aéreo, pues el comportamiento imprevisible del extraño bruto del cual continuaba siendo su jinete, le impedía saborear la miel del regocijo. Pues él no estaría tranquilo hasta cuando no se apera, para proseguir la fuga valiéndose de sus propios pies, que era lo más seguro.

»Fiel a su propósito, el abigeo intentó apearse en plena carrera, sin importarle el daño que podría ocasionarle una posible caída. Pero no logró conseguirlo. Le resultó imposible desprender los pies de los angostos y metálicos estribos, que se habían cerrado como grilletes en torno de los tobillos. Se sintió entonces más perdido que nunca y comprendió tardíamente que, en su afán de burlar de la Ley, había ido a dar con el malvado “Capulí”, el demonio que profesa aversión por los ladrones de caballos y que, para engañarlos, suele tomar la apariencia de uno de ellos.

»No obstante, el rigor que el *capulí* (o el *cuco*) emplea con el cuatrero contumaz, que consiste ni más ni menos que en trasportarle en cuerpo y alma al infierno, como le ocurrido con el pobre *Centauro*, se dice (y no hay razón para dudar) que este aterrador demonio no siempre se comporta demasiado drástico con los pillos de poca monta. Se comenta de casos en que se limita solamente a capturar al abigeo fugitivo y, como lo haría un policía competente, regresarle engrillado al sitio donde hubiere cometido la fechoría, para que fuese juzgado y castigado con arreglo a las leyes seculares».

De momento desconozco si Soldado me ha referido una leyenda que efectivamente circula por aquí, con el fin de ilustrarme acerca del peligro que representa cabalgar un corcel negro o, por el contrario, me ha dicho un cuento de su propia cosecha nada más con alguna soterrada intencionalidad. El tiempo lo dirá.

Promediaba la tarde, ensombreciendo prematuramente la hoya de Cusipe, y era hora de pensar ya en el regreso a la población. Miré con intención mi reloj y Pacho entendió la insinuación. De inmediato dispuso los preparativos del corto viaje. Dio órdenes estrictas a su mujer y a sus hijos respecto a lo que cada uno de ellos debía efectuar durante su ausencia y, tomando uno de los belicosos y poco atractivos gallos que se encontraban trabados en un extremo del patio, se acercó a mí para ofrecérmelo.

—Doctor, no voy a engañarle a usted, afirmándole que este avechucho se pueda compararlo con uno de los que cría don Ignacio Nogales, el célebre gallero, aunque es tan fino como cualquiera de ellos. Todavía no lo he enfrentado, pero estoy seguro que, con adecuado entrenamiento, dará cuenta de su rival en dos patadas. Acéptemelo en testimonio del afecto que le profeso a usted.

Sin que entendiese yo nada de gallos de riña, de qué me iba a servir tenerlo uno de ellos. En consecuencia, semejante oferta, por a su inutilidad, me obligaba a rechazarla con la mayor delicadeza. Pero el no admitirla así de plano podía generar equivocadas concepciones en su oferente, perjudiciales todas para mí. Por tanto, se hacía necesario obrar con prudencia.

—Agradezco en lo que vale su valioso obsequio que, por su irresistible atractivo, marcará en mí el inicio de un noble deporte que lo abrazaré complacido. Sin embargo, me temo que

de momento no pueda concederle la debida atención, puesto que carezco de preparación para ello. Y en tanto que me inicio en el arte, ruego a usted cuidármelo.

—Pacho supo entenderme.

De regreso a la posada, cabalgando ahora un potro de Pacho y acompañado de éste, insistí en conocer su versión de la leyenda de *La loca viuda*, que a no dudar sería sugestiva. Pero, como ya lo hiciera antes, se negó rotundamente a complacerme, aduciendo que habría mejor ocasión para relatármela. En fin, por ahora, con el cuento del “*cuco*” rondando la mente tenía bastante.

Cuando coronamos la empinada cuesta que conecta Cusipe con la planicie en la cual se asienta el poblado, dejando a nuestras espaldas los monumentos naturales que tanto me habían impresionado durante el recorrido de la mañana, Pacho Soldado vio en aquella circunstancia la oportunidad de ilustrarme sobre las peculiaridades de ese sector. Al pasar junto a una gran casa enclavada y rodeada de frondosos tilos y capulíes, que proyectaba un aire circunspecto y distinguido, dijo, refiriéndose a ella y a sus dueños:

—Esta vivienda pertenece a la familia Rosales desde varias generaciones. Se cuenta que el bisabuelo de su actual propietario, procedente de la Madre Patria, llegó un bien día en busca de un lejano pariente suyo de quien conocía que se había convertido aquí en un nuevo Creso. Pero la noticia que tenía de él era cierta sólo en parte. En efecto, el pariente lejano vivía aquí, pero su patrimonio estaba lejos de compararse con la del último rey de Lidia. En realidad, ni siquiera era exiguamente acomodado, pues contaba apenas con una choza para guarecerse y una huerta que le impedía morir de hambre. Sin embargo, era tan dichoso en su pobreza que no se daba cuenta de su extremada pobreza. Extrañado el recién



llegado de la felicidad que le embargaba a su menesteroso pariente, le preguntó cuál era la razón de ella sí según él nada la justificaba. El aludido respondió filosóficamente que aquí, como en el cielo, ninguna preocupación era menester para ser feliz. El advenedizo se dejó contagiar fácilmente de aquel optimismo y se quedó también. Pronto acudiría a él la felicidad, pero no sola, sino acompañada de la fortuna.

Sin proponérmelo me imaginé la complacencia que habría sentido el peninsular al recibir de la venerada Fortuna, la diosa del azar y de la buena suerte, el cuerno de la abundancia cuando se había resignado ya a nutrirse solamente de una buena dosis de sensación de bienestar. Pero no pude verlo mentalmente más allá, puesto que Pacho me sacó bruscamente de mi ensimismamiento para dejarme oír la prosecución de su ilustrativa conferencia.

—Mire hacia allí, doctor —expresó, indicándome una casa engalanada por un jardincillo de mosquetas que se asomaba a unas tres cuadras de distancia a nuestra derecha—, que es allí donde vive un terrible enano, pendenciero y bebedor consuetudinario, llamado Rosalindo el Grande. A pesar de que su estatura no rebasa la de un niño de seis años, tiene la fuerza de un gigante y la ferocidad de un león. Con él es mejor no discrepar en nada.

“*¿Será Verdad aquello?*”, me pregunté.

—Este villorrio situado al lado opuesto del torrente de Mallacoa —prosiguió, señalando la misma dirección— es Tili-guila y aquel situado a continuación, en aquella amplia llanada, Sivicusí. Fue allí donde semanas atrás aterrizó un avión, causando la admiración de la gente que en su mayoría ni siquiera conoce el ferrocarril. Y a propósito del ferrocarril..., digo, del avión... ¡Caramba! Lo que intento decir es Sivicusí. Y bien, aquella pradera salpicada de alegres casitas que se

arrima a la mentada planicie, se llama Tacna y es el lugar nativo y residencial del as de los galleros de la comarca: don Ignacio Nogales. Este caballero —a quien recuerdo haberlo citado ya de pasada hace rato—, con sus gallos ha puesto reiteradamente en alto el nombre de nuestra patria chica. ¡Ojalá tenga usted la oportunidad de conocerle pronto!

Por la admiración cuasi reverencial con que había pronunciado el nombre de aquel fulano adicto a la riña de gallos, comprendí que el deporte pluma era aquí tanto o más importante que el fútbol en Inglaterra o el tenis de mesa en la China. Pero no pude especular sobre ese asunto debido a que mi mente empezaba a elaborar imágenes en torno del percance sufrido por el capitán Oliva. Le veía buscando desesperadamente, en la brumosa tarde, un sitio donde poder aterrizar su nave, cuando se impuso la voz de Soldado para atraer mi atención.

—La llanura situada a nuestra espaldas —dijo, volviendo la cabeza hacia atrás— se llama San Sebastián, y fue ahí donde funcionó un obraje en tiempos de la colonia —y más adelante, cuando pasábamos enfrente de una ruinoso casa a punto de irse abajo, en cuyo pórtico se veía una fragua y una mesa atiborrada de viejos objetos metálicos, además de su propietario, un hombrecillo rechoncho y de anteojos que se inclinaba sobre un artefacto que parecía ser una máquina de coser, expresó—. Aquel hombre, ocupado en reparar la máquina de coser, es oriundo de Pujilí y se llama Juan J Rodríguez, un ciudadano que permanece más horas en la taberna que en su taller. Es compadre del enano y entre los dos son como uña y carne, pero cuando beben juntos termina a menudo perseguido despiadadamente por éste. A pesar de todo es una persona importante y muy respetada por todos, desde luego no por lo que es ahora sino por lo que será luego de treinta y seis años.

Pues, verá usted, el maestro Santos Días, que también es clarividente infalible, le ha vaticinado que uno de sus sobrinos, hijo de un hermano suyo y de nombre Guillermo, llegará a ser Presidente de la República. También lo ha afirmado que, sin embargo don Juan J no participará de aquella gloria, porque fallecerá precisamente la víspera de la asunción de su sobrino al solio presidencial. En tanto continúa dedicando más tiempo a la taberna que al taller, lo que en cierto modo redundará en ventaja para la comunidad, puesto que así tendrá él menos oportunidad de arruinar los artefactos que le confían para su hipotética reparación. Don Juan J Rodríguez, sin propósito de ofenderle, es un pésimo artesano. Afortunadamente también existe aquí otro mecánico con mayor solvencia profesional y moral que éste, el maestro Orbea. En cambio este profesional, cualquier artilugio descompuesto que llega a sus manos, lo pone como nuevo. No obstante, sus especializaciones son la relojería y la reparación y fabricación de armas de fuego. A propósito doctor, si usted no lleva consigo una de ellas, como presumo, le sugiero visitarlo cuanto antes. Aquí nunca sabe uno cuando va a precisar de un revólver y hasta de una escopeta.

Agradecí el prudente consejo de mi amigo, abrigando al mismo tiempo la intención de jamás acercarme al ensalzado armero.

## *Martes 14...*

Conforme a la costumbre de la población rural, me levanté temprano. El alba se insinuaba apenas y las cumbres del Iliniza empezaban a cubrirse de un tenue tinte malva, mas la presencia del día se notaba por doquiera plena de actividad. La vida se abría a la luz en una eclosión de sonidos. La brisa con sus laúdes abría la sinfonía matutinal: desde el rebaño, camino al pasto, mugía un toro amostazado, robusteciendo la algarabía que procedía del gallinero; chiflaba un mozo y una chiquilla linda y catire cantaba alegre una canción.

Experimentando una extraña sensación, motivada por la salutación del dueño de la hospedería, que me hacía ateniéndose a mi nuevo nombre, me dirigí al Ermita, un manantial que, entre atropellados murmullos, se desliza por el costado norte de la población. Era mi intención la de bañarme en sus frías aguas, pese a que semejante perspectiva me seducía muy poco. Pero es necesario que vaya acostumbrándome a las incomodidades que dominarán mi nueva vida, y cuanto antes mejor. Sin embargo, hube de renunciar a mi proyecto en cuanto descubrí unas mujeres que, situadas junto a la cristalina corriente y puestas en cuclillas, fregaban ropa sobre unas rocas aplanadas en su lado superior. Temeroso de que las damas se fijaran en mí y dieran a mi presencia un sentido equívoco, me dispuse a retirarme prudentemente de allí. Pero fui entonces sorprendido por ellas, que se pusieron a comentar y reír con desparpajo de mi embarazosa posición. Algo cohibido, las dejé oír un escueto saludo y me retiré de inmediato.

Mas el chasco con las damas del arroyo no fue la única experiencia desagradable sufrida por mí en la mañana, ya que, de regreso a la hostería, la escena de la cual fui testigo me

causó profunda desazón. Al entrar en una de las calles principales, vi de pronto cómo dos sujetos, en medio de un corro de alarmados vecinos, luchaban con violencia entre sí. Ambos eran jóvenes, atléticos y de facciones patibularias por igual. Físicamente estaban los dos en igualdad de condiciones. No obstante, al mirarlos con mayor detenimiento, sólo uno de ellos estaba a cargo de la andanada de golpes, que infaliblemente dejaban crueles huellas, mientras que el otro pretendía inútilmente pararlos, valiéndose de mal calculados recursos como el abrazo avasallador, la zancadilla y la elusiva finta. Era evidente que se rehusaba replicar a su agresor de igual modo que él lo hacía. Pero ¿por qué? ¿Porque el agresor era uno de aquellos despiadados gamonales rurales que, seguros de su impunidad, se conducen con los vecinos débiles como sus verdugos? Bueno, de momento desconocía yo la respuesta. Y al respecto sólo tenía la certeza de que aquella lucha desigual no era una contienda en el verdadero sentido de la expresión, puesto que más bien presentaba el aspecto de una de esas capturas que la policía, para justificar el empleo de su brutalidad, las denomina detenciones con resistencia.

El atacante (que al fin pude enterarme por alguien de los presentes), resultó ser nada menos que Humberto González, el avieso teniente político, y el agredido, un tal Humberto Cotello, empleado de estancos y fuereño como él. El motivo que originara la frenética reacción del representante de la Justicia no podía ser más baladí, pues, según testigos oculares, Humberto Cotello le había saludado a su tocayo con manifiesta frialdad cuando, accidentalmente, coincidieron en encontrarse allí.

Ablandado por la demoleadora tranquizza, la resistencia tanto física como moral de Cotello cedió al fin. Fue entonces cuando el infortunado, que a duras penas podía tenerse en pie,

asido por los labios por una férrea mano, como si tratase de un bozal, fue conducido por González hacia las mazmorras de la Tenencia Política. Nadie intentó defender a la víctima. El temor a la pistola, que el representante de la Ley esgrimía en abanico con la otra mano, impidió cualquier piadosa intervención de los presentes, pese a la proverbial bravura atribuida al sigchense y a que, posiblemente, más de uno de ellos llevara también arma de alguna clase. O ese mismo proverbial culto que rendían a la valentía les imposibilitaba terciar en una lid entablada por una pareja por dispareja que ésta fuese. Por mi parte, limitándome a mirar alelado los acontecimientos, tampoco nada dije, nada hice.

De regreso a la hostería me esperaba ya el desayuno listo. Doña Estefanía, gentil y comunicativa, mientras me atendía se refirió a Cotello como un hombre culto, afecto a la lectura, alegre y dicharachero. Dudaba de que el incidente surgido entre él y González hubiese sido motivado por una simple cuestión de descortesía, que encajaría mejor en el campo de la desidia que en el del irrespeto, y suponía que sería más bien por una razón de peso mayor como, por ejemplo, un ajuste de cuentas por encargo de alguien. Estaba segura de que Cotello, habiéndose convertido en el azote de los contrabandistas, tenía más de un enemigo que deseaba quitarle de en medio. Luego se ocupó de enterarme de la causa del prolongado estío que de vez en cuando se abate sobre la comarca en una época del año propia del invierno cerrado. “¡Cada diez años —afirmó la docta mujer mientras se persignaba—, el judío errante, precedido de una prolongada sequedad, suele pasar por aquí en su interminable marcha que le impuso Jesucristo! Bajo el aspecto de un anciano famélico y menesteroso, pretende a menudo inspirar compasión en la gente caritativa, que no titubea acudir en auxilio del desvalido. No obstante, la

desaforada sed que le persigue y la imposibilidad de mantenerse quieto un instante, denuncian su verdadera identidad. La sequía que le acompaña siempre al errabundo hebreo, tiene el objeto de mantenerle perpetuamente medio muerto de sed, en castigo de haberle negado a Jesucristo, cargado con la cruz, descansara en su casa y bebiera de su fuente camino del Gólgota —y añadió—: Pero tan pronto como el réprobo se aleja de aquí, las lluvias no tardan en volver”.

Incapaz de poder resistir esa especie de asfixia que empezaba a producirme el mantenerme encerrado en la posada, me aventuré por una calle, transitándola al azar. Deseaba mirar la longeva población y descubrir personalmente sus opulentos monumentos que el tiempo habría ido acumulando. Caminé sonriendo a los chiquillos y repartiendo saludos efusivos a la gente mayor que se cruzaban conmigo y, luego de recorrer a la deriva entre mansiones de aire risueño, di casualmente con una cancha deportiva ocupada por jóvenes dedicados a la práctica del elegante deporte de básquetbol. Les saludé con la mano, aunque no esperaba que reparasen en mí. Pero ellos me habían visto. Detuvieron el juego por un instante para invitarme a participar de él. Les respondí que desconocía esta disciplina deportiva. No insistieron y continuaron por un rato lanzando el balón a la canasta mientras yo, arrimado en la valla, miraba las proezas deportivas de la muchachada.

Una vez concluido el partido, se acercaron a mí respirando cordialidad y se presentaron formalmente. Conocían ya de mis dotes de músico y cantante y manifestaron que mi presencia en el pueblo resultaba providencial, ya que en unos días más advendría el evento de mayor importancia del año: el festival de la Alegría. “Aunque no reconocida oficialmente por la autoridad católica —comentó una guapa chiquilla llamada Rosaura, riendo y mirándome con sus bellos e intelligen-

tes ojos verdes— pero sí por la de la tradición, la “Alegría” es la santa patrona de este pueblo.” Reímos todos.

Les prometí colaborar gustoso con mis canciones para fomentar la alegría durante la celebración del festival. Estoy seguro de que todos ellos son excelentes chicos que hacen de la amistad un acto de fe. Al despedirme, los creía ya mis amigos. Me precio de ser un buen psicólogo que rara vez me equivoco respecto al carácter de las personas. Y a propósito, una de esas excepciones fue cuando creí encontrar mi alma gemela en la arpía que destrozara mi corazón.

De regreso a la hostería, pasado el mediodía, me sorprendió la presencia de Pacho, que, sin rastro del talante sombrío que le acompañaba de costumbre, traía el semblante iluminado. Tras un escueto saludo, fue directamente al motivo de su visita.

—¡Caray! —exclamó alborozado el ex combatiente de la Guerra del Chasqui, nada más verme— Doctor, no va a creer usted lo ocurrido con el *negro*.

—¿Qué le ha ocurrido a mi caballo?

—¡Gracias a Dios, él ha huido por la noche! ¡Se ha ido definitivamente! Se lo aseguro.

—No sé si he entendido lo que usted acaba de decirme —inquirí, sin comprenderlo enteramente—, aunque me parece entrever que acabo de perder mi caballo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y eso es bueno para mí?

—Por supuesto que sí —replicó Pacho con seguridad—. Librarse así tan fácilmente de un tremendo peligro, desde luego que es realmente bueno. Pues, cómo usted ya se habrá imaginado, el malvado *negro* resultó ser nada menos que el mismísimo *capulí* en persona. El maestro Santos está seguro de que éste le había escuchado todo lo que se le preparaba



para la mañana siguiente, y el temor a verse exorcizado le impidió continuar con la farsa. Lo cierto es que hoy, cuando fueron a por él, al rayar el alba, ya no le encontraron. ¡Oh!... Doctor, qué poco le faltó a usted para que terminase como el desdichado *Centauro*.

Preferí no formular comentario alguno al respecto, limitándome a sonreír, aunque en el fondo sentía la pérdida de un excelente caballo. Soldado, luego de enterarme de la buena nueva, se marchó aun más animado de cuando llegara.

Al fin conocía yo la intención que abrigara Pacho para relatarme la leyenda del temible *cuco*: quitarme mi caballo de la forma más poética. Y únicamente con el propósito de confirmar mi sospecha, pregunté a Jaime, el posadero, si alguna vez lo había oído hablar del *cuco*, y su respuesta me dejó asombrado.

—¡Claro que sí, doctor! No sólo que he oído hablar de él, sino que ayer nomás lo he visto personalmente.

—¡Cómo! Vamos. ¿A qué hora sucedió cosa tan interesante?

—¡Pues, cuando don Pacho lo trajo, para que lo cabalgara usted, también yo estuve presente!

Bueno, que hubiera cabalgado yo el *cuco* era ya de dominio popular.

Cayó la noche. El amo de casa parecía ausente, pues no se le oía a por ningún lado. Tampoco su mujer daba muestras de vida. La sensación de soledad me deprimía y empecé a sentir nostalgia por la gran ciudad y por todo lo que había dejado allí. Pensé por un instante paliar mi estado de ánimo recurriendo al sueño. Pero ¿hubiese podido dormir a hora tan temprana cuando de ordinario no lo consigo sino bastante tarde? Bueno, debido quizá al insomnio de la noche anterior, hoy tardarían menos en acogerme las mansiones oníricas.

En efecto, quedé dormido tan pronto cómo me acosté. Soñaba con los mirajes de un país exótico, cuando unas voces nada cautas provenientes de la alcoba próxima a la mía, me despertaron con rudeza. Temeroso de que me fuese difícil recuperar el sueño, sentí llenarme de indignación y estuve a punto de desahogar mi enojo en airada protesta contra los responsables de tan descortés conducta, exigiéndoles el debido respeto a sus vecinos circunstanciales. Pero renuncié en cuanto descubrí que aquellas voces, con seguridad de huéspedes que habían llegado mientras dormía yo, se referían a un tema de capital importancia para mí. El diálogo sostenido entre dos personas, daba la impresión de haber empezado poco antes. Contento de aquella coincidencia oportuna, surgida como a propósito, procuré poner interés en la conversación de mis vecinos.

»—...*Sacha runa*, que en quechua, no significa sino “hombre del bosque”, tiene la connotación de monstruo sólo en el sentido de su misantropía que le diferencia del hombre civilizado —se dejó oír alguien con bastante claridad—. Mas no por la ferocidad que arbitrariamente le atribuyen y mucho menos debido a su manifiesta fealdad, la cual, según me he informado, no va más allá de la que presenta una persona desaliñada.

—También he escuchado que un encuentro repentino con uno de estos demonios del bosque puede matar de susto al sujeto más bragado —comentó su interlocutor, al cual parecía faltarle uno los dientes anteriores, ya que no podía evitar un ligero silbido cuando hablaba—. Refería don Abraham Villavicencio que él vivía de puro milagro luego de que, en una de sus frecuentes partidas de caza realizadas en Cerro Azul o en Sarapullo —no lo recuerdo con exactitud—, se vio a un tris de perecer de espanto cuando se le apareció de sopetón un

*sacha runa* de lo más horripilante. Además, aseguraba que eran estos la reencarnación de los ladrones y asesinos, condenados a vagar por los bosques. No creo que lo hubiera inventado algo así, pues la mejor virtud de él era la seriedad.

—¡Claro, claro! —respondió quien hablara primero, el cual parecía tener cierto barniz cultural— No lo niego que don Abraham fuera un hombre serio y opuesto al embuste. Mucho menos me lo imagino dedicado a inventar fábulas. ¡No faltaba más! Sólo supongo que, al ser él un completo ignaro y fanático creyente, con la mente abierta al miedo del infierno inculcado desde el púlpito, no viera sino manifestaciones aterradoras en la simple catadura de un personaje que se niega a adoptar los hábitos que rige la llamada civilización.

—Acepto como plausible tu razonamiento respecto a la facha que el citado informante creyese notar en nuestro hombre salvaje —comentó el de la voz silbante, reacio a dejar el debate—. En cuanto a la afirmación de que sea éste la personificación del alma de un condenado, bueno, cómo descartarla a priori. Pues estoy completamente seguro de que don Abraham lo escuchó de alguien que sabía lo que decía.

—Sin duda que no lo oyera de nadie ni siquiera medianamente ilustrado —expresó quien iniciara el diálogo—. El *sacha runa* pertenece a la especie humana. Fue parte suya durante el largo trayecto de su evolución y, sólo cuando se producía la última etapa de su perfeccionamiento, se desbandó de ella para marchar por un derrotero paralelo. El Yeti, el Bigfoot y el Sasquatch, que habitan en zonas apartadas e inhóspitas de Nepal, Estados Unidos y Canadá, respectivamente, son sus hermanos gemelos. En consecuencia, el “abominable” *sacha runa*, con alguna diferencia, es una persona tanto como tú o como yo. La ciencia tendrá que respaldar esta teoría algún momento, qué duda cabe.

—Sin embargo, la mutación del alma de un réprobo en dan-tesco monstruo es real, patente y manifiesta —no daba el brazo a torcer el de la voz silbante—. Tú mismo habrás tenido ocasión de escuchar más de un caso referente al “llorón”, conocido popularmente como el *güillanguille*, ¿verdad?

—Desde luego —aceptó el aludido—. Nadie que hubiera permanecido en Sigchos habrá dejado de escuchar alguna anécdota acerca del célebre *güillanguille*\*\*. Pero te confieso que le he dado muy poca importancia a este duendecillo, según dicen, afecto a horripilar a los beodos, plantándose en los caminos reales. Estoy seguro de que su existencia no va más allá de la fantasía.

—Vamos —protestó su compañero—. Si le hubieras oído a Don Marx Quevedo referirse a su experiencia corrida con el *güillanguille*, no dirías que éste es un personaje imaginario. Créemelo que aún hoy, cuando viajo por la noche sin compañía, me espeluzna la sola idea de que se repitiera conmigo la peripecia acaecida con aquél. Porque una noticia que viene de buena fuente, necesariamente concita atención, ¿verdad? Cómo también lo recordarás tú, don Marx era visto como un hombre de ejemplar conducta y en quien se conjugan múltiples y honrosas cualidades. Aunque la mayor virtud que poseía era la de jamás mentir, pues pese a apellidarse Quevedo

---

\*\*Güillanguille significa “llorón”, pero no es una palabra quechua, ni pertenece a ninguna lengua europea. Parece más bien, ateniendo a su morfología fonética, de origen onomatopéyico, ya que al menos sus primeras sílabas, tienen cierta similitud con el llanto de un tierno niño. Sin embargo, no es así. Güillanguille es por cierto uno de los pocos vocablos que sobreviven de la lengua Panzalea vigente aquí hasta el arribo de los españoles. Significa llorón. (Nota del autor)

y probablemente descendiente de don Francisco de Quevedo y Villegas, el sarcástico escritor español, nada tenía él de novelador. Debido a ello, la anécdota que solía contar merecía confianza. Yo, niño entonces, la oí de sus labios repetidas veces y recuerdo perfectamente todo su contenido.

—No llegué a conocer al tal Marx Quevedo, pues soy mucho menor que ti, aunque, eso sí, recuerdo haber escuchado que aquel tipo era un parrandero consuetudinario y contumaz fornicador. Y bien, cuál era la historia de él.

Escuchándoles a mis vecinos de alcoba, el sueño se me alejó irreversiblemente y, en tales circunstancias, la necesidad de fumar se me volvió apremiante. Me incorporé con suavidad para tomar el paquete de pitillos, pero el temor a ponerme en evidencia, me obligó a permanecer quieto.

—Nada pudo dejar mayor impresión en mí como la anécdota relatada por don Marx —formuló el inquirido, dispuesto a complacer a su amigo—, pues, a pesar del largo tiempo transcurrido, la recuerdo como si hubiera escuchado ayer nomás. Aun ahora me parece oírlo decir:

## [EL GÜILLANGUILLE]

### El llorón

«—¿Quién con un ápice de piedad, sería capaz de ver a un tierno niño, estremeciéndose entre los estertores de su propio llanto, solo y abandonado a la vera del camino, y pasar adelante sin que su corazón no sufriera un remezón de dolor? Pues difícilmente se podría dar con alguien carente de total sensibilidad que, sordo y mudo al clamoroso grito de quien instintivamente espera encontrar socorro en la solidaridad humana, continuase indiferente su camino. Sin duda, quien se

viese en similares circunstancias, no vacilaría un instante en prestar auxilio al desvalido, aunque fuera animado solamente por la inconsciente propensión de contribuir a la conservación de la especie.

»Pero aquí no siempre sale con la bendición de Dios quien, ablandado por la compasión, va en ayuda de su prójimo en dificultades. Porque emular la obra del Buen Samaritano en Sigchos no es nada sencillo como en el Israel de los tiempos bíblicos. Con frecuencia una buena acción es retribuida con otra mala que dejará acerbos recuerdos en el comedido. Y como prueba de mi aserto, escuchen ustedes lo que me sucedió unos años atrás.

»Fue un bendito domingo, de regreso a casa, luego de haber permanecido el día en el poblado, divirtiéndome en compañía de unos amigos. La tarde agonizaba entre resplandores rojizos, que por un instante tuve la impresión de que el cielo, por el lado del poniente, se consumía devorado por el fuego. También mi caballo parecía abrigar similar presentimiento, ya que se veía nervioso y no disimulaba su inquietud expresada en cortos y agudos relinchos. Sin embargo, las furiosas llamaradas fueron poco a poco empalideciendo como temerosas de la inminencia de la noche, que no tardaría en tender sus negras alas sobre el universo. Pero en la naciente noche la oscuridad no tuvo acogida. Tan pronto como se ocultara el sol, la luna, surgiendo esplendorosa detrás de las colinas, como una gigantesca hostia elevada por manos invisibles, bañó el panorama en su argentada luz.

»La iluminación lunar realzaba el embrujo nocturnal que hacía de aquel paisaje, tantas veces contemplado con indiferencia por mis ojos, un lugar casi desconocido, un raro miraje saturado de misterioso encanto. Parecía que acababa de ser inyectado vida y que pronto adquiriría animación. Entonces

se dirigiría a mí anheloso de revelar el arcano de la vida y de volcar en confidencias los secretos acumulados en su memoria de granito durante la eternidad. Todo contribuía a elevar mi espíritu: la platinada luz que me envolvía en su aterciope-lada caricia, la absoluta quietud de la noche y hasta la actitud de mi caballo, caprichoso a menudo y trotón siempre, que ahora, como embargado de placentera alegría, adoptaba el clásico “paso” propio de los corceles purasangre.

» Me absorbió de repente, a un estado de ensueño, el grandioso paisaje de visión subyugante. Sensaciones divinas me eligieron su dueño. Hasta mi alma llegaba la seráfica luz, el aliento embriagante de las flores fragantes y una inmensa ternura que emanaba la paz. Me encontraba ligero, me sentía animado cual azul golondrina que cabalga la brisa tras la fúlgida estela de una estrella fugaz.

» Mas mi embeleso que no iba a durar por mucho rato, se desvaneció sin transición irrupido de repente por la víbora de la tentación. Sin saber cómo, la imagen de Manuelita se presentó en todo su lujuriente esplendor. Ella era una joven y hermosa mujer como sólo se ve entre las yaleñas, y con quien me las entendía desde hacía algún tiempo sin que nadie columbrase el enredo. A la sazón se hallaba ella casada con un vejete avaro, rico como Lucifer y sordo como una roca. Yo la visitaba de vez en cuando y siempre pasada la medianoche. Para alertarla, solamente tenía que imitar el lúgubre canto del búho y ella no tardaba en franquearme la puerta de su alcoba. Desde luego, no sentía yo ningún remordimiento por adornar la venerable cabeza del marido de mi amante, consciente de que, si no lo hacía yo, no faltaría otro que lo hiciera gustoso. Ciertamente, para degustar una y otra vez la apetitosa fruta con que me tenía embaucado el diablo, no tenía reparos en sortear los escollos impuestos por la moral. Y, en esta oca-

sión, al punto experimenté el deseo irresistible de volar en busca de Manuelita y, en vez de proseguir el camino de mi hogar, templo y refugio de paz, que se hallaba apenas a un tranco de distancia, di media vuelta a mi montura y, obligándola a acelerar el paso, fui en pos de una aventura.

»La nueva meta del viaje era Yaló\*\*\*, la aldea donde moraba Manuelita. Para llegar a ese lugar utilizando un camino expedito era preciso regresar antes al poblado y desde allí avanzar hacia aquel poético caserío. Una distancia considerable que significaba el empleo de una cantidad de tiempo que no iba pareja con la urgencia de llegar cuanto antes junto a mi amada. En mi premura, supuse que mi caballo sería demasiado lento para que pudiese trasladarme con prontitud por esa vía. La alternativa, si bien peligrosa, consistía en utilizar los atajos que abreviarían la distancia. El momento no era como para ponerme a meditar en las dificultades que ofrecía el recorrer senderos escabrosos, descender y trepar laderas y atravesar la turbia corriente del Mallacoa desprovista de puente. Lo que importaba era ganar tiempo.

» Me desvíe del camino principal para tomar un angosto sendero comparable al de uno de cabras. El caballo, al principio, emprendió de mala gana el difícil recorrido, pero en cuanto sintió la caricia de las espuelas, no encontró más remedio que aligerar el paso. En pocos minutos atravesé, cuesta abajo, un denso chaparral que terminaba en la cenagosa orilla del riachuelo. No me detuve a mirar la luna que se reflejaba nítidamente en el agua, presentando un espectáculo digno de ser reproducido en una tarjeta postal, y gané sin contratiempo la orilla opuesta. Empecé el ascenso de la ladera, despejada de matorrales, aunque tan empinada como la anterior, ansían-

---

\*\*\* Yaló, en lengua cayapa significa “calor de casa” (Nota del autor)



do por superarla en unos cuantos minutos. Faltaba muy poco para llegar a la cima, y fue entonces cuando escuché desconcertado el entrecortado llanto de un niño recién nacido. Procurando aguzar la vista, busqué perplejo en mi derredor. ¡Cielo Santo! Lo que vi entonces me hizo olvidar el propósito que me había motivado llegar hasta allí. Detuve en el acto el caballo, que también tenía la mirada fija en lo que veía yo.

»¡Situada en el borde mismo del sendero, envuelto su cuerpecito en albos pañales sujetos por una faja roja y con la cabeza descubierta, se hallaba una criatura que se ahogaba en lastimero e incesante llanto! Debía tratarse de un varón, por su potente voz.

»Tal parecía que alguna desalmada mujer, para ocultar a la vecindad el fruto de un amor prohibido, le había abandonado en aquel siniestro lugar en espera de que fuera devorado por los lobos que merodeaban por allí. Sumamente conmovido ante semejante escena, me apeé del caballo y fui en su socorro. Al tomarle en brazos pude fijarme en sus hermosas varoniles facciones y ratifiqué mi opinión de que trataba de un niño. Sin pensar dos veces le subí conmigo al caballo, que extrañamente se mostraba inquieto, como si experimentase miedo, pero le obligué a reiniciar la marcha sin concederle demasiada atención. Y de pronto me di cuenta de que me hallaba en un aprieto. ¿Adónde podía llevar el niño? Pues no era sencillo presentarme con él a Manuelita ni mucho menos ante mi esposa. Pues, tanto la una como la otra era celosa y testaruda, y obviamente me habrían preguntado de dónde había sacado la criatura, sin que pudiese convencerlas jamás el argumento de que la hubiera encontrado por el camino.

»Entonces pensé que lo acertado sería llevar el bebé al párroco y ponerlo a su cuidado. Era posible que él creyese mi versión sobre aquel extraño hallazgo. Como confesor de la

comunidad, conocería sin duda quién de las pecadoras de su parroquia esperaba a la cigüeña para esos días. Satisfecho de haber hallado la solución de mi problema, volví a dar media vuelta a mi caballo y, ahora sí, en dirección del pueblo. Mientras avanzaba a paso más sosegado del caballo, como no podía ser de otra manera, volví a fijarme en la carita del niño, que al fin había cesado de llorar y que parecía sonreírme, notando que lo era realmente hermoso. De seguro que también sus padres los serían. Pero ¿quiénes podrían serlos?

»Al volver a mirar el rostro de la criatura, comprobé que en realidad estaba sonriéndome. Además, tuve la impresión de que tenía más edad y mayor tamaño de los que me había figurado cuando le recogí. Supuse que a veces la claridad lunar le juega a uno extrañas bromas. Pero lo que me estaba sucediendo no era ninguna broma, pues el niño iba creciendo ante mi estupefacta mirada. Ahora podía ya emitir sonidos articulados. ¡Acababa de llamarme “*papá!*”

»Quise convencerme de que todo no era sino fruto de mi imaginación y que debía serenarme si no quería verme acorralado por el miedo. Fiel a tal propósito, intenté disimular mi interés por el pequeño, dejando vagar la mirada a lo largo de la ladera de enfrente mientras que con una mano trataba de buscar un cigarrillo en uno de mis bolsillos. Sin embargo, mi protegido, que por lo visto me había cobrado afecto, no quiso dejar pasar demasiado tiempo sin hacerse notar que estaba muy adelantado para la edad que representaba, aunque a costa de maravillarme mucho más que antes. Fue entonces cuando sentí que con una de sus manitas, que había logrado sacar de la envoltura, me tocaba con insistencia en el mentón, buscando llamar mi atención. Y en cuanto la obtuvo, en tanto que con uno de sus deditos indicaba su boca, decía: “Papá, papito... Mírame. Ya tengo dientes”. En efecto, ¡a través de

sus labios entreabiertos pude ver puntiagudos colmillos que llenaban sus encías!

»No quise o no pude responderle. Una corriente de helado cosquilleo empezó a recorrerme la espalda. Pero el niño que a toda costa quería entablar diálogo, profirió: “*Papá, papito... Mírame, que tengo también uñas*”. Ciertamente, ¡sus ahora peludos dedos terminaban en corvas y afiladas garras similares a las de un gato! Y de inmediato añadió: “*Verás, papito, no lo vas a creerme pero también tengo rabo*”. Vaya, ¿el bribón quería provocar en mí el pánico con semejante mentira? Desde luego que no, ya que, deshaciéndose en un instante del envoltorio de pañales que le cubría, ¡exhibió un largo rabo que, brotando sorprendentemente del final de la espalda, lo ondulaba en el aire como una serpiente presta a atacar!

»Al fin, dándome cuenta que la criatura que transportaba en mis brazos no era sino un maldito güillanguille, quise arrojarlo lejos de mí y huir gracias a la velocidad de mi corcel, que también parecía predispuesto a poner pies en polvorosa. Pero ya no me fue posible poner en práctica tal proyecto, porque aquel horrible ser, adivinando mis intenciones, se apresuró a rodear mi cuello con su rabo, apretándolo como un lazo corredizo. Luché por un rato desesperadamente con el fin de desprenderme de él, manteniéndome aún sobre el caballo, que corcoveaba y relinchaba presa del pánico. Mas de pronto fui a dar en tierra unido a mi estrangulador, que rugía como un enfurecido león mientras me asfixiaba. La feroz lucha, en la que veía todo perdido para mí, continuó en tanto que rodábamos por la ladera. Sin embargo, cesó el instante en que tocábamos las torrentosas aguas del Mallacoa, donde me vi inexplicablemente libre de aquel ser horripilante que, para mi total pasmo, habiéndose transformado de pronto en una blanca y bella paloma, volaba hacia el cielo.

»El güillanguille es el alma de un niño que ha muerto sin recibir las aguas bautismales. No puede estar en el cielo por la sencilla razón de que no está en gracia de Dios. Tampoco en el infierno ni en el purgatorio, puesto que no ha cometido pecados mortales ni veniales. Su destino es vagar por la tierra, cerca del sitio que descansan sus restos mortales, a menudo asustando a los mal vivientes, hasta cuando alguien le sumerja en las purificadoras aguas. En realidad el güillanguille no es tan malo como parece, pues con su intervención muchos que empiezan por el mal camino, y que pudiesen terminar en el abismo, se corrigen a tiempo.

»Así relataba don Marx Quevedo, que en paz descansa, y nadie lo ponía en duda, porque el güillanguille existe realmente, al menos en esta tierra».

Sin previo aviso, coincidiendo con el final de la historieta, el sueño se abatió sobre mí. Al despertarme, ya bastante entrado el día, me di cuenta de que me hallaba solo en casa, en el sentido de huésped, por supuesto. Mis casuales y efímeros vecinos de alcoba, según supe después, eran dos mozos oriundos del villorrio de Asachi, de paso hacia la capital, donde se preparaba el uno para contador y el otro se desempeñaba como camarero del hotel Columbus. Aún sugestionado yo por el raro coloquio que acababa de escuchar, consulté a Jaime su opinión sobre el campechano güillanguille y el no menos simpático sacha runa. El posadero, zalamero y locuaz de ordinario, emitió su docto comentario sobre el *llorón*, echando mano de varias versiones a la vez y deteniéndose en consideraciones personales, volviendo fastidiosa su elucidación. La escuché al principio con cierto interés pero luego me sentí defraudado, viéndome en consecuencia impedido de poder sacar nada en claro. Finalmente abordó con delectación el tema del *sacha runa*, que por la fluidez y destreza con que

describía al homúnculo y sus correrías, daba la impresión de ser ésta su materia de conversación predilecta. Su apreciación con respecto al hombre de los bosques difería notablemente de la expuesta anoche por los viajeros. Pero, curiosamente, contenía elementos nuevos e sugestivos, dignos del ingenio de un escritor de ciencia ficción.

## *Miércoles 15...*

Al fin pude regalarme con las frescas aguas del Ermita, concediéndome un tonificante y prolongado baño. Lo temprano de la hora me evitó un fortuito encuentro con las lavanderas, de lo cual me congratulo. En verdad, lo que menos deseo es crearme conflictos por cuestiones de faldas, sean éstas con fundamento o sin él. Pues, como solían decir los antiguos romanos de la mujer del César, que ésta además de honesta debía también parecerlo.

Retorné al albergue tras haber contemplado detenidamente el cambiante matiz que toman las montañas al recibir gradualmente la luz del amanecer. Me esperaba el desayuno y también las preguntas de doña Estefanía, que no cesaban mientras permanecí junto a la mesa. A la buena señora parece incumbirle todo lo que a mí atañe. En estas circunstancias pudiera contentarle fácilmente apelando a la falsedad, pero evito el recurso del engaño respondiendo a mi vez con otras preguntas. Así, al término de cada interesante diálogo que llevamos, quedamos ambos satisfechos.

El reconfortante desayuno y el coloquio con doña Estefanía, que pone en cada palabra el énfasis requerido para describir las incidencias de un gran acontecimiento, distendieron mi mente y el pensamiento dejó momentáneamente de ser monopolio de recuerdos que aún los arrastro como un ominoso fardo. Me recluí en la alcoba con el propósito de entregarme a la lectura y, para el efecto, elegí de entre mis pocos libros, que permanecían aún intocados en la maleta de viaje, uno que prometía amenidad. Su tema me agradó al comienzo pero enseguida perdí interés y abandoné la lectura. La desazón que subyace en el alma y que a menudo deja sentir sus filosas aristas, malogra todo acto que demanda esfuerzo y

concentración mental. Medité que en esa situación lo mejor que podía hacer en mi beneficio sería obsequiarme con unas horas de sueño restaurador, pues él, a causa del insomnio de las noches precedentes, demandaba con insistencia ser atendido. No obstante lo lógico del razonamiento y la necesidad real de reposo, la hora era incompatible como para concederme lujo semejante. De acuerdo con las costumbres ancestrales que rigen en el sector rural de la serranía (y aquí no será la excepción), no existe disculpa para quien, sin hallarse seriamente quebrantado en la salud, se acueste a dormir durante el día. La siesta, en todos sus géneros, la abominan, ya que la creen reservada únicamente a la gente de mal vivir.

Esforzándome en desechar aquella muelle pero nada edificante tentación, decidí dar un paseo por las cercanías. La deliciosa mañana, pintada de sol y enmarcada en un profundo cielo azul transparente, contribuyó decisivamente a mejorar mi talante y engendró en el espíritu la chispa del optimismo. Negarme a disfrutarla hubiera sido una profanación a la madre naturaleza.

Inundándome en la grandiosidad que regalaba la mañana y sonriendo a la vida, transité las calles que conducen al campo deportivo, intercambiando corteses saludos con quienes me concedieran atención. Invertí algún tiempo en arribar al sitio previsto, que se encuentra al lado opuesto del poblado con relación a mi vivienda, pero los deportistas no habían concurrido aún a él, privándome con su ausencia la ocasión de distraerme cuando no la de ampliar mi círculo social de un modo plausible. Vi que de momento nada tenía que hacer allí que no fuera mirar el panorama, no obstante, tardé en abandonarlo. El sol se ponía cada vez más perpendicular y también a picar cada vez con mayor intensidad, sugiriéndome buscar el amparo de la sombra, que era allí inexistente.

Abandoné la desierta explanada, teniendo cuidado de caminar bajo los aleros de las casas, cuya refrescante sombra me acariciaba gratamente. Al ingresar en una calle transversal, advertí de improviso a Rosaura, peinada su cabellera color de miel en coquetones bucles y más bonita de cuando la vi por primera vez, que abandonaba una tienda de mercería con un pequeño paquete en la mano. Notó de inmediato mi presencia y, dibujando en sus ojos la más seductora de las sonrisas, que acentuaba el encanto de su hermoso rostro, se detuvo para esperarme. En toda la radiante gallardía que le otorga la divina juventud, Rosaura parece la personificación de la más fascinante de las Gracias: Eufrosina, que habiendo anulado la barrera del tiempo, hubiese viajado desde el Olimpo para propiciar aquí *la alegría del alma*, cual es el significado de su nombre y también su misión. Celebré alborozado aquel encuentro, que venía providencialmente a llenar el vacío de mi actual soledad, desconocida hasta hace poco. No busco en ningún caso una relación duradera con mujer alguna, pero sí su bienhechora compañía momentánea circunscrita estrictamente en la franca y diáfana amistad. Y es entonces cuando advertí la sensación de no hallarme solo en este aislado rincón del mundo y que la desazón, motivada por aciagas reminiscencias, perdían gradualmente consistencia. Su acción era ahora tan tenue que casi había desaparecido.

—Viene usted de la cancha, ¿verdad? —formuló Rosaura, acariciándome con el verde terciopelo de sus ojos.

Permanecí silente, incapaz de poder sustraerme del embeleso que ejercía aquel excelso poema consagrado a la perfección de la mujer, que constituía la joven que tenía frente a mí. Posee ella la belleza candorosa y la frescura de una azucena bañada de rocío. También el aroma de su aliento es de esta flor símbolo de pureza, a la cual los poetas y pintores religio-



sos vinculan con la Virgen María. Su voz, en armonía con las demás cualidades, es musical, envolvente y deliciosa. ¡Oh!... Su encanto amenaza con hacerme naufragar en aquel borrascoso mar de pertinaz romanticismo que abarcara mi existencia y en el cual me he asido ya a la tabla de salvación. Lo que menos me conviene es volver a probar la furia de sus olas con una nueva travesía en vez de apresurarme en alcanzar la orilla.

Sin embargo, inspirado por candorosas emociones más que por el deber que en estos casos impone las normas de la galantería, quise expresarle escuetamente el impacto que originaba en mí su mayestática belleza, mas mis labios estaban yertos, silenciosos y desiertos.

—Durante los próximos días —continuó la joven ante mi silencio, dando por sentado lo acertado de su presunción— es posible que nadie concurra a ese lugar, pues todo el mundo anda preparándose para el gran evento.

—¿También usted? —inquirí a mi vez, mirando el paquete que sostenía en al mano.

—Por supuesto —respondió Rosaura, mostrándome el envoltorio—. Contiene botones y encaje para un vestido que pienso confeccionarme. No conozco mucho de costura, ¿sabe? Pero, con algo de iniciativa y mucho de paciencia, aspiro conseguir algo parecido a un vestido —añadió sonriendo.

Su innata sencillez le hacía aún más encantadora.

—Tengo el convencimiento de que algo elaborado por sus delicadas manos será a no dudar una obra de arte —comenté—. Por tanto, tratándose del vestido que lucirá usted, éste realzará la belleza de su dueña, que de sí es colosal.

Mi amiga aceptó feliz el cumplido, aunque ruborizándose. Comentó que la “Señorita Alegría”, que presidiría el festival,

había sido elegida ya el sábado anterior inmediato, y que había resultado agraciada con tal honor cierta damita llamada Flor Celina Celi. Luego la conversación tomó un giro distinto y, hablando de esto y de aquel, caminamos hasta su casa, algo apartada de donde nos encontráramos. Se trata de una pequeña vivienda que contrasta con sus señoriales vecinas. Pero en compensación, se mostraba bien cuidada y ostentaba un gracioso jardín que, adentrándose por varios metros desde la acera, cubría todo su frente. Nos despedimos en el portillo de éste. Pero en cuanto dio unos pasos, se volvió para preguntarme si asistiría yo a la fiesta de Talía de Arana, que habría de celebrarse el día siguiente en la tarde. Le respondí que no había sido yo convidado a ella, pero que si lo fuese, concurría gustoso. Rosaura comentó que ella sí había sido invitada y que asistiría. No sé quién es Talía de Arana ni a que fiesta se había referido mi nueva amiga, no obstante, me abstuve de averiguarlas.

Me alejé, llevando la imagen de la atractiva joven prendida en el pensamiento, aunque jamás conseguiría atravesar la muralla que mi corazón ha levantado en torno suyo para guardarse del amor. De este ladrón, que se adentra subrepticamente en el alma para despojarla de su paz, no seré ya su víctima. En lo posterior tan sólo me ocuparé de restañar sus heridas.

\* \* \*

Por expresa invitación del maestro Braulio, director de la escuela Federico González Suárez (la única de la población), tanto a mí como a mi acordeón, concurrí por la tarde al ensayo de la obra teatral que, gracias a la contribución del elenco

de actores local y la dirección del precitado maestro, será puesta en escena en algún momento del próximo festival. Pienso que la representación tendrá éxito, ya que, a excepción de Rosaura, que es más bonita que actriz, los demás encarnan admirablemente el papel que se lo ha sido designado.

Dejando el centro educativo cuando el Sol se hallaba a punto de ocultarse detrás del monte *Siguata*, tomé el camino de la hostería. Pero, en cuanto me puse en la calle, noté que alguien me seguía con presura. Al volver la cabeza para averiguarlo, descubrí sin sorpresa que se trataba del maestro Braulio. Es él un hombre de talla mediana, bien proporcionado dentro de su raído traje azul grisáceo, complementado por sombrero de fieltro de similar color, de modales pausados y corteses. Tiene un rostro surcado de arrugas, unos ojos hundidos en las órbitas y un poblado bigote canoso cuyas guías descienden hasta la barbilla.

Cuando se situó junto a mí, manifestó que, en vista de que también él seguía el camino llevado por mí, le había parecido conveniente que lo hiciéramos juntos. Vislumbré que la compañía del profesor, además de amena, sería una excelente oportunidad para ilustrarme sobre algunos detalles acerca de este poblado, merced a su aislamiento, único en la geografía ecuatoriana, y acepté encantado su proposición. Reanudamos la marcha.

El maestro empezó el diálogo, interrogarme: ¿qué opinión se me merecía la población, qué impresión tenía yo de su gente, cómo me sentía en este lugar apartado del mundanal ruido...? “¡Excelente!” Decía yo a todo, matizando de optimismo la respectiva contestación. Don Braulio esbozaba una sonrisa enigmática cada vez que escuchaba aquella invariable y concisa respuesta, pareciéndola quizá insincera. Pero luego, adoptando en su arrugado y cansado rostro una expresión de

categoría complacencia, declaró orgulloso que precisamente Sigchos había sido la capital del reino panzaleo y que su antigüedad hace ver a Quito como una ciudad de reciente fundación. Aseguró también estar absolutamente convencido de que en el país no existe población de mayor longevidad que el *Balcón de los Andes*. Y añadió con auténtica convicción que, por consiguiente, se desarrolló aquí una gran cultura de milenaria data, sólida e indeleble, que supo resistir con éxito los sucesivos conatos invasores acaecidos hasta la ocupación ibérica, la cual, en casi cuatro siglos y medio, no había conseguido doblegar el espíritu de los nativos.

Al pasar junto a la iglesia, un edificio de grandes dimensiones y provisto de níveas y elevadas torres, comentó ufano el anciano pedagogo: “Cómo usted se dará cuenta, nuestra iglesia es tan grande como la catedral de Quito, y le aseguro que los tesoros artísticos que guarda no van a la zaga del capitalino templo, según he podido informarme por quienes lo conocen”. Dos o tres manzanas más allá, engalanada por frondosos árboles de nogal, se destacaba una señorial mansión que despertó mi curiosidad, ya que un bien de esa importancia no podía pertenecer sino a un acaudalado propietario. Don Braulio, que había asumido la función de mentor y, en tal situación, se creía en la obligación de ilustrarme acerca de las maravillas de Sigchos, me dejó suspenso cuando se refirió al magnífico inmueble:

—Esta casona —explicó sin detener el paso ni prestar atención al pregonero que no lejos de nosotros difundía a voz en cuello las nuevas de interés general—, que a través del tiempo ha pasado por una cadena de propietarios acaudalados, inicialmente perteneció nada menos que a la Beata Mariana de Jesús. La Bienaventurada permanecía en ella mientras realizaba, anualmente, su retiro espiritual, o hacía escala,

cuando en desempeño de su labor de misionera, viajaba a Santo Domingo de los Colorados.

¡De manera que la beata Mariana de Jesús Paredes y Flores, a la espera de ser pronto canonizada en virtud de su abnegación al prójimo y su desprendimiento material, no había sido en realidad tan pobre que digamos! Bastaba con sólo mirar el exterior de la casona para suponer la elegancia y el boato con que estarían proveídos sus salones y demás aposentos. Pero, ¿era acaso lo único que le había pertenecido a la Azucena de Quito, pues su patrimonio no habría contado también con otros haberes como, por ejemplo, algún latifundio aquí mismo o en cualquier otro lugar? Presumiblemente no, de lo contrario se nos habría llegado alguna referencia al respecto. Pero la ausencia de otros haberes no invalida la exuberancia económica que la beata debió disfrutarla, ya que el sólo mantenimiento de su mansión debió significarle el desembolso de ingentes recursos. ¡Pues no podía creerlo!

La lenta y amena caminata permitió a Juan Saura, que seguía la misma dirección nuestra, alcanzarnos un poco más allá del emplazamiento de la iglesia. Juan Saura pertenece al grupo teatral y funge como protagonista de la obra dramática. Su vocación de actor es innegable. Juanito —como le llaman sus amigos— tiene la mirada franca. Es joven, es apuesto. Posee el aire desenfadado de sus antepasados criollos. Abusivos, pedantes, perdonavidas. Viste traje de buen paño, cortado a la medida, y cubre la cabeza con un estupendo borsalino que no desentonaría en Ascott. Y disfruta de una voz grave, cálida, envolvente, complementada por una dicción clara y elegante. La posición económica privilegiada de sus progenitores, que esperaban verle convertido en doctor, le había permitido estudiar en uno de los institutos más prestigiosos de la capital. Sin embargo, terminó como secretario de la

Tenencia Política de su pueblo natal, por cierto, donde se movía como pez en el agua.

El camino nos situó junto a la puerta de la tasca, llanada “La taberna de Arnulfo”, a esa hora carente todavía de parroquianos. Saura la dedicó acariciadoras miradas, como seducido por una irresistible belleza. Miré su interior y lo encontré oscuro como la cueva de una fiera. La confusa presencia del tabernero, del cual sin embargo se distinguía con claridad el brillo de los ojos, como si se tratase de un lobo acechando desde la oscuridad, contribuía a dar esta tétrica apariencia a aquella casa paradójicamente destinada a la recreación. El maestro, percatándose de la insistente atención que le concedíamos al antro, sugirió que lo visitáramos por un momento. Aceptamos de buen grado la sugerencia y, precedidos por don Braulio, ingresamos a la tenebrosa cueva.

—¡Arnulfo! —exclamó Saura, dirigiéndose al casi invisible sujeto que se hallaba al lado opuesto de la barra, mientras se desplazaba por aquel lóbrego salón con la seguridad que concede la práctica— ¡Vamos, hombre, prende una lámpara, que aquí no se ve nada! Y luego, sírvenos una botella de aguardiente. ¡Que sea del bueno, eh! La tarde no puede ser más fría y se requiere con urgencia de algo reconfortante para contrarrestar su malévola acción.

—Y también haz funcionar la vitrola, muchacho —le apremió por su parte don Braulio—. Supe por el pregonero, a quien con frecuencia le encargas divulgar los progresos de tu nefasto negocio, que acababas de recibir, directamente de la productora fonográfica Odeón de Argentina, discos con nuevas canciones de Carlota Jaramillo. ¿Eso es verdad?

—¡Oh!, cuanto lo siento el no poder complacerlo, maestro, no obstante que cuento realmente con grabaciones frescas de la “reina del pasillo” —respondió el tabernero mostrándose

compungido—. Sucede que de momento me quedé sin agujas de gramófono que espero recibirlas el próximo sábado. Pues no me he olvidado encargárlas —y de inmediato, mostrándose consolado, añadió dirigiéndose a mí—: Pero quizá el doctor no tenga inconveniente en remediar este lamentable imprevisto con sus hermosas canciones.

—Ni hablar —me negué tajantemente.

El tabernero no insistió y se apresuró a prender una candileja, alimentada con queroseno, cuya amarillenta llanita era incapaz de proscribir las tinieblas. En cambio resultó eficaz para generar una columnilla de humo saturado de acre olor que empezó por hostigar la nariz, picar la garganta, escocer los ojos, y terminó haciéndonos estornudar. Mas, a pesar de tener los ojos semi cerrados debido a la irritación, pude ver, adosado a la pared del fondo, un enorme estante repleto de botellas de licor de variadas marcas de fabricación nacional y extranjera, cajas de cigarros y cigarrillos de exótica procedencia e, incluso, de habanos. O sea la mercancía con que se hallan surtidas las mejores tabernas de las ciudades respetables. En consecuencia, hube de convenir que ese lugar, a pesar de su tenebroso aspecto, no carecía de parroquianos de gusto refinado.

Contento de la perspectiva que prometía agasajarme con algo decente, solicité una cajetilla de cigarrillos Lucky Strike.

El hombre nombrado Arnulfo, imprimiendo en su cetrino rostro una sonrisa que le iba de oreja a oreja, llevó el licor solicitado hasta una mesa situada lo más lejos posible del candil en torno a la cual nos hallábamos sentados ya. Saura vertió licor en las copas y, brindando a la salud de don Braulio y de la mía, escancié de un solo trago el aguardiente que contenía la suya. Me apresuré a imitarle.

—Según su criterio —se dirigió a mí el profesor con los ojos lacrimosos, no sé si por la acción del humo del candil o por la del licor—, ¿cuál es el juicio que se ha formado usted del drama que pondremos en escena próximamente? ¿Le parece, acaso, algo cursi o cargado de frivolidad? Le ruego que me lo diga.

—¡Oh, maestro, de ningún modo! —respondí— La obra es tan hermosa como didáctica y no pudo haber sido mejor elegida.

—Bueno, coincido con su parecer —enunció con suficiencia don Braulio—. Pues ella tiene mucho de lo uno y de lo otro. Sin embargo, en un principio estuve tentado por adaptar para el escenario una de las novelas más hermosas que se haya escrito hasta ahora: “Aura o las violetas” de J. M. Vargas Vila. Esta obra maestra de la literatura universal, luminosa como el Sol y de edificante contenido, sin duda lo hubiese sido bien recibida aquí o en cualquier otro lugar. La misma desaparición física de su excelso autor, aun cercana y comentada con sentimiento de pesar incluso por sus detractores, hubiese contribuido al éxito. No obstante, la carencia de tiempo, del cual no dispongo demasiado, me lo impidió. La elaboración de su libreto me hubiese obligado a soslayar ocupaciones imprescindibles.

—Tal adaptación quizá hubiese tenido éxito, maestro —terció Juan Saura—, pues por falta de intérpretes de sus personajes no íbamos lamentar. La producción de los genios de la literatura debe gozar de prioridad en este tipo de actos sociales, no obstante su potencial incompatibilidad cultural con el auditorio para el cual se exhiba. Es lo establecido. Sin embargo, es hora ya de atenernos a lo nuestro, a lo familiar, no sólo por el beneficio que otorga su fácil asimilación sino imbuidos por el insoslayable deber de preservar para la poste-



ridad el recuerdo de interesantes sucesos acaecidos aquí, sin que importase lo positivo o lo negativo del saldo dejado por ellos.

Don Braulio, que, con el ceño arrugado, escuchaba la exposición de Saura, se dejó oír:

—Y bien. ¿Adónde quieres llegar, Juanito? Muchacho, pues no te das cuenta que con tu perorata aburres a nuestro huésped.

El aludido sonrió condescendiente al maestro (que por cierto lo fue también suyo), me miró sin variar el gesto, como preguntándome si en verdad me sentía aburrido. Le respondí con otra sonrisa casi imperceptible que ni yo mismo sabría interpretarla.

—Maestro, sólo quería decir que no pocas de las memorias y hasta las leyendas de origen local son perfectamente escenificables. Es más, una de mis leyendas favoritas se halla lista para ser recreada. Verá usted...

Don Braulio, con gesto brusco que abarco todo su arrugado rostro, interrumpió sin miramiento a Saura.

—Recuerdo que más de una vez, Juanito, has tocado este tema intrascendente sin que consiguieras convencer de su valía a nadie que tuviera dos dedos de frente. Siendo el infame folclor la antítesis de la cultura, el cultivarlo es un atentado al progreso. Cualquier manifestación de respaldo a él no equivale sino a suministrar a la sociedad del veneno con el cual se suicidará. Por tanto, Juanito, es mejor que de una vez por todas deseches la idea de llevar al teatro tu leyenda favorita. Pero si ello es solamente un pretexto para difundir tu particular concepción de la muerte, te aconsejaría que más bien escribieses un libro dando a conocer tu macabra teoría. Podrías titularlo, por ejemplo, “La muerte no es el fin”.

A don Braulio le quitó de pronto el gusto por continuar en nuestra compañía. Tomó un cigarrillo del paquete que reposaba en la mesa, lo colocó en sus labios y, levantándose, se despidió de nosotros. La determinación del profesor en irse era tajante, que ni Saura ni yo insistimos en que se quedara.

Desde hacía rato se agitaba en la mente la idea de averiguar el origen real de la leyenda que me había traído aquí y algunos detalles de ésta. Y de pronto, el curso que había tomado la conversación, me ofrecía espontáneamente la oportunidad de conocerlos de buena tinta.

—¿Y cuál es esa leyenda que alude usted, Juanito? ¿Se refiere acaso a la de *La loca viuda*? Conozco la leyenda que ella cuenta...

—¡Poco a poco, amigo mío, que el comentar sobre todo lo que se oye no siempre resulta saludable! —me interrumpió tajante el secretario de la Tenencia Política, como si acabase de oír un impropio contra su progenitora, poniéndose de inmediato a palpar afanoso la mesa mientras me apremiaba—: Vamos. ¡Haga usted lo mismo que yo! ¿Qué espera, amigo mío? ¡Toque madera cuanto antes!

El susto llevado por Saura me sorprendió al principio, pero no tardé en comprender que él, al igual que sus coterráneos, era víctima del tóxico de la más recalcitrante superstición. Aunque me disgustaba dar pábulo a semejante dogma, obedecí sumiso la orden emanada y me puse a acariciar largamente la madera de la mesa. La certeza de que no estoy aquí para armar debate de nada, aligeró mi conciencia.

—Créame usted que, tratándose de ciertos personajes a quienes se cree instalados definitivamente en el Más Allá, una simple invocación es todo lo que se precisa para provocarlos —argumentó Saura, visiblemente agitado por el temor—. Y por desgracia, a quien acaba usted de nombrarlo no

es alguien que se parezca al patético fantasma de una no menos patética persona fallecida, añorando las satisfacciones que se vio forzado a dejarlas en un mundo que ya no le pertenece, sino un pavoroso ente que jamás se ha marchado de aquí, permaneciendo entre nosotros siempre y atento al menor desliz del incauto. Nada de lo que se dice de él pertenece a la leyenda, puesto que se aloja en el espeluznante campo de la realidad. Debido a ello, en lo sucesivo, tenga usted cuidado a quien se refiere y con lo que dice. Sobre todo, no vuelva a repetir el nombre que ha pronunciado, que al ente en cuestión le disgusta. Pues, en tal caso, cuando se refiera a él, denomínelo como *paquita*, que parece no importarle.

—¡Increíble! —musité instintivamente.

—¡Nada de eso, doctor! *paquita* es una realidad y, por cierto, no lo fue menos cuando perteneció enteramente al mundo de los vivos, personificando una hermosa y clemente mujer, se diría una santa, hasta que un malvado brujo la convirtió en lo que es ahora. Su historia, aunque con algunas lagunas, he podido rescatarla. Algún momento, adjunta a otros relatos, se la daré a usted.

Me quedé atónito por un instante, desde luego, no por el potencial peligro que entrañaría la invocación a un personaje ficticio, manipulado alevemente por la leyenda, sino por provenir tamaña jácara de alguien presumiblemente culto.

Juanito tomó mi talante de manera equivocada y, en su afán de ayudarme, llenando nuevamente ni copa, pidió bebérmela. Con la suya obró del mismo modo.

—Por cierto —prosiguió Saura, una vez recobrada la tranquilidad—, la *memoria* de la cual me serví para componer el drama, no representa peligro alguno el mentar sus espectrales personajes, ya que surgieron por generación espontánea y no debido a una maldición como es el caso de *paquita*. Son mu-

chachos del más divertido carácter e inofensivos, pues jamás pensarían en perjudicar a nadie. Por ello aquí, allá y acullá son objeto de gran estima. Esta *memoria* se la conoce como la leyenda de “El fantasma impostor”.

—Y a qué se dedican estos simpáticos chavales, si se puede saber —pregunté, interesado en las andanzas estos tipos que al parecer no han perdido su buen humor ni siquiera en el Más Allá.

—Pues, de momento, me parece que a nada. Es más: ni siquiera se sabe por dónde mismo andan. Hasta es posible que se hubieran recluido definitivamente en sus tumbas. Aunque no estoy tan seguro de ello. Pero época hubo en que los protagonistas de esta memoria se dejaban caer de tarde en tarde por aquí, por cierto, no con el designio de infundir pavor en la parroquia sino más bien de divertirla. La danza es la soberana pasión de ellos.

—¡De veras!

—Así es.

—Pero ¿resulta tan divertida una danza macabra?

Saura sonrió maliciosamente, dejándome caer en cuenta que me hallaba en un error.

—Vamos. Los muertos jamás están realmente muertos.

—¡Qué no!

—¿Acaso alguna vez no se ha puesto usted a pensar que la muerte no es sino parte de la gran comedia de la vida?

—Confieso que jamás se me había asaltado idea semejante —dije, dudando que mi amigo estuviese hablando en serio—.

¿Tiene usted alguna prueba de cuanto afirma?

—Escúchemelo, se lo ruego:

## [EL FANTASMA IMPOSTOR]

«—Es increíble lo que a veces sucede con los muertos. Adoptando adusta actitud y sin escuchar razones, se empeñan en emprender el viaje más largo que hasta entonces hubiesen realizado, como si al término del camino les esperasen con la mesa puesta. Ciertamente, alguna dorada esperanza debe obnubilarles para obrar de manera tan poco sensata, precipitada e infantil, si bien, los que en mayor número se van son precisamente los infantes.

»Sin embargo, es posible que sólo parte de ellos, los que se contentan con poco, sean quienes den por bien ganados el esfuerzo y la fatiga empleados para arribar al Más Allá. Aunque también puede suceder que un sentimiento de dignidad o de vergüenza —porque en todas partes se gastan este tipo de remilgos— sea el sustento que fortifique la resignación. O puede ocurrirles tal vez, para que se decidan a echar raíces, que les sorprenda de pronto el advenimiento de un endiablado romance, de aquellos que no se sabe por qué misteriosa razón dura toda una eternidad. En fin, debe acontecerles algo por ese estilo para tomar la resolución de extirpar a su viaje la perspectiva del retorno.

»Éstos jamás volverán a ser noticia. En cuanto a los demás, o bien les cuesta trabajo el adaptarse a los cambios de una nueva vida o bien no soportan la añoranza de algo que dejaron atrás. En todo caso no se deciden a fijar allí su residencia definitiva.

»Consideraciones aparte, esto significa que ningún viaje es definitivo. Ni siquiera el que tiene como meta la Muerte. ¿O el Reino de la Muerte es un lugar sin retorno? Lo cierto es que las puertas del Más Allá no son lo bastante seguras cuando alguien se empeña en retornar al punto de partida. No se

trata de broma alguna. Pero a veces sucede que sabemos de alguien que ha dejado este mundo, y que luego, como si estuviese de vacaciones, ¡le vemos, tan fresco como en sus mejores tiempos, paseando por las calles o albergado en alguna casa como si nada hubiera cambiado para él!

»Y por cierto, merece párrafo aparte el espectacular sistema que usan estos tráfugas para salir de circulación. Fingiendo alguna dolencia insufrible, caen en cama, se niegan a probar bocado, empalidecen, cierran los ojos y, ante la angustia (real o fingida) de sus deudos, dejan de respirar. Sin más trámite todos le dan por interfecto. Le encierran en una caja, asegurándose de que su tapa quede perfectamente sujeta, y le trasladan a la necrópolis más próxima para sepultarle allí lo más hondo posible. Transcurre el tiempo, su recuerdo se desdibuja paulatinamente pero sin tregua, y pronto, casi nadie le recuerda. Así, el taimado fugitivo ha conseguido que le pierdan de vista. En adelante procurará pasar desapercibido, cambiando de identidad o viviendo discretamente.

»Sin embargo, no todos se avienen a la discreta paz, pues muchos que experimentan por la travesura un apego morboso, no soportan la tentación de ir por ahí haciendo de las suyas. Al respecto, Rosa Bardina dice: “Mi marido me amó mientras vivo, pero no tanto como cuando muerto. Ahora existe sólo para mí, pues jamás se aparta de mi lado”. Por su parte, Segundo Caicedo, esposo de la viuda Tarsila Amaro, asegura: “Por tolerante que me precio de serlo, no puedo soportar con estoicismo el estado de cosas que se dan en mi hogar, pues mi matrimonio se ha convertido en una tragedia. Desde luego que el responsable de la desdicha de ningún modo es mi consorte, que es una santa por donde se la mire, sino su anterior marido, ¡el malvado José Vicente! Éste pillo, pese a hallarse muerto y sepultado, persiste en mantenerse junto a

mi mujer —o la de él, pues ya ni lo sé a quién mismo pertenece—. No sólo que la asedia cuando está sola sino incluso cuando estamos juntos, ella y yo, disfrutando de la máxima expresión del amor. Pues siempre se ha de presentar para malograr nuestra dicha con su consuetudinaria indiscreción”. Un asunto de veras lamentable, habida cuenta de que tanto el caballero Caicedo como doña Tarsila son personas dignas del mayor respeto y merecen que se las dejen tranquilas. También el sabio Heriberto Molina, enciclopedista genial y varón docto en todas las ciencias habidas y por haber, afirma que su inmenso acervo cultural no lo adquirió en escuelas convencionales, a las que jamás asistió, sino de las dilatadas pláticas celebradas con ilustres difuntos que le honran con su deferencia.

»Pero dejemos el ámbito local para citar un solo ejemplo de trascendencia internacional. Guy de Maupassant, autor francés considerado como uno de los grandes maestros de la literatura universal, afirmaba que no era él quien escribía sus libros sino cierto fantasma alojado en su casa.

»Estos casos de fantasmas, tomados al azar, no sólo dan pábulo a la creencia arriba expuesta, sino que avalan su veracidad. Y, ciertamente, conozco tal cantidad de sucesos protagonizados por ellos como para relatarlos por lo que me queda de vida. De entre este filón de memorias, rescato éste, del cual se asegura que perteneció a cierto atildado caballero isinlivense, apasionado del baile, quien falleciera hace ya largo rato al despeñarse con su cabalgadura, precisamente, cuando acudía a una verbena a celebrarse en este lugar. Lamentablemente, su nombre no me está autorizado divulgarlo. No obstante, como de alguna manera debo nombrarle mientras relato su historia, me referiré a este personaje llamándole el *bailarín*, provisional alias que además le viene como anillo al

dedo. Pero, eso sí, nada me impide decir que descendía este ilustre personaje de muy noble estirpe, ya que procedía en línea directa del Conde Laurel —precisamente, el mismo a quien alude la canción de “Soy la viudita del Conde Laurel”—, y de Quillan, uno de los últimos soberanos panzaleos del antiguo reino de Sigchos.

»Este refinado galán suele dejar notar su presencia en los sitios de diversión, justamente cuando el baile se halla en su apogeo. Aunque habrá de bailar con la más fea de las concurrentes, ya que en Sigchos como en todas partes son las poco o nada agraciadas quienes están disponibles siempre y en permanente espera de alguien de gusto no demasiado exigente. Mas nuestro fantasma, víctima de una verdadera compulsión por la danza, jamás se fija en detalles de poca monta y, una vez que ha elegido su pareja, se pone de inmediato a sacar lustre al suelo.

»Confundido entre los eufóricos festejantes, bien podría él pasar desapercibido si no fuese por su extremada palidez que acentúa la angulosidad de su enflaquecido rostro, fruto de continuas y agitadas noches de parranda. Desde luego, esta peculiaridad podría también ser ignorada debido a la exigua potencia de las luminarias que tratan sin éxito de erradicar las tinieblas nocturnas que cobijan nuestra villa cuando Selene se halla ausente. Pero sucede que a esto se suma un detalle inconfundible que le denuncia a leguas: su proverbial pericia para la danza. Viéndole bailar con ese exquisito desparpajo, que es su característica, se diría graduado en la misma academia que transformara a Terpsícore en musa de la danza.

»El dominio de este excelso arte, que lo lleva en la sangre —si es que también los fantasmas la tienen—, es su tarjeta de presentación y al punto nadie duda de quién se trata, aunque no le asusta. Debido a su mansedumbre, ya que jamás ha



agredido de palabra o de obra a cristiano alguno, en la comarca le han adoptado como su mascota. Bueno, lo de mascota es relativo, porque este fantasma singularmente formal y que nunca ha dicho esta boca es mía, no aparece ni está presente sino en las veladas bailables de alguna importancia y solamente mientras duran éstas, lo cual no acaece todos los días. El resto del tiempo, nadie sabe dónde pasa ni en qué se ocupa.

»En los jubilosos corros que, en los festivales populares, se forman para exteriorizar la alegría mediante la técnica de menear la anatomía influidos por la cadenciosa música predominante, el *bailarín*, sin saber cómo ni cuándo, se introduce para satisfacer su prurito mientras hace las delicias de la concurrencia. En este tipo de reuniones sociales en que a menudo, sus participantes activos, anhelan que ojalá nadie advirtiese su dudosa habilidad para el baile, el misterioso asistente captura de inmediato la atención de los demás con su destreza, dejándoles quietos y maravillados a la vez. Se desliza por la pista con armonía tal que da la impresión de emitir una arrobadora melodía dulce y silenciosa. Un conjunto de excelentes sensaciones que acaricia el alma. Los espectadores le miran embelesados.

»Sin embargo, el deseo de emularlo no es raro que se despierte en algún presuntuoso zagal que quisiera competir exitosamente con el *bailarín* y granjearse así la admiración de las chavalas presentes. Pero el fundado temor de quedar en ridículo ante sus coterráneos y, además, de malquistarse con un ser de ultratumba, le tienen los pies soldado al suelo.

»También sucede que alguna damisela, bonita y con ínfulas de reina, ocupe parte de la noche en dedicar al *bailarín* insinuantes miradas, confiada en que de un momento a otro abandonará por ella a su nada agradable compañera. Abriga

sin duda la esperanza de poder vanagloriarse más tarde, ante quienes quisieran oírlos, de que el ilustrísimo espectro no tuvo reparo en abandonar su lúgubre estancia sólo para bailar con ella. Pero aquél no tendrá atenciones más que para su pareja y de nada se percata. Ni siquiera la fealdad oprobiosa de ésta (pues ya se ha dicho que a menudo se ve precisado él a bailar con la más fea) desazona su entusiasmo, impidiéndole disfrutar a sus anchas del placer sin igual de la danza. Y sólo pondrá fin a su actuación cuando su compañera de expansión, minada en sus fuerzas por el largo ejercicio, se sienta desfallecer o los músicos se rindan al cansancio.

»Y fue hace siete años, o quizá algo más, justamente la víspera de San Miguel, patrono de Sigchos, cuando al *bailarín* se le vio honrar la verbena de aquella noche, presentándose el instante mismo en que ésta se iniciaba. Apenas un instante antes el reloj del teniente político había marcado las ocho de la noche. Ciertamente, una actitud fuera de lo normal, teniendo en cuenta que él no aparecía sino cuando la fiesta llegase a su etapa más candente y, en consecuencia, la concurrencia comenzara a dar visos de embriaguez tanto por la alegría despertada por la música como por el licor ingerido. Circunstancia que por lo general ocurre pasado la medianoche. Sin embargo, aquella vez, le vieron de pronto parado junto al estrado de la orquesta, observando con interés al grupo de jóvenes damas en espera de ser invitadas al baile en cuanto las primeras notas musicales acariciasen los oídos. Los músicos, a punto de empezar su repertorio melódico, afinaban los instrumentos.

»Las chavalas dejaron de mirar a sus respectivos galanes para centrar la atención en el aparecido, cual más ansiosa de ser su elegida. En más de una ocasión se habían sentido mordidas por la víbora de la envidia, viendo a la menos agraciada

de sus conciudadanas deslizarse por la pista de baile en brazos de aquel experto danzarín, como lo hiciera en alas de la brisa. ¡Qué lamentable bochorno para las demás, verse gratuitamente reducidas a la lúgubre condición de espectadoras, sin la menor oportunidad de mostrar su valía como protagonistas! Y todo por la enigmática costumbre del maniático hombre del Más Allá de llegar tarde a las fiestas, cuando todas las chicas guapas se han ligado ya al más labioso de sus admiradores. Vamos. Pero ahora se hallaban todas en igualdad de condiciones y pronto sabrían quien es quien. Y, cada una de ellas, en la convicción de ser más atractiva de las demás, concebía la seguridad de que sería la escogida. Sin embargo, la experiencia adquirida en el aún corto camino de su existencia, les prevenía que en materia de elecciones nadie está seguro hasta no haber sido elegido. Por tanto, prometían secretamente transformar todos sus ahorros en velas. Sólo que no sabían a quién encenderlas: ¿a Dios o al diablo?

»También los muchachos se pusieron nerviosos al notar al *bailarín* en el epicentro del festejo a una hora desacostumbrada. Pero por diferente motivo, claro. Pues todos y cada uno de ellos temían perder su futura compañera de baile, y torcieron el gesto, lamentándose en silencio de que también los muertos fueran tan impuntuales como en los vivos. Como buenos ecuatorianos sabían que la peor de las impuntualidades consiste en anticiparse a la hora convenida. Que alguien se retrase a la cita estipulada en una hora o dos, resulta tolerable y hasta aconsejable, según el código de ética de nuestro país. En cambio, quien se la anticipa, no demuestra sino falta de circunspección por decir lo menos. No obstante, a ninguno se le pasó por la mente pedir reparación al fantasma por semejante ultraje a los buenos hábitos. Sólo se limitaron a pensar que en este pueblo ya no se podía confiar en nadie.

»Los inconformes garzones, miraban de reojo ora al *bailarín*, ora a las damiselas, que parecían haberse olvidado por completo de ellos y que no tenían ojos más que para sonreír al espectro, quien, pese a su palidez y a lo enjuto, podía considerarse un espectro guapo, mucho más que los presentes aún vivos. El traje gris, de corte inglés, y la corbata italiana de seda roja, que ahora los llevaba encima, le venían infinitamente mejor que la tétrica indumentaria negra con la cual solía presentarse siempre. Además, el haber moldeado su cabellera con coquetonas ondulaciones, realzaba su porte varonil mucho más que cuando la traía estirada hacia atrás, al estilo de Rodolfo Valentino. Ahora se parecía como una gota de agua a otra al carilindo de Clark Gable. El cambio de aspecto adoptado por el *bailarín* le favorecía decididamente y proyectaba un aire seductor a la vez. Era tanta la transformación operada en él que muchos concurrentes creyeron hallarse ante otro diferente. Por lo demás, aquel aspecto era aún desconocido sólo en esta localidad, puesto que en las poblaciones vecinas, como Toacaso, Isinliví y Chugchilán, donde se había dejado ver en los últimamente y participado de bailes populares y veladas bailables, ya se lo conocía. Se comentaba que, con la nueva catadura adoptada, el fantasma danzante les había vuelto locas de amor a las casquivanas de esos lugares.

»Y el breve lapso que los músicos requirieron para comenzar su actuación y el visitante de ultratumba para ponerse en movimiento, les pareció a los desazonados mancebos siglos interminables. Pero el momento anhelado por unos y temido por otros llegó al fin.

»Los músicos arrancaron con un sanjuanito cadencioso en el que reflejaba el deseo de incendiar la fiesta con profusa alegría. La perspectiva de mantenerse horas y horas dándoles

a sus instrumentos sin la posibilidad de poder tomar un instante de reposo mientras la pareja del fantasma no se rindiese al cansancio y éste no se esfumase, no les arredraba en absoluto. Más bien les invitaba a desempeñarse con alentado ahínco, ya que tocar exclusivamente para un eminente fantasma que, además, conocía los secretos de aquella arrobadora y silente poesía denominada danza, era un privilegio destinado sólo a los querubines y a unos cuantos músicos mortales, claro. Por tanto, ellos contribuirían felices al éxito de aquella memorable velada.

»El *bailarín* acogió las notas iniciales de la primera melodía, levantando las cejas, en demostración de que ésta era de su completo agrado. Con un simple esbozo de reverencia saludó a los artistas, que por poco se tragan los instrumentos, emocionados por haber sido honrados con semejante distinción. De la misma forma saludó al nutrido grupo de zagales que, empalidecidos por el trago amargo de los celos y la amarillenta luz de las farolas de queroseno que les bañaba, le miraban cejijuntos. Y, ahora sí, doblando la cintura hasta casi rozar el suelo con la frente, como lo haría el más ceremonioso de los hijos del Celeste Imperio, rindió pleitesía a ese jardín de flores en esplendor conformado por aquellas damitas allí presentes para alimentar el fuego festivo con su gracia y belleza. Las chiquillas acogían con estudiada gravedad, aunque sin llegar a la rigidez, el homenaje del cual estaban siendo objeto, pero abandonando de pronto la circunspección por el entusiasmo efervescente, se deshicieron en una eclosión de aclamaciones. El fantasma se sintió halagado con la apoteósica adhesión manifestada por sus fans y, en ecuaníme reconocimiento, les retribuyó con dos reverencias más. Con ello quedaba establecido que en materia de cortesía era él un verdadero filántropo. Y fue entonces cuando por primera vez le

vieron sonreír. Era su sonrisa amplia y dilatada, reflejo evidente de la gloriosa popularidad que gozaba, la cual, como el vino, embriaga, endulza y eleva el sentido de la vida. Indiscutiblemente, el *bailarín* usufructuaba de la ventaja de vivir en el Tercer Mundo, donde su gente está presta a premiar con aclamaciones frenéticas a los artistas, especialmente a los bailarines. Al contrario de la ilustradísima y rica Europa, donde ni siquiera los reyes del tablado, como Vicente Escudero o Anna Pavlova, son debidamente ovacionados.

»El fantasma avanzó lentamente pero con decisión hacia el grupo de mujeres que no cesaban de aplaudirle y, tomando del bolsillo de pecho un albo y perfumado pañuelo de seda, le ofreció a la más bonita de aquellas. Una actitud galante, sin duda, aunque restringida a los bailes de celebraciones privadas.

»La joven aceptó encantada el honor dispensado por el espectro y, a pesar de que el trozo de tela se hallaba impregnado de una penetrante esencia de ciprés, que por un momento le hizo recordar los cementerios, lo llevó a los labios emocionada, depositando en él un tierno beso. La invitación al baile, tácitamente, estaba aceptada. El fantasma exudaba complacencia por todos los poros, y tomándola por la mano la condujo al centro de la glorieta con la cautela y la delicadeza requeridas para transportar una pieza de porcelana china de la dinastía Ming. Y, enlazándola suavemente por la cintura con un brazo, guió con cadencioso garbo los primeros pasos rítmicos de la joven. Pronto se abandonaron ambos al vaivén de aquel excitante oleaje musical.

»Los bailarines fueron saludados con un apoteósico aplauso del que tomaron parte incluso las mancebas que, despechadas por no haber resultado elegidas por el *bailarín*, se quedaron estáticas de repente, y los garzones que daban por supuesto la

pérdida, al menos transitoria, del objeto de sus desvelos, una vez en brazos de aquel condenado colega de Terpsícore. Pues, como ensalmo, la ominosa sombra de los celos que les oprimía hasta sólo un rato antes, se había extinguido sin dejar rastro. Ahora, la concurrencia toda era unánime en el disfrute del magnífico espectáculo de baile y en el afán de aclamar a los bailarines.

»La joven elegida por el *bailarín* había resultado una buena elección para escenificar el espectáculo, ya que respondía admirablemente a las circunstancias. Aunque en nada se parecía a la representación de la divina Afrodita, aquella que brotara del genio de Milo, no carecía del todo de belleza. De cuerpo esbelto, donde arraigan curvaturas moderadas, y provista de escueta cintura, cimbreante como el tallo de una flor de montaña mecida por el aura paramera, permitía que ella flexionase con una plasticidad sorprendente en brazos de su compañero de baile. Ambos conformaban sin duda la pareja de bailarines más perfecta que se hubiese presenciado jamás. Ponerse a bailar y conquistar el favor aun de los espectadores más exigentes fue para ellos una sola cosa. La aptitud de la joven para la danza, al término de la velada, le situaría probablemente en el mismo nivel de popularidad de quien le había elegido como su transitoria compañera. Sólo era cuestión de tiempo.

»Pero el *bailarín*, que esta vez se comportaba como regido por un riguroso sentido democrático, no quiso prolongar la intervención artística de ella más allá de tres interpretaciones musicales, ya que parecía haberse impuesto el deber de conceder análogas atenciones a las demás mozas presentes. Por tanto, tan pronto como hubo llegado el momento previsto, se despidió de su pareja, con un escueto beso en la mejilla (que la pícara chiquilla intentó recibirlo en la boca), para reempla-

zarla de inmediato con otra. Así, mientras transcurría la noche fue cambiando sucesivamente de pareja con excelente resultado, aunque no todas eran tan bonitas ni resultaron tan competentes como la primera de sus colaboradoras.

»A todas luces, se notaba que el fantasma se hallaba disfrutando a lo grande de su diversión favorita: la danza. El fuego de la alegría había tenido la virtud de modificar en él su mayor característica negativa que le impedían figurar como un adonis: su pronunciada palidez. En este momento, no como efecto del prolongado ejercicio realizado, porque los fantasmas ni se agotan ni se congestionan por esfuerzo físico que hicieren, sino debido al infinito regocijo que sentía, de su anguloso rostro se había extinguido aquel repelente color cadavérico para dar lugar a un suave sonrosado que le embellecía como la faz de un querubín. Se le veía radiante de varonil belleza.

»Es más, todos disfrutaban del espectáculo. Quienes poco antes se preparaban a ser parte activa del festejo, ahora convertidos en benemérito público, se limitaban únicamente a contemplarlo desde su posición de privilegiados espectadores, sin pensar para nada en el lucimiento personal ni en actitudes protagónicas que profanaran el divino arte de la danza. En cambio, cada cual procuraba aplaudir más y mejor que su vecino. Los músicos, por su parte, expertos en la profesión que ejercían y, sobre todo, muchachos bien intencionados, hallándose ahora en su elemento, no encontraban mejor satisfacción que la de inundar el ámbito de melodiosos sonos. Tocaban sus instrumentos con magistral habilidad y, poniendo buen cuidado en evitar molestas interrupciones, en cuanto concluían con una canción empezaban con otra, sin transición y en perfecta ligazón entre ellas.



»Decididamente, aquella verbena de la víspera del día de San Miguel, patrono de la villa, estaba siendo un éxito inusitado. La ciudadanía jamás podría olvidarla ni recordaría otra igual. Pero no se crea que el único motivo de semejante impresión fuera el particular comportamiento que el fantasma bailarín exhibiera hasta aquí sino lo que acaeció luego. Porque el éxito de un festejo no se puede evaluar ateniéndose únicamente a tal o cual episodio de su desarrollo, sino mirado en toda su trayectoria y luego de haberlo examinado detenidamente.

»Pues bien, el reloj del teniente político, con su última campanada, acababa de marcar las doce de la noche, coincidiendo con el apogeo de la fiesta. La concurrencia, aunque no había tenido aún oportunidad de libar un solo *canelazo* ni copa de licor alguno, se encontraba ebria tanto como si lo hubiese bebido profusamente. La fascinadora danza ejecutada por el artista de ultratumba y sus sucesivas parejas, les mantenía con el espíritu inmerso en una dulce embriaguez. Y en cuanto al fantasma, pues éste se hallaba más feliz que nunca. Ahora mismo, luego de renovar su pareja con la última mujer hermosa disponible (pronto llegaría su turno a las feas), danzaba una tonada con la gracia y maestría exclusivas de él, arrancado gritos de admiración de la multitud. Por lo visto, había diversión para rato.

»Y fue entonces cuando lo vieron, con semblante que pronosticaba tormenta, plantado precisamente detrás del danzante, que, completamente absorto en lo que hacía, no concedía atención a nada ni a nadie. Había aparecido de repente y silenciosamente, como lo hacen los fantasmas, porque también él era un fantasma, un personaje muy conocido por todos. ¡Era el auténtico bailarín! No cabía duda.

»Embutido en su traje negro, con el cabello peinado hacia atrás y más pálido que nunca, quizá por el contraste que formaba con su arrebolado colega, resultaba inconfundible. Se le hubiera podido reconocer entre un millón de fantasmas. Pero entonces ¿cómo pudieron todos haberlo confundido con otro muy diferente en aspecto y en talante? Sin duda, porque también el otro se había presentado sin que nadie notase su llegada. Sea como fuese, las cosas habían llegado a donde estaban y nada se podía hacer ya por corregir aquella equivocación que, además, en nada les había perjudicado. La magistral actuación que presenciaban, les estaba divirtiendo como nunca y, de ser por ellos, se quedarían gustosos con el impostor, sujeto mucho más simpático y considerado que el genuino.

»No obstante, la música y los aplausos enmudecieron. Preveía el auditorio que del encuentro de dos espectros antagónicos, nada bueno podía surgir y, llenos de curiosidad, se prepararon a ver el desenlace. Vamos. ¡Pues presenciar una pelea entre dos sujetos oriundos de ultratumba no algo que se pudiera ver todos los días!

»El bailarín genuino se enfadaba a momentos con la actitud del desaprensivo impostor, que además de apropiarse de su fama ganada con años de firme consagración, continuaba luciéndose en sus propias narices. Le fue irguiendo gradualmente el pelo hasta ponerse como las púas de un puerco espín y el color del rostro pasó del amarillo limón al verde avión. Sus angulosas facciones se pronunciaron hasta adquirir verdaderas aristas y al fin terminó por echar fuego por los ojos. ¡Estaba feísimo! Sin embargo, nada decía ni hacía al desprevenido embaucador que, ignorando que le hubieran desmascarado, continuaba demostrando que había nacido... o muerto... o resucitado... o lo que fuese, para triunfar en el tablado. Tal era la concentración que ponía en lo que hacía,

que ni siquiera se dio cuenta de que tanto los aplausos como la música habían cesado hacía rato. Sólo se sintió extrañado cuando su pareja, emitiendo un espeluznante alarido, se escabulló de sus brazos, yendo después a ocultarse entre la multitud. Le faltó poco a la chiquilla para que sufriera un infarto al descubrir de repente al legítimo bailarín, con el rostro desencajado por la furia, tan cerca de quien estaba haciéndose pasar por él.

»El Fantasma impostor se vio forzado a cesar el baile, aquietado por la sorpresa que le produjo el alarido y también porque no podía bailar solo. Entonces percibió aquel ominoso silencio idéntico al que le rodeaba cuando permanecía en su domicilio: el frío sepulcro. No le agradó en absoluto lo que le estaba sucediendo. Y, por un instante, se imaginó que acababa de ser absorbido al supramundo sin que lo hubiese notado, como le acaecía a menudo cuando se convertía en receptáculo de incontroladas emociones, que debilitaban su tenue consistencia física, volviéndola tan transparente y liviana como el aire. Ciertamente, en el transcurso de las horas precedentes le había venido encima un alud de emociones. Por tanto, miró detenidamente a las figuras humanas que tenía delante, convencido de descubrir en ellas a sus molestos compañeros de cementerio, silentes y descoloridos por la carencia de sol. No se equivocó. Los tenía frente a sí, mirándole alelados. El impostor lo atribuyó a su bien merecida fama de consumado bailarín, que al fin había transpuesto la barrera de la muerte, y su desazón se difuminó en una marejada de egoístas sensaciones.

»Paseó su mirada, repleta de soberbia, sobre los sujetos que le miraban con expresión desconcertada. Entonces, con renovada sorpresa y disgusto a la vez, comprendió que ellos no pertenecían al mundo de los muertos y que, además, no se

interesaban exclusivamente de su persona, que existía algo más que atraía su atención. Pero ¿qué? No lo veía. Perplejo, moviéndose paulatinamente, empezó a buscarlo en su derredor. Y lo descubrió de repente. ¡Demonios! ¿Cómo no lo había advertido antes gracias a su aguda percepción? Ahora estaba seguro de que por largo rato le tuvo a su maldito rival, al presente convertido en su encarnizado enemigo, situado a sus espaldas.

»El impostor no perdió tiempo en pensar dos veces la manera de burlar el peligroso encuentro con su enfurecido rival. Pues, en cuanto le tuvo a éste delante, veloz como una centella, le golpeó con la cabeza en el estómago, como lo haría un toro bravo. Cogido de sorpresa su adversario, no pudo sortear la embestida, que le hizo caer de espaldas en tierra, donde por un momento permaneció boqueando como un pez fuera del agua. El impostor, aprovechando esta favorable circunstancia, emprendió precipitada fuga (según unos, valiéndose de sus piernas, y conforme a la afirmación de otros, usando sus brazos como alas), mientras por primera vez dejaba escuchar su espeluznante voz. “*¡Jamás me alcanzarás!*” Aseguran que dijo él, refiriéndose a su contrincante.

»El auténtico bailarín no tardó en levantarse, pero no intentó ponerse tras los pasos del embaucador. Parecía haberse recuperado del golpe y su actitud era tranquila. Tampoco dijo nada. Sólo desapareció.

»La verbena, por esa única ocasión concluyó temprano. Luego del incidente ocurrido, a nadie le interesó divertirse en lo que sobraba de la noche.

»Durante meses nada se supo de ninguno de los fantasmas en cuestión, pues daban la impresión de haber retornado a sus respectivas tumbas para no abandonarlas jamás. Mas no fue así. La ausencia, al menos, del bailarín auténtico no tardó

demasiado. Pues, durante la festividad de Carnaval, estuvo ya presente en todas sus verbenas, bailando con la más fea, como era su inveterada costumbre. Desde entonces ningún otro fantasma ha probado disputarle la clientela de su ciudad natal, la milenaria Sigchos.

» En cuanto al fantasma impostor, se dice que se ha instalado definitivamente en la ciudad de Guayaquil. Una plaza en la que no conoce rival en el baile».

Luego de haber escuchado la leyenda con gusto y sin interrupción, concluí que ésta, al margen del concepto que merezca su configuración supersticiosa, pondría un matiz de buen humor en mi libro. La idea de transcribirla quedaba consolidada. No obstante, si don Braulio hubiese consentido en escenificarla, dudo que con ella hubiera tenido la menor posibilidad de triunfo. Lo interesante de la leyenda radica en la presentación de los tráfugas y la descripción de sus milagros más que en las escenas mismas protagonizadas por ellos.

—La leyenda no deja de ser interesante —dije—, aunque nada fácil de llevarla a las tablas, ya que se requeriría de la participación artística de los mismos espectadores para representarla. Porque los protagonistas en sí dejan ver realmente poca cosa: el uno se limita a bailar desafortadamente y el otro aparece sólo para sacar de escena al primero. Salvo que en otras ocasiones hubiesen sido menos parcos que en ésta.

Juanito movió negativamente la cabeza.

—Que yo lo recuerde, no —suspiró—. Y respecto a su opinión, concuerdo con ella. Pues existen obras difíciles de adaptarlas al teatro.

Saura miraba con melancolía la botellita completamente vacía que tenía frente a sí. Pero su tristeza no provenía de la falta de alcohol a su disposición sino del recuerdo de sus per-

sonajes legendarios a quienes se les negaba la oportunidad de un retorno virtual con ayuda de la comedia. Exhaló un profundo suspiro y pidió al tabernero que volviese a llenarla del mismo tóxico. Otra dosis de aquel veneno era difícil que pudiese soportarla yo, por tanto recurrí a mi salvación, solicitando en su lugar una botella de “Mallorca Flores de Barril”.

Mi interlocutor, al ensalmo del nombre del exquisito licor, se vio como tocado por un halo de luz que fue iluminando su ánimo, desde hacía unos momentos, prisionero de la gris melancolía. Parecía ahora el hombre triunfalista de siempre, apto para superar cualquier escollo plantado en su camino. Todo él rezumada vitalidad. De pronto, sintiéndose con la energía suficiente como para imponer su voluntad en una cuadrilla de forajidos, profirió tonante:

—Vamos, buitre, que esperas para servirnos el licor solicitado. Pero ten sumo cuidado de que sea auténtico “Flores de Barril” y no algún veneno *made in Saquisilí* con ese nombre, que no estoy ahora como tolerar tus habituales artimañas, malandrín.

Arnulfo se apresuró a traernos la mentada botella, aún sin descorcharla, con la precaución requerida para transportar intacta una pompa de jabón. Juanito la examinó, empezando por el sello fiscal que precintaba la tapa y luego mirándola de trasluz, y cuando estuvo plenamente convencido de que no nos daban gato por liebre, ordenó destaparla. La esencia de anís inundó el repugnante antro, concitando la atención de los escasos parroquianos que, casi sin darnos cuenta, habían ido llegando e instalándose apartados de nosotros. Algunos de ellos opinaron entonces que debían acercarse a saludarnos, pero Saura les paró en seco con un gesto felino.

Sin embargo, lo que en la mayoría de los oportunistas obró como una barrera infranqueable no surtió el menor efecto con

cierto dúo de afectos a Baco que no se imaginó que la hosca advertencia efectuada por Juanito era válida para todos. Ambos sujetos, tomándolo al pie de la letra el axioma que dice: “Más vale llegar a tiempo que ser invitado”, se unieron alegremente a nosotros, dispuestos a compartir el excelente licor. Juanito no los rechazó y yo mucho menos, y no tuvimos que lamentarlo, porque en resarcimiento de su flagrante intromisión, nos dieron la oportunidad de regocijáramos de su honrosa compañía. Eran ambos posiblemente las personas más ilustres de la población. El uno, de rostro taciturno, pequeño mostacho y fogosa expresión que recordaba al canciller alemán, Adolfo Hitler, era Juan J Rodríguez, o sea el tío del futuro Presidente del Ecuador. El otro, de semblante adusto y mirada borrascosa, con la estatura de un párvulo, pero voluminoso como un adulto, era nada menos que el compadre del primero, el mentado y comentado Rosalindo el Grande. Ambas personas, pese a su aspecto estrambótico, resultaron amenas y de conversación agradable, pero decidí dejarlos en compañía de Saura cuando aún quedaba media botella de licor.

## *Jueves 16...*

Por la mañana, en virtud del nuevo horario adoptado por el director para el ensayo de la obra teatral, asistí en volandas al lugar de reunión con una ligera resaca a cuestas. Temía haberme retrasado por unos minutos a la hora convenida, pero llegué más bien un poco antes. Muchos de los comediantes quedaban aún por arribar y don Braulio brillaba por su ausencia. Entonces me entretuve, yendo de aquí para allá dentro del recinto educativo, mientras apareciesen los demás. Miraba desde el exterior y con poco interés las aulas a esa hora aún vacías, cuando vi salir de una de ellas un hombre que parecía tener prisa en alejarse. No obstante, al verme se acercó a mí, enunciando la salutación ritual y con la mano derecha extendida cordialmente, que dicho sea de paso era la única que poseía. Le respondí con igual cortesía el honor con que se me distinguía y apenas nos quedó espacio para efectuar la mutua presentación de rigor.

Por su vinculación indiscutible con el centro educativo, presumí que era él profesor, y por la falta de una de sus manos, que era manco.

Y bien, el arribo de don Braulio no se hizo esperar demasiado y, sin otro incidente retardatorio, se efectuó el ensayo. Rosaura, como para desarmar mi pesimismo sobre la presunción de sus exiguas dotes de actriz, mejoró ostensiblemente la calidad de su actuación. Se la vio hoy representar su personaje con mayor naturalidad que ayer. Me hubiese gustado dialogar con ella por unos minutos, mas el tiempo conspiró en mi contra, permitiéndome apenas comunicarle que asistiría a la fiesta de esa tarde.

Don Braulio, que daba la impresión de haber olvidado la visita que hiciéramos anoche a “La taberna de Arnulfo”, me



detuvo para preguntarme cómo me había parecido el ensayo de ese día. Se veía muy preocupado por el éxito del evento artístico que se había impuesto llevar a término. Le respondí sin ambages que, debido al progreso operado en Rosaura, las cosas mejoraban. El anciano sonrió optimista, avizorando cercanos los laureles del triunfo.

—Convengo con usted. Rosaura estuvo hoy mejor que ayer y mañana estará mejor que hoy. La falta de aplicación en el desempeño de esta víspera, debido Dios sabe a qué incidental motivo, en nada me preocupó. Pues ella ha triunfado recreando personajes realmente difíciles, que se diría que es una actriz nata.

El entusiasmo del profesor me pareció legítimo pero desmedido. A veces la admiración que sientes por alguien te hace ver sobredimensionadas sus virtudes. De ahí mi desconfianza.

—Supongo que usted la conoce bien.

El maestro, como si acabase de ver en mí a un fantasma, me miró agrandando los ojos, que por primera vez los vi completamente abiertos y además descubrí que eran verdes, tan verdes como las hojas de los árboles. Tuve la certeza de que me recordaban a los de alguien que en ese instante la memoria no conseguía enfocarlos. Luego, sonriéndome condescendiente, dijo:

—Efectivamente, conozco bastante a la joven aludida. Verá usted, resulta que Rosaura es hija mía.

Ahora fui yo el sorprendido.

\* \* \*

Llegada la tarde, un poquito sobrepasada la hora establecida para el inicio de la recepción, acudí a la casa de don

Simón de Arana, uno de los notables de la población, adonde había sido yo invitado mediante una esquila que él me había llegado por la mañana. Se festejaba el decimoquinto aniversario del nacimiento de Talía, la última hija del matrimonio de Arana.

Llegue cuando la fiesta empezaba a caldearse y la alegría se había instalado ya en ella. Al contrario de lo que ocurre siempre con un advenedizo introducido casualmente en un círculo de amigos íntimos, fui acogido con unánime simpatía por los presentes, como si se tratase de alguien con quien hubiesen recorrido juntos un largo sendero de amistad. Ávidos de cumplir con uno de los ritos más nobles que prescribe la cortesía, se acercaban todos a la vez para darme la bienvenida, incluyendo quienes me veían por primera ocasión. Juanito, que también se encontraba allí, asumió placentero el deber de relacionarme con ellos, entre los que se encontraban dos personajes relevantes de la población. El primero: ladino y contemporizador, demostró la presunta simpatía que sentía por mí, dándome la bendición con la mano derecha mientras que con la izquierda me ofrecía una copa rebosante de licor. Este hombre de hábito responde cuando le llamaban: Padre Silvano. El segundo: altanero y arisco, pose adoptada quizá para darse aires de superioridad o porque desconfía en realidad de los demás, evitó que le estrechase la mano, advirtiéndome con un gesto casi simiesco que la tenía ocupada por una botella. Sin embargo, no desaprovechó la oportunidad para mostrarme con mal disimulada intención la enorme pistola que llevaba al cinto. Este sujeto no era otro que el funestamente célebre Humberto González, a quien ya le había visto hace poco en flagrante proterva acción.

Don Simón, fiel a su deber de anfitrión, patentizó el júbilo que le ocasionara mi presencia allí, invitándome a brindar al

menos por media docena de motivos con igual número de copas de “Mallorca Flores de Barril”. Sin esgrimir pretexto alguno para eludir semejante andanada de licor, acepté con resignada actitud aquella manifestación de afecto, un tanto exagerada para mi gusto, seguro de que tal cosa se inscribía en las costumbres vigentes del país. Desde luego, el comediamento de mi anfitrión no se limitó a agasajarme con aquel néctar de los dioses, que ya es mucho decir, sino también a servirme de mentor. Habiendo columbrado mi escasa familiaridad con los hábitos sociales que rigen aquí, quería a toda costa prevenirme de un eventual desacierto en que pudiese yo incurrir.

—Señor Vivas —expresó de modo confidencial el señor de Arana—, por lo que puedo colegir, usted ha pasado por alto un requisito indispensable para disfrutar enteramente de esta fiesta (me helé, figurándome que él sacaba a colación mi inexcusable olvido del presente que debí haber traído conmigo para la quinceañera). Claro, apenas debe haber tratado usted con unas cuantas personas de este lugar. Pero, tenga usted confianza en mí, que trataré de solucionarlo de inmediato este inconveniente. Ventajosamente los músicos han entrado en receso, luego de un rato de habernos deleitado el oído, permitiendo a las señoritas unos cuantos minutos de reposo. Pues la ocasión es propicia. ¡Venga usted conmigo!

La tranquilidad volvió a mí en cuanto deduje que no se trataba del bendito presente. De todos modos, ¿cómo pude haberme olvidado de algo tan esencial en estos eventos? De repente lo vi todo claro.

Asido del brazo por el anfitrión y seguido de las risueñas miradas de los invitados, fui conducido al fondo del amplio salón, hacia donde convergía la atención general. Este sitio, decorado artísticamente con profusión de cintas, guirnaldas y

estrellas de multicolor papel satinado, ha sido destinado exclusivamente a un grupo de señoritas distinguidas (Rosaura entre ellas), quienes, ataviadas y peinadas con esmerado cuidado, lucían como un coro de ángeles. Y en medio de aquel orfeón, donde el rosado ha desterrado del atuendo los demás colores, presidiendo su cohorte de honor y aureolada por el oro primaveral, Talía resplandecía como la estrella matinal.

No hacía falta mirarlas demasiado para notar que eran receptáculo del regocijo, pues respiraban felicidad. Sentadas con la dignidad de auténticas princesas, esperaban con aparente tranquilidad al galán que, a su turno, concurriría a reclamar la prenda empeñada bajo la promesa de concederle un baile, uno nada más. No obstante, por la cantidad de pañuelos prendidos al corpiño (en tales objetos consistían las prendas) que cada una de las jóvenes llevaba consigo, era de suponer que no iban a languidecer precisamente por falta de acción. En cuanto advirtieron al señor de Arana, acompañado de este servidor vuestro, se les acercaba, interrumpieron el animado coloquio que llevaban entre sí y se pusieron de pie. Según la risueña mirada delineada en sus ojos, suponían que el motivo no era otro que el de procurarme la ocasión de que pudiese relacionarme con ellas. En efecto, el padre de Talía se brindó cortés a efectuar las presentaciones de rigor. Pero su gestión no se reducía a esto, puesto que, además, tenía en mente un complicado asunto que, pese a su prerrogativa de anfitrión, no podía resolverlo sin la magnánima aquiescencia de aquellas damas. Se trataba nada menos que de poder convencerles para que se me eximiera el requisito antepuesto al baile, omitido involuntariamente por mí, sin el cual me quedaba virtualmente sin derecho a una pareja. Las chicas nada dijeron al oírlo. Se limitaron tan sólo a mirarse perplejas entre sí, como si acabaran de escuchar algo que afrentara el decoro. Ante

aqueel silencio que se abatía sobre nosotros como una ominosa sombra, poniéndonos en situación embarazosa, el señor de Arana adujo frontalmente mi desconocimiento de las costumbres locales debido a mi condición de recién llegado a la comarca. Sin embargo, las damitas, conscientes de que las normas fijadas por la tradición no podían ser vulneradas por la descortesía, involuntaria o no, de un extranjero, se mantenían incommutables.

El señor de Arana, ante su frustrada mediación, que cría haberme lastimado en mi amor propio, me miró consternado, lamentado en el fondo que ya nada podía hacer por mí. Y cuando estuve a punto de expresarle que no tenía inconveniente en esperar la próxima fiesta para poder bailar con una señorita principal, Rosaura, la joven de los primorosos ojos verdes, quebró el silencio para decir: “¡El caballero me ha comprometido para el primer baile, razón por la cual me he negado hasta ahora bailar con ningún otro! Pues, en cuanto suene la siguiente pieza musical, estaré a su disposición, señor Vivas —precisamente ese momento, los músicos insinuaron las primeras notas de un vals, y ella, acercándose a mí, con un blanco pañuelo en la mano, agregó encantada—. ¡Eh aquí su prenda y el cumplimiento de mi promesa!

Las silentes chiquillas miraron estupefactas a la imprudente que había osado transgredir, con una imperdonable falsedad, principios mantenidos incólumes en toda la esplendente trayectoria histórica de la venerable Sigchos. Percibían dispuestas a la protesta inmediata, mas de pronto, obedeciendo a un impulso de sensibilidad, que les puso en posición diametralmente opuesta a sus convicciones, prorrumpieron en alborozados aplausos de respaldo a su valiente amiga, que había soslayado las acartonadas reglas tradicionales para salvar a su amigo forastero de un significativo escollo. Y, no contentas

con este acto de solidaridad, aseguraban que también ellas me habían prometido un baile. El nuevo cariz que tomara la situación me lleno de contento, no únicamente porque aquello me brindase la oportunidad de satisfacer el momentáneo prurito de entregarme a la danza, sino también porque lo consideré el inicio de una creciente y permanente popularidad, indispensable para mi adecuada convivencia con la comunidad.

Bailé con Rosaura (que para mi satisfacción resultó ser excelente bailarina), concitando la admiración de las demás parejas, que no tenían ojos más que para nosotros. No soy un mago de la danza ni nada por ese estilo, tan sólo me atengo a ejecutar con fruición hasta el menor detalle que prescribe este arte, como si se tratase de alcanzar el primer lugar de un concurso. Nada más. Luego rendí culto a Terpsícore en compañía de Talía, la feliz quinceañera, que al ser presentada en sociedad tenía la ilusión de que el mundo entero le pertenecía. Continué con Eunice, risueña, simpática, corpulenta como un luchador de sumo japonés, pero de movimientos ágiles, livianos, como si en realidad pesase menos que una pluma. Les siguieron Blanca, esbelta, gentil y distinguida, Hilda, la de rasgos moriscos y cabello ensortijado, que hace pensar en las odaliscas del palacio de Topkapi, Fanny, despampanante muchacha de curvas rotundas, objeto de codiciosas miradas de los donjuanes presentes, etc. Y, como no podía ser de otro modo, canté, toqué el acordeón y coseché apoteósicos aplausos.

Desde luego que en ningún otro instante sintió la concurrencia inflamarse de mayor entusiasmo que cuando canté una canción que venía a tono con el actual evento: “La quinceañera”. Como siempre, en esta ocasión, las musas me bene-

ficiaron proveyéndome de inspiración, el ingrediente básico de la improvisación.

Al retirarme de la “Fiesta Rosada” tuve la sensación de haberme ganado la simpatía de la mayoría de la concurrencia, incluyendo la del cejijunto cura, quien ha manifestado su deseo de verme a menudo por la iglesia. ¿Un triunfo total en el empeño de procurarme amigos? En cambio Humberto González, que no había dejado de observarme desembozada y torvamente durante la velada, decididamente no es parte de los réditos alcanzados esta memorable noche. Por el contrario, la actitud insolente que derrocha conmigo descubre al enemigo gratuito que cuando menos lo esperas te atacará por la espalda.

Sin embargo, no obstante lo percibido y la advertencia formulada por Pacho Soldado, puedo equivocarme al llegar a precipitadas conclusiones sobre este cuestionado servidor de la Ley. Pues resulta a veces que un áspero talante encubre un alma de oro. Consideraciones aparte, lo cierto es que entre los dos no ha surgido el amor a primera vista, como se suele decir en casos similares.

\* \* \*

Me puse en camino confiado en que el trecho relativamente corto que debía caminar lo haría en un santiamén. No obstante, con los ojos aún lejos de acostumbrarse a la oscuridad, el desplazarme por una calle sembrada de baches que amagaban tenazmente con hurtarme el equilibrio, las cosas se me pusieron difíciles. En el tramo de una docena de pasos, más de una vez estuve cerca de besar el suelo con el consiguiente peligro de resultar lastimado y de arruinar el acordeón. Me detuve sin

decirme a continuar el recorrido o a regresar a la casa que acababa de dejarla. Y fue entonces cuando alguien, surgiendo del sitio más denso de la oscuridad, se puso a mi lado para ofrecer su compañía hasta mi habitación, aduciendo que junto a un experto en aquel terreno me sería menos complicado trasladarme. Le di las gracias a aquel buen samaritano por su oportuna intervención y, avanzando pegado a él, que increíblemente ponía los pies en sitios expeditos, reemprendí la marcha.

Mi acompañante aleatorio no era en modo alguno un completo desconocido para mí, pues aunque la oscuridad no consentía verlo, en cambio, las inflexiones de su voz permitían reconocerlo. Con él ya había intercambiado yo algún saludo ocasional y, durante mi última visita al centro educativo, tuvimos ocasión de conocernos formalmente. Fue cuando confirmé mi suposición de que era él profesor y también que se llamara Saulo Lombardo. Este ciudadano es joven aún y bastante moreno, aunque sus rasgos fisonómicos están lejos de parecerse a los del indígena. De elevada estatura, atlético como un campeón de natación, parece Saulo una réplica de Johnny Weissmuller, el célebre intérprete de Tarzán. Incluso en su adusta expresión facial, cejijunta y coronada por una frente plana y estirada hacia atrás, se le parece. Sin embargo, la falta del brazo izquierdo (cortado justamente en el codo) marca decisivamente la diferencia entre el profesor y el “hombre mono”.

Durante el breve camino que compartimos, Saulo se las arregló para relatarme detalles de su biografía y aun de la de don Braulio. Contó que era él oriundo de *Saquifracia* (posiblemente un alias adoptado por alguna ciudad andina) y que había realizado sus estudios en el Normal Juan Montalvo de Quito, donde obtuviera con honores su diploma de maes-



tro. Recordó que, tan pronto como hubo llegado aquí, para cumplir las obligaciones inherentes a su profesión, se vio obligado a pignorar su preciosa libertad por la belleza de una dama de este lugar infinitamente más preciosa que su libertad. Agregó al respecto que jamás hubo elección más acertada que la suya en la búsqueda de la esposa ideal, ya que el sábado pasado habían cumplido diez años de casados casi sin darse cuenta. Como en todos los hogares, al principio, del suyo no estuvieron exentas las desavenencias, pero que el mutuo amor les había permitido hacer camino mientras andaban, expresó. Y para revelarme la magnitud de la devoción que profesaba a su esposa, aseguró que le amaré aun en la eternidad.

Acerca de don Braulio dijo que también él procedía de lejanas tierras, aunque lo había pasado aquí sus últimos cincuenta años dedicado a la función docente y a investigar ciertos enigmas sobrenaturales de cuya esencia y efectos no ha dado hasta ahora cuenta la comunidad científica. Afirmó que bajo el aspecto aparentemente despreocupado que presentaba el maestro, existía un estudioso impaciente, un sabio que no dejaba de otear los vastos horizontes del intelecto, consagrado a la búsqueda constante de nuevos elementos con que poder aportar a la ciencia.

El arribo demasiado pronto a la posada, puso fin a la interesante plática de Saulo, que se retiró, dejándome en puerto seguro.

## *Viernes 17...*

El día se ha ido volando, como se suele decir. El ensayo teatral, una ligera entrevista con Rosaura, la visita de Pacho Soldado para decirme que mi caballo había sido realmente el “cuco” y que Santos Díaz me exigía sus honorarios por haberme librado a tiempo de él, un corto recorrido por los alrededores de la población, la fallida visita a la graciosa colina de Catava, emplazamiento de un misterioso túnel, las tribulaciones de Juan Saura y la leyenda relatada por Jaime, el posadero, absorbieron con inusitada prontitud el tiempo.

Sin lugar a duda es mucho lo que se puede hacer en una jornada sin proponérselo siquiera, aunque el saldo que de todo ello redundará en utilidad sea exiguo. Porque el logro de una gestión depende sólo en parte del tiempo y del esfuerzo empleados para realizarla, ya que lo demás estriba en la actitud de quien lo cosecha.

En analogía con esta apreciación, apenas dos asuntos son dignos de mencionar de toda la jornada, puesto que ambos tienen que ver con el tema que atañe al libro que me he propuesto escribirlo. Las reflexiones de Saura acerca del contraste entre la mitología griega y la andina, no dejan de ser interesantes, como también sucede con la leyenda de “El país de los sordos”, relatado por doña Estefanía. Lo demás no tiene trascendencia y no tardará en hundirse en el olvido, lastrado por su propia inutilidad. Es más, ahora mismo ya casi lo he olvidado.

En la tarde (las tres o las tres y media, no fijé mi reloj), en compañía de Saulo, visité por segunda ocasión “La taberna de Arnulfo”, ahora iluminada por la radiante luz del día. Por cierto que no guiaba nuestros pasos el fervor a Dionisio, que a hora tan temprana hubiese resultado impropio rendirle culto

por devoto que fuésemos de él, sino el afán de contrarrestar, con un vaso de cerveza bien helada, la tortura asfixiante provocada por la cánicula.

Cuando nos acercábamos a la tasca, supuse que ella no estaba del todo abandonada. Según el blanco y fino corcel, atado cerca de su puerta, algún distinguido parroquiano debía honrarla con su invalorable presencia. No me equivocaba. Lo primero que vi al ingresar fue al dueño del caballo. Se hallaba sentado junto a una mesa adornada por una botella de cerveza, con un vaso en la mano y de frente a la entrada del taberna. En cuanto nos vio se apresuró a saludarnos tocándose ceremonioso el ala del sombrero. Luego, desentendiéndose totalmente de nosotros, se ocupó en consumir, mediante pequeñas libaciones, el espumoso líquido que aún quedaba en el vaso.

Era bastante joven (no más de veinticuatro años), esbelto y de facciones varoniles decididamente hermosas. Vestía acorde a las exigencias requeridas del burgués que debe trasladarse a menudo valiéndose de una montura: sombrero de jipijapa de amplia ala, pañuelo anudado al cuello, leva de faldones, pantalones bombachos, botas rodilleras, todo flamante y de la mejor calidad. Complementaba su vestimenta la enorme pistola de “calibre 45” que llevaba pendida al cinto (pues aquí un arma es parte del atuendo masculino). Sin embargo, no parecía ser un sujeto peligroso.

Dejó la taberna mientras nosotros buscábamos sitio donde acomodarnos, y, un momento después, se le oyó alejarse al suave paso de su caballo.

Pero no era el de la pistola el único parroquiano presente en “La taberna de Arnulfo”, puesto que allí, ocupando el lugar más apartado con respecto a la puerta, se hallaban también don Braulio y el secretario de la Tenencia Política, con sen-

dos jarros de cerveza en la mano y enfrascados en una animada conversación. Nos invitaron a compartir su mesa. Arnulfo, obsequioso en grado sumo, mucho antes de que nos instaláramos junto a nuestros comunes amigos, ponía ya sobre la mesa un par de botellas de aquella espumosa bebida, extraída de la cebada germinada, y enfriada aquí con hielo traído, a lomos de indio, desde los glaciares del Iliniza.

—Mil perdones, señores, por la interrupción causada —se disculpó Saulo por mero formulismo—. Seguramente nuestra irrupción vino a perturbar algún interesante diálogo que llevaban ustedes, supongo.

Don Braulio miró intencionadamente a Juan.

—Pues nada de lo que no se pueda hablar en cualquier otro momento.

Saura, para mi sorpresa, respingó como asaeteado por una avispa en el sitio más sensible de su anatomía. A todas luces, el comentario con que don Braulio había aludido a la conversación llevada entre los dos hasta nuestra llegada, desestabilizó su ecuanimidad. Acababa de darme cuenta que Juan, no obstante la excelente educación recibida, era incapaz de velar sus reacciones ante un determinado estímulo. A este atributo lo llaman aquí, para satisfacción de quienes lo sufren, franqueza y, a ella, nobleza.

—De ningún modo, maestro, que el continuar postergando la reivindicación de ser conocido universalmente algo de suprema importancia como lo es la Mitología Andina, considero un crimen de lesa cultura. Los recuerdos se hunden irremisiblemente en las abisales regiones del olvido y, anclado a ellos, un conjunto de hechos gloriosos dignos de ser cantados épicamente. Si hoy mismo no se toma medidas radicales para evitar el desastre, es fácil de suponer que para mañana nada

quedará de la epopeya andina. Entonces, su agonizante mitología habrá desaparecido irremisiblemente.

Las últimas palabras de Saura transpiraban dolor y coraje en partes iguales. Don Braulio las acogió enderezando la cabeza y levantando las cejas a un tiempo. Quizá asumía por primera vez que las razones esgrimidas por su ex alumno rebasaban el plano de la frivolidad, pues esta vez no pretendía poner en escena una leyenda de fantasmas. En cambio Saulo, ceñudo, inmovible, ahora más idéntico al hombre-mono que nunca, no expresaba reacción alguna. Su mirada, oscura como una sombra, repartía ora a don Braulio ora a Saura. Y yo, en espera de que el coloquio se reanudara, miraba inquisitivo a todos.

—Juanito, recordemos que la mitología es el estudio e interpretación del mito y conjunto de los mitos de una cultura establecida. Es un relato que cuenta y grafica en lenguaje simbólico el origen de los elementos y supuestos básicos de una cultura. Describe, entre otras cosas, cómo empezó el universo, cómo fueron creados seres humanos y animales, y cómo nacieron ciertas costumbres, ritos o formas de las actividades humanas.

Saura se agitó inquieto, temeroso de que don Braulio, bajo el aspecto de una larga y didáctica exposición, diluyese la esencia del tema planteado.

—Concuerdo con la definición que usted hace de la mitología, maestro. Pero asumamos la certeza de que no existe cultura que no tenga o tuviera alguna vez mitos y viviera en correlación con ellos, y la nuestra no es la excepción.

—Nunca he dicho lo contrario, Juanito. Aunque, lamentablemente, de nuestra cultura son muy pocas las páginas que aún quedan de aquel maravilloso libro que narra la presencia e intervención de héroes y dioses aquí.

Saulo Lombardo quiso una definición de su director.

—Vamos. Pero ¿a cuál de las culturas de nuestro pluricultural país se refiere usted, maestro? ¿Acaso, a la desaparecida cultura panzalea de la cual sin embargo se conserva unos cuantos mitos? ¿Quizá a la implantada por el inca, bárbaro y opresor, que arrasó con la grandeza de los pueblos que sojuzgara? ¿Tal vez a la impuesta por la decrepita y decadente España, que no conocía más cultura que la del pillaje, heredada a su vez de las sucesivas invasiones, que además ocasionaron en su población el más confuso y entreverado de los mestizajes? En fin. Ruego a usted precisarlo.

El aludido reflexionó por un instante con los ojos cerrados.

—En verdad resulta complicado el definir a qué cultura atenernos cuando deseamos precisarla como nuestra. Pero, aunque este problema merece ser esclarecido, no es materia del caso que ahora nos ocupa. Y bien, tan sólo me proponía anotar que los mitos difieren de los cuentos de trastos en que se refieren a un lapso diferente del tiempo ordinario. El mito tiene una secuencia fuera del orden o regla natural, desarrollada en un período anterior al nacimiento del mundo convencional. Puesto que los mitos se refieren a una época y un lugar nada comunes, y a dioses y procesos sobrenaturales, han sido considerados usualmente como aspectos de la religión. Mas, siendo la naturaleza del mito totalizadora, puede él esclarecer muchas facetas de la vida individual y cultural.

Los ojos de Saura se iluminaron.

—Sí, precisamente es esto lo que conseguiría el rescate de nuestra mitología. Abrir en las tinieblas una ventana panorámica que permitiría contemplar los orígenes y la trayectoria del hombre americano, inspirado por la poesía de sus mitos.

Lombardo prodigó a Juan una desdeñosa mirada, idéntica a la que viera yo, cierta vez en el cine, dirigir Tarzán a su mono

Chita, empecinado en ir adelante con sus inveteradas travesuras.

—La pregunta que formulé hace un instante a don Braulio, es válida también para ti, Juanito. Insisto. ¿A cuál de las mitologías te refieres?

—¡Hombre! A qué otra que no sea la Andina, la madre universal y genuina de todas aquellas de nuevo y dudoso cuño, que al igual que las moscas nacieron y fenecieron en un mismo día, he de referirme. El nacimiento del mundo andino tuvo origen unitario, no importa en qué punto del altiplano hiciera por primera vez su irrupción como sociedad. El conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico y científico, a través del tiempo, es similar en este grupo social que abarca desde Panamá hasta el Cabo de Hornos. El culto religioso, a veces con ligeros aditamentos o imperceptibles modificaciones locales, es siempre el mismo en toda su área de influencia hasta la invasión ibérica. La tragedia del mundo andino sobrevino con ella. La mitología judeocristiana, que a la sazón cobijaba bajo el signo de la cruz a Europa, buscaría ampliar su dominio sometiendo al americano. Entonces los dioses andinos, perseguidos con saña, se vieron en la penosa necesidad de buscar refugio en los sitios más intrincados de su antiguo señorío, adoptando costumbres diferentes a las habituales y casi siempre convertidos en espíritus malignos. Los montes, ríos y precipicios fueron ahora su morada.

Don Braulio, en tanto que escuchaba las razones de Saura, fue adoptando en sus ojos una expresión dubitativa que concluyó en un gesto de preocupación cuando terminó de oírlas. Entonces llevó a sus labios el jarro de cerveza, por dos o tres veces, sin saber lo que hacía. Y mientras trataba de enjugar

con el pañuelo el imaginario sudor de su frente, dijo con abatida voz:

—Tienes toda la razón, Juanito. Es esa la tragedia del pueblo andino, por desgracia irreparable. Los escasos elementos que otrora fueran piezas del mosaico de una opulenta mitología, se presentan hoy, fragmentados, adulterados y disgregados. Intentar armar con ellos todo aquel complicado rompecabezas, sería una titánica tarea prevista de antemano al fracaso.

Saulo, mostrándose poco amigo de lamentar por la leche derramada, sin perderse en insolubles conjeturas, opinó que con los mitos que subsistían, si bien eran insuficientes como para procesar la Mitología Andina a semejanza de la griega y situarla a su altura, se podía al menos poner las bases de su construcción con apoyo de la arqueología, la antropología y la buena suerte. Y añadió que no sería una utopía el llegar alguna vez a configurarla.

—Supongo que usted está en lo cierto, colega —aprobó don Braulio, premiándole a Saulo con una tenue sonrisa de sus ojos—. Sin embargo, Grecia y los Andes tienen un mismo origen y diferentes destinos.

## [¡CUIDADO CON EL URCU!]

«—Sí señor, un mismo origen y diferentes destinos —suspiró Saura—. La antigua Grecia y los Andes de todas las épocas, dos lugares elegidos por los dioses para unirse con las hijas de los hombres. Seducidos a veces por la belleza femenina, que ejerce en ellos similar atracción que en el común de los mortales, y otras, impulsados por el afán de propagar la estirpe, aunque siempre confundidos en las brumas



de la embriaguez sensual, encuentran en tales uniones el medio ideal para atenuar el tedio de su perenne existencia.

»Pero qué efectos tan disímiles presentan los retoños híbridos de un sitio respecto al otro. Mientras los de la Hélade se hacen llamar semidioses y héroes, van por doradas playas de mullida arena, vanagloriándose de su origen y de su belleza, privilegios que explotan en beneficio propio, en cambio sus análogos de los Andes, considerados parias por detractores espontáneos, recorren cabizbajos los extramuros, ocultando de la gente normal los estigmas que señalan su condición bastarda.

»En Grecia, las musas se ocupan en embellecer las correrías de sus compatriotas. Las llaman gestas heroicas y las inscriben en el libro de oro de la Mitología, difundiéndolas pomposamente a través de los siglos. En los Andes, la maledicencia de sus crueles paisanos se ufana en descalificar hasta sus episodios más insignes. Allá, los benévolos progenitores dotan de áureos cabellos a sus vástagos, que los llevan orgullosos en hermoso desorden, despertando admiración y envidia en las multitudes. Aquí, la perversidad paterna no concede sino espantosos atributos físicos a sus críos. Nacen estos desdichados adornados el rostro de manchas escarlatas, labio leporino o peludas verrugas, cuando no con alguna deformidad en la parte más notoria de su anatomía. Estas marcas, que sólo inspiran repulsión y temor en los demás, constituyen para ellos el INRI por el cual la sociedad les excluye.

»Por lo demás, qué curioso resulta observar los diferentes procedimientos usados por los divinos personajes para acercarse a la dama elegida. En la vieja Grecia, cuando no pueden seducir, valiéndose de medios convencionales, no vacilaban en adoptar la forma de algún gracioso animal, asegurándose así el éxito. Por su parte, los dioses afincados en los Andes,

menos ingeniosos y astutos que sus colegas, pero tan bribones como ellos, recurren a estratagemas verdaderamente ruidosas para obtener el mismo fin.

»Estos personajes, nada corteses y amigos de vivir solos y a su manera, sin las trabas de las exigencias sociales, buscan permanecer siempre aislados. Cada uno, por separado, toma posesión del urcu (monte, cerro, elevación, etc.) de su preferencia en cuyo seno establece su residencia definitiva. Por cierto, de ningún modo al estilo de un inquilino con respecto a la casa que habita, sino como el alma o espíritu que infunde vida e inteligencia a la inerte materia del urcu. Adopta su nombre, anteponiendo a él el título de taita (padre), o de mama (madre), según le convenga. Y exige, a quienes habitan sus inmediaciones, ceremonioso trato. De manera que todos deberán nombrarlo cumplidamente: “Taita Chimborazo”, “Mama Tungurahua”, “Taita Cotopaxi”, etc., de acuerdo al urcu del cual se trate.

»¡Cuidado con el urcu!

»Nadie que se precie de amante de la naturaleza y que tenga el privilegio de contemplar una imagen de un paisaje andino, es capaz de permanecer indiferente a su deslumbrante belleza. A medida que examina sus colinas y valles esmaltados de esmeralda, sus gaseosas cascadas y rumorosos ríos y, más aún, sus urcus vestidos de albo poncho, recortándose sobre el límpido azul del cielo, siente cobijarse el alma por candorosas emociones. Se ve de pronto influido por un embeleso capaz de conservarse incólume aun cuando el paisaje se le ha vuelto familiar.

»Desde luego, si tan sólo la imagen virtual de estos colosos constituye un regalo para la vista y un transporte para el alma, es fácil colegir qué placenteras sensaciones despertarían en su estado real. ¡Mirarlos desde todos los ángulos, aspirar a

toda hora la brisa que desciende por sus laderas, empapada en el perfume de sus flores, sería sin duda un deleite superlativo! ¡Oh!..., ¿quién no desearía tanta satisfacción para sus sentidos?

»Sin embargo, para los andinos no constituye precisamente motivo de felicidad el ver transcurrir su existencia cerca de un majestuoso urcu, sabiéndose aguaitados permanentemente por él en cada uno de sus actos, con la atención de un amo despiadado en procura de beneficiarse del menor desliz o descuido incurridos por ellos. Nada de lo que se dice o se hace en la localidad, aunque sea en sueños, pasa desapercibido al tiránico vigilante, que tiene la facultad de aparecer en el lugar y en el momento que a él le place. Para ello no precisa mimetizarse entre las cosas de su entorno, como lo haría un brujo para disimular su auténtica personalidad, convirtiéndose en cualquier instrumento, si se hallare dentro de una casa, o en pájaro, mariposa o planta, si estuviere fuera de ella. Su categoría de dios le exige conservar a toda hora su aspecto de apuesto y joven caballero, que es como él se permite dejarse ver por los sumisos campiranos, sobre todo, cuando se hallan éstos en estado onírico.

»Como todos los dioses o demonios, el urcu —de acuerdo con las tradiciones orales recogidas— no duerme ni se descuida jamás. Con su cabeza situada muy cerca del cielo, se mantiene atento a todo cuanto acaece en su perímetro, esperando con avidez la oportunidad de entrar en acción con el propósito de menguar la hiel de su tedio gracias a la miel de la distracción, o simplemente a la espera de recordar al feudo quién es su amo y señor. Con tal designio malogra a veces las cosechas, soplando desde sus cumbres vientos helados y tormentas de granizo. También gusta de ocupar el tiempo en hurtar parte del ganado de las fincas, ocultándolo en lo más

abrupto de los barrancos y riscos que entrecruzan sus empinadas laderas. Días después, durante el sueño de los perjudicados, ya se presentará para exigirles rescate por la devolución de las reses. La imposición consiste casi siempre en una gallina negra, un par de velas o una botella de fino licor, que deberán dejarlos a medianoche en un determinado sitio. Ciertamente, la conducta de un urcu es la de un auténtico pillo de siete suelas.

»Con todo, no son éstas las peores fechorías que comete un urcu. Semejantes actos de pillaje son nada más que inocentes travesuras con las que se recrea el Señor de la Montaña, aunque debido a ellas habrá de lamentar mucha gente. Sin duda, el peor de los males para la comunidad surge cuando a él se le da por convertirse en amante de alguna de sus mujeres. Con tal de conseguir su objetivo, le tiene sin cuidado si quien ha de compartir su aventura amorosa es soltera o casada, ya que en su código de ética no consta la obligación de guardar respeto ni siquiera a una dama en situación de gravedad, mucho menos a alguien comprometida solamente. Seguro de la impunidad de sus desafueros y carente de escrúpulos, no desdenna a nadie. No obstante, es indudable su predilección por las vírgenes, en quienes dejará traumas emocionales y huellas tangibles e indelebles.

»No existe nada que se lo pueda atribuir al *urcu* como descargo de sus tropelías. Ni siquiera el hecho de que nunca va más allá de sus dominios para sorprender a su efímera pareja, ya que de obrar de otra manera le significaría querellarse con sus vecinos, que imponen para sí iguales restricciones. Tampoco es digno de tomar en cuenta su modo de proceder similar al del sarampión, que no ataca dos veces a la misma persona. Pero ¿acaso no basta a una dama con ser deshonrada una sola vez para quedar marcada de por vida?

»Impaciente y amigo de llegar a la meta fijada por la vía más expedita, detesta los circunloquios que, debido a su torpeza, le harían perder tiempo innecesariamente. Sabedor que en estos pagos es la representante del bello sexo la encargada de acudir al monte en busca de leña o de agua, su táctica estriba en ocultarse en el pajonal o el chaparral y esperar a que alguna mujer, empujada por la casualidad, se le acerque. Entonces, adoptando la naturaleza del aura, se desliza hasta ella para envolver en su tenue aliento, que es caricia y narcótico fulminante a la vez. Sin transición, la “agraciada” por el dios de la montaña desciende al más dulce de los sueños que hubiese experimentado jamás y, una vez en las mansiones oníricas, donde todo le parece delicioso color de rosa, se ve idolatrada por un hermoso mancebo que finalmente se une íntimamente a ella.

»Al despertar, nada queda del paraíso que ella visitara instantes antes gracias a la magia del sueño. Tampoco nota el menor vestigio de su hermoso amante. Ni siquiera es capaz de descubrir las huellas de sus caricias. La realidad, con inhumana crudeza, ha ocultado todo bajo el ominoso manto de la desilusión. De pronto se ve junto al mismo agreste paraje de antes, que, por añadidura, parece abrigar hostilidad hacia ella, como si quisiera expulsarla de allí. La infeliz se siente desconcertada y, sin saber por qué, compara la actitud de su efímero amante con la de alguno de sus coterráneos en plan de repudio a su molesta esposa.

»Siempre sucede así. Tanto solteras como casadas que han corrido esta suerte tienen la misma versión acerca de estos acontecimientos. Y cuando ocurre una concepción del resultado de estas uniones entre seres tan diferentes, su fruto es un auténtico monstruo, un insulto a la estética y una ofensa para la vista. Nace este desventurado provisto de una o más joro-

bas y albino, a la imagen y semejanza de todo urcu, aunque su estatura, en su máximo desarrollo, no rebasa a la de un enano. Tiene los ojos saltones y la nariz remangada, como apuntando continuamente al cielo, presintiendo quizá, que en aquella dirección mora su padre. En vez de llevar cinco dedos al final de cada una sus extremidades los trae apenas tres. El engendro, consciente de que su fealdad imbuye repulsión en los demás, se torna misántropo y evita todo contacto con ellos, retribuyéndoles con ciego rencor. Prefiere la soledad del páramo, donde encuentra acogida en el hábitat las bestias cerriles.

»En el caso de una mujer embarazada que llega a tener este tipo de contactos sexuales, el hijo de ésta tampoco sale bien librado del percance. Aunque no con las mismas taras del anterior, vendrá al mundo al menos con un estigma que le acreditará su vínculo con el urcu. Una mancha escarlata adornando la mejilla, un labio leporino, una verruga peluda en la barbilla o una pierna más corta que la otra, es el signo inequívoco de su infortunio prenatal.

»Para agraciarse con el urcu de la localidad, es frecuente que los andinos viesan la necesidad de sobornarlo con obsequios de animales menores y lo más florido de sus cosechas. Mas el rato de los ratos, comprueban con desilusión que con semejante pillo todo sacrificio es echar en saco roto».

Las tribulaciones de Saura conmovieron a don Braulio al punto de quitarle la sed, ya que en lo posterior no volvió a tocar su vaso de cerveza. Y como si se hubiera encontrado solo, se sumió en hondas cavilaciones. En cambio Saulo reaccionó de modo diferente. La amargura no era precisamente su punto débil y cuando debía enfrentarla no vacilaba en contrarrestarla usando soluciones radicales.

—Es así, por desgracia. Mas ¿por qué aceptar resignadamente esta humillante suerte si la potestad de elaborar la más bella mitología para engrandecer el mundo andino está en nuestra mano? Puesto que el mito se refiere a un tiempo diferente del ordinario y su secuencia se desarrolla en una época anterior al mundo convencional, no está sujeto a ningún acontecimiento real y, por tanto, es susceptible a modificaciones y, ¿por qué no?, a innovaciones que retrate en lenguaje simbólico el origen de los elementos y supuestos básicos de una cultura. El pretérito no es indispensable al mito, este se puede crear tanto hoy como mañana. Además, si los griegos y los latinos forjaron y embellecieron sus respectivas mitologías partiendo de la nada, afortunadamente contamos aquí con elementos de inspiración que permitirían confeccionar el mayor poema épico dedicado al pueblo andino prehistórico, su Mitología. Pues basta con mirar cualquier punto de nuestras montañas para saber que estuvieron aquí los dioses. Sus huellas, en forma de esculturas colosales, hablan de su lejana presencia aquí...

Dejando a mis amigos, absortos en sus comentarios, me retiré de “La taberna de Arnulfo”, cuando las alas de la noche empezaban a extenderse sobre el Balcón de los Andes. Mientras caminaba, algo apartado del rumbo seguido por mí, aunque no tanto como para que pasara desapercibida la escena que se desarrollaba allí, distinguí a González entregado a su pasatiempo favorito: golpear al prójimo. Esta vez se divertía con un individuo enteco, que además parecía ebrio, moliéndole a puntapiés. El desventurado toleraba la agresión, tendido en el suelo, sin oponer resistencia ni tratar de buscar salida en la evasión. La soportaba estoicamente como un cordero que está siendo sacrificado. Quizá el primer golpe, recibido en algún sitio sensible, le había aturdido.

La crueldad que hacía gala aquel criminal que se creía con licencia para matar, me sacó de quicio y, renegando de la apatía que me acometiera la ocasión anterior, me dispuse a caerle encima sin previo aviso. Mas el recuerdo de su pistola, ansiosa por entrar en acción, impidió que fuera adelante con mi piadoso propósito. Lamenté por un instante el no encontrarme armado de un revólver, aunque de inmediato recapacité en que no habría sabido yo cómo usarlo. Así que, deplorando mi falta de prevención para semejantes contingencias, dejé pasar por alto aquel flagrante acto de crueldad. Al fin y al cabo, de Sigchos no soy más que su visitante, lo que me exime de la obligación de rendir culto a la valentía. Este rito al valor se halla tan arraigado aquí, que a menudo exige jugarse la vida por un quítame de ahí esas pajas.

\* \* \*

En la hostería me esperaba, como sobremesa, una increíble leyenda a cargo de Jaime, el posadero, que se empeña en amenizar mi permanencia en su hospitalaria casa. No sé si es en realidad una leyenda, en el buen sentido de la palabra, o simplemente un cuento improvisado por él. En todo caso el relato resulta interesante. Se llama *Cunuñunun Pishco* (Pájaro de fuego) y dice así:

### [CUNUÑUNUN PISHCO]

(Pájaro de fuego)

«—La bucólica demarcación de Salinas de Monte Nuevo, jurisdicción de esta parroquia, no obstante su benigno clima y



la fertilidad de su suelo que permite a sus pobladores vivir saludables y bien nutridos, posee el índice más alto de sordos de nuestro país. Al menos la mitad de su población padece de sordera en algún grado. Y lo asombroso es que todos los casos son irreversibles, porque el mal no proviene de causas naturales, que la ciencia médica puede contrarrestarlas con relativo éxito, sino de las maléficas artes de un misterioso personaje de las tinieblas.

»Los afectados pertenecen a ambos sexos y a todas las edades. Entre ellos hay sordos como una roca, que son los más dignos de compasión, los hay también de los que afirman escuchar algo cuando se les grita con fuerza junto al oído y, por cierto, existen quienes aseguran oír como a través de una espesa cortina de ruido. Allí, esta anomalía es tal que bien se la podría denominar a Salinas de Monte Nuevo el País de los Sordos.

»Consideraciones aparte, el mundo de los sordos no puede ser más calamitoso. Porque quien ha perdido la facultad del oído, a corto plazo termina por perder la del habla. Y aun cuando esto no suceda, se verá al menos privado de la musicalidad de la voz. Entonces este minusválido se siente abandonado a su suerte en la cárcel del silencio y, como todo prisionero, se transforma en un ser irascible y misántropo.

»Pero ¿de dónde proviene semejante mal?

»Pues, de acuerdo con las afirmaciones de los mismos salineros, el responsable de esta peculiar sordera viene de la vecina selva, de ese laberinto verde y rumoroso que, mirado superficialmente, ofrece sólo bondades. Es ciertamente allí donde, confundido estratégicamente entre los seres benefactores, habita otro, revestido de inocencia hasta alcanzar el completo desarrollo de su última etapa de transformación, que es cuando se vuelve aterrador.

»Este terrible ser no es el lógico resultado de antecesores que poseen idénticas características a las suyas. Es más bien el increíble producto de una metamorfosis diabólica. Al principio es sólo un raro y frondoso árbol que vive siempre en las orillas de los ríos, contribuyendo con su presencia a embellecer el paisaje montuno. No florece jamás, aunque sus hojas acorazonadas y esmaltadas de verde intenso le confieren un aspecto llamativo. Cierta día del año, al caer estas hojas en el agua, se convierten en el acto en succulentos peces que pueden ser aprovechados dentro de las veinticuatro horas inmediatas. Pero luego de ese lapso los animaluchos se devoran entre sí hasta quedar sólo uno, el cual se transforma en un enorme pájaro negro parecido al cóndor, cuyos dantescos graznidos retumban el ámbito en varios kilómetros a la redonda.

»Este monstruoso volátil el cual se denomina *cunuñunun pishco* (pájaro de fuego) —según la creencia popular— no es sino uno de los más destacados residentes del averno disfrazado de pájaro por órdenes de Satanás, para, con sus graznidos, ensordecen de por vida a quienes han contravenido las leyes dictadas por Pacha rúrac (El Hacedor del mundo). Debido a ello, ningún poder humano les podrá devolver el don maravilloso de la audición.

»El *cunuñunun pishco*, que “nace” al ocaso del día, abandona precipitadamente el agua tan pronto como se siente con alas, y empieza a volar en círculos cada vez más amplios mientras atruena el ámbito con sus graznidos. Atisba constantemente las nubes cargadas de electricidad, con el fin de capturar uno de sus rayos y, cuando lo consigue, lo usa como vehículo que le conducirá a las entrañas de la tierra.

»Con todo, desde tiempos remotos se ha venido hablando de un posible antídoto que contrarrestaría los efectos de la privación del oído. El remedio consiste en la sencilla operación de

cercenar los pabellones auditivos de quienes padecen de ese tipo de sordera. Sin embargo, hasta la fecha nadie ha querido probar semejante medicina. Según parece, prefieren vivir sordos como una peña a ir por el mundo desorejados».

*Sábado 18...*

Día de grandes sorpresas.

Una gran sorpresa no surge de lo inesperado y de la nada, es decir, cuando sin saber cómo ella te apabulla de repente, dejándote estático e incapaz de reflexionar en lo que te sucede, pues tal cosa se circunscribe al ámbito del susto. La gran sorpresa, en cambio, sobrepasa la expectativa que tiene uno de algo, en el sentido de conmover el ánimo con una impresión de súbita e inmensurable admiración. Y fue precisamente esta sensación la que experimenté al enterarme de los ensayos científicos que, de la manera más silenciosa, llevaba a cabo el profesor Braulio.

Tratándose de sábado, uno de los días de la semana destinados al asueto del personal docente, don Braulio se quedó en casa esta mañana. Apoyado en el alféizar de la ventana miraba risueño las flores de su jardín, cuando, en ejercicio de mi paseo matutino, coincidí en pasar frente a su casa. Me detuve apenas el tiempo indispensable para dejarle oír mi saludo y continué la marcha, en prevención de un mal entendido como, por ejemplo, el de haberme valido de aquel fortuito encuentro para hacerme invitar a pasar adentro. Pues bien, tratándose únicamente de la morada de don Braulio, mi presencia allí hubiera parecido nada más que obra de la casualidad, pero también lo era de Rosaura. Esta circunstancia podía darle a mi inocente caminata la configuración de una argucia muy bien planeada, lo cual no podía permitirme, aunque, por una parte, me agradara la muchacha más que nadie y, por otra, en mi perspectiva no perfilase la idea de abrazar el celibato. Con todo, no fui más allá de unos cuantos pasos. La bondadosa actitud de mi amigo, que en cuanto notó mi pre-

sencia se encaminó hacia mí con los brazos abiertos, disolvió mis escrúpulos.

Respirando hospitalidad me invitó a visitar su hogar. De momento se hallaba solo, pues mientras entrábamos en la casa me informó que Rosaura, la única persona que le acompañaba luego de que él se enviudara, había salido por unos instantes.

Ingresamos a una acogedora sala, amueblada con modestia pero cuidada con esmerada delicadeza. Flores recién cortadas, conservando aún en sus pétalos las rutilantes gemas de rocío, colocadas artísticamente en búcaros de barro vidriado instalados a su vez en el bufete y en la mesa central, aromatizaban con su aliento el recinto, dando a uno la impresión de hallarse en el vergel de una selva remota y misteriosa. De inmediato me vi inmerso en una sensación de libertad y de bucólica paz a la cual me hubiese gustado abandonarme perennemente. No obstante, la estantería de libros, que cubría parcialmente la superficie una de las paredes del salón, quebró mi arrobamiento, atrayendo la atención hacia aquella fuente del saber que albergaba en sus páginas los temas científicos más diversos. Indudablemente, me hallaba en el *sancta sanctorum* de alguien que hiciera de la sapiencia la razón de su existencia. Las paredes restantes decoraban algunas fotografías, enmarcadas y guarnecidas por láminas de vidrio, que conservaban un instante de la existencia de personas presumiblemente vinculadas a la familia, congeladas por la lente de la cámara fotográfica. Dos ventanales, dispuestos frente al lozano jardín para captar toda su esplendente belleza, permitían también mirar amplios sectores del paisaje andino, presentándolos cual diáfanos acuarelas. En síntesis, la habitación principal de la casa de don Braulio, en su digna sencillez, tenía las condiciones ideales para propiciar energía espiritual.

El profesor, luego de indicarme que tomara asiento, se ausentó por un rato y al reaparecer lo hizo con una escudilla de humeante y aromado café en cada mano. Me ofreció una de ellas. El oscuro y delicioso brebaje, semejante al nepente de los dioses del Olimpo, elevó mi espíritu a un estado de inusitada complacencia. Mi anfitrión, atento al placer que producía en mí la bebida, me obsequió con varias tazas más de ella, y también él se regaló con otras tantas.

Nos sentimos estimulados por aquella excelsa infusión que suscita un estado de profunda libertad, generosidad y sinceridad, permitiendo que las palabras fluyan por cauces de franqueza. Fue así como llegamos a abordar el tema que versaba sobre las investigaciones científicas que venía realizando el maestro y de las cuales, días antes, me había puesto al corriente Saulo, concitándome incredulidad y expectativa al mismo tiempo. Entonces me había preguntado qué campo de la ciencia podía investigar don Braulio con alguna posibilidad de éxito. ¿Era él capaz, desde su sitial de modesto profesor rural, de penetrar en alguno de sus perímetros inaccesibles al común de los mortales? Saulo se había referido a investigaciones “sobrenaturales”, pero su acepción no podía ser más vaga, puesto que lo sobrenatural abarca un ámbito tan extenso como lo natural, siendo imposible de poder definir alguna de sus innumerables facetas por su nombre global o genérico. Y yo, tratando de adivinarlo, hasta ahora no había dado sino palos de ciego.

Y bien, finalmente tenía yo la oportunidad de conocer la clase de investigaciones que venía realizando don Braulio. La expectativa de ver lo que existía detrás de aquella muralla levantada por el arcano, me tenía en ascuas. Mas cuando declaró él que se hallaba dedicado a la observación del comportamiento de ciertos seres humanos que tenían la virtud de

continuar vivos después de la muerte, sentí que la decepción me envolvía en su gélido hálito. ¡Qué guasa! ¿El circunspecto profesor estaba, acaso, burlándose de mí? Pues si no me equivocaba, el término de la vida de los seres vivos determinaba su propio fin, a veces reservándolos una tenue estela de efímeros recuerdos.

¿Era una broma?

Bueno, sólo me quedaba esperar para saberlo.

—Todo empezó cuando mi colega Saulo Lombardo perdió el brazo a causa de una dentellada de *paquita*, una terrible criatura que tiene aterrorizada la población —me maravilló don Braulio—. Pobre muchacho, innato soñador, junto a su miembro perdió también el romanticismo que le había convertido en nocturno trovador, un lujo muy caro de gastarse aquí.

La cita de aquel demoníaco personaje de quien nadie parecía estar dispuesto a mencionarlo, aunque lo dieran como cierta su existencia, me vino de perlas. No obstante, por respeto que merecieran los comentarios vertidos por un hombre de indudable solvencia cultural, una afirmación así, ciertamente, daba mucho en que pensar.

—Pero ¿cree usted realmente en la existencia de esta criatura sobrenatural?

—Completamente. Verá usted, hasta entonces jamás había creído yo en trastos ni en nada que se les parezca ni remotamente y su pretendida existencia se me antojaba un insulto a la inteligencia. Al escuchar algún suceso que tuviese que ver con ellos, lo tomaba, cuando no como una burda invención, al menos como fruto de una alucinación, frecuente en quienes se dejaban arrastrar por la corriente de la superstición. Pero, finalmente, habiendo sido yo testigo presencial de un caso insólito, provocado por un ser atípico que respondía a las

características atribuidas a *paquita*, no tuve otra opción que aceptarlo como innegable algo que lo creí siempre inverosímil.

»¡*Paquita*! Su nombre no podía menos que hacerme sonreír cada vez que lo escuchaba, suponiéndolo únicamente el diminutivo del sobrenombre de Francisca: “Paquita”, usado arbitrariamente para designar a un imaginario demonio disfrazado de mujer. Más tarde, en el curso de mis investigaciones, descubrí que ya los antiguos panzaleos lo llamaban así a cierto trasgo que gastaba parte de su tiempo libre persiguiendo a los trasnochadores.

—¿Una extraña coincidencia?

—Es posible, puesto que el espectro al cual lo conocemos como *paquita*, pertenece a alguien que en vida se llamó precisamente Francisca, aunque le apodaban afectuosamente: “Paca” o a veces “Paquita”. Ella era una flor de exótica belleza de quien ningún hombre se olvidaba la primera vez que la viera. Era como contemplar el rostro del amor. Todos estaban enamorados de ella de diferentes formas, incluso el Marqués de Gualaya, que hasta entonces había conseguido mantenerse al patrocinio de un pertinaz celibato, no pensaba otra cosa que en verla convertida en su esposa. La amaba hasta donde su malvado corazón le podía llevar. Era un hombre poseído y albergaba una pasión lindante con la locura. Mas Francisca advirtió su perversidad y rechazó a él, declinando la oportunidad de convertirse en marquesa. Por cierto, su corazón estaba prendado de Facundo Numa, un joven hidalgo de quien se hallaba enamorada desde la niñez y, casualmente, ahijado del marqués y su hombre de confianza hasta cuando, atraído por la causa independista, hubo de abandonarlo.

»Cuando el marqués se enteró de la fuga de Francisca en compañía de su amante, se sintió como si le hubieran adesta-



do una puñalada en la espalda. Impelido por el dolor que le laceraba el alma, ordenó a sus esbirros salir en persecución de los fugitivos y retornarlos de inmediato. En cuanto los tuvo consigo, ejecutó ipso facto a Numa y se unió en matrimonio a Francisca. Pero una boda así no podía traer felicidad a ninguno de los dos.

»Una vez instalada la pareja en la alcoba nupcial y la víctima a punto de ser sacrificada entre ruegos y lágrimas inútiles, la infeliz enloqueció y, transformada de repente en una fiera, se las emprendió contra el sádico a dentelladas y arañazos. El sorpresivo ataque de quien el marqués había creído una criatura inerte, le dejó virtualmente fuera de combate, puesto que, cuando él se percató de lo que ocurría, le faltaba ya una oreja y tenía la yugular casi cercenada. Por ello nada pudo hacer cuando la iracunda adolescente, en una nueva embestida, le vació los ojos. Entonces el aristócrata se vio embargado del odio que pondría en marcha la terrible venganza. Juró que en adelante la insumisa adolecería de una insaciable voracidad canibalesca que le incitaría a alimentarse de hombres idénticos a su amante. Invocó al poder de los infiernos y en su exasperación hizo un terrible pacto con Satanás. Las fuerzas del mal respondieron con la aterradora maldición de la cual conocemos sus consecuencias. Pues, durante unas cuantas noches en el año, determinadas por el comportamiento de la luna, Francisca, rebosante de belleza y también convertida en antropófaga fiera, merodearía la población.

Don Braulio detuvo la narración para libar la aromática infusión, que debía haber empezado a enfriarse, porque no se detuvo hasta consumirla totalmente.

—Maestro, el presunto origen de la leyenda de *paquita* no deja de resultar interesante. Digamos que la hace más atractiva la ficción.

El profesor me miró con extrañeza.

—Vamos, doctor, pues lo que acabo de relatarle no es más ni menos que la neta verdad.

Aquella respuesta exigía aclaración.

—¿Existe, acaso, algún soporte que avale la veracidad de su aserto, en lo referente a la existencia de Francisca?

Mi interlocutor volvió a mirarme aun más extrañado que antes. Resultaba obvio que no le había agradado mi desconfianza. Pero en ningún caso perdió la mesura, que en él parece ser una característica de su personalidad. Permaneció silente por unos segundos, como si meditara en la conveniencia de una explicación que me dejara contento.

—Sin lugar a duda alguna, doctor —afirmó el anciano profesor—. Pues sucede que Juanito Saura, apoyándose en archivos eclesiásticos de entonces, que se refieren concretamente a Francisca, ha conseguido elaborar la biografía de ella. Y como si esto fuera insuficiente para avalar la existencia de ella, la casualidad quiso que también yo contribuyera a confirmar aquella semblanza con el hallazgo de un magnífico retrato de nuestra joven, pintado al óleo, el cual ha permanecido a la vista de todos desde su elaboración.

No pude reprimir el efecto de la sorpresa.

—¿Ha dicho usted que se ha descubierto un retrato de Francisca? ¡Es posible!

—Eso he dicho. De la autenticidad de la obra pictórica en la cual aparece ella de cuerpo entero, representando a un personaje bíblico, no cabe la menor desconfianza. Según la firma de su autor, se debe al genio de un famoso pintor quiteño quien lo realizara por encargo del marqués, seguramente en el mejor momento de su noviazgo.

—¿Lo está seguro?

—En el catálogo de las obras de aquel pintor, que reposa en la Biblioteca Nacional de Quito, figura ésta como suya. Se lo aseguro.

—Maestro, jamás podría yo poner en tela de duda la afirmación que acaba usted de formular acerca de la autenticidad de aquella obra, sin siquiera verla. Además, si gran parte de las iglesias del país cuenta con obras de célebres artistas, ¿por qué no la de aquí? Sin embargo, cómo estar seguros si fue en realidad Francisca el modelo de aquel retrato.

Mi interlocutor, levantándose de la silla que venía ocupándola, se dirigió a una de las estanterías, repletas de libros que, a juzgar por su formato, debían de haber alcanzado una venerable longevidad. Poco después regresó con un libro, lujosamente empastado en piel color marrón, del cual fue extrayendo varias hojas de amarillento papel que se alojaban entre las suyas.

—Son éstas, cartas del marqués destinadas a Francisca —dijo, indicándome las amarillentas hojas que, entonces, las noté cubiertas de caracteres manuscritos—. No sé cómo ni cuándo fueron a parar en la biblioteca de la escuela, ocultas en este libro que ha permanecido allí sin que su título interesase jamás a nadie. Bueno, hay que admitir que una obra literaria que ostenta el deplorable título de “El impío Pío” difícilmente conseguiría despertar interés incluso en el lector más compulsivo. Sin embargo, hace apenas unos meses, lo tomé sin saber por qué. Y mi sorpresa fue enorme al descubrir que —según una apostilla puesta por su propietario en la primera página— aquel libro había pertenecido al Capitán Gonzalo Meza de Pineda y Salazar, Marqués de Gualaya, un nombre inscrito en las páginas de la historia y un hombre de quien se conocía, aunque remotamente, que alguna vez había representado aquí el poder de la corona española. Sintiendo-

me contento por aquel inopinado hallazgo, me preguntaba ¿cómo no se me había ocurrido examinarlo antes? Mas cuando, al hojearlo, descubrí las cartas del marqués destinadas a una tal Francisca Muñoz de Irigoyen, mi sorpresa alcanzó niveles insuperables, ya que fue ese el nombre y los apellidos de la dama de quien subsiste su terrible espectro conocido por todos como *paquita*. Y, como usted ya podrá suponer, de sus textos se desprenden interesantes datos concernientes tanto a la mujer amada como a su amador. Por cierto, también incluyen ellos irrefutables referencias acerca del retrato de Francisca Muñoz de Irigoyen y del autor de él —entregándome una de las cartas, agregó—: Usted puede informarse de primera fuente.

Tomé con interés aquella hoja de ambarino papel que respiraba vejez, seguro que me permitiría avizorar parte de los sentimientos de aquel sádico colonialista descritos por don Braulio, pero no entendía sino de vez en cuando palabras sueltas. Su escritura enrevesada, además del castellano antiguo usado en el texto, me dejaron en ayunas. Se la devolví a su dueño.

—¡Interesante! —comenté, como si la carta me hubiese revelado su exacto contenido, y añadí sin convencimiento—: Mis felicitaciones a usted, maestro, por el invaluable tesoro que la fortuna le ha permitido descubrir. ¿Me equivoco al suponer que la comunidad entera se habrá quedado estupefacta cuando la relación entre la bella Francisca Muñoz de Irigoyen y el terrorífico espectro fuera establecida?

—La comunidad jamás se ha enterado ni tiene por qué enterarse todavía de mi hallazgo ni del fruto de las investigaciones de nuestro amigo Saura. Mientras el proyecto que lo hemos diseñado no llegue a feliz término, resultaría perjudicial que nuestro descubrimiento filtrase al público.

Si la noticia de tal descubrimiento estaba aún vedada divulgarla, entonces ¿por qué se me comunicaba a mí? ¿Acaso mi condición de forastero, y por ello ajeno a todo lo que sucediese aquí, había sido el motivo de semejante confidencia? Pero ¿desde cuándo el ajeno inspira mayor confianza que el propio? No lo entendía.

Mi perplejidad me impidió que formulase preguntas relacionadas con algunos puntos que mi interlocutor había omitido explicárselos, como, por ejemplo, el lugar donde se encontraba el famoso retrato de Francisca y el tema que trataba “El impío Pío”. Me callé. Pero don Braulio, que no sentía irresolución sobre lo que tenía que decir, no tenía razón para imitarme.

—Y bien, doctor, son estos algunos detalles de Francisca Muñoz de Irigoyen, que por cierto, hasta cuando no se rompa el sortilegio que pesa sobre ella, continuará haciendo historia. Sólo entonces la leyenda se desprenderá de su pavoroso atuendo para mostrarse con la llaneza de una historia ajustada a la realidad de los acontecimientos.

—Y también habrá perdido el colorido que vuelve seductora la leyenda.

A pesar de que esta frase fue dicha sin intención, dio pábulo a don Braulio para que se embarcara en reflexiones y reminiscencias que surcaban el lado opuesto del optimismo.

—En cuanto a la connotación de leyenda, absurda y pavorosa a la vez, que se le ha dado a esta historia patética, como buen sigchense que me precio de serlo, me siento más en desacuerdo que irritado. El saber que al idílico *Balcón de los Andes*, fuera del área comarcal, se le identifica más por sus demoníacas fábulas que por alguna de las gestas heroicas de su áurea trayectoria, ofende mi dignidad. Pues, figúrese usted, cómo no me habría sentido al no poder evitar la vincula-

ción de mi patria chica con esta leyenda negra propalada en todas partes desde luengos años atrás...

—La conozco perfectamente, maestro —me permití interrumpirle con el fin de evitar que prosiguiera con algo que le lastimaba y que además lo conocía yo—. Alguien al corriente de ella la relató, sin omitir talle, a uno de los diarios más difundidos de la capital. Me refiero al capitán Oliva, quien no hace mucho se viera en la necesidad de aterrizar su avioneta aquí, como usted lo recordará.

La leyenda de *paquita* había sido, por cierto, la responsable de mi viaje acá. Pero ahora me importaba más por haberse fijado en ella el punto de partida de las investigaciones de don Braulio que por sí misma.

—¡Perfecto! —continuó don Braulio, mirándome a los ojos, como si esperase ver reflejada en ellos el valor intrínseco de mi respuesta— Pues si ya la conoce usted, entonces convendrá conmigo que mi deber, por decirlo así, es el de desarmarla. La propalación de leyendas de demonios necrofílicos y espectros que se materializan a voluntad, difícilmente abona en prestigio de su lugar de origen.

—Si bien las expresiones folclóricas de un pueblo entretienen y divierten a propios y a extraños, además de caracterizarlo, por estas mismas razones, mantienen a su exponente sumido en el letargo. Por encima de todo lo bueno que se pueda decir del folclore, su vigencia no es más que un gravoso lastre que impide a una sociedad proyectarse al futuro por la senda trazada por la reflexión. Por tanto, convengo con usted respecto a que esta terrorífica leyenda, concebida con la mayor insania del humor negro, en nada contribuye a incrementar la reputación de este apacible lugar.

El anciano me miró poco menos que decepcionado. La connotación supersticiosa que, en la última frase de mi co-

mentario, lo había dado yo a aquel conjunto de sucesos que él lo reivindicaba como histórico, le contrarió.

—Vamos. Pero ya se lo dije que fui testigo de un infortunado suceso del cual fue *paquita* la responsable, por lo que usted podrá colegir que su existencia no se circunscribe al campo de la leyenda. ¡Qué bien la quisiéramos para nuestra tranquilidad! Pero en vez de un personaje ficticio restringido al ámbito de la fábula grotesca es el protagonista real de macabras correrías auténticas. Además, igual que en el pretérito, continúa aquí y ahora entregado a su lúgubre activad.

—¡Oh... qué me dice usted! —exclamé— Pues si esta aseveración no viniese de quien proviene, tendría yo más de un motivo para dudarla. Pero no siendo este el caso, ¿debo inferir que ha conseguido usted descubrir la verdadera naturaleza de *paquita*?

Rosaura que, a su regreso había notado mi presencia en su casa, tuvo la atención de acercarse para saludarme, interrumpió por un momento la conversación. La presencia de la hermosa joven, que en otras ocasiones había cautivado mi atención, esta vez no consiguió desvanecer el interés que sentía yo por la conversación con su progenitor.

—Por supuesto —respondió don Braulio en cuanto nos dejara Rosaura, reanudando la plática—. Estoy absolutamente convencido de que *paquita* no es un personaje escapado de la leyenda para entumecer de miedo a los supersticiosos ni mucho menos para enriquecer el folclore con sus extravagancias, sino un ser real. Dotada de facultades que le permiten materializarse a voluntad, es sometida a permanecer en un mundo que ya no le pertenece. Pero aun cuando le anime la misma Lilit, en unos cuantos días le habremos redimido del maleficio que le impide acogerse al descanso eterno, que es lo que los muertos se merecen. Se aproxima el *plenilunio*

*fatal*, que con su platinada y misteriosa luz despierta a *paquita* de su pesado y largo sueño. Entonces, difícilmente conseguirá el monstruo escapar de la celada que lo habremos preparado. Lo tenemos todo listo para el gran evento.

Sin ayuda, jamás habría podido yo saber en qué consistía el *plenilunio fatal* ni lo que tenía que ver éste con *paquita*. Mas don Braulio, siempre oportuno, impidió que me mantuviese en la ignorancia.

—Se lo denomina *plenilunio fatal* no para diferenciarlo de las noches de luna llena comunes, que son aquí algo más cortas que aquél, sino por la calamidad que lo origina con su advenimiento. La razón de su espacio ligeramente más dilatado de lo normal, no admite enigma, pues ocurre que, por una sola vez en el año, la reina de la noche hace su triunfal aparición en el cielo sigchense, levantándose exactamente del vértice formado por las pirámides del Iliniza en su base, cuando de ordinario empieza su ascensión, en alguna medida, interferida por una de estas montañas. Y en cuanto al efecto calamitoso de este fenómeno, desconozco aún cómo actúa éste en la naturaleza inerte e incorpórea de *paquita*. Mas lo cierto es que tiene el poder de sacarlo de su estado latente y, por unas cuantas noches, también el de mantenerlo tangible y activa. Una vez ella materializada, tomará la población como su coto de caza. Desde luego, la noche del *plenilunio fatal* no será la única del año en que ella se dedique a sembrar el terror, ya que las siguientes, mientras el cuarto menguante no reduzca ostensiblemente el brillo de la luna, que constituye la fuente de su fortaleza física, continuará al asecho de imprudentes noctámbulos. Y cuando el espectro llegue al nivel más bajo de extenuación, pero aún con morfología humana, habrá entonces llegado el momento de echarle el guante. Ya lo verá usted.



Me hallaba estupefacto de la fértil imaginación de don Braulio. Sinceramente no sabía yo dónde se detendría con los presuntos logros de sus investigaciones y sus pronósticos. En cuanto a la existencia misma de aquel espectro y a la posibilidad que la luna tuviese la virtud de reanimarlo, me parecía un completo disparate, algo de imposible realización. Sin embargo, lamentando en el alma la certeza de que también don Braulio, un hombre a todas luces ilustrado, se hubiese dejado contaminar por la peste de la superstición, continué escuchándole pacientemente, sin emitir comentario alguno que hubiese podido desviar la plática por rumbos imprevistos.

—Esta vez —prosiguió optimista el anciano—, mientras *paquita* se conserve animada no la perderemos de vista, manteniéndonos al tanto de sus correrías y de su fortaleza física. Con el fin de vigilarlo cuidadosamente, he tomado las providencias necesarias, incluida la invención de unos anteojos especiales que permiten ver a los fantasmas en su estado inmaterial, mimetizados con el aire. Por favor, acérquese usted a aquella mesa, que en realidad es el laboratorio donde llevo a cabo mis experimentos visuales —me sugirió don Braulio a la vez que él mismo se encaminaba hacia el mueble indicado, ubicado en un ángulo del salón, sobre el cual reposaban herramientas usadas en la elaboración de cristales ópticos, además de un sinnúmero de gafas, lupas, catalejos y antiparras de variados y extraños diseños. Tomando unas antiparras provistas de pequeñas y opacas lunetas, continuó—: Eh aquí el estupendo adminículo que permitirá descubrir a nuestra escurridiza presa por inadvertida que pretenda pasarse. Sus lentes, como podrá notar, están construidas en material orgánico y no en vulgar cristal. Vamos. Puede usted probarlo con entera libertad y opinar acerca de mi invento, que por cierto acabo de perfeccionarlo —lleno de curiosidad coloqué

ante mis ojos las famosas gafas y me puse a mirar a través de ellas, pero no lograba distinguir nada extraño—. ¿Verdad que no consigue descubrir nada anormal? ¡Claro que no! Durante el día mi invento no es de mucha ayuda, pero aguarde la llegada de la noche y entonces se convencerá de lo que vale él en realidad.

No sabía yo qué pensar del invento de don Braulio. ¿Sería de alguna utilidad por la noche? Tenía mis dudas al respecto. Se lo devolví sin formular comentario.

—No fue nada sencillo el inventarlo ni mucho menos el perfeccionarlo —suspiró don Braulio, conmovido por hondas reminiscencias, mientras buscaba, en la mesa, el sitio adecuado para colocar el detector de fantasmas—. Créame usted que el conseguirlo me ha costado diez años de ardua labor y la mayor parte de mi sueldo de pedagogo de ese mismo tiempo. Pero los doy por bien empleados, ¡qué caray! Verá usted, cuando fui testigo de la agresión de Saulo cometida por *paquita*, quien luego se desvaneció en el aire, poniéndose al abrigo de una posible persecución, concebí la idea de buscar un medio capaz de abarcar el campo oscuro de la visión. Sólo de ese modo sería factible localizar la presencia invisible de la infernal criatura y eliminarla recurriendo a similares procedimientos usados con los vampiros (debo anotar que por entonces la creíamos una variedad de éstos). Pero el recorrido de mis experimentos no ha podido ser más arduo. Al principio, confiado en los medios convencionales que hacen posible la amplificación de la luz y de las imágenes, consumí tiempo y dinero sin que llegara a nada positivo. Los prismas y cristales de aumento con los cuales experimente de mil maneras diversas, resultaron incapaces de permitirme rebasar la longitud de onda de la luz visible. Y cuando la decepción empezaba a socavar la esperanza, una feliz inspiración vino a

solucionar el problema. Pues habiendo escuchado en más de una ocasión a mis coterráneos, que tanto los perros como los caballos podían ver más allá del campo iluminado, supuse que, de ser cierto tal afirmación, esta cualidad le debían a alguna propiedad especial del órgano de la visión. Posiblemente radicaba en la córnea el quid de semejante privilegio. Ésta, gracias a su sensibilidad o algún otro atributo, debía transmitir al cerebro vibraciones más complejas de las comprendidas dentro de los parámetros entendidos como normales para que fueran traducidas. Con esta intuición, puse manos a la obra y no me equivoqué. Sin embargo, de inmediato me vi ante dos obstáculos de difícil superación. Uno, las córneas de perro, aunque fácil de adquirirlas, como efecto del accesible precio de su donante, resultaban difíciles de manipularlas con el elemental y escaso instrumental especializado que poseía yo, debido a sus dimensiones reducidas y a su consistencia extremadamente frágil. Dos, las córneas de caballo, si bien presentaban condiciones mucho más operables que las anteriores: mayores dimensiones y resistencia, resultaban para mi escuálida economía poco menos que imposible poder adquirirlas. Porque el coste de un equino difiere en mucho al de un can. A pesar de todo, experimenté con material proveniente de aquél, aunque a menudo me veía en la necesidad de buscarlo en alguno que, accidentalmente, se hubiese desbarrancado en algún lugar distante y abrupto. Ventajosamente, el esfuerzo ha sido recompensado con creces —don Braulio, matizando con una pincelada de satisfacción su arrugado rostro, señaló respetuoso las extrañas gafas que poco antes me había entregado—. Esta misma noche, gracias a ellas, podrá usted descubrir los secretos que encierra el mundo invisible —aseguró enfático.

Mas no fue así. Esta noche, luego del último ensayo teatral (el último, puesto que el debut de la obra dramática es mañana, fecha de inicio del festival), regresé a casa de don Braulio, en su compañía y la de Rosaura. No obstante mi escepticismo, ansiaba saber si los espectros existían realmente más que la oportunidad de ver por primera vez uno de ellos.

La noche empezó brumosa y la luz proyectada por la luna, en su fase avanzada de cuarto creciente, era absorbida por aquella oscura y pesada masa que se negaba a retirarse. Y claro está —según don Braulio—, sin iluminación lunar nada se podía hacer. La misteriosa luz de la reina de la noche era el motor que les ponía en movimiento y evidencia, dotándoles de efímera e intermitente vida. En su ausencia, el maravilloso invento, construido para detectar los furtivos habitantes del mundo invisible, quedaba reducido a la completa inutilidad.

Don Braulio no se descorazonó porque las condiciones meteorológicas actuales resultaran adversas al experimento, contentándose con formular un filosófico comentario: “Otra vez será”. Tampoco en mí causó decepción el fracaso, pues lo presentía. Me retiré sereno por fuera y loco de risa por dentro.

\* \* \*

Me había retirado de casa del profesor apenas un corto trecho, cuando, emergiendo del tétrico susurro que arrancaba el viento a los árboles, se dejaron oír jubilosas canciones y música de guitarras no lejos de allí. Pese a que la noche no podía estar más oscura, me las arreglé para llegar, en el menor tiempo posible, al lugar en el cual se originaran los cánticos. Resultó ser la casa de Zeledón, uno de los muchachos que conocí en ocasión de la visita a la cancha deportiva, donde se

había congregado la juventud para ensayar las coplas que amenizarán el mayor festival del año. Fui bien recibido allí, aunque no tomé parte activa del ensayo, que además no tardó en concluir. Para mi sorpresa, cuando apenas el reloj mascaba las veintiuna horas, músicos y cantores se retiraron cual más presuroso. Inquirí asombrado a Zeledón el motivo de aquella súbita desbandada, y él, a su vez asombrado de mi inopia, me reveló que aquello se debía al riesgo de transitar durante las horas altas de la noche, lapso en el cual los espíritus de ultratumba retornaban a la vida terrena para hacer de las suyas. ¡Increíble! A pesar de hallarme informado de la proverbial superstición que predomina en las creencias de esta gente, situación que necesariamente debe distraer y aun obnubilar su capacidad de reflexión, no puedo entender cómo el miedo ha conseguido penetrar tan profundamente.

Me dirigí a la posada, luchando con la opacidad y acompañado de los estridentes gritos de una lechuza, que persistía en cantar a la desolación de la noche. Desconozco a qué variedad de la numerosa familia de los Titónidos, del orden Estrigiformes, pertenece este pájaro plañidero, quizá en peligro de extinción. Pero me molestaba su espeluznante romanza que no contribuía precisamente a elevar el estado de ánimo.

El manto de la noche se ponía cada vez más denso, impidiéndome distinguir con claridad las siluetas de los transeúntes que se retiraban cual más de presuroso. No obstante, pude arribar con relativa facilidad a la posada. Mas, para mi sorpresa, sus moradores, generalmente risueños y prestos a dejar fluir un manantial de efervescente alegría a la menor oportunidad, se hallaban presas de la inquietud. Desde luego, no por culpa de mi tardanza en llegar, sino debido a los gritos de la lechuza.

—¡Ay, señor mío, alguien va a morir! —fue el compungido saludo de doña Estefanía.

—¿Cómo lo sabe usted? —pregunté sorprendido.

—Pues, ¿acaso no lo escucha el grito de la Muerte? —respondió la mujer, estremeciéndose de terror por un nuevo graznido que en ese instante hendía el aire.

A pesar de que, desde mi llegada a Sigchos, no había hecho otra cosa que ir de sorpresa en sorpresa, por lo cual debía considerarme a la presente un veterano en experimentar aquellas emociones, no pude dejar de maravillarme. Miré interrogante a Jaime.

—¿Es qué no lo conoce al chúshig? —replico el interpelado, admirado de mi ignorancia sobre algo que, según él, todo el mundo debía estar al corriente.

Moví negativamente la cabeza. Desde luego que conocía yo la denominación quechua de lechuza: chúshig. Pero Jaime no se refería meramente al nombre del noctámbulo y tétrico trovador en sí sino a la fama de mal agüero atribuida a él, que no tenía yo la remota idea de haberla escuchado alguna vez.

—Pues bien, doctor, venga usted conmigo —me invitó el posadero, permitiéndome pasar adentro—. La cena está lista y mientras la servimos procuraré ponerle al corriente de la lúgubre consigna que tiene el chúshig.

En cuanto nos sentamos a la mesa, aun antes de probar el primer bocado, empezó Jaime:

### [EL CHÚSHIG]

»He aquí una terrible criatura capaz de sobrecoger de terror al más bragado de los hombres con su sola presencia. Es el mensajero de la Muerte, el cual, en altas horas de la noche y

valiéndose de espeluznantes graznidos, pregona la inminente defunción de algún miembro de la comunidad.

»Quien escucha sus chillidos, aislados y relativamente lejanos, sabe de inmediato que su abuelo, su primo o algún allegado habrá de partir al otro mundo en corto plazo, sin que en la tierra haya poder alguno que consiga evitarlo. Aun más, si los chillidos son nutridos y ocurren en la proximidad del oyente, queda éste notificado que le restan apenas unas cuantas horas de vida. En todo caso, tiempo suficiente para ir despidiéndose de sus parientes y amigos más cercanos y componérselas personalmente con el maestro de pompas fúnebres.

»El mensajero de la Muerte le ha informado de su viaje definitivo y, pensándolo bien, este suceso significa un privilegio. Bien mirado, lo peor que le pudiese ocurrir a uno sería sucumbir repentinamente, cuando menos lo espera, quizá el momento mismo de hallarse en alguna situación comprometida. Sin embargo, la advertencia del chúshig, jamás es acogida con el beneplácito por nadie.

»Para el noctámbulo viajero es él su peor pesadilla. Lo presiente, con la aviesa complicidad de las sombras, acechándole constantemente desde algún lugar inopinado. Lo intuye analizando su porvenir para luego emitir un augurio sobrecogedor. Lo teme pero no lo odia. Con todos sus sentidos atentos, lo busca pero no desea encontrarlo.

»No obstante, cuando alguna vez, durante el día, lo han localizado y, consiguientemente, conseguido darle caza, lo crucifican vivo y de frente al sol. La siniestra criatura no soporta la luz y tarda poco en expirar entre desesperadas aletadas.»

Es ésta la concepción que el campesino andino abraza con respecto al *chúshig*, debido quizá a sus hábitos de nocturno cazador y, como amante de la paz, inquilino frecuente de los cementerios.



*Domingo 19...*

## EL FESTIVAL DE LA ALEGRÍA

La aurora de este día se presentó hermosa como nunca y su sonrosada luminosidad germinó el regocijo del suelo sigchen-se, que se convertiría pronto en teatro de pintorescos sucesos costumbristas, cada uno de ellos digno de ser perennizado en una magistral obra pictórica. La sensacional y contagiante animación con que sus habitantes dieron inicio el festival dedicado a la Alegría prevalecía en todos sus actos, como si el advenimiento de este día especial hubiese llegado acompañado de un poderoso antídoto contra la sombría congaja en toda su amplia gama. Es así como la acostumbrada salutación displicente y rígida, semejante a una bofetada en pleno rostro, recitada maquinalmente entre la vecindad, ha adquirido una estructura de afabilidad y una tersura musical que de sí es un himno de ternura a la cordialidad; la sonrisa ha dejado de ser la cínica mueca disfrazada de sencillez donde se incubaba la soterrada maliciosa, para reflejar candorosos y sinceros sentimientos; la mirada no es ya el turbido escenario en el cual desfilan borrascosos designios o lánguidos sinsabores, sino un cielo iluminado por una eclosión de felicidad, y los ademanes han prescindido del imperio de acciones espasmódicas al embarcarse en alas del estético ritmo. Se diría que el espíritu de la comunidad ha sido privilegiado con la gracia de la renovación.

Todo indica que también en esta ocasión se celebrará el festival con la solemnidad con que han venido honrándola a lo largo de los años o, acaso, siglos de vigencia. Porque un evento esencialmente ecuménico, que no hace discrimen del color de la piel ni de la condición social de sus participantes,

despierta la euforia en todos por igual. Los miembros de la comunidad, individual y corporativamente, se aprestan devotamente a formar parte protagónica del festejo, puesto que nadie se avendrá con la función de pasivo espectador solamente. Han esperado todo un año para disfrutar del advenimiento de su patrona, la Alegría, que les concede el privilegio fundirse con ella, y no querrán verla pasar de largo.

Tampoco yo permanecí en el plano de simple observador, contentándome con mirar los acontecimientos con real o fingido interés y limitándome a reír y a aplaudirlos por mera cortesía, porque con antelación había comprometido mi participación en varios actos del programa de espectáculos públicos. Fue así como en el transcurso del día contribuí musicalmente en la realización de los números iniciales del festival designados para el día de hoy: la serenata a la Alegría y la función teatral.

El primero de los actos se efectuó, en la histórica plaza Antonio Mata, el instante en que la aurora teñía de rosa el *Balcón de los Andes*. El fastuoso proscenio, elaborado para la ocasión con la magnificencia que podía ofrecer la abundancia de mil especies de flores cortadas de los jardines de la comarca, se hallaba ocupado por un grupo de chiquillas provistas de grandes y multicolores alas, que simulaban etéreas mariposas. Acompañadas del leve rumor que producía el tremolar de sus alas, danzaban graciosamente en torno de la hermosa joven que, coronada de rosas y vistiendo una gaseosa túnica rosácea, sujeta a las caderas por un áureo cinturón, simbolizaba a la deidad de la Alegría.

La deidad de la Alegría, representada por Flor Celina Celi, quien en su primaveral belleza resplandecía tanto como la misma aurora, fue homenajeada con la serenata, que por cierto consistió en reproducir por enésima vez el Himno a la Ale-

gría, entonado desde tiempo inmemorial en la madrugada de esa fecha. (*¡Salve oh célica Alegría, /sal y aroma de la vida! /En ti nace y se anida /la radiosa melodía...*). Gracias a los Ayala, músicos de innegables méritos, a quienes los conocí durante los ensayos de la obra teatral, pude instruirme sobre el contenido de esta canción emblemática. No sé si mi interpretación, en esta vez, tuvo la calidad artística y el influjo emocional de las precedentes.

Los moradores que, con horas de antelación, se habían dado allí cita para rendir pleitesía a la patrona de la población (aunque la iglesia católica jamás le había reconocido como tal, ya que ese honor le concedía a un bizarro y batallador caballero llamado San Miguel Arcángel), presenciaban aquel rito con las manos en el pecho, dominando los latidos de su ansioso corazón. Un acato idolatra, envolvente, sensitivo, un acato reverente invadía aquel recinto, donde altiva y fascinante, cual la estrella matutina, Flor Celina recreaba a la egregia Alegría. El saludo de las flores, enunciado en aromas, en aromas que embriagaban, que posaban en el alma, conduciéndola a mirajes emergidos del ensueño, inundaba la explanada. Y en los labios candorosos de la brisa vagarosa, provenientes de las cimas del soberbio Iliniza, había frases presurosas, susurrantes, melodiosas, que auguraban la inminencia de un fulgente regocijo.

Coincidiendo con la finalización de la serenata, que había sido escuchada en actitud de silente unción por los presentes, las campanas de la iglesia escandalizaron el ámbito con sus metálicos gritos, rompiendo bruscamente el embeleso colectivo. Su intervención en modo alguno estaba dirigida a intensificar el lustre de la ceremonia, objetada como un acto pagano por la iglesia. Tal cosa hubiera sido contraria a sus intereses, comprendidos como réditos pecuniarios alcanzados y

mantenidos bajo la excusa de la supremacía de la fe cristiana sobre otras tendencias espirituales, se entiende fácilmente. Por tanto, las campanas no se sumaban con su voz al júbilo que despertaba en la parroquia el advenimiento del festival, sino que la advertían la obligación de concurrir a la iglesia, como siempre en ese momento del día, para escuchar la palabra de Dios a través de su ministro, el padre Silvano.

Los presentes (sobre todo las mujeres), repuestos del sobresalto causado por el primer repique, se miraban mutuamente, deseosos de advertir en los demás la decisión correcta que debían adoptar en el complicado caso que atravesaban. Mas en la mirada de todos se retrataba la perplejidad, y la inquietud sustentada por el temor de equivocarse era evidente. ¿Qué partido a tomar les resultaría menos oneroso, el de dar la espalda al festival en el preciso instante de su inicio y acudir obsecuentes al llamado de la iglesia, o el de quedarse en la plaza y atenerse al atropello verbal del sacerdote que, al igual que una bola de nieve en movimiento, iría en aumento a lo largo del año? Vaya encrucijada.

Sin embargo, obrando de manera contraria de lo que podía suponerse, el segundo repique, en vez de contribuir a inclinar la balanza en favor de la casa de oración, no sirvió más que para granjearse el rechazo general, como le ocurriría al persistente zumbido de un abejorro. Pues, alzándose despectivamente de hombros, fijaron la atención auditiva en el elocuente discurso que, en honor de la Alegría y frente a su egregia representante, el señor de Arana, en cumplimiento de su función de Presidente del Comité de Festejos, pronunciaba en ese memorable instante. Y el tercer repique, que indicaba perentoriamente el inicio de la celebración de la misa, ni siquiera fue escuchado, y si alguien lo escuchó, simuló muy bien que no lo había atendido.

Dudo que el párroco se hubiese avenido a decir misa, acudida tan sólo por el sacristán, que estaría presente para acolitarlo. La verdad es que, tanto éste como aquél, fueron vistos en la plaza tan sólo un minuto después del último repique, mezclados con la multitud. El uno, en sospechosa actitud, situado estratégicamente cerca de los recipientes de *canelazos*; el otro, ceñudo y anhelante a la vez, parado a respetable distancia del proscenio, pero no demasiado lejos como para que le impidiera devorar con su oblicua mirada a la hermosa Flor Celina, que bajo la tenue luminiscencia del alba había tomado para sí el célico hechizo de Afrodita brotando de las espumosas olas. Si bien la actitud circunstancial de estos dos pintorescos ciudadanos carece en sí de importancia, su sola presencia fuera del lugar donde a esa misma hora debían hallarse ocupados en cumplir uno de los preceptos rituales impuestos por su cristiano ministerio, ilustra la prioridad que tiene para todos el festival.

Entre el tiempo empleado por la serenata (ejecutada por su servidor), el florido discurso del señor de Arana, el sobresalto llevado por los presentes (como efecto del primer repique de las campanas de la iglesia), las ávidas miradas del cura y la sospechosa actitud del sacristán, se desvaneció el alba absorbida por la sonrisa del Sol, que se distendía gradualmente sobre el paisaje andino. Para entonces el Festival de la Alegría quedaba inaugurado conforme a lo previsto. Flor Celina, habiendo cumplido con altura el primer acto de su función, precedida por la banda de músicos, que entonaban el Himno a la Alegría, y acompañada de su alado séquito, se encaminó a su domicilio donde se prepararía para la siguiente intervención.

La plaza no se vio afectada en su concurrencia debido a la ausencia de la representante de la Alegría, ya que, con la ex-

pectativa puesta en los actos de entretenimiento que se avecinaban, nadie pensó en alejarse de allí. Tampoco a mí me asaltó la idea de retirarme y, tras poner en manos de Jaime el acordeón, me entretuve yendo de aquí para allá en espera de poder encontrarme con algún conocido mío. Fue así como tuve lugar de ver al monaguillo, que sin duda habiendo tenido ocasión de acceder a los canelazos de algún expendedor descuidado, se había convertido en otro muy diferente del tímido y reprimido zagal que había manifestado serlo siempre. Ahora, adoptando ínfulas de irresistible galán, se acercaba a las chiquillas en plan de conquistador. Y al ser rechazado airadamente por una, como era de suponer, acudía sin inmutarse a probar suerte con otra para cosechar indefectiblemente similares frutos. La concurrencia se desternillaba de risa al ver transformado en donjuán a alguien que sólo hasta unos minutos antes era incapaz de sostener la mirada de una chavala. El cura, que para entonces se había retirado hasta la puerta de la iglesia, le acribillaba desde allí con sesgas miradas que no presagiaban nada bueno una vez que el mozo cayera en sus manos.

No tuve que ir muy lejos para dar con Juan Saura y el joven a quien, el otro día, le viéramos por primera vez en “La taberna de Arnulfo” mientras libaba su cerveza, entregados a un amistoso diálogo. Juanito, trajeado con mayor elegancia que de costumbre, se sintió alegre de volver a verme. Agradecí con una insinuación de reverencia la atención que se me dispensaba.

—El señor Cecilio Garza, quien acaba de retornar al terruño luego de quince años de ausencia —expresó Juanito, volviéndose a su compañero, y dirigiéndose a mí, añadió—: El doctor Florencio Vivas, nuestro distinguido huésped.

Nos estrechamos las manos con mutuo agrado. Garza es un hombre privilegiado en quien la naturaleza se ha complacido en derramar sus dones para convertirlo en un magnífico ejemplar de la especie humana. En otras palabras, es una combinación perfecta de Adonis y Heracles. Máxime que cuenta a su favor con un perfil griego de la línea más clásica. Debe tener unos veinticuatro o veinticinco años de edad. Iba vestido del mismo modo que la ocasión anterior, aunque con renovado atuendo, se entiende.

—Ciertamente que me ha costado verdadero esfuerzo el reconocer en ti al inerte niño que dejó el terruño hace tanto tiempo. A pesar de los años que han pasado, recuerdo como si fuese apenas ayer, cuando un pariente tuyo vino a por ti para llevártelo consigo. El propósito de aquel buen samaritano era el de protegerte luego de que tus padres hubieran perdido trágicamente la vida en aquel incendio de “La Guaca”, cuyo misterioso origen jamás se aclaró. A menudo me preguntaba qué habría sido de ti, y de repente el hado decide responder presentándome un gentleman.

¿Gentleman? Bueno, yo le habría comparado más bien con uno de esos caballeros que adornan el friso del Partenón de la acrópolis de Atenas. El otro día, al verlo inopinadamente en “La taberna de Arnulfo”, tuve la impresión de hallarme frente a uno de aquellos héroes mitológicos, que habiéndosele vuelto la Hélide demasiado decrepita como para admitir todo el caudal de frívolos requerimientos que su espíritu sediento de emociones buscara satisfacer, se había decidido a probar fortuna en las libérrimas y dilatadas regiones andinas. El mismo albo corcel, atado junto a la puerta de la tasca, me pareció la fiel imagen de Pegaso, el hijo de Poseidón y la Gorgona Medusa, presto a trasladar por el éter a su dueño. Pues, en esta

tierra de misterio, donde con frecuencia lo fantástico se confunde con lo real, todo podía suceder.

Juanito que ha libado de la sugestiva fuente de la mitología andina y, como no puede ser de otra manera, es su ferviente devoto y su expositor autorizado. En consonancia con ello, comentó la impresión que le motivara el repentino encuentro con Cecilio:

—¡Oh, pero cómo suceden a veces las cosas! Aquella tarde, cuando nos acerábamos a la taberna, vi aquel blanco caballo, que daba la impresión de haber sido tallado en un bloque de nieve, nunca iba a imaginarme que su dueño sería nada menos que Cecilio Garza. Pues, si he de ser sincero, en cuanto posaron mis ojos en el gallardo desconocido de la taberna, libando en solitario y haciendo gala de la indolencia y el desparramo de quien se considera muy por encima de los demás, tuve la repentina sensación de hallarme frente a uno de aquellos dioses de las montañas, viajando de incógnito para sorprender a los deplorables humanos.

—Pero ¿qué es lo que dices, Juanito? —se rió Cecilio—. De donde conozco, los *urcus* no cabalgan corceles sino guanacos. Tampoco se presentan a los varones, por guapos que fuesen estos, son las damas y nada más que las damas su debilidad. Y a propósito de damas, hace unos instantes pude ver, del brazo de un venerable anciano y cerca del proscenio, a la mujer más hermosa que mis ojos hubiesen visto jamás. Posee el garbo señorial de una princesa, dos grandes y límpidas esmeraldas por ojos y su cabello, que flota cual oleaje estimulado por los ósculos de la brisa, ha tomado para sí el oro del maizal en sazón.

El retrato no podía estar mejor ilustrado. Juanito me miró suspicaz, tratando de leer mi reacción, que por cierto fue de indiferencia, luego profirió:



—En la población existe sólo una persona que concuerda con esas señas. Es hija del maestro Braulio Salvatierra y se llama Rosaura. Pero, si he de ser categórico, te diré que alguien la vio antes que ti. Además...

—Y, aún del brazo de su anciano padre, ahora mismo avanza en dirección de la escuela. ¡Miren! Va por allí —interrumpí, simulando no haber comprendido la insinuación de Saura, mientras contemplaba a la referida dama que, sorteando los sucesivos obstáculos que originaban los transeúntes, se alejaba por el rumbo indicado.

Tanto Cecilio como Juanito se volvieron apresurados para poder verla. No sé si lo consiguieron. Mas ninguno de los dos comentó nada al respecto, desentendiéndose pronto del asunto. Supuse que Cecilio fue advertido con un gesto de su amigo que pasó desapercibido para mí.

—Y bien, amigo mío, ¿a qué obedece tu presencia aquí? —inquirió Juanito al recién llegado— ¿Vienes para recuperar tu propiedad, ahora en poder de su usurpador: Benigno Aragón, o tu presencia se debe nada más que a una mera visita al terruño? En todo caso, cuenta con mi decidida cooperación en lo que tú consideres conveniente.

—¡Oh Juanito, acepto encantado tu generosa oferta, ya que tu ayuda, al emanar de la misma autoridad, será valiosa en la acción legal que emprenderé para recuperar mi heredad! Y acerca de tu pregunta, diré que he venido para recuperar “La Guaca” y quedarme aquí. Lo mucho o poco que me quede por vivir, lo haré al abrigo del manto índigo azul del cielo que me vio nacer, contemplando los paisajes pintados de sol o bañados por el hechizo lunar y sintiendo crujir bajo mis pies el polvo perenne de este suelo del cual provengo y al cual retornaré.

Garza centró su mirada con intensidad en un lugar determinado de la colina del Collanes, como si hubiera deseado talarla para mirar a través de ella. Resultaba pues obvio que la hacienda en referencia se hallaba en esa dirección. Desconozco el motivo que le impide entrar de inmediato en posesión de ella, pero tengo la certidumbre de que lo conseguirá en breve plazo. Me parece Garza de aquellos hombres que no se arredran ante las dificultades.

El joven no permaneció más tiempo con nosotros.

—Juanito, me alegro de volver a encontrarte. En cuanto a usted, doctor Vivas, espero llegar a ser su amigo. La necesidad de mi presencia en otro lugar, precisamente en este momento, me impide continuar disfrutando de la grata compañía de ustedes dos. Pero ya volveremos a vernos más tarde —y, tras un efusivo apretón de manos, se retiró.

El recuerdo que guardo de él cuando se alejaba, se destaca sobre otros acumulados a lo largo del día. Alto, imponente, vestido de manera informal, que contrastaba con el empaque ocasional de los lugareños, caminaba con indolencia e innata elegancia mientras hacía resonar sus espuelas roncadoras con cada paso que daba.

—No se puede dudar que Garza no consiga interesar a Rosaura. Es bien parecido como un galán de cine y, seguramente, posee más cualidades que a la intuición femenina jamás pasaran desapercibidas.

Juanito me miró como si quisiera sorprenderme con la mejor noticia de mi vida.

—¡Oh! Doctor, para su tranquilidad le diré que Cecilio sólo declamaba un poema inspirado por la belleza de Rosaura. Nada más. Le aseguro que pronto conocerá usted por qué él es incapaz de amar a ella o alguna otra mujer.

No quise abrumar a Saura con preguntas que rebasaban mi competencia.

—Créame usted, Juanito, que el señor Garza sea incapaz de amar a alguien o no es algo que no me incumbe.

Nos desplazamos hacia un lugar que dominaba toda la plaza, e instalados ventajosamente allí, disfrutamos de algunos actos del evento artístico-cultural destinado para el día de hoy. Ciertamente, fueron muchos los episodios que me impresionaron, mas ninguno como el denominado “La ofrenda de la Rosa”, que constituye la más auténtica expresión del significado de la comunión.

Su Majestad la Alegría, acompañada de su alado séquito, que danzaban en derredor suyo, y de los animados sones entonados por la banda de músicos, hizo su esplendorosa aparición. La multitud bulliciosa e inquieta por naturaleza, que hasta entonces se había conducido como un enjambre, adoptó al instante una postura de silente y sosegada actitud, aunque la abandonó de inmediato para prorrumpir en vítores y formar calle de honor. La homenajeadada, mientras avanzaba hacia el centro de la plaza, donde debía cumplir el rito más destacado del festival, la retribuía con fascinantes sonrisas. En el sitio al cual arribó ella, además del trono, le esperaba una gigantesca bandeja repleta de albas y perfumadas rosas, en cuyos pétalos destellaban como diminutos soles gotitas de rocío.

Flor Celina, en su magistral caracterización de la patrona de la población, luego de un sentido discurso que preconizaba las virtudes de la alegría e invocaba a sus conciudadanos a ofrecer el corazón como su receptáculo, procedió a dar la comunión a los congregados, quienes reverentes se acercaban a ella. Tomando las rosas de la bandeja, una cada vez, fue ofreciéndolas democráticamente a los comulgantes, mientras

decía con musical acento: “¡Qué la alegría reine siempre en vuestro corazón!”

Los agraciados, que por supuesto eran todos los presentes, recibían la ofrenda con mano trémula de emoción y, luego de aplicar en sus pétalos un ósculo saturado de unción, la prendían del pecho llenos de orgullo. Pero el privilegio de poder lucirla así implicaba también la necesidad de cuidado extremo, ya que cinco días después habrían de presentarla fresca e intacta para que fuese revisada. Una vez en posesión de aquel invalorable tesoro, se dispersaban todos con el rostro resplandeciente de complacencia. Les habían conferido licencia para embriagarse de alegría y, a partir de entonces, servirse de esa preeminencia sería su prioritaria actividad.

Según Juanito, existe aquí la creencia de que la tristeza, en el transcurso del año, no tiene cabida en quien hubiese sido agraciado con la rosa de la alegría. Debido a ello, nadie, por voluntad propia, hubiese prescindido del beneficio de aquel exorcizo que le garantizaba un promisorio futuro. Sin embargo, a causa de un suceso imprevisto, me vi forzado a omitirlo.

Tomando el ejemplo de Juanito me disponía a situarme entre las personas que iban en busca de la codiciada flor, cuando descubrí a Soldado, abriéndose paso a codazos en la multitud, se dirigía hacia mí. Con talante rayano al disgusto, intenté al principio hacerme de la vista gorda, pero finalmente decidí concederle atención. En cuanto se acercó lo suficiente como para que pudiese hablarme discretamente, dijo que venía por exclusivo encargo de Santos Díaz, quien requería perentoriamente mi presencia. Añadió que el sabio me esperaba a dos cuadras apenas de allí, en la tienda de Rosa Nevares, y que la solicitud de la entrevista obedecía a un motivo diferente al relacionado con el “cuco”. Pacho Soldado no tuvo que insistir para convencerme, puesto que luego de me-

ditar brevemente que la reunión con el brujo en nada podía menoscabar mi prestigio, ya que la ocasión que tuve negocios con él terminó por ser de dominio general sin que llegase a empañar mi nombre, accedí acompañarlo. Juanito miró con aprobadora sonrisa mi decisión.

En efecto, en la tienda de los Nevares, atendida en ese momento por una anciana bizca, llamada Pacheca, se hallaba Santos Díaz acompañado del hijo mayor de Pacho, sentados en un rincón, fumando plácidamente sendos cigarros de hoja. El chiquillo Soldado, sorprendido por la presencia de su padre en plena actividad de un vicio que, por su corta edad, le estaba vedado, se apresuró a disimular el cuerpo del delito, ocultándolo en la bolsa lateral de su chaqueta. La maniobra, además de peligrosa, resultó tardía y manifiesta, que a nadie pasó desapercibida. Para colmo del fracaso, al entrar en contacto la lumbre del cigarro con la tela, empezó de inmediato a causarla estrago, produciendo al mismo tiempo un torbellino de humo que el muchacho no sabía cómo encubrirlo.

—Vas a arruinar la leva, ¡pendejo! —protestó airado Pacho, inquieto más por lo que podía suceder con la chaqueta que por la moral vulnerada del muchacho—. ¡Carajo! Vacíalo ahora mismo el bolsillo o te convertirás en una hoguera.

El rapaz, hizo lo que le indicaban y, visiblemente azarado, se retiró envuelto por una espiral de humo que se resistía a extinguirse. Pacho miró con desaprobación al brujo, atribuyéndole la responsabilidad de la falta perpetrada por su hijo, pero éste ni siquiera se tomó la molestia de mirarle y mucho menos de justificarse. Su posición de intermediario entre el omnipotente Satán y la patética humanidad, le liberaba de la necesidad de someterse a situaciones embarazosas. Nada amigo de preámbulos, fue directamente al grano en cuanto me situé a su lado.

—Doctor, estoy seguro de que usted ni siquiera se habrá imaginado la razón por la cual me he permitido invitarle venir aquí. Créame que esto no guarda relación con el enojoso problema del *cuco*, que es cuestión liquidada. Aunque, si he de ser franco, le diré que no recuerdo haber recibido aún los honorarios concernientes a aquel fatídico encargo que me lo endosaran hábilmente y que yo se lo cumplí a cabalidad.

—Y a cuánto asciende, don Santos, la factura que usted espera pasármela por tan eficiente servicio —dije, procurando conservar la calma y preparándome a oír la cantidad monetaria, sin duda voluminosa, con que el facineroso pretendía extorsionarme. Por lo que pude entender, la impunidad en el robo del caballo le había avivado la codicia.

Pacho, fingiendo desinterés en nuestra conversación, dialogaba arrimado al mostrador con la mujer bizca, que debía ser bastante sorda, puesto que él se hacía escuchar hablándole a gritos. Afuera, donde los sonos de la banda de músicos resonaban animadamente, se adivinaba que la gente había empezado a vivir de lleno bajo el imperio de la alegría.

—Bueno, doctor, le confieso que, no obstante la luenga experiencia que poseo en batallar con espíritus malignos, la faena por usted encomendada no fue nada sencilla de cumplir. No tengo inconveniente en reconocerlo. Y como en toda labor realizada en este metalizado mundo, la retribución es acorde con la contribución o inversión, lamentablemente, no tengo más alternativa que seguir el camino trillado. Ahora, déjeme usted revisar el coste alcanzado por concepto de tiempo e inversión pecuniaria empleados en el negocio que nos atañe... Pues bien, con lo que pasa falta y sobra, creo yo que alcanzará el equivalente del coste de una botella de “anís del mono”, ¿le parece excesivo?

Vamos. El farsante estaba burlándose de mí. Sin embargo, la ira que había ido acumulándose en mí conforme escuchaba la perorata que parecía diseñada para sacarme de quicio, se desarmó con un suspiro de alivio. Desde luego que no iba yo a ceder a la arbitrariedad del embustero, aunque aquello hubiera de significarme el echar a mis espaldas un enemigo a tiempo completo. Me congratulé porque la alarma, motivada por la cháchara del astuto brujo, se apagara luego de haber despertado en mí tan sólo una efímera intranquilidad.

—Usted me dirá a cuánto asciende la cotización de una botella de “anís del mono” —dije, disponiéndome a buscar mi cartera.

—Pero ¿qué hace usted, doctor —se escandalizó Díaz—. Jamás he mentado que debía usted pagarme un solo centavo. ¿Recuerda usted de alguna vez que le hubiese dicho yo algo por ese estilo? Tan solo me había limitado a pensar en alta voz que yo no había recibido los emolumentos correspondientes al encargo de sacar de circulación al “cuco”. ¡Qué Satanás me guarde de vender mis servicios a un amigo! No obstante, si usted persiste en averiguar el precio de la botella de ese licor, la señora Pacheca, aquí presente, le dirá mejor que yo.

Entendí al fin el mensaje y, dirigiéndome a la aludida, ordené entregar a Santos Díaz el frasco del licor señalado y pasar a mí la correspondiente factura. La tendera, que además de bizca y sorda resultó ser notablemente coja, recordaba el ridículo caminar de los gallinazos cuando se desplazaba. Llegó a saltitos hasta nosotros, entregó lo solicitado, cobró su importe y se retiró también a saltitos. Sentí un ramalazo de compasión por la infeliz, persuadido de que la naturaleza no pudo haber sido más cicatera con ella.

Santos recibió con un gesto de agrado el efecto con que saldaba yo la deuda contraída con él, aunque lo había proclamado la inexistencia de ella. Dio vueltas en sus manos la botella, acariciando la idea de incluirla en el menú de la merluza de esa noche, y la depositó en la alforja que traía consigo, sin emitir comentario. A partir de entonces, el tiempo empezó a correr sin que tuviese la intención de despegar sus labios. Parecía haberle agotado todo tema de conversación. Seguro de que el brujo una vez alcanzado su propósito hubiera perdido el interés en mi compañía, me disponía a retirarme, cuando la esfinge se dejó oír al fin.

—¡Oh, doctor, si todavía no le he dicho que la fatalidad le tiene reservado a usted, y piensa dejarme ya!

Me puse en guardia, venteando una nueva extorsión que se me preparaba pero nada dije. Volví a sentarme junto al charlatán, fingiendo interés en la lata con la cual pretendía embromarme, mientras consolidaba el propósito de no cederle un cuarto por la saliva que iba a gastarla.

—Verá, doctor, los infalibles astros, a los cuales oteo durante las noches de cielo abierto, acaban de revelarme que usted, pese a la pertinaz apatía por las mujeres, no tardará en entregar el corazón a cierta dama de la cual aún no he podido descubrir su identidad. De ella sólo vislumbro sus grandes y seductores ojos verdes, cual radiantes esmeraldas, y la melodía de su voz que embelesa.

No pude reprimir la risa, sobresaltado de susto al impróvido Calcas. El pronóstico no podía ser más desatinado. Pues si él se había enterado de mi naciente amistad con Rosaura y, luego de sumar uno más uno, había llegado a la conclusión de que terminaría enamorándome de ella, estaba en un craso error. Ni la bella Rosaura, la dama de los grandes ojos verdes y melodiosa voz, ni otra mujer tendría el poder de convertir-



me en su amante enamorado. Mi corazón, aún sangrante por las heridas infligidas por la perjura a quien se lo ofrendé una vez, ha perdido la capacidad de amar.

—Se equivoca usted. Pues, si de algo estoy plenamente seguro es que tal cosa no sucederá. Soy inmune a semejante enfermedad. Sin embargo, le quedo profundamente reconocido por el interés tomado en mi beneficio.

—En este mundo nadie puede estar seguro de nada. Lo humano es tropezar una y otra vez en la misma piedra. En cuanto al mensaje de los astros con respecto a usted, ha sido ratificado por las flores de floripondio. Como verá usted, la equivocación no tiene lugar en él.

De modo que era eso lo que Santos Díaz tenía en mente decirme. Renuncié a continuar siendo el hazmerreír de él y me fui decepcionado de allí. Mientras me encaminaba al lugar del festejo, lamentaba íntimamente el tiempo que acababa de perderlo miserablemente cuando debía conceder esmerada atención a cada uno de los actos de aquel festival arrancado de las páginas de un poemario pagano. A mi regreso, aunque la ceremonia de la rosa había concluido, la gran plaza Antonio Mata se encontraba más animada que cuando la dejara. Una comparsa, constituida por moradores de la comunidad autóctona de Quinticusí, recreando los orgullosos soberanos del antiguo reino panzaleo en su atuendo típico de corona de plumas de papagayo, larga y alba túnica y manto rojo, danzaban al compás de un melancólico son ejecutado por un solo músico experto en tocar al mismo tiempo la flauta y el tambor. Esta danza, difícil de entender para quien desconociese que también la melancolía se baila, era en realidad una marcha rítmica que, escoltada por “la vaca loca”, “monos” y “*sacha runas*”, dio varias vueltas triunfales la plaza. A estos disfrazados se les denomina: *yumbos*.

Aparecieron luego los “sanjuanés”, comparsa formada por los comuneros de Canjaló, Colaguila y Cochaló, exhibiendo atuendo mucho más elaborado que el de los *yumbos*. Cada participante venía ataviado de sombrero de fieltro negro, con el ala levantada en la parte delantera, donde relucía un espejo circular; careta de malla de estrecho tejido, en la cual figuraba un expresivo rostro de rasgos caucásicos, y blusa y calzones rojos, capa azul con áureos brocados y alpargatas blancas bordas de arabescos llamativos. Era obvio que representaba a la exuberante raza mestiza, que predomina la población andina.

Bailando en parejas y al ritmo de un sanjuanito, interpretado por una popular banda importada de Poaló (donde la mayor parte de su población se dedica a la música), la comparsa arribó al centro de la plaza, sitio en el que, cubierto de policromas cintas que flameaban excitadas por la caricia del aura, se destacaba un mástil. El número de cintas, sujetas por un extremo a la parte superior de éste, era el mismo que el de los danzantes, que su número ascendía a veinticuatro, y cada una de ellas sería elemento imprescindible de la obra artística que se realizaría en colaboración.

Llegaron los “sanjuanés” al pie del mástil y, luego de que cada uno de sus integrantes tomara la cinta correspondiente, asiéndola por su extremo libre, lo rodearon, encerrándolo en una extraña rueda de doble rotación. Los dos círculos humanos, llevando en alto las cintas, giraban rítmicamente en direcciones opuestas, intercalándose regularmente. De modo que el círculo exterior se transformaba en interior, o viceversa, cada vez que los participantes del uno, avanzando en zigzag, se encontraban con los del otro. La combinación de movimientos, prolijamente coordinados, proyectaba, con su expresión estética, una sensación agradable a la vista.

Esta danza, además de recreativa, ritual y artística, iba más allá del propósito funcional de los movimientos utilizados para expresar emociones o estados de ánimo, debía contar una historia, servir a propósitos religiosos, políticos o sociales que, infortunadamente, desconozco yo.

Las personas se expresan mediante el lenguaje del movimiento. La danza es la mutación de funciones corrientes y expresiones comunes en movimientos fuera de lo usual para fines extraordinarios. Hasta un ejercicio tan corriente como el caminar se ejecuta en la danza de una manera establecida, en un ritmo concreto y dentro de un contexto privativo y personal.

Los “sanjuanés”, a la par que ejecutaban la graciosa coreografía, plasmaban paulatinamente la más llamativa obra de arte que hubiera visto yo surgir con la participación de tantos artífices, sin que incurriesen jamás en yerros. Combinando prolijamente entre sí las cintas, cubrieron el mástil con un tapiz entretejido de luz y color, cual si fuese elaborado en fibras del arco iris. Esta exquisita obra, pictórica y escultórica a la vez, sugería la imagen de un raro pimpollo a punto de eclosionar en mil policromados pétalos.

Y tal impresión se cumplió en cuanto los artistas danzantes procedieron a deshacerlo con igual destreza de cuando lo formaron. Finalmente las cintas, liberadas en uno de sus extremos e incitadas por la brisa, se desparramaron en flameantes pétalos.

Con el alma henchida de gratas sensaciones acababa de retirarme de aquel lugar, luego de haber superado con dificultad la compacta barrera humana que se había ido formando allí y que se negaba a dejarlo una vez concluido el espectáculo, cuando noté con alguna extrañeza que alguien me llamaba la atención tocándome un brazo. Volví la cabeza y pude ver a

Rosaura junto a mí. Mi joven amiga, ataviada especialmente para esta ocasión, se hallaba más hermosa que nunca, al punto que mi férrea voluntad, forjada para mantenerse incólume ante las asechanzas del amor, empezó a diluirse peligrosamente. Por un instante temí que el pronóstico del brujo tuviese visos de verdad.

No estaba sola, unos pasos más allá, mirando los preparativos del siguiente espectáculo, se encontraba don Braulio, de quien se había separado para acercarse a mí. Nos reunimos con él y, juntos, optamos por ir hasta un bullicioso corro que se había formado en un ángulo de la plaza. Sin duda sucedía allí algo importante como para concitar la atención de tantos curiosos.

La concurrencia, festejando las proezas realizadas por un peculiar individuo, reía a mandíbula batiente cuando nos mezclamos con ella. El centro de atención y foco de diversión resultó ser nada menos que un pequeño mono de pelaje color canela, tocado con sombrero de copa, ocupado en mondar una banana destinada a servirle de almuerzo. Parecía imposible de creerlo. Sin embargo, para la enclaustrada gente de este lugar, que en su vida ha visto un simio real y, por consiguiente, desconoce habilidades de las que éste es capaz, una simple revelación de ellas la tomaba como algo insólito. Pero la admiración alcanzo su clímax cuando el animalito, luego de haber dado buena cuenta de la banana, utilizando como bandeja el sombrero que llevaba puesto, lo fue presentando a la concurrencia. Y sobra decir que nadie se mostró lo suficiente impávido como para resistir la suplicante mirada del mono sin desprenderse de un óbolo.

El amo del cuadrumano amaestrado era el popular “*Chorochonchón*”, de quien ya nadie recuerda su verdadero nombre. Tiene fama de practicar la magia negra y, en consecuencia,

en facultad de poder seducir a la más casta de las mujeres. “¿Cómo diantre se explica entonces que no pocos hijos de madres solteras y alguno que otro de respetables señoras resultan auténticos retratos de él?”, se preguntan sus conciudadanos entre temerosos e intrigados. Sin embargo, es notorio que goza de la estima general.

Pronto nos cansamos de las proezas del simio y nos retiramos del corro. Don Braulio y su hija se marcharon a su casa común mientras yo, en busca de Saura, me dirigí a la Tenencia Política. Lo encontré con unos manuscritos en la mano. A González no se le vía por ningún lado, por lo que su secretario podía ocuparse de sus asuntos particulares sin interferencia. El representante de la autoridad civil, de quien no soy exactamente su admirador, debía hallarse de momento, en prevención de potenciales desmanes, atareado en peinar la población. Lo imaginaba, seguido de media docena de alcaldes de barrio (provistos de su vara de chonta, adornada de anillos de hojalata, que simboliza la autoridad de la cual está investido quien la lleva), infundiendo pavor en los ciudadanos que se viesan por él vigilados de cerca. Conociéndolo de qué pie cojeaba, no era aventurado suponerlo que no tardaría en aparecer con sus víctimas a cuestas. Me desagradaba la perspectiva.

Juanito, notando de inmediato mi desazón, mejor dicho, la causa de ella, me advirtió que él, en lo que restaba del día, no laboraría en aquella oficina y que su presencia allí obedecía tan sólo a la necesidad de tomar de su escritorio los folios que sostenía en la mano, los cuales había tenido en mente dárme-los en cuanto me viese.

—Se trata del relato de *paquita*, en su versión más generalizada, y también de otros tan verídicos como el de ella. Re-

cuerto que el otro día prometí dárselos —dijo mientras me entregaba las carillas.

Y aduciendo que estaríamos más a gusto en “La taberna que Arnulfo” que allí, sugirió que la visitáramos. Acepté con alivio su convite. Pues buena falta me hacía un jarro de fresca y espumante cerveza.

Al cruzar la plaza pude ver al rengo Saltos, capote en mano, haciendo las delicias del público. ¡Con auténtico desprecio a la vida realizaba arriesgados pases de pecho, consiguiendo que pasaran a sólo milímetros de sí los afilados cuernos de la *vaca loca*! Y no era cosa de broma. Este personaje de parodia, se mostraba tan bravo como *Granadino*, el toro de don Demetrio y don Ricardo Ayala, que cogió mortalmente a Ignacio Sánchez Mejías el 11 de agosto de 1934, en la plaza de Manzanares (Ciudad Real). Por su parte, el rengo Saltos es un patético ciudadano, empleado de estanco, que sólo en completo estado de ebriedad puede sustraerse de los efectos del terrible mal de san vito que padece.

Más allá, en el tramo de la calle que conecta esta plaza con su homónima denominada 24 de Mayo, la gente se divertía en cambio mirando cómo los “*sacha runas*” escocían los pies del desprevenido mientras simulaban barrer el suelo con su escoba elaborada de ramas de ortiga de la más urticante variedad. Forrados de la cabeza a los pies de hojas de árboles, estos disfrazados alcanzaban ampliamente el propósito de representar al hombre de las cavernas probablemente en traje de etiqueta, puesto que de ordinario iría vestido tan sólo con una hoja de higuera. Pero mucho me temo que la idea de este disfraz no se refiera a protocolos prehistóricos sino a otros asombrosamente más recientes, quizá actuales. Pues si se ha de dar crédito a los espeluznantes relatos de cazadores que frecuentan las selvas de Cerro Azul y de Sarapullo, lugares

comprendidos en la jurisdicción sigchense, la existencia del *sacha runa* no puede ser más verídica. Cualquiera fuera la intención, este personaje invita a reflexionar acerca de que si el *homo sapiens* se atenía únicamente a quehaceres indispensables para su subsistencia o, acaso, sentía ya la preocupación de mejorar su imagen, valiéndose de artificios.

Juanito miraba sin ver los “*sacha runas*”, que se apresuran respetuosamente a cedernos el paso al tiempo que suspendían la humorística faena. Un extraño cántico de alguien que se acercaba, le había llamado la atención. Procurando entenderlo a pesar del bullicio reinante, no tardé en conseguirlo. Además, pronto pude ver al mismo cantante, cuando, al salir de una calle transversal, pasó éste junto a nosotros. Era un hombre de mediana edad, pequeño y seco, vestido de traje formal, que lo desentonaban las humildes alpargatas que calzaba, y tocado con sombrero hongo, que confería a su anémico rostro cierto parecido con el de Charlie Chaplin. Sujeta al pecho por una cinta que descendía del cuello, traía una guitarra de la cual se servía para acompañar la canción que afloraba de sus labios. Nunca había tenido yo la oportunidad de ver a este peculiar cantante ambulante, aunque en dos ocasiones ya hubiera escuchado su voz. No era otro que Juan Camino, cuya función es la de pregonero.

«Escuche amigo sigchense  
con la mayor atención.  
No comente, aun ni piense,  
mientras oye mi canción.

La voz, grave y agradable, tenía bastante potencia como para hacerse oír a varias cuadras a la redonda. Resultaba difí-

cil de creer que aquel hombre pequeño y canijo hallase en posesión de pulmones tan poderosos.

»Del cielo pende el lucero,  
las rosas de su rosal  
y este pueblo, al cual venero,  
lo está del hado del mal.

El auditorio, incluido “*sacha runas*”, ponía cuidadosa atención al cántico del pregonero. Avizoraba que algún asunto de común interés acababa de producirse o se perfilaba como inminente. También nosotros habíamos detenido instintivamente el paso, interesados en conocer el último suceso importante acaecido en la localidad.

»¡Oh mi Dios qué mala suerte!  
Se cuenta que ayer nomás  
el chúshig cantó a la muerte  
cómo no lo hizo jamás.

Los oyentes se miraban unos a otros alarmados, tratando de adivinar quién de ellos sentiría, en breve, aferrarse a su garganta los fríos y acerados dedos de la muerte. Porque en cuanto el chúshig canta alguien muere. No cabía duda al respecto. También Juanito, que no podía ser la excepción de sus paisanos, se puso a mirarme compungido, presumiendo tal vez que sería yo el favorecido con el número fatal en la ruleta de la vida.

»El funesto mensajero  
(que bien lo sabe contar),  
¡carajo!, lo está seguro



que son dos a reventar.

La probabilidad de enfrentarse a la muerte ascendió de repente al doble para los lugareños. Un riesgo que al más valiente no podía pasar desapercibido. Saura sin duda lo era, no obstante, su aprensión se redobló, como era lógico.

»Uno, es réplica de Apolo:  
distinguido, joven, grato,  
imponente como él solo.  
Queda expuesto su retrato.

Bueno, para mi tranquilidad, no soy precisamente una réplica de Apolo, como tampoco lo es Juanito. Éste respiró aliviado, sabiéndose al margen de la amenaza.

»El otro tampoco es viejo,  
nomás la mediana edad  
aparenta este pendejo,  
que es muy ducho en la maldad.

“¡Ajá!”, musitó Saura, incapaz de asimilar la forma despectiva con que Camino se refería a quien se encontraba al borde de la tumba. También a mí me pareció que alguien a punto de abandonar este mundo, era digno de una despedida formulada con mayor cortesía. En fin, este debe ser el estilo del poetastro y creo que nada se podrá hacer en pro de un cambio positivo. Y bien, la certeza de verse excluido de aquella ingrata amenaza, devolvió la seguridad a mi amigo.

»El chúshig, por lo demás,  
exaltó la buena suerte

de estos dos tipos, ¡sin más  
desposarán a la muerte!

Vaya consuelo. Seguramente los aludidos, de conocer lo que les esperaba, estarían locos de contento.

»Nunca se arraiga el contento  
en este mi hermoso pueblo,  
donde no pasa un momento  
sin que te fastidie el diablo.»

No se podía negar que, a pesar de lo ingenioso y lo melodioso del cántico, irrumpía éste como una nota discordante en aquella diáfana melodía, surgida de la alegría colectiva como una perfumada brisa, que acariciaba y embriagaba el alma. Los rostros de pronto ensombrecidos por el aciago vaticinio tardarían algún tiempo en recobrar su anterior fulgor. Mas no tuve la suficiente paciencia para observarlos e insinúe con la mirada a mi compañero que siguiéramos adelante.

—¡Quién lo hubiese esperado, sobre todo ahora! —se lamentó Saura—. Precisamente cuando el festival acaba de iniciarse. El acontecimiento que se avecina empañará irremediablemente la reinante alegría.

—Poco a poco, amigo mío, que la cosa no es para tanto —traté de consolar a Saura, notando que su inquietud era sincera y, no sé por qué, prestándome al juego de aquella predicción absurda—. Pues también yo tuve oportunidad de escuchar los graznidos en mención y, créame usted, nada extraordinario me parecieron. Los he oído infinidad de ocasiones. De ahí surge mi pregunta, ¿cómo ha sido posible descubrir en unos cuantos chillidos escuetos todo un extenso mensaje ricamente detallado?

Juanito, por toda respuesta, se limitó a mirarme consternado. Su desilusión le provenía del recalitrante escepticismo que me impedía penetrar en aquel esotérico universo lleno de verdades irrefutables para ellos. Caminamos en silencio el resto del trayecto.

“La taberna de Arnulfo”, para nuestra decepción se hallaba cerrada. Debíamos haber supuesto que su dueño, en ese momento, estaría divirtiéndose con los payasos. Renuncié a seguir a Saura, a otro sitio, en busca del tentador jarro de espumante cerveza y me despedí de él allí mismo. Era más de mediodía ya, la hora de la comida se aproximaba y mi habitación no quedaba lejos. Además, el trajín de la mañana que me había agotado exigía unas horas de reposo para restaurar mis fuerzas.

Era noche cerrada cuando Jaime vino en mi busca. Un profundo sueño, como no lo había experimentado yo en mucho tiempo, sometiéndome a la cárcel de la inconsciencia, me había aislado de la realidad. A esa hora, la función teatral, para la cual tanto nos habíamos preparado, estaría a punto de iniciarse. Me vestí apresurado y pedí al posadero que tomara el acordeón y me acompañara.

La velada artística se inició precedida de un deliro inusitado. El entusiasmo desbordante, expresado en atronadores aplausos, inundó el salón de actos cuando el telón se descubrió. Tampoco el desarrollo del drama, en toda su extensión, careció de loas y encomios. A su vez los actores cumplieron a cabalidad con los papeles que se les fueron encargados, y los músicos, incluido vuestro servidor, justificaron su presencia en el proscenio. Y, luego de concluida la función, el auditorio se retiró, aparentemente, satisfecho. Sin embargo, algo imperceptible pero ominoso que flotaba en la atmósfera, impidió que la velada se consagrara con un éxito rotundo. Fue

sintomático que a nadie se le ocurriera quedar a celebrarla, como se estilaba en eventos similares. Por el contrario, cual más presuroso se dispuso a dejar el lugar. Tampoco yo fui la excepción en aquella acelerada retirada. Renunciando al placer de la compañía de Rosaura y luego de una escueta despedida del elenco, busqué el camino de mi casa.

Una vez en mi alcoba, lo temprano de la noche y también el haberme despertado tan sólo unas horas antes, luego de un prolongado sueño, constituyó un óbice para tratar de refugiarme en brazos de Morfeo. No obstante, esta circunstancia, que en otra ocasión me habría resultado molesta, propició más bien la oportunidad para que me ocupara de las cuartillas que, por la mañana, tuvo Saura la gentileza de dárme las. Las tomé con verdadero interés y, como era de suponer, se hallaba en primer lugar la historia de Francisca Muñoz de Irigoyen, a quien se la supone haber dado origen a *paquita*, el maléfico fantasma que mantiene aterrorizada a la población del *Balcón de los Andes*. Intenté sin más sumergirme de lleno en la lectura de este relato que promete amenidad, pues, tanto el tema como el estilo utilizados por Juanito son excelentes. Sin embargo, comprendí de inmediato que era demasiado extenso y su lectura completa requeriría más tiempo del que creía disponer esta noche. En consecuencia, prescindí de él en preferencia de estas dos leyendas cortas.

La primera de ellas transcribo a continuación.

## [GUARMI VOLAJUN]

(La Voladora)

»Entre los exponentes del folklore que la serranía ecuatoriana aún conserva vigentes, ningún otro se perfila más fresco y vigoroso como el de la Guarmi Volajun (denominación quechua que en castellano significa mujer que vuela o, simplemente, la voladora). Y es este un personaje que se ha negado categóricamente a ceder un ápice de terreno al advenimiento de la modernidad. Más robusta que nunca y tan libre como siempre, continúa surcando el cielo nocturnal del *Balcón de los Andes*.

»Sin esperar la llegada de la media noche ni asustarse con el canto de los gallos, en cuanto la oscuridad desciende sobre el paisaje andino, *la voladora* entra en posesión del lado opuesto del día: ¡la tenebrosa noche!, donde ni siquiera los altivos cóndores se atreven a enseñorearse. Es la hora en que el maligno chúshig deja oír su lúgubre graznido mientras se desplaza en vuelo rasante, y es también cuando el horrible murciélago, personificación del demonio, abandona su antro en busca de la sangre de sus víctimas. E inmersos en este entorno sobrecogedor, que no promete sino peligro inminente, todos los seres diurnos, incluyendo el hombre, procuran ponerse a buen recaudo. Es entonces cuando *la voladora* hace su aparición.

»En cuanto la Guarmi Volajun, surgiendo detrás de las lomas, deja notar su presencia que es saludada por el aullido de los perros, concita la atención de la gente que se precipita al patio de sus casas para verla volar. Ella es visible en un gran perímetro, ya que viaja dentro de una roja hoguera que se recorta contra el fondo oscuro del cielo. Las llamas que la envuelven carecen de la suficiente fuerza para iluminar el

paisaje, pues sólo sirven para ubicar su posición, que la observan todos más con curiosidad que con miedo.

»Es que *la voladora*, aunque considerada hechicera, nada tiene que ver con las horripilantes brujas que participan de los aquelarres y adoran al macho cabrío, ni siquiera utiliza una escoba como vehículo. Pues se trata de uno de los antiguos dioses andinos que, perseguidos por el cristianismo, abandonaron la tierra. Es una bella mujer de lengua y roja cabellera, que tiene su mansión en la estrella vespertina, de donde viene noche tras noche mientras permanece oculta la luna. Mas nadie sabe la razón que le impele a visitar con frecuencia su antigua patria terrenal.

»Evidentemente, ella no abriga pérfidos designios ni tiene vínculos con el maligno, y lo que parece una hoguera, que impresiona a quienes la miran, no es sino sus espléndidos cabellos rojos. Por el contrario, es vulnerable a la malévola astucia del hombre que, a veces, consigue hacerla caer con sólo la ayuda de unas tijeras colocadas en cruz sobre el suelo, el momento preciso en que la noctámbula y voladora viajera atraviesa por las inmediateces.»

La otra leyenda tampoco carece de interés.

### [YUGUAR SHIMI]

(Boca de sangre)

»Este singular personaje es muy conocido en la comarca y, por cierto, lo es tan temido por los tenorios locales que, de tenerlas suegra, preferirían vérselas antes con ésta que con él. Pero aclaremos, “él” no es él sino ella. Y ella es una joven y hermosa mujer dotada de infinito poder de seducción.

»Alta y esbelta, posee unas maravillosas piernas, finas y largas, de aquellas que no se ve todos los años. Cuando camina, con frecuencia por los caminos solitarios, su cimbreante talle adopta el rítmico y ondulante balanceo de una palmera mecida por la brisa vespertina. También su rostro pertenece al escaso grupo de los privilegiados, a aquellos que distinguían a las princesas consagradas a *Inti*. Una negra y abundante pelambreira enmarca su faz ovalada provista de unos ojazos también negros, cual frutos maduros de capulí, y de una boca coronada por jugosos y rojos labios, tan rojos como la sangre. Y, precisamente, debido a esta particularidad le dan en llamarla *yaguar shimi*.

»La moda que a menudo convulsiona el modo de vestir hasta en las sociedades semisalvajes y más apartadas del orbe, parece no hacer mella en nuestro personaje. Va vestida siempre como en su época, es decir: continúa llevando el mismo atuendo con el cual la vieron por primera vez en el ya lejano día del asesinato del emperador Atabalipa. Un batín blanco, sin mangas y de falda corta, profusamente bordado con caracteres incásicos, elaborados en hilo de oro, y ceñido por un ancho cinturón encarnado, es su atuendo.

»Al hombre que tiene la oportunidad de encontrarse con la *yaguar shimi*, verla y enamorarse le resulta una sola cosa. Increíblemente, para fortuna del inopinado amator, tampoco la bella mujer se mantiene en una perspectiva displicente ni mucho menos cicatera con él. Se muestra encantada de complacer los requerimientos aun más caprichosos de su amante. Es el auténtico símbolo de aquel valor espiritual conocido como generosidad y jamás nadie le ha superado en el sublime arte del amor. Sin embargo, adolece de un pequeño defecto que consiste en el de devorar a su pareja.

»Y no obstante que en casi toda la comarca temen a la susodicha devoradora de hombres, ya que a través del tiempo ha dejado imborrables recuerdos en su geografía, es en la población de Yaló donde a todas luces sentó sus reales en fechas que aún se mantienen frescas. En ese pintoresco poblado, custodiado por el Guingopana y el Iliniza, y que según la arqueología lo es tan antiguo como Jerusalén, Jericó y Belén, existe una casa algo apartada del perímetro urbano y en estado de total ruina, a la cual nadie se acerca por creerla maldita. Sus dueños la abandonaron después de que uno de sus hijos, un joven aún imberbe pero con pretensiones de barba azul, resultase devorado por la dama de marras, a quien tuvo la ocurrencia de invitarla a compartir su lecho. Ciertamente, las características de la antropófaga coincidían plenamente con las de la *yaguar shimi*, según se asegura.

»Más tarde, en el lapso de un año, fueron encontrándose en aquel mismo lugar, una detrás de otra, las osamentas de tres desdichados jóvenes más. Ellos eran forasteros y a todos, en diferentes ocasiones, se los vio en compañía de la mujer fatal».



---

*Lunes 20...*

Evidentemente, la alegría de modo alguno contribuye a fijar la paz permanente en el ser humano. Las pasiones se desatan en cualquier estado de ánimo que éste atraviesa, ya que un sentimiento efímero, por grato y vivo que fuese, es incapaz de poder asfixiar algo avasallador y terriblemente infecto que corroe el alma. Y un caso que ratifica mi aserto fue lo que acaeció hoy mismo en el idílico *Balcón de los Andes* precisamente cuando la celebración de su patrona acaba de iniciarse.

Por cierto, el fatídico suceso en sí había sido ya anunciado públicamente ayer, pero de sus protagonistas se conoció apenas ahora, cuando todo se hubo consumado. Sospecho que este informe lo omitió intencionalmente el sagaz pregonero, con el propósito de mantener a la población en la incertidumbre. Así, nadie se creería descartado totalmente del riesgo de viajar a la eternidad en mínimo plazo, manteniéndose en una suerte de nerviosismo dominante. Pero ¿qué ganaba con ello Juan Camino? Bueno, tal vez divertirse un rato a costilla de sus timoratos coterráneos, supongo. Consideraciones aparte, mi presunción, acertada o no, en nada altera la esencia de la profecía que habría de cumplirse tan sólo veinticuatro horas después.

Me pregunto ¿cómo había podido enterarse Juan Camino de los sucesos que ocurrirían más tarde? La aseveración de que se limitaba él a reproducir cuanto había dicho el chúshig, no podía ser más que una estratagema para desviar la atención de la verdadera fuente de información. Pero de ser así, en la población debía de existir, mimetizado entre la gente común y corriente, un gran sabio, un poderoso adivino para quien carecía de misterio el futuro. ¿Santos Díaz, acaso? ¡Ridículo!

Nadie está en capacidad de conocer el porvenir, mucho menos él, un impostor, que ha hecho del engaño el medio de subsistencia suya.

Sin embargo, aquel ridículo pronóstico se cumplió para mi asombro. ¿Cómo? Del mismo modo que se cumple todo lo que tiene que suceder.

El programa del festival contaba para el día de hoy con la primera de una serie de tres corridas taurinas, como su plato fuerte, evento que, como ningún otro, concitaba la expectativa de la gente, especialmente de los jóvenes que esperan demostrar su valentía exponiéndose a los cuernos del toro. Este magno suceso, imprescindible en los festejos de cualquier poblado de la serranía que se respete, comenzaría en la tarde. Hasta entonces los gallardos mozos se ocuparían nada más que en elaborar las barreras, principalmente en las bocacalles. En consecuencia, la mañana no prometía interés al devoto de esparcimientos.

Sin embargo, deseché la idea de quedarme en casa a la espera de la eclosión de regocijo para acudir al foco de su generación. El afán de conocer, aun en sus nimias referencias, las costumbres ancestrales conservadas intactas aquí, me impelió hacia la calle apenas promediada la primera mitad del día. Caminaba, sintiendo azotar en el rostro el aliento refrescante de Eolo, en dirección de la plaza mayor, cuando, al acercarme a “La taberna de Arnulfo”, ubicada en el trayecto comprendido entre mi albergue y mi meta fijada, descubrí, sentado en una banqueta adosada a la pared frontal de la tasca, a Cecilio Garza. Sostenía en la mano una botella de cerveza y una amplia y diáfana sonrisa en sus ojos. Daba la impresión de que toda la felicidad del mundo le pertenecía.

Me acercaba en dirección de él, extrañado de no haber vuelto a verle desde la mañana de ayer, y fue entonces cuan-

do Humberto González, separándose del grupo de alcaldes de comuna que le acompañaba en su recorrido de inspección habitual, se me adelantó. Me detuve con la creencia de que éste se despediría enseguida de aquél, permitiéndome dialogar en privado con mi flamante amigo. Pero no fue así.

González, acentuando en su alevoso rostro la expresión feroz que le caracterizaba, se plantó a escasa distancia de Garza para farfullar perentorio:

—Dígame, majadero, ¿qué le motiva su insolente sonrisa? ¿Mi presencia, acaso?

—De ningún modo, mi jefe —replicó el aludido sin alterarse ni dejar de sonreír—. El único responsable de mi risueño semblante es el superlativo placer que me otorga la vida.

Sin más, Humberto González, exaltado por una espontánea explosión de violencia, le pegó en la cara con una mano, mientras que con la otra le encañonaba con su mortífera pistola. Y luego, como si nada hubiese ocurrido, empezó a retirarse tranquilamente.

Cecilio, aún sonriendo, dejó la botella de cerveza a un lado y se levantó también tranquilamente. Se diría que la agresión que acababa de sufrir, en modo alguno le hubiera molestado. No se preocupó del hilillo de sangre que, surgiendo de la rotura abierta en su labio inferior, le manchaba la barbilla e incluso el pecho. Tampoco adoptó posición desafiante alguna ni mucho menos claudicante, que hubieran podido afectar su circunspección. Y, elevando la voz tan sólo lo necesario para que pudiese oírla González, que se había alejado ya una docena de pasos, dijo:

—Deténgase señor González, no quiera irse deprisa, ¿se olvida que aún le falta tomar mi contestación?

González, incitado por semejante reto, se volvió acelerado en tanto alineaba la pistola, que aún no había devuelto a su

funda. Y fue solamente esto lo que hizo de momento. Garza, desenfundando su “45” con movimientos relampagueantes, le recibió con dos tiros en el pecho.

González, como efecto de los poderosos impactos, voló de espaldas por algunos metros y fue a caer de costado sobre la acera, con la mano aún aferrada a la culata de su pistola. Era indudable que se hallara herido de muerte, pero se movía aún. Cecilio, por su parte, haciéndose cargo de la gravedad de la situación, empezó a retirarse en dirección del establo, seguramente en busca de su caballo. Fue ese instante en que oyó al moribundo clamarle:

—Deténgase, amigo Garza. No me deje malherido, acabe usted de matarme. Proceda pues sin tardanza.

Cecilio se detuvo y, seguramente sopesando aquella perentoria solicitud, se volvió lentamente. Mas cuando se quedó de frente a González, éste le abatió también de un tiro en el pecho.

Todo había sucedido tan rápido que cualquier intento de intervención disuasiva hubiese resultado inútil. Estoy seguro que ninguno de los antagonistas presintió para sí un final de efecto fulminante. La muerte acudió a ellos a la primera oportunidad que se la dieron.

Jamás había presenciado yo un duelo o, si se prefiere, un asesinato recíproco, ni nada que tuviese que ver con el menor derramamiento de sangre. De ahí que la pérdida tanto cruenta como insensata de dos vidas humanas, conturbaba mi espíritu. Una simple disculpa o, a lo sumo, una explicación ofrecida por parte de uno de ellos habría sido suficiente para aplacar la ira del otro. Pero obnubilados por el oropel del amor propio, no buscaron otro efugio que el de la mutua ruina. No obstante, la población entera (Saura, Saulo, don Braulio y Rosaura incluidos) estaría segura que nada ni nadie podía

haber evitado aquel macabro desenlace. “Pues, ¿acaso Juan Camino, el pregonero, no había difundido claro y minuciosamente el augurio vertido por el *mensajero de la muerte*?”, comentaría resignada.

Juanito, acompañado de varias personas, se presentó en el lugar de la tragedia apenas a unos cuantos minutos de producida ésta. Examinó somera y brevemente los occisos, como si careciera del tiempo necesario para concederlos mayor atención, y se marchó con la misma prisa que había llegado. Nadie fue interrogado allí ni citado a la Tenencia Política para que rindiera testimonio más tarde. Se diría que todo lo sucedido era ya de su dominio y que la diligencia del levantamiento de los cadáveres le parecía superflua.

Nadie mostró el menor signo de pesadumbre por las vidas truncadas de aquellos hombres. Por el contrario, cual más contento de que fueran otros quienes pagaran el tributo macabro, ostentaba una oprobiosa impavidez. Y aduciendo que la presencia de los cadáveres malograría el espíritu del festival, que empezaba a inflamar de regocijo el corazón, no pensaron dos veces para tomar la resolución de sepultarlos de inmediato.

Por iniciativa de los notables, varios sujetos acudieron sin tardanza a la carpintería del maestro Leopoldo Naranjo, en la cual había siempre ataúdes a disposición de quienes los requiriesen. Adquirieron dos cofres mortuorios y, luego de depositar los cadáveres en ellos, los llevaron de inmediato y directamente al cementerio. Invocando el perfil desconocido del uno y la ingrata recordación del otro, la población se negó a honrarles con las más breves exequias y eludió el deber humanitario de acompañar hasta su última morada aquellos restos mortales. Para colmo de tamaña calamidad, ni siquiera el padre Silvano estuvo presente en el cortejo, pues, según su

indiscreto sacristán, las dos o tres copas demás ingeridas la víspera, en casa de las chicas Barranco, la cual visitaba asiduamente, habían sido las responsables directas de la jaqueca que ahora le tenía al párroco postrado y aullando como un lobo acorralado.

Extrañamente, tampoco Saura apareció en aquel insólito sepelio. Quiero imaginarme que él, con las nuevas y apremiantes obligaciones que, debido a la ausencia definitiva de su jefe, se le había caído como una avalancha sobre sus espaldas, se veía impedido de ocuparse de asuntos irremediables que, como por la leche derramada, no valía la pena de lamentarlos. O tal vez Juanito lamentaba íntimamente la desgracia ocurrida con sus amigos, González y Cecilio, aunque por alguna misteriosa razón prefería guardar una actitud impertérrita y un hermético silencio acerca de lo ocurrido.

Y bien, a la hora de ir al cementerio, los únicos acompañantes fuimos, aparte del grupo de alcaldes de comuna, encargados de transportar los féretros, don Braulio, Rosaura, Saulo y yo.

Don Braulio, como si previese la inminencia de algún trascendental suceso por acontecer, se mantuvo todo el tiempo en un silencioso expectante. Desde luego, no era temor lo que exhibía, ya que sus verdes y cansados ojos habían adquirido una rara e intensa luminosidad, motivada sin duda por la más viva excitación. Saulo, para confundirme todavía más, imitaba en todo a su colega. Únicamente Rosaura se acomodaba perfectamente a las exigencias de circunstancia semejante. Demostrando poseer sensibilidad a la desgracia de sus semejantes, con su bello rostro ensombrecido por el pesar, no permitió que aquella despedida final se consumara sin que a sus labios afloraran piadosas preces. ¿Y yo? Bueno, yo, aún

estremecido por las macabras escenas que acababa de ver, me limitaba únicamente a mirar a los demás.

Cuando nos separábamos, don Braulio, al tiempo que guiñaba un ojo me musitó: “La hora esperada se aproxima. Debo prepararme”. No lo entendí entonces ni lo entiendo ahora a qué se había referido con aquella misteriosa frase. Mi intento por develarla ha resultado vano, ya que durante toda la tarde y también las horas de la noche que duró el baile, no tuve oportunidad de volver a ver al anciano profesor.

\* \* \*

Como si el trágico suceso de la mañana no hubiese tenido más importancia que un simple enfrentamiento de moruecos, llegada la tarde y de acuerdo al programa, la fiesta taurina se llevó a cabo. Ese espectáculo erizado de episodios temerarios que cuenta entre sus funciones las de suspender la respiración y de triturar sus nervios de la asistencia, debido a la reposada naturaleza que poseo y a mi notoria apatía a las emociones fuertes, me hace poca gracia. No obstante, afirmar que este violento y horripilante cuadrúpedo me disgusta totalmente sería una crasa falsedad que se haría patente en cuanto me siento a la meza, puesto que nada me apetece más que un asado al estilo gaucho. Mas ahora, la posibilidad de poder trinchar a la fiera era remota. Además, la sola vista de aquel enfurecido asesino, provisto de acerados y puntiagudos cuernos impulsados por más de quinientos kilos de músculos, no habría despertado la avidez ni siquiera en un cocodrilo.

A pesar de todo me fue imposible dejar de presenciar aquel deplorable espectáculo llamado fiesta brava, que no obstante figura como el plato fuerte de todo festejo popular de la se-

rranía ecuatoriana. El padre Silvano, todavía bajo los efectos de una terrible resaca que le mantenía con el ceño arrugado y el rostro amarillento como un limón, viéndome casualmente el instante en que regresaba del cementerio, tuvo conmigo la atención de invitarme a mirar la corrida desde uno de los balcones de la casa parroquial que da a la plaza. Acepté la invitación, aunque sin mayor entusiasmo, dejándome guiar por el clérigo hasta un lujoso salón provisto de grandes ventanales que permitían a través de ellos observar cómodamente el exterior. Pero el salón también permitía contemplar, sin ir más allá de su interior, toda una colección de beldades que mis mortales ojos hubiesen visto jamás reunidas. Instaladas allí, para mirar la arena mancharse de sangre, se hallaba la flor y crema de la belleza femenina local, entre las que figuraban las gráciles niñas de Arana y las despampanantes señoritas Barranco, Leticia y Miroslava, capaces de conturbar los sentidos con sólo mirarlas. Mi presencia fue acogida con sonrisas que destilaban miel. No obstante, a pesar de tan dulce compañía, que otra ocasión me hubiese hecho sentir como en un coro de ángeles, mi espíritu enervado por cruentos recuerdos, no experimentaba sino un persistente sinsabor. Era, pues, necesario liberarme de la influencia de aquel ominoso nubarrón que ensombrecía el panorama de mi perspectiva. Ventajosamente no iban a faltarme distracciones a las cuales aferrarme.

Salió a la arena el primero de la tarde, un toro negro con manchas blancas, en medio del apuro de los jinetes, que buscaban desesperados poner a buen recaudo sus cabalgaduras, y de una aclamación frenética similar al ruido producido por un enjambre que acaba de ser sacudido. El esperado rey del espectáculo, caminando despaciosamente como lo haría un obeso y soberbio ejecutivo, avanzó hasta el centro de la plaza



y se plantó meditabundo allí. Enseguida, una veintena de mozalbetes, llevando cada uno por delante su respectivo poncho, se arremolinaron en torno de la fiera, buscando medir sus reflejos y destreza con la fuerza demoledora del enemigo. A su vez, el bóvido, pesado y manso como un buey de arada, acosado por todas parte, miraba a su derredor sin comprender lo que le sucedía. De vez en cuando, bufaba o arañaba el suelo, pero en su talante no parecía figurar la intención de embestir a nadie. Tamaño comportamiento de mansedumbre fue acogido con befa por los improvisados toreros, que sin embargo vieron en ella la oportunidad de hacer gala de pretendida valentía, llegando alguno de ellos hasta las mismas astas con el pecho descubierto. Tampoco faltaron quienes, algo más prudentes que los anteriores, pero tan bribones como ellos, explayasen su valor tirándole del rabo. Estos desplantes arrancaron risas al comienzo, pero terminaron pronto por aburrir. Pues nada resulta más deprimente que el ver un toro de lidia aniquilado por la mansedumbre.

El tiempo transcurría sin que el toro se enterase de lo que en realidad buscaban sus agresores gratuitos era nada más que ganarse unas cuantas cornadas de él. Y tal vez no hubiera variado de posición en toda la tarde si una malhadada ocurrencia no le hubiese causado el peor susto de su vida. Pues resulta que algún desaprensivo tuvo la ocurrencia de soltar un ruidoso cohete en las mismas patas del sosegado bruto, llenándole de pavor. Entonces, éste saltó por los aires como impulsado por el petardo, luego, giró como remolino mientras repartía cornadas y patadas a diestra y siniestra y, finalmente, arrollando a su paso a media docena absortos mozos, huyó como perseguido por el diablo.

Pero el desastre no paró ahí, lo que hubiera sido demasiado bueno. El despavorido animal, en su desesperación por esca-

bullirse de aquel rugiente infierno en que se había convertido su encierro, probó, sin conseguirlo, una y otra vez abrirse paso precisamente por los lugares de mayor concentración humana, dejando cada vez tanto corneados como atropellados. Increíble. Estoy seguro de escenas así debió surgir el axioma que dice: “Cuidarse del buey manso”.

Providencialmente, cuando el bóvido pasaba junto al toril, en la tercera o cuarta vuelta alrededor de la plaza, descubrió que le habían abierto su puerta. No esperó a que le invitaran y sin más se escurrió por ella. Y puesto que la fiesta brava, al igual que la guerra, impone tributos de sangre que deben ser pagados de buen grado, en cuanto los heridos fueron retirados, ya el público reclamaba un nuevo toro.

Salió el segundo toro de la tarde en medio de un unánime aullido. Éste, al contrario del anterior, era blanco con manchas negras, bastante bravo, ligero y un tanto arisco. Ya de salida derribó la yegua de un tal Héctor Cubero, que se le puso enfrente, obligada por su dueño que acariciaba la idea de lucirse torear a la jineta. Más allá cogió a un indígena disfrazado de *yumbo*, que cruzaba imprudentemente la plaza. Casi lo mata. También dio la parte que les correspondía a los espectadores que no alcanzaron a trepar oportunamente la barrera y, luego, como si hubiese tenido alguna cuenta pendiente con la banda de músicos, embistió con furia inusitada la tarima de ésta. La plataforma, por fortuna fabricada sólidamente, resistió las reiteradas arremetidas contra sus puntales. Sin embargo, su solidez no era tanta como para mantenerse inamovible, puesto que, desde el inicio del ataque, oscilaba como una hamaca. A pesar del zarandeo, los músicos no encontraron dificultad para conservarse allí, salvo el mozo de la tambora, que mareado por el vaivén, perdió el equilibrio y

fue a dar a las patas del toro con gran estruendo de su instrumento, haciéndole huir horripilado.

Corrió por un rato y terminó por detenerse cerca del centro de la plaza, sin deponer su actitud amenazante. Desde allí, a la par que resoplaba como un fuelle, repartía, democráticamente, miradas asesinas a los toreadores, que iban de aquí para allá notoriamente amilanados, protegidos por la exigua distancia. Por un instante pareció que nadie sería tan loco como para atreverse a lidiarlo, puesto que eran reducidas las posibilidades de salir indemne luego de exponerse a semejante fiera, armada de afilados, vertiginosos y certeros puñales. Pero me equivocaba. Pues, abandonando de repente la barrera, un mozo provisto de un pedazo de manta, caminó resueltamente hacia el cornúpeto, que, en cuanto vio acercárselo, se disparó hacia él, deseoso de darle la bienvenida.

Los espectadores prorrumpieron gritos de compungida admiración. ¡El que iba a morir era saludado!

El del pedazo de manta, estuvo aún lejos de poder recurrir al engaño cuando ya tenía las afiladas astas del toro a escasos centímetros de su pecho. Una fracción de segundo más y sería borrado de la estadística demográfica. Mas el ángel de su guarda, o tal vez su hada madrina, o quizá su diablo padrino, o lo que fuese, tomándolo bajo su protección, no sólo que le salvó la vida del modo más impresionante sino que también le otorgó uno de los triunfos más rotundos alcanzado por taurómaco alguno.

Pues, cuando todo parecía definido adversamente para la suerte del torero, éste, con un movimiento relejo, arqueó el cuerpo de costado, de manera que el más cercano de los cuernos disparados contra él, pasó de largo sin conseguir otro resultado que el de rozar la axila. El toro golpeó el aire y, por inercia, avanzó raudo y derecho por unos segundos. Esto no

le hizo ninguna gracia, porque de inmediato buscó enmendar el error, atacando de nuevo al insolente hombrecillo que se había permitido desafiar el poder de su fuerza sin más ayuda que la de su agilidad. Con mirada nublada por el odio buscó a su frágil enemigo y, cuando le tuvo delante, se lanzó contra él como una centella.

Pero el resultado, muy a su pesar, fue el mismo del anterior. El torero, que había tenido esta vez tiempo de armar del engaño, sorteó la embestida con elegante maestría. En adelante, gracias a la idoneidad de ambos protagonistas, la faena fue digna de ser admirada en la “Plaza Arenas” de Quito. ¡Qué bravura y nobleza del toro, qué valentía y agilidad del torero!

Para completo lucimiento de toro y torero, ningún exaltado amateur osó inmiscuirse en la faena, evitando el posible descontento de éste y la segura distracción de aquél. Convertidos ahora en meros espectadores, por obra y gracia del respeto impuesto por su experto colega, se contentaban con proferir sonoras ovaciones en cada lance realizado por él. Sí, acaso, la víbora de la envidia les roía el corazón, impresionados por cuanto veían, ni siquiera lo notaban. Celo profesional y amor propio los habían relegado a un plano inferior. Además, la parroquia entera se complacía en desgañitarse con una reiterada frase que excitaba y embriagaba a la vez: ¡Olé torero! ¡Olé torero! ...

Pero aquel emocionante juego donde la muerte enseñaba su guadaña cada instante, concluyó cuando el cansancio del toro se hizo patente. Y, como sucede siempre en casos parecidos, el toro fue sacado de la arena, a puyazos, para ser llevado al chiquero, mientras que el torero, instalado en silla de manos, dio varias vueltas la plaza en medio de música alegre y estruendosos aplausos.

Las proezas de un torero frente al toro, jamás han producido tanta admiración en mí como en la mayoría de mis compatriotas, ya que carezco de sensibilidad necesaria como para valorar este controversial oficio. Si bien, en varias ocasiones he presenciado este espectáculo, no puedo decir que lo haya disfrutado a mis anchas. La principal razón de mi poco entusiasmo por él ha sido el tedio que produce la expresión de un arte excluido de belleza. Porque al llamado arte taurino le salva tan sólo la reacción emocional que origina su temeridad. Sin embargo, la faena que acababa de presenciar, sin que lograrse variar mi opinión ni mucho menos, despertó una viva curiosidad por el torero, que, por lo mirado, tenía el aspecto de ser un maestro en el oficio. Por tanto, resultaba inadmisiblemente verlo lidiar un humilde “toro de pueblo”.

No quise perder tiempo buscando aclarar aquel enigma por mi cuenta y más bien traté de averiguarlo valiéndome del monaguillo, que se hallaba no muy lejos de mí:

—¡Oiga, amigo Lucio! —dije, a riesgo de no hacerme escuchar, debido a las risas y exclamaciones proferidas por mis bonitas y bulliciosas vecinas— Dígame usted ¿cómo se llama el torero que acaba de realizar tan impresionante faena? Pues, si mal no recuerdo, en ningún momento he oído pronunciarlo a nadie.

—Para serle sincero, doctor, tampoco yo lo he escuchado jamás —respondió el sacristán con indiferencia—. Aquí nadie conoce su nombre real ni se preocupa por saberlo. Se contenta con llamarle *El torero fantasma*.

—¿Debido a su agilidad, sin duda?

—De ningún modo, doctor. Más bien a consecuencia de que muriese hace muchísimo tiempo, que ya nadie recuerda el nombre que llevara en vida.

—¿Bromea usted?

—¡Qué va, doctor! —arguyó el monaguillo y, apoyándose en el aspecto que presentaba el aludido personaje que, casualmente, en ese rato pasaba frente a nosotros en silla de manos, aseveró enfático—. Pues véalo usted mismo lo flaco y macilento de su rostro, cadavérico rostro de fantasma.

—Créame usted que no le concedo el menor crédito a sus palabras. Más tarde, por mera curiosidad, claro está, ya me informaré por el mismo torero cuál es su nombre y de dónde proviene él. Ya lo verá usted.

—Dudo que lo consiga, doctor. Este fulano, que aparece de pronto en las corridas para lucirse siempre con un solo toro, una vez que ha realizado la faena y ha sido debidamente homenajeadado, desaparece como el alcanfor.

Sobra decir que me negué a dejar engañarme por el farsante del sacristán. No obstante, su cuento me dio tanta risa que terminó por inquietarlas seriamente a mis lindas amigas. Leticia Barranco, demostrándome que una de sus virtudes era el comedimiento, se me acercó presta con un vaso de agua, sugiriéndome bebérmela, creyéndome presa de un ataque de risa incontrolable. No la necesitaba en realidad, pero me la bebí hasta su última gota.

Leticia Barranco, a diferencia de su hermanita Miroslava, no es hermosa en el sentido estricto de la palabra. Sin embargo, el conjunto de su fisonomía posee fuerza y personalidad. Una personalidad vehemente, velada por un caudal de embrujo y fascinación, en la que los galanes de vereda y los honrados pretendientes quedan atrapados como incautas moscas en la red de la malvada araña. Les trastorna, les enloquece, quedaban sometidos a su fuerza arrolladora, a su fogosidad, a su furia lúbrica, y la mayoría, aunque lo conoce perfectamente su fama de *femme fatale*, sin pensar dos veces se casarían con

ella. Leticia es, sin duda, la mujer más deseada del Balcón de los Andes.

Hasta aquí la fiesta brava había justificado la expectativa suscitada. Pero, a partir de aquí, se vio ensombrecida por el hastío colectivo. La selección de toros que no pudo haber sido más infortunada, arruinó la tarde. Fue así cómo resultó mediocre el toro homenajeado con la colcha y todavía menos que mediocre el llamado “toro de la oración”.

\* \* \*

El primer baile popular del festival tuvo lugar esta noche. Empezó muy temprano, empalmando con el fin de la corrida y en el mismo sitio que se llevó a cabo ésta. Cientos de parejas, embriagadas de alegría, se veían ya listas para la danza cuando el presidente del comité de festejos anunció que la hora de sacar brillo al suelo había llegado. Entonces, abandonándose al melodioso ritmo que modulaba la banda de música, se sumergieron en un océano de felicidad.

Nada podía empañar el alborozo de aquella fiesta celebrada a cielo abierto. Ni siquiera el advenimiento de la noche constituyó óbice para su desarrollo, puesto que la misma reina de la noche, habiendo efectuado su aparición el momento exacto en que se ocultaba el sol, se unió al unánime regocijo. Su disco, en su completa redondez, brillaba como un colosal diamante. Era plenilunio.

Sin embargo, la fiesta se disolvió en pleno apogeo, transcurridas pocas horas después de su inicio. De repente, la música se silenció para no volver a dejar oír su grato sonido y la concurrencia se dispersó. En grupos o en parejas pero nunca solas, las personas fueron abandonando el lugar de reunión has-

ta dejarlo completamente desierto. No obstante, tal cosa no quería decir que, por esta noche, el esparcimiento hubiese llegado a su fin. La gente, actuando de consumo galvanizados por lazos consanguíneos, se repartiría en los hogares de cabezas de familia, donde, en privado, continuaría divirtiéndose hasta el alba. Es la tradición.

Yo, carente de parentela y aun de amistades con profunda raigambre en este extraño lugar, me hubiese visto solo y abandonado en el acto sin la gentileza del señor de Arana. Este próspero y generoso caballero, que hace de la hospitalidad la razón de su existencia, ya había previsto, para esta noche, la compañía de varios amigos suyos. Invitados de manera expresa o tácita, mientras nos dirigíamos a la casa del filántropo, se unieron a nosotros varias personas. El cura, acompañado de su edecán y sacristán a la vez, fueron los primeros. Hay que reconocer que estos caballeros religiosos eran de una puntualidad sorprendente a la hora de concurrir a las francachelas. Luego, mientras caminábamos, se sumaron a la comitiva, en su orden, las hermanas Leticia y Miroslava Barranco, el tío del futuro Presidente con su compadre Rosalindo el Grande, el dentista José David Armas, el leguleyo Laurencio Maldonado, el ñato Robayo, el rengo Saltos, el ex sargento Pedro Crespo, el horticultor Saavedra con sus bonitas hijas y, finalmente, los hermanos Rosendo y José María Irazábal, terratenientes y ahora propietarios de la mansión atribuida a la beata Mariana de Jesús como su dueña anterior. En todos ellos, la perspectiva de momentos amenos iluminaba la mirada tanto o más que la misma luna que, similar a un gigantesco globo de argentada luz, nos observaba llena de curiosidad desde lo alto.

En la casa del filántropo nos esperaba una magnífica cena a la cual hicimos los honores demostrando superlativo placer.



Luego fuimos agasajados con una ronda de copas de excelente vino, que en realidad fue sólo el preludio de otras de finos licores, que obraron en el ánimo como una inyección de esplendente alegría. Y pronto la vitrola, al dejar oír un repertorio de música grabada, saturó la estancia de auditivas delicias.

Sintiendo galopar en la sangre el potro del entusiasmo, los afortunados presentes, le abrimos espontáneos las dehesas del corazón, permitiéndole que alcanzara regiones ignotas de la dicha. Y la dicha, como jamás antes, nos acogió en las célicas estancias de su reino.

Lo placentero de la reunión permitía, como se suele decir, que las horas transitaran sin que se diera uno cuenta. Sin duda que hubiese podido yo pasar la noche arrullado por la diversión, si la conducta del anfitrión, respecto a la seguridad de su casa, no me hubiera despertado una pertinaz curiosidad. Sucedió que, en cuanto ingresamos a la casa, por expresa orden de su dueño, las puertas y ventanas fueron cerradas bajo llave. Al principio supuse que tal medida de seguridad obedecía a la necesidad de impedir que los invitados abandonasen furtivamente la fiesta, pero la deseché después de reflexionar en que ninguno de ellos estaría dispuesto a prescindir de agasajo semejante. Entonces, ¿cuál era la causa? No tardé en vislumbrarla. Pues, el motivo que justificaba aquella extrema precaución no podía ser otro que el de impedir que nadie más pudiese ingresar en la mansión. Supersticioso el señor de Arana y supersticiosos todos, ¿temían que algún fantasma noctámbulo, tras adoptar personalidad humana, tuviese la ocurrencia de visitarles? Y fue esta circunstancia el origen de una especie de claustrofobia que malogró el deleite que ofrecía la reunión y, finalmente, forjé la necesidad de irme de allí.

Gracias a una leve distracción de los presentes, que durante todo el tiempo habían dado la impresión de no perderme de

vista, conseguí abandonar la casa cerca de la medianoche, utilizando la puerta de la cocina, que resultó asequible.

Cuando me vi afuera, la noche me pareció más lóbrega que nunca. Espesos nubarrones cubrían el cielo, impidiendo que la reina de la noche pudiese acariciar con su luminiscencia el poblado. Sus calles, prisioneras de la oscuridad, semejaban tenebrosos túneles horadados en una negra montaña.

La reacción del inopinado encuentro con aquel adverso estado meteorológico, no se hizo esperar en mí. Sentí que el ánimo se me encogía y me vi precipitado al abismo de la soledad.

Mientras caminaba a tientas, oteando maquinalmente el oscuro cielo, distinguí al fin un débil resplandor que rasgaba tímidamente su velo por encima de mi cabeza. De momento se trataba tan sólo de un manojo de tenues rayos lunares apenas visibles. Pero, a medida que transcurría el tiempo, se volvían cada vez más luminosos y se multiplican. Los nubarrones, sorprendidos en su ominoso sueño, sacudieron perezosos sus alas y batieron en retirada.

Pronto apareció resplandeciente Selene. Entonces ocurrió el milagro. ¡Se extinguió de inmediato la sensación de soledad que me oprimía, ya que mi celeste amiga, compañera y fuente de inspiración, se hallaba presente, mirándome desde lo alto como tantas otras veces! ¡Sentí vibrar de optimismo mi espíritu y el deseo de efectuar un paseo más allá de la frontera urbana, que resultaba una cortapisa a la expansión, se irguió irreprimible!

Haciendo caso omiso de las advertencias respecto al supuesto peligro que representa aquí el transitar en la noche, tomé al azar un camino que, cruzando el Ermita, repta entre erizadas pencas de agave y de achupallas en dirección del villorrio de Tiliguila. Mientras lo recorría, disfrutaba con la

grandeza del paraje desplegado hasta el confín del horizonte. Pero el deleite proveniente de la naturaleza se difuminó pronto, cuando, al doblar un recodo de la vía, noté la presencia de una mujer que, avanzando en sentido opuesto al mío, se me acercaba. Los movimientos acompasados, elásticos y suaves de sus pasos, le daban la impresión de que flotaba en el aire.

Era muy joven, casi una adolescente, iba de atuendo negro y parecía sollozar.

En cuanto la mujer se aproximó lo suficiente como para que pudiera yo ver su rostro, comprobé que tenía sus ojos anegados en lágrimas. Además, ¡descubrí en ella a la más hermosa criatura que haya visto yo jamás!

A la diáfana claridad lunar, que patentiza aun los atributos recónditos de su particular belleza, parece la representación viva de la divina Venus, de aquella que brotara del genio de Milo. Su faz es un perfecto óvalo de nácar, flanqueado por una vaporosa cascada de rubia cabellera que, excitada por los besos del céfiro, desciende temblorosa sobre los hombros y la espalda. Encerrado en aquel perímetro oval y nacarino, poseen vida propia y particular unos ojazos iluminados por el cielo y el mar profundos. Hay en ellos, a fe mía, un enigma y un encanto, un manantial de dulzura que mitiga los quebrantos. La nariz de grácil línea aguileña, que acrecienta la fascinación de su hermosa faz, emerge entre dos lagos de azul índigo y se detiene cerca de una deliciosa boca, que es la combinación perfecta de unos labios de melocotón y amapola que se distienden para sonreír tenuemente cuando el sosiego se hace patente. En su cuerpo de exquisita esbeltez, donde arraigan curvaturas moderadas, una escueta cintura, como el tallo dúctil de una flor sacudida por el aura, permite que ella flexionase con una plasticidad admirable.

Fascinado por su belleza, soy incapaz de articular palabra, limitándome nada más que a contemplarla extasiado. La dama, por su parte, inmersa en su agobio y ajena a todo cuanto le rodea, se acerca cada vez sin advertir mi presencia, como afectada de sonambulismo. La tengo apenas a un paso de distancia y temo que tropezará conmigo si no me aparto a tiempo de su trayectoria. De pronto se fija en mí y detiene su avance, envolviéndome en el aroma de lirios silvestres que emana de su ser. Extrañamente, mi inopinada presencia no le causa la menor alarma y más bien la toma como un paliativo a su congoja: exhala un hondo suspiro de alivio y contiene las lágrimas. Más aún: con el rostro iluminando por un rayo de alegría, me sonrío con sus labios de pulposo melocotón que, a pesar de mi arrobamiento, los intuyo ansiosos de ser besados. El expansivo fuego de pasión que abrasa aquellos labios, clama ser apagado por los míos.

Sin embargo, el temor a compromisos ulteriores, impide perderme en las brumas del entusiasmo. Mas, pese a mi circunspección, estoy poco convencido de poder mantenerme incólume por mucho tiempo anclado únicamente a la voz de la razón e intento desviar la atención hacia el áureo medallón que acabo de descubrir pendiente de su cuello. La joya contiene figuras geométricas y extraños signos que excitan mi curiosidad, aunque soy incapaz de poder interpretar lo que representan. A su vez la indulgente joven deja pasar por alto mi deliberada distracción, si bien parece sorprenderle mi empeño en soslayar lo que cualquier otro en mi lugar lucharía para alcanzarlo, y decide diluir el hielo recurriendo al diálogo. Sus labios de grana se curvan graciosamente para expresar la primera palabra, y cuando la melodía de su voz va a acariciar mis oídos, la brusca aparición de un jinete, que en

mala hora ha tomado nuestro mismo camino, arruina su designio.

La dama, víctima del estupor, mira con ojos desorbitados al importuno centauro, que a su vez le mira aun más estupefacto que ella, mientras trata de sostenerse sobre su también aterrado corcel. No obstante, la postración le dura apenas un instante. Abandona con premura el sendero y camina, a campo traviesa, en dirección de la colina vecina. Debe habitar alguna de las casitas que se arriman a su ladera. Dejo de mirarla atraído por los pavorosos gritos que se originan a mis espaldas. Me vuelvo para averiguar lo que ocurre y veo sorprendido cómo el caballo, que se ha encabritado, arroja al suelo su jinete. Voy en auxilio del accidentado, pero en cuanto éste percibe que me acerco, se levanta y huye de mí como si me hubiera confundido con el mismo Satanás. ¿Quizá el golpe le ha vuelto loco?

## *Martes 21...*

Anoche conseguí apenas conciliar el sueño, normalmente en mí ligero y difícil de atraerlo. La sensibilidad que nutre mi espíritu, permitiéndome vislumbrar mirajes de ensoñación y extasiarme con el fulgor de la belleza, me hace también fácil presa de la obsesión. A veces, incluso el advenimiento de algo trivial, basta para atraer hacia él toda la atención mental y conturbar la paz. Sin embargo, en esta ocasión, las imágenes de los cruentos y recientes sucesos que amenazaban con perseguirme sin tregua, hubieron de declinar ante una representación poética, colosal e inefable, proyectada por la angelical mujer que acababa yo de conocerla.

Su recuerdo se ha alojado en mi pensamiento, impidiendo que otro hallase plaza en él ni siquiera momentáneamente. Fulgurante como el astro rey, ilumina solitario el lóbrego piélagos de mi mente, aún agitado por el oleaje de una recia borrasca pasional. Pronto su lobreguez se debilita, pierde potencia y muere por consunción. Las aguas se aquietan y retorna a mí la calma, aunque perdura la sensación de soledad que llevo prendida del alma. Y columbro entonces que el faro que enrumbará mi destino, se ha encendido. No pienso oponer resistencia al hado, que ha trazado mi ruta, con reflexiones filosóficas que a la postre terminarían descalificadas. Presiento que a partir de ahora, nada será más importante para mí que la hermosa desconocida. ¿Me he enamorado de ella? No lo sé. Pero anhelo volver a verla.

En cuanto amanecido, sintiendo, como efecto del insomnio, una molesta pesadez en los ojos, empecé por recorrer las calles con la esperanza de encontrar a la beldad cuya imagen se ha adherido a mi mente como una brochada de pintura sobre otra. Concurrí presuroso a los sitios que posiblemente serían

visitados por una joven en horas de la mañana: el manantial, la abacería, etc., aunque en vano. Reflexioné entonces que a esa hora del día, la misa matutina se hallaría aún celebrándose, lo que me permitiría ingresar en la iglesia y colarme discretamente entre la feligresía, en la cual podía hallarse la razón de mi preocupación. Cualquiera que fuese la clase social de la joven, las puertas del templo estarían abiertas para ella. En las reuniones religiosas se entienden bien los ricos hasta con los menesterosos, considerados oprobios sociales, bajo la condición tácita de que una vez terminadas cada cual se restituirá a su respectivo mundo. Me encaminé al santuario.

La población cuenta con una sola iglesia (católica por cierto) que consiste en un imponente monumento arquitectónico y, según informes, es el receptáculo de invalorable tesoros artísticos acumulados durante siglos. Nunca antes lo había visitado, no obstante las reiteradas invitaciones del párroco, que ha visto en mí la oportunidad de sustituir a su viejo maestro de capilla, de quien se dice que ahuyenta a los feligreses con sus espeluznantes berridos.

Pese a encontrarme advertido acerca de la importancia del patrimonio artístico guardado en aquel centenario templo, no dejé de asombrarme su magnificencia. Donde quiera que mirara se hallaba patente el testimonio del genio de escultores, ebanistas, talladores y pintores, pertenecientes a escuelas de arte de distintas épocas. Mientras avanzaba en dirección del altar mayor, donde el sacerdote oficiaba la misa y cerca del cual se había congregado el mayor número de oyentes, miré a vuelo de pájaro los magníficos retablos que decoran las paredes del santuario. Lamento que la circunstancia no haya sido la mejor para que pudiese yo contemplarlos con la tranquilidad necesaria. De momento tenía mi atención centrada en un campo distinto y, mientras caminaba entre bancas y reclinato-

rios ocupados por fieles, no dejaba de fijarme con cuidado en ellos.

No se encontraba allí el objeto de mi búsqueda. Me disponía ya a dar media vuelta para alejarme de allí, cuando reflexioné que con tal actitud no haría otra cosa que ganarme la reprobación de aquella devota feligresía. Entonces determiné quedarme muy a mi pesar. No poseo cultura religiosa y, como resultado, los ritos de cada una de sus sextas son absolutamente desconocidos para mí. Por tanto, en un principio, no sabía qué hacer conmigo en medio de aquella congregación versada en cuestiones litúrgicas. Mas de pronto concebí la audaz idea de que, para salvar el atolladero, lo único que debía hacerlo era imitar las locuciones y posturas que adoptaban con intervalos regulares mis compañeros fortuitos. Pero mis modelos cambiaban de posición o salmodian sin guardar coordinación entre sí, confundiéndome a menudo. A veces me detenía con la boca abierta, en mitad de una palabra, o ejecutaba falsos movimientos. Felizmente no tardó en finalizar el culto y nos retiramos en paz. Sin embargo, temo haberme quedado en ridículo, ya que pude descubrir que no pocos de los devotos me dedicaban mal disimuladas sonrisas.

De nuevo en la calle, no obstante al cansancio que sentía, debido a la intensa actividad ejercida desde hora tan temprana, ni siquiera pensé en acudir a mi albergue en busca de reposo. Con la imagen de la bella desconocida en el pensamiento, fui de un lado para el otro con la esperanza de encontrarla, por milagro de la casualidad, entre la gente que pululaba por las calles. Pronto se apoderó de mí una especie de obsesión. En cada mujer joven que veía, aún con su aspecto impreciso por la distancia, creía reconocer a la incógnita dama y el corazón saltaba de alegría. No obstante, cuando advertía en ella



un semblante distinto, me sentía entonces abatido por el gélido hábito de la decepción.

En esta situación, únicamente la esperanza de encontrarla fortuitamente en algún instante del día, me impedía avanzar hacia el resbaladizo terreno de la desolación. Sin embargo, me abrumaba que incluso esta ilusión estribase exclusivamente en el éxito de una endeble exploración visual. Los demás medios de poder llegar a ella se me presentaban remotos.

Mi permanencia de sólo unos días aquí resulta exigua como para que pudiese yo conocer a todos sus habitantes, máxime que esta urbe es sólo el núcleo de una considerable población satélite conformada en aldeas anejas, villorrios y familias diseminadas hasta en lugares apartados de su vasta demarcación. Y es fama que entre los pobladores asentados fuera del perímetro urbano existen también mujeres realmente hermosas. Por tanto, si en el transcurso del día no volvía a encontrarme con ella, ¿adóndeabría de acudir yo en su búsqueda?

Me hallaba inmerso en este espinoso dilema cuando, abandonando el auditorio que se había congregado al derredor de la banda de música, se me acercaron presurosos don Braulio y Saulo. El primero de ellos exhibía una sonrisa que revelaba a leguas el disfrute de una mayúscula complacencia. Desde luego que no era extraño ver ésta dibujada en sus ojos. En cambio, el segundo, con el ceño más arrugado que de costumbre, presentaba un ferino semblante, que hacía olvidar el adusto rostro de Tarzán en recuerdo del de su mono. Bueno, tampoco aquello era novedad, ya que la manera de expresar sus emociones era esa.

—¡Oh, doctor, qué bueno que se nos haya permitido el poder encontrarle a usted! —exclamó el anciano, tocándome en un hombro— Tenemos que compartirle una excelente nueva que sin duda querrá conocerla usted cuanto antes.

Se calló, simulando un golpe de tos, mientras estudiaba con ojo crítico la reacción de su prometida confidencia. Pero yo, con la mente ocupada en un asunto que realmente me incumbía, apenas había concedido atención a las palabras de don Braulio y nada dije. Éste, algo confundido por el desinterés demostrado por mí, continuó:

—Verá usted, ¡el escondite de *paquita* ha sido descubierto al fin!

Sólo entonces me hacía cargo de la importancia que revestían las palabras del anciano profesor, aunque su pretendido éxito debía ser tratado con pinzas. De todos modos, un cuento de esas características tendría un lugar privilegiado en mi libro.

—¿Lo dice usted en serio? —exclamé.

—Desde luego. Ayer, en cuanto moría el sol, llegó para nosotros el gran momento.

—Pero ¿cómo lo han conseguido?

—Con mucha paciencia y, desde luego, con algo de ciencia —don Braulio amplió aún más su ya amplia sonrisa—. ¿Recuerda usted haberme escuchado hablar de la importancia del *plenilunio fatal* en la reencarnación de *paquita*?

—Lo recuerdo perfectamente, maestro.

—Pues, verá usted, lo hemos conseguido gracias a él.

Saulo, consciente de que la conversación iba para rato y aquel lugar era el menos adecuado para llevarla con tranquilidad, propuso acogernos a la hospitalidad de la fonda de doña Ornella, famosa por el lechón orneado, los llapingachos, el caldo de gallina de postura, las empanadas de morocho y el chocolate espeso que se expendían allí. Tanto don Braulio como yo aceptamos gustosos aquella proposición que empezaba desde ya por hacernos agua la boca. El mentado figón no estaba lejos. Cuando arribamos a él notamos que, debido a

lo temprano de día, los comensales brillaban allí por su ausencia. En su lugar, originarios de los laberintos de la cocina, impregnaban la atmósfera aromas exquisitos que aguzaban el apetito. Elegimos en conjunto el sitio adecuado para el colquio y, privativamente, los platos.

Don Braulio, tan pronto como nos sentáramos a la mesa, prosiguió la conversación interrumpida en la plaza:

—Pues, como le decía o pensé decirle, doctor, el *plenilunio fatal* que acaba de acontecer, fue el factor determinante en la revelación del cubil de *paquita*. Por cierto que desde mucho antes conocíamos que aquel fenómeno anual de la luna obraba en ella, literalmente, como un reloj despertador. También conocíamos que eran los primeros fotones de luz proyectados por la luna los responsables del portento, ya que se había comprobado que la diabólica mujer aparecía, como brotada de la atmósfera, en cuanto la luna emitiera su primer destello. Debido a ello, en un principio, se llegó a imaginar que, en su estado incorpóreo, permanecía mimetizada con el aire a la espera del destello lunar, dotado de alguna propiedad especial como efecto de la refracción en la nieve, que habría de revestirla de materia. Pero cuando nos detuvimos a meditar en que tales apariciones ocurrían siempre en el mismo sector, sospechamos que aquel destello debía dar invariablemente en un mismo punto, sin duda la guarida de la escurridiza antropófaga. Pero ignorábamos su emplazamiento preciso. Y para averiguarlo contábamos apenas con unos segundos cada año. La espera ha sido larga, erizada de fracasos y no exenta de peligro, pero finalmente lo conocemos. Además, ahora, como se suele decir, sabemos de qué pie cojea *paquita*.

En tanto que la aventura era narrada, doña Ornella había ido llenando la mesa de vaporosos y aromados platos que don Braulio los miraba sin que su apetito se pusiera de manifiesto.

Tampoco yo sentía excesivo deseo por degustarlos. El recuerdo del encuentro con la bella desconocida, siempre paciente, era suficiente para nutrirme.

Saulo, parco de palabras como siempre, mientras escuchaba a su colega se complacía en paladear el succulento banquete, pues ya había dado buena cuenta de la porción de lechón orneado con llapingachos, del caldo de gallina de postura y engullía una empanada de morocho regada con chocolate, cuando nos previno:

—La comida se enfría, señores. Y con ello se pierde todo su encanto. Por otra parte, si continúan mostrándose indiferentes a ella, no tardará en aparecer la cocinera para retirarla. Es bien conocido como se maneja esta matrona.

El anciano se alarmó visiblemente y, haciéndose cargo de repente de la situación, se las emprendió con el lechón. Yo, sin hacer demasiado caso de la anunciada amenaza que se cernía sobre mis manjares, no sabía aún por cuál decidirme, cuando ya doña Ornella, abalanzándose como un gavilán sobre su presa, arrebató los platos, aún intactos, y desapareció con ellos en las entrañas de la cocina. El pronóstico de Saulo se había cumplido al pie de la letra. No formulé reclamo alguno a la matrona. Al fin y al cabo no era de ese tipo el alimento que yo precisaba.

Ante el atropello que acababa yo de ser víctima, Saulo se puso a mirarme con verdadera conmiseración, asumiéndolo como algo fatal. Mas el anciano profesor, preocupado en salvar lo suyo, no tenía ojos sino para vigilar sus platos, que supo defenderlos con bravura cuando se vieron amenazados por doña Ornella. Esta mujer, pequeña, gruesa y madura, en contraposición a su apariencia poseía la agilidad de una pantera. Hablaba con marcado acento pastuso, lo cual denuncia-

ba su origen extranjero y al mismo tiempo explicaba su comportamiento ajeno a los modales vigentes en nuestro país.

Una vez que don Braulio, sin mayores dificultades, pudo consumir los platos fuertes, restándole únicamente el chocolate, reanudó la conversación interrumpida, dándose tiempo de vez en cuando para dar pequeños sorbos de aquella delicia.

—Pues bien, doctor, una vez que conoce usted que el escondrijo de *paquita* ha sido descubierto, querrá también conocer dónde se halla él.

—Sí usted no tiene inconveniente en confiármelo, maestro.

—¡Claro que no! ¿Alguna vez ha oído usted hablar del túnel de Catava? El Catava, para su información, es aquella redondeada colina donde termina la de Collanes, situado al sur de la población y perfectamente visible desde aquí.

—Por supuesto, maestro —me apresuré a responderle, demostrando que estaba yo al corriente de las atracciones principales del *Balcón de los Andes*—, lo he oído por varias veces y también por varias veces había pensado en visitarlo, pero a último momento algún imprevisto me lo ha impedido. Ese lugar me interesa y, en cuanto se presente la ocasión propicia, lo visitaré.

Y fue entonces cuando Saulo me sobresalto con una perentoria advertencia que no dejaba duda de su propósito:

—¡Cuidado! Ni siquiera lo piense usted. Para su conocimiento, el túnel de Catava es el punto exacto adonde son enfocados los primeros rayos de luz del *plenilunio fatal*. Es allí donde se alberga *paquita*. Lo hemos visto ayer nomás, ya en su estado físico óptimo, abandonar aquel antro.

Tomó la palabra don Braulio:

—Lo irónico del caso es que el predicho túnel, abierto en la ladera de un monte que además de embellecer el paisaje nada tiene que ofrecer, lo es visitado de vez en cuando por algún

curioso, atraído por el misterio que encierra. Yo mismo lo he visitado en alguna ocasión, sin que pudiese descubrir nunca el motivo de su construcción, ya que la posibilidad del origen de una mina no resiste al más somero análisis. Lo único que había sacado en claro de él era que había estado allí Dios sabe desde cuándo.

»Finalmente su misterio se ha despejado.

»La tenebrosa galería del Catava ha sido abierta ex profesa en el lugar exacto donde, por unos cuantos segundos en el año, es iluminado por la misteriosa luz de la luna. El menor desplazamiento del satélite, con respecto del vértice que forman las bases de las dos montañas del Iliniza, impediría que la luz alcanzase el interior de la gruta. Y bien, el corto lapso en que el fulgor lunar invade aquellas subterráneas tinieblas, es todo lo que hace falta para vivificar a *paquita*, que permanece latente allí durante todo el año. Una vez despierta y materializada, permanecerá activa en tanto que la luminiscencia lunar perdure.

Aquel descubrimiento, invaluable desde el punto de vista de mis amigos, no me había impresionado ni poco ni mucho, ya que tenía su base en el ámbito de la superstición del cual no comparto. No obstante, la tenacidad empleada para conseguirlo era de sí admirable y digna de ser tomada en cuenta al menos entre los esfuerzos inútiles que a menudo realiza el hombre. De ahí que exigía el homenaje de que se le concedieran atención.

—Maestro —inquirí—, cuando usted asegura que el túnel en cuestión ha sido construido allí ex profeso para que su interior fuese iluminado por la luna durante unos segundos en el año, asume implícitamente que su propósito ha sido el de suministrar vida, con intervalos determinados, a cierto cadáver depositado en él. Pues bien. ¿Cuál es exactamente la fun-

ción de la iluminación lunar en relación con éste: la de despertarle tan sólo o la de proveerle de vida?

—Aclaremos primero que el sujeto de reanimación no es un cadáver en el sentido estricto de la acepción. Tampoco se trata de uno de aquellos espectros provenientes de más allá de la muerte. Sino un ente atrapado en el tiempo, sin poder morir ni vivir. Y bien, la iluminación lunar se encarga de despertarlo, como ya lo he dicho antes, y también de regular la energía que le anima.

Dejé pasar por alto el aserto de que el sujeto de reanimación era un muerto viviente o algo así y me preocupé por informarme de la intervención de la luna en todo esto.

—¿De qué modo lo hace?

Don Braulio se invistió de autoridad.

—El fulgor lunar ofrece un vasto campo de sorprendentes opciones que, aplicadas adecuadamente, obran resultados prodigiosos. Sólo hace falta saber cómo buscarlas. En el caso que nos ocupa, alguien iniciado en los secretos de Selene, además de conocer las propiedades de la sustancia espiritual e inmortal del ser humano, sometió a Francisca Muñoz de Iri-goyen al castigo de sufrir una especie de muertes y resurrecciones intermitentes que, reguladas y vigiladas por el comportamiento del astro de la noche, habrían de cumplirse con matemática precisión.

No obstante mi escepticismo recalcitrante, no podía evitar que el anciano profesor me asombrara con su especulación digna de posibilidades más realistas. Aunque en descargo de elucubración semejante había que destacar la coherencia con la cosmovisión que rige la comunidad de este aislado rincón de los andes, sujeta a dogmas emanados de una cosmogonía fantástica y privativa. Pero yo no había sido invitado allí para que buscara mi lucimiento con razonamientos científicos. En

consecuencia, si quería sacar partido de aquel diálogo, que por otra parte no dejaba de ser interesante, debía cuidarme de la tentación de protagonizar cualquier debate.

—Este omnipotente sabio, que podía resucitar a los muertos (entendiendo que estos tampoco estarían vivos), ¿era, acaso, un ser divino que conocieron épocas pretéritas?

—¡Oh no, doctor! Este personaje nada tenía de divino ni su presencia fue exclusividad de pretéritas culturas. Fue y continúa siendo el mismo sabio que ahora desarrolla sus experimentos o se sirve de ellos ocultos en el discreto anonimato. Perseguido arbitrariamente por los académicos de todas las épocas, ha recibido el alias despectivo de mago, brujo, hechicero, chamán u otro calificativo displicente con el cual se le ha querido deshonrarlo. Mas, refiriéndome al asunto en materia, no fue otro que el mismo Marqués de Gualaya el artífice del terrible hechizo. Gracias a las investigaciones realizadas por Juanito, sabemos con certeza que don Gonzalo Meza de Pineda y Salazar ejercía el arte de la magia negra con relevante capacidad y aplicación. Fueron tantas y de veras asombrosas las hazañas realizadas por él, que hacen ver a las famosas hechiceras de Tesalia, descritas por Lucio Apuleyo en “El asno de oro”, como meras aprendices.

—Pero, maestro, ¿existen en realidad profesionales del arte de la magia, digo, entendiendo aquel arte fuera del ámbito estrictamente ficticio?

—No tenga usted la menor duda sobre ello. La magia es la corriente sanguínea del universo.

La afirmación era apenas su punto de vista, pero daba pábulo a interrogantes acerca del maligno marqués. No obstante, sintiéndome más inclinado por la víctima del sortilegio que por su artífice, solicité a don Braulio que se refiriese sobre lo



que pretendían con ella en el transcurso de las próximas noches.

—Mientras el resplandor lunar no decline su intensidad —prosiguió don Braulio, en tanto que asía férreamente su tasa de chocolate, como medida de precaución—, mantendremos a *paquita* bajo estricta vigilancia en prevención de potenciales desmanes. Ventajosamente contamos esta vez con detectores visuales que nos permitirán descubrirla en su estado etéreo.

Ante su persistencia en semejantes dislates, mi compostura se resquebrajaba peligrosamente. Temía que un poco más de lo mismo terminaría por hacerme reír irremisiblemente. Cómo había sido posible que aquellos eminentes ciudadanos, inteligentes y educados, llamados a preconizar ideas enmarcadas siempre en el razonamiento, se hubieran abandonado al infame fangal de la superstición. ¿Estarían, acaso, burlándose de mí? Presumiblemente, no, ya que su seriedad en nada desmerecía a la de Catón de Útica. Entonces, ¿qué era lo que les ocurría? Pues seguramente nada fuera de lo normal, si se tenía en cuenta que también ellos eran víctimas de una necrofóbica alucinación colectiva. Y habiendo llegado yo a esta patética conclusión, me esforcé por mostrarme coherente con la exposición de mi interlocutor. Además, no podía darme el lujo de poner en riesgo la oportunidad de mirar desde primera fila los (supuestos) sucesos inminentes. Máxime que estos concernían a la célebre leyenda de aquel demonio necrofílico, responsable único de mi viaje a este recóndito lugar. E inquirí:

—Y cuando la luna haya disminuido al mínimo su resplandor, y con él la fortaleza física de la sanguinaria fiera, ¿habría llegado el momento de darle caza, maestro?

El aludido esperó impaciente y con gesto agrio que bajase de tono un airado reclamo que, en la mesa vecina, formulaban a doña Ornella. Los querellantes eran una pareja de barbudos montañeses de afilado rostro y fiera mirada, que hacían pensar en un dúo de famélicas fieras asechando el corral. Vestían enteramente de harapos y llevaban los pies descalzos. En cuanto se calmaron los rústicos, respondió:

—Para el éxito de nuestro proyecto es indispensable que la luna haya reducido sensiblemente de tamaño. El grado de luminiscencia lunar está en relación con el de la fortaleza física de *paquita*, puesto que ésta es generada por aquélla. Por ahora *paquita*, beneficiaria de la abundante luz provista por el astro de la noche, se halla dotada de exuberante vida y clara percepción que le vuelven invulnerable. Pero a medida que la fuente de energía desciende, su vitalidad se debilita, la consistencia le abandona y su morfología humana se vuelve gradualmente inestable. Por tanto, el estado ideal para reducirle a la impotencia debe ser el punto intermedio entre la exuberante fortaleza y la extenuación extrema. En unas noches más y su fin habrá llegado.

—Admiro su optimismo, maestro.

—Éste, doctor, dimana de la seguridad de hallarnos perfectamente preparados para la partida de caza. Pues nada hemos dejado al azar en la elaboración del plan que conducirá al logro de ella, salvo el colaborador que, por sus condiciones físicas y síquicas óptimas que debe poseerlas, nos ha sido difícil de reclutarlo hasta ahora.

—Y han pensado en mí —proferí, exento de reproche, sabiendo adónde quería llegar mi interlocutor—. Pues bien, si ustedes me consideran idóneo para desempeñar aquella delicada misión, cuenten desde ya con mi cooperación.

Don Braulio, al oír mi espontánea promesa, salvó la distancia interpuesta por la mesa, para aprisionarme en un abraso efusivo de alegría. Su emoción era tal que le hizo olvidar la protección de su taza de chocolate, circunstancia fatal que fue aprovechada por doña Ornella para apoderársela ipso facto. Saulo, en cambio, manifestó su agrado sin alterar su adusto gesto ni mover un solo dedo.

—No esperábamos menos de usted, doctor.

—Sin embargo, ¿qué les hacía suponer que yo les ayudaría?

—Bueno, si hemos de ser francos, el mismo desprecio que usted concede a todo lo que no encaja en el límpido pero estrecho campo de la lógica. Pues, para el científico, lo que se escapa del conjunto de conocimientos obtenidos mediante la observación y el razonamiento, sistemáticamente estructurados y de los que se deducen principios y leyes generales, es catalogado a priori como farsa. Y ahora tendría usted la oportunidad de observar las imposturas preparadas, minuciosa y sosegadamente, por los cultores de la superstición con el deshonesto y manifiesto fin de que fueran expandidos los misterios que no entienden, ¿me equivoco, doctor?

—Claro que no. Pero en todo caso estoy enteramente a vuestra disposición.

El anciano, que aún no había echado de menos su taza de chocolate a medio consumir, trató de formular la justificación para que hubiesen pensado en mí como señuelo de la fiera:

—Créame usted que el intentar atrapar a *paquita* nosotros solos sería una pretensión tanto audaz como inútil, ya que no es posible abatirla de un tiro de escopeta o de una cuchillada, acechándola en alguna encrucijada. Para conseguirlo es necesario engañarla con un cebo apetitoso: un hombre de insuperable belleza y en plena juventud. Y bien mirado, Saulo y yo hemos perdido este don hace rato. Por razones obvias, úni-

camente por un hombre en posesión de semejantes atributos siente ella predilección. En cuanto al rumor de que el candidato a constituirse en merienda suya debe ser casado y proclive a la infidelidad conyugal, no hay duda de que tal cosa no sea sino la parte decorativa de la historia verdadera.

La vanidad no ha figurado jamás en el número de mis debilidades, que por cierto deben ser muchas, pero, habiendo sido calificados mis dotes físicos con diez en una escala de valores de diez por el ojo clínico de don Braulio, me sentí modosamente halagado. Además, si alguien nutrido de vastos conocimientos como él había llegado a esa conclusión, bueno, quién era yo para ponerlo en tela de duda. Y notando que nada mejor que una frase encomiástica para levantar el ánimo de uno, me sentí predispuesto a la broma.

—Ojalá mi persona no resulte del todo despreciable a los ojos de *paquita*, porque sería una lástima que el ahínco por atraer la atención de esta dama fuese a la postre en vano. También aspiro encontrar suficientes atractivos en ella como para que mi fervor por realizar mi cometido no se viera afectado por falta de incentivos.

Una ancha sonrisa cubrió el arrugado rostro del anciano profesor, advirtiéndome que mis recelos eran infundados.

—Pierda usted cuidado, pues lo sabemos con certeza que los dos son el uno para el otro. Su personalidad, doctor, encaja perfectamente en la de Facundo Numa, el malogrado esposo de Francisca. Se diría que la descripción física que existe de aquél, ha sido inspirada en usted.

Entonces recordé que don Braulio, cuando nos conociéramos, me había dicho a guisa de bienvenida: “Aunque a usted le parezca extraño, lo esperábamos”. Ahora comprendía que aquella frase no había sido de cortesía sino más bien una expresión surgida de la satisfacción de ver un deseo cumplido.

Lo que significa que, el instante mismo en que hiciera mi aparición aquí, unos lunáticos, encabezados por el anciano profesor, habían creído descubrir en mí la persona ideal llamada a romper un sortilegio existente sólo en la fantasía. ¡Admirable! Qué viva imaginación la tienen. No quise quebrar el encanto de aquella elucubración con razonamientos, que quizá a sus ojos me hubiese hecho parecer un necio o un loco, y procuré ser coherente con ella.

—No se hable más del asunto. Pues tengan ustedes la seguridad de que contribuiré en pro de la causa. Además, mi alma de poeta, adepta a la belleza, tiene para la mujer un tabernáculo dispuesto.

Saulo Lombardo se sintió vivamente preocupado por la eventual amenaza que constituía mi devoción por la belleza femenina para el provecho de la gestión.

—¡Oh!, doctor, tenga usted cuidado de no dejarse guiar esta vez por el romanticismo, puesto que *paquita* carece de sensibilidad poética. Lo sé por experiencia propia, que lo único que le interesa a esta mujer fatal es engullir cuanto antes a su amante fortuito. Perduran en mí aún frescos los recuerdos de la malhadada noche en que fui parcialmente devorado por la beldad de quien me había enamorado intensamente en el lapso que tardaron mis ojos en descubrirla. Dichoso de haber encontrado al fin la mujer que conjugaba en sí todas las virtudes ideales de la belleza femenina y más todavía por la atracción que ejercía yo en ella, me precipité ávido a sus brazos, que se abrían como la corola de una flor a la fúlgida luz. Revelando en los lagos profundos de sus ojos la sonrisa más seductora, la beldad admitía complacida el alud de caricias que en mi anhelo empezaba yo a prodigarla. Y al fin, unidos en abrazo indisoluble, mis labios posaron fogosos en los suyos, haciéndome sentir el hombre más afortunado. Pero, ¡ay!,

en cuanto el ósculo fatal se consumó, la inmensurable belleza de aquella mujer se extinguió con él, dando sitio a la repulsiva fealdad que un cadáver en descomposición puede ofrecer. Porque lo que ahora apretaban mis brazos no era sino un cadáver con apenas fragmentos de piel adheridos a los huesos. Dos ascuas fosforescentes en lugar de ojos y una boca, carcomida por la putrefacción, congelada en una muda y diabólica carcajada, adornaban su rostro descarnado. En semejante trance, mi terror fue tal que ni siquiera intenté buscar mi salvación en la fuga o en la demanda de socorro. Mis pies se habían soldado al suelo y tenía las cuerdas bucales entumecidas. Paralizado, como un pajarillo fascinado por una víbora, iba a ser yo devorado por aquel infernal monstruo que, con las mandíbulas abiertas, buscaba ya mi garganta. Sin embargo, cuando sus afilados dientes se hallaban a punto de cerrarse alrededor de mi cuello, logré atravesar su boca con mi brazo, consiguiendo salvar la vida a costo de él. Luego, todo se me pareció confuso y... creo que me desmayé.

Como para ratificar la autenticidad de aquel relato, que se me antojaba nada más que la relación de una pesadilla, don Braulio se creyó en la obligación de complementarlo.

—Por supuesto, colega, que usted se desmayó, como ya se lo he dicho tantas y tantas veces. Aquella noche plateada, casi tan clara como el día, el “Cashcajo” —¡valiente y forzudo muchacho—!, y yo le habíamos descubierto a usted apenas un minuto antes de que hiciera contacto visual con *paquita*. Íbamos con sigilo detrás de ella con la esperanza de poder eliminarla, procediendo del modo que se estila con los vampiros humanos, según las recetas más autorizadas. El “Cashcajo” llevaba un crucifijo en una mano y en la otra el agua bendita mientras yo cargaba con varias estacas aguzadas de madera y un mazo. Esperábamos la oportunidad para caer

sobre *paquita*, que, tan hermosa como para triunfar en un torneo de belleza, iba de aquí para allá atenta a cualquier rumor que se produjera. La espera se prolongaba sin que nada ocurriera y el fresco de la noche empezaba a dejarse sentir, haciéndonos reflexionar que debíamos dejar la cacería para mejor ocasión, y fue entonces cuando notamos que usted, rebosante de felicidad, se acercaba a *paquita*. Se hubiera dicho que su desvelo por encontrar a la mujer ideal había concluido. También ella parecía obrar motivada por similares emociones, ya que su actitud era la de quien hubiera descubierto el amor de su vida. El encuentro que se produjo era digno de un magistral poema. Sin embargo, nosotros, hallándonos lejos de permitir que las apariencias nos engañasen, vimos en ello la oportunidad esperada para atacarla por la espalda. El “Cashcajo” fue hacia *paquita* con el frasco de agua bendita para adormecerla, bañándole en ella, mientras que yo le seguía con la estaca más puntiaguda en ristre. Pero el agua bendita ni la sintió y el contacto de la estaca entre los omóplatos lo único que hizo fue enfurecerla, apresurando su metamorfosis.

Saulo suspiró conmovido por hondas y tristes reminiscencias. La repentina pérdida de aquel fugaz idilio parecía pesarle más que la de su brazo.

—Bien pude entonces haberla suprimido, pero a la sazón desconocíamos realmente cómo hacerlo. Además, obnubilado como me encontraba, jamás me hubiese permitido constituirme en su verdugo.

De modo que ahora creían haber encontrado un método más seguro que el agua bendita y la estaca de madera en el corazón. Yo no lo creía así. Pero mi libro exigía evidencias del tema que se proponía combatirlo.

—Por lo que he podido deducir —dije—, ahora sí cuentan ustedes con una técnica eficaz para terminar con la pesadilla que aterroriza al *Balcón de los Andes*. Pues bien, ¿en qué consiste ella?

Mis dos interlocutores quisieron hablar al mismo tiempo, pero don Braulio obtuvo el privilegio de responderme. La ancianidad aquí, como en los países de Oriente, continúa siendo una prerrogativa.

—A decir verdad, no consiste en ninguna técnica. Pues todo lo que se necesita para romper el sortilegio es tan simple que a nadie se le hubiese ocurrido pensarlo nunca. Verá usted, al examinar “El impío Pío” descubrimos que era éste un manual de sortilegios que enseña, por ejemplo, como trocar una persona en pájaro con la sola ayuda de una pluma. Y como es de suponer, se ocupa también del hechizo que pesa sobre Francisca Muñoz de Irigoyen y del modo de poder romperlo. Nos gustaría que usted se informara de este detalle directamente de su fuente. El infernal libro lo tiene Saura, en el cual se ha apoyado para escribir la “Historia de Francisca Muñoz de Irigoyen. Hoy mismo, en cuanto regrese él de Latacunga, se lo pediré para dárselo a usted. Y a propósito de la predicha historia, le recomiendo que la lea. Estoy seguro que Juanito no tendrá inconveniente en proporcionársela.

Al traer a colación el nombre de Saura, vi la oportunidad para desembarazarme de aquel tema de conversación. Además, sentía curiosidad por la ausencia de Juanito durante los últimos eventos del festival. Su evaporación del escenario público no dejaba de extrañarme, aunque la presumía obligada por los compromisos heredados de su ex jefe. Y sólo ahora conocía que se hallaba él de viaje.

—¿De modo que Juanito se halla en la capital provincial?

Don Braulio se sintió compungido.



—Tal cosa le ha sido inevitable a nuestro buen amigo. Le compadezco. Pues, para cualquiera, el tener que ausentarse de aquí precisamente cuando el festival acaba de iniciarse, es una verdadera desgracia. Pero Juanito, ante el repentino deceso del titular de la Tenencia Política de la cual es su colaborador, no tuvo otra opción que la de acudir de inmediato a la Gobernación para notificarla del trágico suceso.

—Lo que significa que de momento la parroquia carece de autoridad civil, ¿no es así?

—No, en ningún caso. Para estas contingencias existe un funcionario ad hoc que asume automáticamente la función vacante hasta cuando sea designado la autoridad definitiva. En el caso presente, tan pronto como se produjera el deceso de González, don Orión Perales, como delegado para llenar este vacío de poder, asumía provisionalmente la función dejada por aquél.

Recordé entonces al hombre gallardo y elegante, de modales de profesor universitario, que acompañaba a Saura cuando se realizó el levantamiento de los cadáveres de Garza y de González. Tanto su dicción clara y limpia como su mesura ya me habían llamado la atención. No le había visto antes y entonces, debido a las circunstancias imperantes, nadie se ocupó de presentarnos. Al considerar la forma mediante la cual se ha venido administrando justicia en este lugar, no puedo evitar el pensar que, cuando se había librado providencialmente del sátrapa que lo había tiranizado durante luengo tiempo, lo ideal sería que la autoridad central designase al substituto accidental como funcionario definitivo.

—Bien por esta noble población, que merece disfrutar de una sabia y pacífica administración. Y es indudable que ya se siente aquí una lozana calma, ingrediente sin el cual el espíritu no puede beneficiarse de las bondades de la vida. No sé si

convienen ustedes conmigo en que sin Humberto González el pueblo respira mejor.

Mi comentario era cuando menos inapropiado, aunque mis contertulios, dándolo como adecuado, expresaron con sendos movimientos afirmativos de cabeza que estaba yo en lo cierto. Si bien era probable que nadie sintiera pesar por la muerte del tirano, no era yo el llamado a propalar el sentimiento general y mucho menos a preconizarlo. En lo sucesivo debía cuidarme de emitir juicios de dudosa connotación aunque fuesen formulados únicamente con la intención de sondear la opinión de los demás. En su lugar debía ceñirme a tratar de esclarecer las interrogantes que bullían en mi mente.

—Ya comprendo. Entonces el viaje explica el motivo de la ausencia de Saura en los eventos de la tarde de ayer. ¡Oh! Debí suponérmelo. No obstante, al ignorarlo hasta ahora, me extrañaba que últimamente no hubiera podido verle por ningún lado. En todo caso, espero que el retorno de nuestro amigo sea pronto y, puesto que no se divirtió con la corrida de ayer, no le suceda lo mismo con la de hoy. Y a propósito del encierro de ayer, ¿podrían ustedes decirme de quién se trata aquel osado chaval que lidió el segundo toro? Su estilo de torear es en verdad impresionante.

Don Braulio, levantado los hombros miró interrogante a su colega.

—Maestro —respondió el aludido—, bien lo sabe usted que la tarde de ayer la pasé junto a mi esposa, que de pronto se puso mal. En consecuencia, no tengo respuesta. Y para la información de usted, doctor, le diré que soy un apasionado de la tauromaquia. Toreo cada vez que la oportunidad de ponerme ante los cuernos de un morlaco se me presenta. El insensato prurito de jugar la vida sin que asistiera necesidad ninguna, me seduce.

Nos reímos de la sutileza de Saulo, quien pese a su semblante enfurruñado tenía a veces destellos de buen humor. Luego éste, no por mera reciprocidad, fue quien miro interrogante al director.

—Tampoco yo pude ver al lidiador que usted se refiere —afirmó don Braulio—. Más todavía: en toda la tarde ni siquiera me acerqué a la plaza. Imprevistos surgidos a última hora me impidieron asistir a la fiesta brava. ¡Una verdadera pena! Y si es lícita la pregunta, doctor, ¿por qué le interesa a usted aquel chaval? ¿Desea, acaso, que le instruya en el arte taurino?

La risa volvió a fluir espontánea en todos nosotros. Me halagó que mis amigos se hubiesen desprendido por un instante de su acartonada formalidad para matizar el coloquio con una pizca de jovialidad. También yo me sentí tocado por similar motivación.

—Si me fuese dado conocer el lenguaje usado por los fantasmas, me pondría ahora mismo a buscarle para tener una plática cordial con él, ya que, según el sacristán, este simpático muchacho no pertenece ya al mundo de los vivos. Mi informante, sin embargo, al ignorar el nombre de pila de aquél, se ha limitado a llamarle como el “Fantasma Torero”, a secas.

Nuevas carcajadas de mis amigos como única respuesta.

—¿Suponen ustedes, acaso, que me ha engañado aquel bribón? —proferí con aparente frustración.

El buen humor que imperaba en Saulo le había predisposto a mostrarse en esta reunión diametralmente opuesto al invitado de piedra, cuya actitud asumía en situaciones parecidas.

—Vamos. No debe usted dar crédito a todo lo que le cuentan, que aquí, si se ha creer a la aritmética, el número de bromistas es infinitamente mayor al de los formales. Tan honda es la raigambre de la broma en el habitante del *Balcón*

*de los Andes* que ni siquiera cuando muerto adopta cualidades circunspectas.

De nuevo la risa empezaba a emerger como efecto del reciente chiste de Saulo, cuando, la algarazara provocada por los comensales de la mesa vecina, atrajo hacia allí nuestra atención. Eran los barbudos de rostro afilado y macilento que, disputándose una pata de cerdo, se habían trabado en una gresca de proporciones mayúsculas. Se abofeteaban, se arañaban y hasta se mordían mientras emitían verdaderos gruñidos caninos. Los platos, cubiertos y vasos que hasta entonces habían reposado en la mesa de ellos, impelidos por los reiterados sacudones, se precipitaban al suelo uno detrás de otro, aumentando el alboroto al estallar con violencia. Pero la trifulca concluyó en su apogeo cuando doña Ornella, seguramente experta en resolver este tipo de problemas, no titubeó en volcar sobre los contendientes un jarro de agua hirviente. Los pobres diablos, retorciéndose de dolor y profiriendo espeluznantes aullidos, intentaron escapar de la fonda. Pero en la puerta, cuchillo en mano, les esperaba ya el díscolo marido de la fondista para impedir que se fueran sin sufragar el abultado coste de los alimentos consumidos y de la vajilla destrozada.

Al comienzo no había llamado demasiado mi atención aquel par de fachosos montañeses, ya que de gente estrafalaría el mundo está lleno. Pero al fijarme en sus maneras, que hacían pensar que habían tenido por maestros una jauría de lobos, sentí curiosidad por ellos.

—¿Quiénes son aquellos sujetos, que estarían más a tono entre animales selváticos que reunidos con personas? —pregunté a mis amigos con auténtica curiosidad.

Estos midieron con miradas escudriñadoras a los aludidos, como si sólo entonces les hubiesen notado. Se sumieron en

un pensativo y dilatado silencio que presagiaba el advenimiento de un recuerdo poco grato y difícil de ser enunciado. El anciano profesor se veía indeciso, como acorralado por irresoluciones insalvables, y Saulo había depuesto el donaire, que tan bien le sentaba, en beneficio de su adustez rutinaria. Pero no obstante su palmaria seriedad, no sé si sus palabras fueron enteramente sinceras.

—¡Ah! —dijo, bajando la voz— Son los Sepúlveda. Unos rústicos de Cerro Azul y de quienes se dice que tienen pacto con el diablo. Habladurías nada más. ¡Oh..., pero ahora que lo recuerdo, estos fulanos son los mismos que hace unos años fueron ahorcados en Canjaló, una comunidad indígena no muy distante de aquí! Recuerdo perfectamente que fueron acusados de haber devorado varias doncellas de allí. Por entonces se les dio en llamarlos *hatuc runas* (hombres lobos).

Era demasiado para mí. Ciertamente, no era posible dialogar con mis amigos sin que el tema de una conversación no arribase enseguida a la arena movediza de la superstición. Me hubiera gustado pedirles consejo para localizar a la bella desconocida cuyo recuerdo se había instalado en mi pensamiento, pero el temor de ponerme en evidencia como interesado en dar con el paradero de una dama de quien ignoraba yo aun su nombre, me lo impidió.

Me despedí de mis amigos en la puerta del figón y, sin dejar de pensar que durante todo el tiempo no hubieran hecho otra cosa que tomarme el pelo, retorné a mi albergue. Las fábulas que acababa de oírlas debían ser consignadas a mi diario antes de que una nueva avalancha de ellas las diluyese. Porque en lo que quedaba del día tendría oportunidad de conocer tantas o más fantasías que las escuchadas hasta ahora. Trasladar los sucesos del día de la memoria al papel me ocu-

pó varias horas y cuando abandoné el albergue promediaba la tarde.

La corrida debía haber empezado hacía largo rato, teniendo como marco del rito la euforia de la parroquia, anhelante de emociones fuertes. Que resultase corneado levemente o herido de gravedad un agnado, un amigo o simplemente un desconocido, no tiene en sí demasiada importancia para nadie. Lo que cuenta es que algo ocurra como resultas del encuentro del hombre con el toro, y cuanto antes mejor. Porque la categoría de una fiesta brava no se valora aquí, como en toda la serranía, por la bravura del toro ni el arte del torero sino más bien por el número de muertos y heridos que ha dejado como saldo. Indudablemente que habrán expresiones de pesar y hasta lágrimas por los caídos en aras del valor, pero no por ello dejarán el encierro hasta cuando el “toro de la oración” no haya regresado al establo. No obstante, por rara que parezca para el foráneo esta manera de asumir la desgracia derivada de un deporte no exento de riesgos, se explica por sí misma si se tiene en cuenta que el coste de la audacia, tan regateado en otras partes, se paga aquí sin objeción. Además, quien alguna vez no haya sufragado complacido la factura extendida por una temeridad, que tire la primera piedra.

Sí, la fiesta brava se encontraba en su apogeo cuando arribé a la plaza. Un toro negro con lunares blancos, cuyo lomo le habían cubierto con una pequeña colcha bordada primorosamente en filigranas de oro, hacía las delicias de la concurrencia cada vez que corneaba algún imprudente que se le acercaba demasiado. Y qué número de atolondrados empeñados en dejarse embestir, que el pobre toro no se daba abasto a complacer a todos. Claro que cualquier sacrificio, incluso el de la muerte, se justificaba plenamente si se tenía en cuenta la importancia que representaba para cada uno de los mozos el

arrebató al bravío animal la preciosa prenda, concedida nada menos que por la guapa Flor Celina Celi, la actual “Reina de la Alegría”. Y quien buscaba conseguirlo, no cifraba la esperanza únicamente en contar con un galardón al valor, sino esencialmente en convertirse en pareja de la donante de éste durante el baile que tendría lugar a continuación del evento taurino. Bueno, aquella locura juvenil se explicaba perfectamente.

Deseando que el galardón lo ganase el mejor, me puse a examinar las barreras con la esperanza de hallar, entre la concurrencia, a la usurpadora de mi calma. Cada vez que la distancia del toro garantizaba la ausencia de peligro a mi desplazamiento, cambiaba de sitio, en busca de un punto estratégico que me ofreciera el mejor ángulo de observación. Mas el esfuerzo fue inútil. En vista de semejante resultado, decidí buscarme un seguro refugio y conformarme con mirar las incidencias de la fiesta. Con esta intención busqué una barrera que pudiese acoger una persona más entre sus ya oprimidos ocupantes. La localicé pronto y me encaramé en ella. Mis casuales vecinos, demostrando devoción por la hospitalidad, se apretujaron entre sí para hacerme sitio. Y al fijar la atención en ellos, descubrí con no poca sorpresa, algo apartados de mí, a Saulo y al señor de Arana juntos. Por el modo desenvuelto con que se expresaban, daban la sensación de que hubieran empinado el codo por repetidas ocasiones en lo que iba de la tarde. Mis amigos se hallaban complacidos de que me hubiera unido a ellos.

No me había equivocado en mi apreciación. De la botella de “anís del mono” que sostenía Saulo en su única mano, apenas quedaba un cuarto de licor. Me la ofrecieron, advirtiéndome que debía brindar a la salud de cada uno de nosotros con igual número de libaciones. Y yo, que no buscaba

otra cosa que paliar de algún modo la desazón que me embargaba, agradeciendo al hado que venía en mi socorro, empiné por tres prolongadas veces la botella, dejándola casi vacía. El señor de Arana se sintió satisfecho de que yo, en tan poco tiempo, hubiese asimilado las costumbres que rigen en el país. En cambio Saulo, sin pasársele por las mientes mis progresos de aprovechado alumno, se limitó a celebrar la circunstancia de que les hubiese encontrado, ya que traía consigo algo que entregarme.

—Me temo que el resto del festejo vayamos a pasar sin la presencia de Saura —se lamentó—. Pues, por la carta enviada a usted desde Latacunga y que, por mi intermedio, espera hacerla llegar a su destinatario, presiento que su ausencia se prolongará quien sabe hasta cuándo. Quizá en ella explique algo al respecto. Aquí la tiene.

Sin salir de mi sorpresa tomé la carta que Lombardo me extendía y, prometiendo avisarle si alguna noticia de interés común traía ella, la guardé en una bolsa de mi leva. Incitado por la curiosidad que despertaba en mí el contenido de la misiva, no tardé en despedirme de mis amigos. Deseaba retornar cuanto antes a mi morada con el fin de poder leerla tranquilo y privadamente y, si el remitente esperaba respuesta, contestarle de inmediato. ¿Qué tenía que contármelo Juanito? Pues ya lo sabría yo. Paciencia.

La carta procede de Latacunga, tiene la fecha de hoy y en su amplio texto dice:

«Apreciado doctor:

«Anhelo que cuando usted reciba esta carta, se encuentre en disfrute de exuberante salud y que la alegría de este festival, conservándose inalterable, sea el sustento perenne de su corazón.



»Seguramente se preguntará usted el por qué de mi intempestivo viaje a nuestra capital provincial, puesto que si era necesario informar a la autoridad central de los desgraciados sucesos ocurridos en Sigchos, durante la mañana de ayer, dadas las circunstancias especiales en que se vive allí, el informe bien podía, sin sufrir menoscabo en su gestión, diferirse por unos días. Convengo en ello. Por tanto, lo que en realidad me impulsó a moverme de inmediato no fue la urgencia de entrevistarme con el señor Gobernador, a quien poco o nada debe importarle la suerte de sus subordinados de última categoría, sino la obligación moral de impedir que alguien más cayese víctima de una bala asesina.

»Porque, amigo mío, lo sucedido ayer en modo alguno fue obra de la mera casualidad, sino el resultado de un plan fríamente maquinado por una mente malévola. Fue así como el que dirigía el complot, al ordenar a González terminar con la vida de Cecilio, calculando que éste acabaría también con la de aquél, no buscaba sino matar dos pájaros con la misma pedrada. Le estorbaban ambos: el uno, porque no hubiera cejado en su perseverancia hasta redimir la heredad que le pertenecía, y el otro, porque, como cómplice suyo, conocía demasiado.

»Por cierto que el sujeto llamado Benigno Aragón, quien se apoderara ilegalmente de La Guaca en cuanto los progenitores de Cecilio perecieron víctimas del misterioso incendio de su casa, es sólo una de las marionetas de alguien que mueve los hilos desde la oscuridad. Aragón es un fuereño de pasado desconocido y en el presente se dedica, con la ayuda de dos sordomudos hijos suyos, al pastoreo de un escuálido rebaño de bo-

regos de propiedad suya. Además de mostrarse admirador de la misantropía, lo cual le ha procurado un cerco asocial en su derredor, jamás ha contado con esposa e hijas por quienes, eventualmente, pudiese sentir alguien interés en rondar su casa. Sin embargo, tuvo siempre un asiduo y reservado visitante: Humberto González. Al respecto, tengo la convicción de que éste fue otro de estos títeres, encargado de intermediar entre el jefe solapado y Aragón, ya que a menudo se le veía camino de La Guaca, en desplazamientos que pretendían ser furtivos, pero que a nadie les pasaba desapercibidos. ¿Por qué esta precaución de ocultar a los demás un acto de cortesía que la gente lo acostumbra desde cuando se civilizó? Pues, simplemente, porque no deseaba llamar la atención de la vecindad con algo inexplicable. De donde se conocía, los dos no eran parientes entre sí, tampoco eran amigos, puesto que en público no se los vio nunca juntos. ¿Cuál era, entonces, la relación evidente entre ambos? Pregunta difícil de adivinar si no se especula con la que articula el crimen que se comete en común participación, claro está.

»Desde hace aproximadamente un año, que es cuando descubrí que González y Aragón se hallaban unidos entre sí por un extraño y discreto vínculo, me había devanado los sesos buscando aclarar su misterio que se me antojaba insoluble. Y de repente, tan sólo unos meses atrás, se explicó todo de la manera más sencilla, y entonces me preguntaba por qué tal cosa no se me había ocurrido antes. Bueno, quizá porque la respuesta era demasiado evidente como para fijar la atención en ella. Pues, “La Guaca”, el nombre de la finca de los malogrados Garza, lo explicaba de sí no sólo el motivo de las

permanentes y misteriosas visitas de González a Aragón sino también el del incendio, muchos años antes, de la casa de aquéllos. Porque guaca significa: sepulcro de los antiguos indios en que se encuentran a menudo objetos de valor. Aún desconozco si este nombre lo escogió para su finca Agapito Garza (padre de Cecilio), o sus anteriores propietarios, pero es seguro que no se debió al azar.

»Pronto descubrí que efectivamente existía en La Guaca un antiguo cementerio indígena que hasta hace poco había permanecido ignorado. También conocí que varias vasijas de cerámica, usadas por los panzaleos como féretros para sus muertos, habían sido vendidas en la vecindad por Aragón, para usarlas como receptáculos de agua. Una indiscreción que lo delataba como profanador de tumbas y explicaba el nexo con González. Lo demás no fue difícil deducir: los dos granujas, en criminal asociación, estaban saqueando sistemáticamente el cementerio. Además, con sólo mirar la llanura adyacente de la casa, se nota las huellas dejadas por las tumbas al ser violadas posiblemente en complicidad de la noche, no obstante el cuidado que habían tenido en cerrarlas luego.

»Ahora bien, una vez confirmado que estaba yo en lo cierto respecto al saqueo de las sepulturas y la función que cada uno de los ladrones desempeñaba en la macabra tarea, no quedaba sino averiguar el modo empleado por González para convertir en dinero los tesoros que recibía de su cómplice, porque era obvio que no los desenterraban para volver a enterrarlos. Por otra parte, Humberto González jamás se apartaba de la población como para suponer que lo vendiera personalmente el

botín en otro lugar. Sin embargo, el peculio de éste, del cual me ingenié en descubrir su escondite, iba en aumento constante y acelerado. Por tanto, no cabía duda de que él no obraba por su cuenta y que su jefe no debía estar lejos. Pero ¿quién podía ser aquel siniestro personaje que se las arreglaba tan hábilmente para mimetizarse en la gente decente del lugar? Oh, mi doctor, créame usted que tal cosa no ha sido posible de lograrlo en un lugar donde el hombre identificado como intermediario se mueve como pez en el agua, alternando por igual con todo el mundo. Pues, al respecto, apenas tengo sospechas hasta ahora. Mas esta situación alcanza ribetes alarmantes cuando de la bomba explosiva que amenaza con hacer volar la organización delictiva se ha prendido ya su mecha. Porque el gánster que la dirige no se detendrá en tirar del gatillo sobre quien fuere si ve surgir de él la menor sombra de peligro. Y por supuesto que, atando cabos de aquí y de allá, es probable que ahora mismo lo tenga puesta la mira de su arma en la siguiente víctima: la esposa de Cecilio Garza, de la cual necesariamente debe conocer su existencia.

»Cecilio, apenas unos minutos antes del suceso en que perdiera la vida, me había confiado que acaba de casar con la mujer de su vida, y con quien había viajado acá. Sólo que de momento, como medida de precaución, permanecía ella en casa de los Lavalle. (Para su información le diré que estos señores son los propietarios de la hacienda Chisaló, situada a unos doce kilómetros de Sigchos, en la vía hacia la capital, y por la cual le es imprescindible al viajero pasar en uno u otro sentido). Y bien, en cuanto constaté el trágico fin de mi amigo, temiendo que su asesino intelectual estuviese ya en la pis-

ta de la flamante viuda, salí en su busca con el propósito de advertirle del peligro que le asechaba. Pero cuando llegué a la morada de los Lavalle, nadie tenía la menor idea del paradero actual de ella. Únicamente conocían que la dama en mención, en cuanto tuvo noticia de la muerte de su esposo, montó su caballo y huyó despavorida con dirección de la ciudad. Suponían que el miedo le había impedido razonar con lógica y obrar en consecuencia, puesto que lo razonable hubiera sido ir en busca de los restos del hombre que había unido su destino al suyo. No estaba yo para formular juicios de valor y, ateniéndome únicamente a esta escueta referencia, me sentí confortado. Sin embargo, en vez de regresar a Sigchos, proseguí el camino de la ciudad. Cecilio me había contado que su esposa era quiteña, pero que sus padres provenían de Latacunga, donde tenía familiares por ambos ascendientes. Por tanto, era probable que la joven buscara amparo en sus parientes ubicados más cerca de sí. Pero ellos nada conocen. Esto hace suponer que la viuda, con el propósito de ahorrar unas horas de viaje, no se dirigió acá sino a Lasso, donde tomaría el tren hacia Quito. Estoy seguro de encontrarla allí. Me urge, a la par de prevenirle del peligro que le amenaza, ofrecer personalmente mis condolencias. ¡Qué complicación amigo mío!

»...»

¡Eureka, eureka...!

No me hacía falta continuar con la lectura de la misiva, pues la solución del dilema quedaba perfectamente revelada. ¡De manera que se trataba de la viuda de Garza la mujer con quien inopinadamente me había encontrado anoche! Pues

cómo iba a imaginarme. Y yo que en mi afán por encontrarla no había hecho otra cosa en la mañana que ir en su busca, dirigiéndome precisamente a los sitios menos apropiados para alguien que se aventura por terreno desconocido y necesita moverse cautamente. Claro, no hace falta esforzarme para comprender que la joven, cuando se informara de la suerte corrida por su esposo, había tomado la dirección de la ciudad únicamente para despistar al asesino que lo preveía a punto de caérsele encima. Luego, usando algún camino alternativo, procuraría venir discretamente acá. Pero una vez aquí, sola y desamparada, temiendo cada instante ir a dar en la boca del lobo, no encontró más remedio que ocultarse hasta que el hado enviase un alma caritativa en su ayuda. Y el hado hubo de escogerme para esa misión.

No pude dejar de sonreír al pensar en la cara que iban a poner mis cándidos amigos cuando conocieran que la mujer a quien la vieron anoche, deambulando por las inmediaciones del Catava, no era la temible *paquita* sino la infortunada viuda de Cecilio Garza. ¡Vamos, qué tontería de parte mía! En su alucinación, ¿serían capaces de escuchar sin creermelo acuciado por escurrir el bulto, temeroso de vérmelas con un espectro por hermoso que fuera éste? Para mayor complicación, Saura, en su carta, asegura que la viuda, ansiosa por instalarse lo más lejos posible de Sigchos, había tomado el camino de la ciudad. Pero, luego de meditarlo con tranquilidad, concluí que nada se ganaba con persuadir a los demás de algo que convenía más bien no divulgarlo.

Sintiéndome al fin embargado por un estado de placentera calma, no quise tentar la suerte con situaciones que arriesgaran mi proyecto de salir, cuando llegase la noche, en busca de la desamparada mujer. Tenía la certidumbre de que ella, en cuanto me viese, dejaría su escondite para facilitarme una

nueva entrevista que, indudablemente, nos favorecería a ambos. A ella, porque mi presencia le protegería de los malvados designios del asesino encubierto mientras ponía en ejecución los negocios heredados a su fenecido esposo, y a mí, por la dicha de permanecer en la deliciosa compañía de ella. Y habiendo puesto mi esperanza en tan halagüeña perspectiva, lo único que me quedaba por hacer era permanecer donde me encontraba y mirar el avance de las manecillas del reloj.

\* \* \*

No obstante, las más de las veces no suceden las cosas como uno se espera. Tan pronto como me había prometido quedarme en casa mientras llegaba el momento de ir en busca de la infeliz mujer, esperanzado en conjurar el peligro que, como la espada de Damocles, pendía sobre su cabeza, mi tranquilidad se vio turbada por insistentes llamados a mi puerta. Cuando acudí a abrirla, supe que se trataba de un grupo de ciudadanos en el cual se incluía el distinguido caballero que se desempeña como teniente político *ad hoc*, en demanda de mi cooperación artística en la celebración de esa noche en casa de éste. La convicción de que podría escabullirme fácilmente de allí cuando lo quisiera yo, no alteró mi estado de ánimo y les prometí que no faltaría a la fiesta una vez que hubiese llegado la hora. De momento quería más que nada, en la soledad de mi alcoba, soñar despierto con quien había cautivado mi pensamiento. Pero me dijeron que la hora había llegado y que era preciso ponernos en marcha. Nos fuimos.

Una vez en casa de don Orión Perales, gracias a las dotes heredadas de mis padres (músico y cantante él y bailarina ella) que hice alarde allí, anfitriones y convidados se divirtie-

ron de manera extraordinaria. Acogían todas mis intervenciones llenos de complacencia. Las damas, sin importarles demasiado su estado civil ni meditar en el mal predicamento que podría acarrearles su desmesurado entusiasmo, premiaban mis canciones con apoteósicos aplausos mientras me dirigían febriles y turbadoras miradas que a menudo conseguían estremecer la muralla de escepticismo que salvaguarda mi corazón. Y la amenaza adquiriría dimensiones peligrosas porque no pocas de ellas eran réplicas palpitantes de la diosa del amor y la belleza, que el dejarme atrapar en la red de sus encantos no me parecía ya una eventualidad demasiado remota. Pero ¡qué poca consistencia fortalece mi espíritu! A veces, a despecho de mi propósito tenaz de permanecer inmovible a las saetas de Cupido, siento que mi voluntad se diluye con sólo mirar aquella majestuosa flor llamada mujer.

Me mortifica el sentimentalismo que empieza a despertarse en mí. Días antes, Rosaura, surgiendo como un rayo luminoso en el horizonte del lóbrego desierto de mi existencia, empezó a iluminarlo con sugestivos matices, transformándolo en un paisaje poblado de hechiceros mirajes. Anoche, a la sola vista de una hermosa mujer, sentí mi alma desplegarse cual botón de amapola al beso del sol fúlgido. Y, a pesar de las horas transcurridas desde entonces, su imagen, lejos de debilitarse, adquiere mayor consistencia, se magnifica y se extiende sobre el panorama de mi pensamiento. Empiezo a mirarle en todas partes y hasta en el fondo de la copa que ahora mismo tengo en la mano la estoy viendo. ¡Temo haberme enamorado! ¿Qué hacer?... Pues bien, la necesidad de ahogar mi naciente amor, desarraigando la idea de ir en busca de la seductora mujer, se hace imperativa.



*Miércoles 22...*

Durante la noche precedente tampoco había podido dormir lo suficiente como para recuperar la fortaleza anímica que, como fruto de las fuertes emociones experimentadas últimamente, tiende a deteriorarse. El principal causante de mi vigilia no ha sido la exigencia de consignar al papel los sucesos producidos durante el día que acababa de fenecer, que por cierto consumió un par de horas, sino el remordimiento devenido de mi súbita resolución de negarme a ir en ayuda de la infeliz viuda, que atenazó mi conciencia. Tan pronto como cerraba los ojos se presentaba ella, bañada en llanto, para afear mi egoísmo que no me había permitido ir más allá de los intereses personales. Su congoja, encontrando eco en mi compasión, me conmovía casi hasta las lágrimas y me sumergía bajo un ominoso alud de remordimiento. Entonces el arrepentimiento intercedía por la reparación de mi falta con el resarcimiento de una inmediata acción. Sin embargo, el temor a recibir nuevos reveses sentimentales, podía más que la vergüenza.

Con la mente convertida en teatro de incertidumbres recurrentes, advino la mañana. Aspiraba que el transcurso del día, brindándome dilatadas horas de reflexión, nutriera mi espíritu de serenidad y, en consecuencia, pudiese iluminar el faro que habría de guiarme por aquel borrascoso mar de irresoluciones en el cual bogaba yo al garette. Y en espera de que la solución arribaría en cualquier momento, me dispuse a enfrentar con tranquilidad las incidencias que prometía el día. Ventajosamente, el programa destinado al día de hoy abundaba en actos sugestivos: en la mañana, riña de gallos, carrera de caballos, tiro al blanco, palos encebados, ollas encantadas, carrera de ensacados y gallos ciegos, y por la tarde, la última fiesta bra-

va, para la cual se había reservado los prestigiosos toros de San Gabriel. Y por supuesto, como todas las noches, en las casas de los notables, se darían banquetes y bailes. En resumidas cuentas, un apetitoso esquema digno de ser tomado en cuenta. Sólo que aquellas distracciones, que habrían de mantener ocupada mi mente, empezarían unas horas más tarde, y hasta entonces no sabía yo cómo iba a matar el tiempo. Bueno... ¿tal vez leyendo algo? ¡Claro! Y por falta de material de lectura no iba yo a padecer, pues, además de los libros que había traído conmigo, contaba con las historietas de Saura de las cuales apenas había podido leer “Boca de sangre” y “La voladora”. Por tanto, era ahora una buena oportunidad para proseguir con su lectura. La historia de Francisca Muñoz de Irigoyen había sido postergada involuntariamente, pese a mi interés por leerla.

Tomé las carillas y me puse a examinarlas, pero antes de encontrar el relato que buscaba di con uno titulado: KILLA JUNT’ASQA. Debajo de esta leyenda quechua, entre paréntesis, se hallaba su traducción al español: (Plenilunio). Me sentí vivamente atraído por su contenido y me dispuse de inmediato a leerlo.

[KILLA JUNT’ASQA]  
(Plenilunio)

»Cae la noche en la serranía y de inmediato ésta se llena de inescrutables presagios que gravitarán en el estado de ánimo y en la conducta misma del habitante andino. Es que el lado opuesto del día es feudo natural del misterio y en sus intrincados laberintos se agazapan mil desagradables sorpresas y peligros pavorosos difíciles de poder sortearlos. La oscuridad, asesina contumaz del color y de las formas, no encuentra ma-

yor satisfacción que en devorar todo cuanto cobijan sus fuliginosas alas. El ponerse bajo su protección equivale a desprotegerse. Porque entonces el peligro, en sus múltiples expresiones, está presente en todas partes.

»Y es cuando el noctámbulo se expone a la perversidad de inopinados espíritus que pueblan la noche. Salir bien librado de su imperio, significa nada menos que andar de mano de la fortuna. Sin embargo, las tinieblas de la noche, con todos sus males, son un peligro menor en comparación con los que trae consigo el plenilunio, esa poesía nocturnal expresada en platinada luz. Un riesgo que adquiere mayores proporciones, cuando el espectador no quiere o no puede abstraerse a la atracción del hechizo lunar. Y cuando la majestuosa *killla junt'asqa* (luna llena), en toda su opulenta redondez, contempla desde el cielo a los seres terrestres, patéticos juguetes de sus travesuras de diosa caprichosa, nada permanece estable en quienes constituyen su objetivo.

»El mágico arrobamiento que, junto a sus luminosos rayos, fluye de ella, origina en las personas diferentes y antagónicas reacciones según su particular temperamento. Bajo su influjo, un hipnótico embeleso se adueña de los sujetos de índole soñadora, anulándoles la voluntad y tornándoles insensibles a cuanto les atañe o les rodea. En esas circunstancias, bien podrían ser desollados vivos sin que se diesen cuenta de ello. En cambio, los tipos propensos a la animosidad asumen la sensación de verse de repente transformados en verdaderas fieras, que sienten la perentoria necesidad de aplacar con sangre la sed de venganza que experimentan por sus semejantes. El don de la razón les abandona para dar sitio a la instintiva fobia agresiva de la bestia acorralada. Es entonces cuando se producen atroces crímenes sin aparente razón.

»El cobarde como el pendenciero, tampoco consiguen escapar con el espíritu ileso del embrujo que les ha hecho víctimas la reina de la noche. Tanto el uno como el otro, sufrirán alteraciones idiosincrásicas significativas que les harán aparecer muy diferentes de lo que son en realidad. Así, el uno, de pronto envalentonado, será capaz de vapulear al próximo por un quítame de allá esas pajas, y el otro, convertido en sumiso cordero, se dejará vapulear sin levantar la vista. Una extraña locura se apodera de la gente. Nada es igual ante la omnipresencia de la diosa *Killa*. Bajo su escrutadora mirada todo se altera. Aún los representantes del reino animal registran en lo profundo de su fuero la irradiación mágica de *Killa junt'asqa*, demostrándola con extraño y repentino comportamiento. Los equinos emprenden veloz carrera, como acicateados por un jinete invisible; las canoras, olvidándose de pronto sus musicales trinos, atruenan el ámbito con desaforados chillidos, y los canes se desgañitan con lúgubres aullidos.

»Temeroso de las consecuencias nefastas que representa el advenimiento de *Killa junt'asqa*, el campesino de la serranía, evitará a toda costa el placer de contemplarla, aunque sea éste un sacrificio difícil de asimilarlo.»

El relato resultaba sin duda interesante mirado sobre todo desde el ángulo que abarca la cosmovisión prehispánica andina. Probablemente para la elaboración de una tesis sobre los conocimientos que tuviera el habitante precolombino de los Andes respecto a su entorno: como la geometría del universo, el tamaño que tenía el inframundo, y si tenía éste caminos, la relación que poseían los rumbos con determinados colores y con determinados vientos, etc., habría resultado de innegable utilidad. El estudioso de antropología al carecer de información veraz del periodo anterior a la conquista y colo-

nización españolas, se apoya en trabajos de campo de la actualidad para intentar comprender ciertos conceptos pasados. Sabía yo de una esforzada estudiante de antropología, española y residente en Madrid, que habría dado parte de su vida por disponer de un material literario como éste para respaldar su tesis doctoral sobre la manera de ver e interpretar el mundo por el hombre prehispánico.

Desde luego que también para mi campaña contra la nefasta superstición resulta este material un arma contundente, difícil de ser rebatida. Pero, reflexiones aparte, no puedo menos que reconocer el talento literario de Juanito Saura. Pues, incluso al ilustrar una absurda fantasía como la de *Killa junt'asqa*, consigue crear un magistral poema al miedo.

Con las incidencias del relato que acababa de leer, bullendo en la mente, busqué y conseguí localizar el de “Paquita o la viuda desesperada”, que me interesaba sobre las demás leyendas. La vinculación de este personaje histórico con *paquita* que pretendían establecer don Braulio y su colega, había terminado por despertarme la curiosidad. Pues bien, ahora sabría yo cuanto se había esforzado Juanito por dar aspecto verosímil a una de sus llamadas *memorias* irrefutables que en realidad no rebasaría el plano de la leyenda. Además, me interesaba conocer la versión de él al respecto, y con la mejor disposición de ánimo empecé su lectura:

*«La antiquísima población andina de Sigchos, custodia fiel de tradiciones como ninguna otra, cuenta entre sus leyendas tenebrosas con la de Paquita, de la cual su protagonista es una mujer de singular belleza...»*

No leí más. Inesperadamente perdí el interés por la lectura. De momento no estaba yo como para catar la somnífera miel de la leyenda cuando un asunto, netamente real, demandaba una meditada decisión de mi parte. Más adelante, guiado por

la estupenda imaginación de Juanito Saura, ya tendría la oportunidad de sumergirme en el apasionante mundo de la fantasía. Sin más, dejé las carillas sobre la mesa y me aventuré a la calle.

Un vientillo, que reptaba mugiente, me saludó ásperamente cuando aparecí a la puerta. Y durante todo el recorrido que realicé por las calles casi desiertas, me acompañó como un perro ladino, atravesándose entre las piernas y lamiéndome el rostro y las manos. Unos cuantos madrugadores, desafiando el frío matutino, caminaban presurosos en dirección de la iglesia para asistir a la misa que sin duda ya había empezado. Debido a la abstracción en la cual me había sumido, no había notado yo los toques de campana que debieron anunciar la liturgia. Y fue esta actitud devota de la gente la que me sugirió ingresar al templo, aunque me animaba un motivo no muy piadoso: matar el tiempo.

El templo me acogió entre aromas de flores recién cortadas y susurros que tenían cierta semejanza con el ronroneo de los gatos. La misa, como intuyera yo, había empezado hacía rato. El sacerdote, de espaldas a los feligreses, inmóvil y silente, permanecía inclinado sobre el misal. Daba la impresión de que dormía. También el maestro de capilla parecía hallarse en brazos de Morfeo, porque ni de él ni de su armonio surgía el más apagado sonido. Pero, no. El celebrante, volviéndose de repente, atronó el recinto con una estrepitosa jeringonza que pretendía pasar por latín, sobresaltando a la desprevenida feligresía, la cual visiblemente amedrentada se apresuró a persignar. Tampoco el maestro de capilla se comportó diferente, ya que, abandonando bruscamente su haragana placidez, dio inicio a un repertorio de espeluznantes mugidos. La singular habilidad que tenía este intérprete para triturar los

nervios del auditorio con sus cánticos, hacía pensar que hubiera tenido por institutor un becerro hambriento.

Para alguien imbuido de fervor religioso, este accesorio “artístico” no tendría demasiada importancia, ya que lo mismo le daría que el rito fuese solemnizado por la Sinfónica de Boston o por los ladridos de Cerbero. No obstante, para mí, era incuestionable que no existía allí incentivo alguno para el oído. Pero, a despecho de aquel castigo acústico, busqué un lugar para sentarme y me quedé allí. Felizmente esta masoquista decisión no derivó en vano sacrificio, ya que, si bien uno de mis órganos sensoriales fue torturado cruelmente, otro, el de la vista, resultó gratamente compensado. Además, gracias a una fortuita revelación, contribuyó a dirimir el dilema en el cual me viera inmerso últimamente.

En la anterior visita a la iglesia ya me había dado cuenta del magnífico patrimonio artístico-cultural que guardaba ella dentro de sus centenarios muros: un tesoro casi tan valioso como el que se enorgullece de poseer cada uno los templos quiteños. Aunque en aquella ocasión, por obvias razones, apenas tuve tiempo para mirar de pasada algunos retablos solamente. Sin embargo, ahora, no obstante mi admiración por el arte en todas sus expresiones, no me sentía con el ánimo de ponerme a examinar aquellos prodigios que tenía a la vista. Además, tampoco era el momento propicio. De ahí que me contenté con mirar discretamente lo que había a mi alrededor en tanto me viese en la necesidad de permanecer en aquel recinto.

Mientras el oficio religioso seguía su programa previsto, fijando cada vez más sólidamente la fe en la feligresía, pero sin que consiguiera imbuir un ápice de unción en mí, me entretenía mirando las magníficas obras pictóricas que cubrían las paredes, perfectamente visibles desde el sitio en que me

hallaba. Las grandes dimensiones de éstas permitían percibir hasta sus mínimos detalles.

Había empezado por las dos representaciones pictóricas que, situados en lo alto de la pared del fondo, decoraban magistralmente el altar mayor. La de la izquierda representaba a un jinete de rostro desfigurado por el miedo y cabello alborotado, el instante en que era arrojado de su encabritada cabalgadura, aterrada por un deslumbrante rayo que estallaba a su lado. El realismo de esta escena era tal que, con un ápice de imaginación, era posible hasta escuchar los desesperados relinchos del equino por encima del fragor del trueno que acababa de liberar el rayo. Así mismo se podía oír los gemidos estremecidos del hombre mientras saltaba con los ojos en blanco por los aires. Y en la perspectiva de que pronto se vería bajo las patas del enloquecido bruto, el corazón se encogía. ¡Era impresionante! Al pie del lienzo había una leyenda que decía: *Saulo, Saulo, ¿Por qué me persigues?*

El cuadro de la derecha, a su vez, mostraba al Espíritu Santo en su conocida forma de blanca paloma con las alas desplegadas, suspendida sobre la cabeza de un joven indígena en su atuendo regional, que representaba a Jesús. Este Jesús andino, como se puede suponer, era barbilampiño y llevaba poncho rojo en vez de la túnica blanca con la cual visten tradicionalmente al Nazareno. Rodeado por doce jóvenes campesinos, idénticos a él, que habían interrumpido la faena agrícola, concitados por el insólito suceso, tenía un azadón en la mano y la mirada confundida en el horizonte. También el escenario que servía de fondo a esta referencia bíblica era peculiar y resultaba fascinante en su turbadora composición. El grupo de mozos se hallaba en una sementera de patatas en flor que, con sus esmaltados colores, contrastaba con el grisáceo pajonal que más allá se empinaba tembloroso hasta la



cordillera. Y esta cadena de montañas entre las cuales se notaba el Iliniza, el Guingopana y el Quilotoa, se mostraba bañada de rojo resplandor como efecto de las lenguas de fuego que expulsaba el último de estos colosos andinos.

La primera impresión que ofrecía esta original obra pictórica era la de que se trataba de una irreverente caricatura del Pentecostés. Y de pronto surgía la idea de que su artífice, con seguridad indígena, había querido vengarse en uno de los más significativos pasajes bíblicos la imposición de una religión foránea y opresora. Un grupo de nativos taciturnos, de cabello y rostro atezados, honrados por la visita del Espíritu Santo no sugería otra cosa. Pero, no. De pronto, la verdadera intención del genial artista se hacía patente. Pues él no había querido burlarse de la fe cristiana, valiéndose de irreverentes tergiversaciones, sino, por el contrario, fomentar su propagación con aportes de fácil comprensión en una población con elevada estadística indígena. Y el efecto de las frecuentes erupciones del volcán Quilotoa, que a la sazón debió estar fresco en el recuerdo, lo utilizó hábilmente para dar carácter verosímil o, al menos, de consistencia a la referencia de las enigmáticas lenguas de fuego del Pentecostés. Una afortunada inspiración que contribuyó a la realización de una de las obras más impresionantes del arte pictórico americano.

Me encontraba aún con la mirada fija en la escena del Pentecostés cuando el sacerdote, que habiendo dejado el altar mayor para ascender al púlpito, distrajo mi atención. Me vi entonces llamado a escuchar la fase más pintoresca de la ceremonia, máxime que me hallaba cerca de la incendiaria tribuna. El santo varón había elegido para el sermón de la misa del día dos temas de palpitante actualidad en la vida sigchense: los duelos y la superstición.

Abominó los desafíos aduciendo que nadie, bajo ninguna circunstancia, podía arrogarse la facultad de poner en riesgo la vida del prójimo y la suya propia, que pertenecían únicamente a Dios. Lamentó el desenlace del violento enfrentamiento entre González y Garza que, con el auxilio de una pequeña dosis de tolerancia y otra igual de caridad, hubiese podido evitarse sin más consecuencia que con las mejillas amoratadas, puesto que Jesucristo recomendaba, ordenaba y exigía que si te abofetearan en una mejilla, mansamente y sin perder tiempo la presentases la otra. Y no le tembló la voz al decir que las almas de los precitados duelistas, como efecto del flagrante desacato a esta disposición divina, a esa hora estarían siendo convertidas en chicharrón en los quintos infiernos. Y se extendió en suposiciones de veras tenebrosas.

Acerca de la superstición dijo que, la creencia en ella en cualquiera de sus infames manifestaciones, no significaba sino entregar el alma al diablo en bandeja de plata. Señaló que la superstición, siendo la desviación del sentimiento religioso y de las prácticas que establece, representa dar las espaldas a Dios, despreciando la certeza de una existencia ulterior gloriosa, para incorporarse a la legión de Satanás, de quien él conocía que mal pagaba a sus devotos. Y de pronto, quizá sin meditar con profundidad en lo que diría, ya que con aseveración semejante ponía en riesgo intereses en los cuales estribaba su economía, expuso paladinamente: “La superstición, con sus múltiples facetas, menoscaba también al respeto y amor que tributamos al Dios verdadero, por ejemplo, cuando se atribuye una importancia de carácter mágica a ciertas prácticas, por otra parte, legítimas o necesarias. Atribuir su eficacia a la sola materialidad de las preces o de los signos sacramentales, desechando de las instrucciones intrínsecas que exigen, es caer en flagrante superstición...”

No pude continuar escuchando aquella edificante plática que descubría la llaga putrefacta que, con masoquista deleite, venía soportando la población, ya que, un hombre de severa mirada y luenga y plateada barba, situado a mi izquierda, desvió hacia él mi atención. Se hallaba medio oculto por una gruesa columna situada entre él y yo, por lo cual no le había descubierto antes. Cuando mejoré la trayectoria visual, descubrí que se trataba de Iahvé en la representación que constituye uno de los episodios más conocidos de la Biblia, que es la del proyectado sacrificio de Isaac (Gén. 22). Según esta historia, Dios quiso probar la fe de Abraham ordenándole que sacrificara a su amado hijo. Empezaba a examinar aquella magnífica obra, experimentando cada vez mayor admiración por ella, cuando, asomándose por el ángulo del ojo, la vi de repente. ¡Era la viuda de Garza! La misma joven y hermosa mujer a quien la conociera dos noches antes en mi vagabundeo fuera del perímetro de la población. No cabía duda. Se hallaba presente en otro lienzo que hasta entonces había permanecido oculto por la misma columna que interfiriera parcialmente la del episodio del “Sacrificio de Isaac”.

Sosteniendo un cántaro y situada junto a un pozo de alto brocal, desde su arrobadora belleza, miraba impávida al peregrino que se inclinaba sobre su cayado a pocos pasos de ella. El hombre, joven y hermoso, desfallecido por la sed, imploraba un sorbo de agua que la mujer se negaba a concederlo. Ambos vestían a la usanza hebrea de los tiempos bíblicos, pero ninguno tenía rasgos semitas, tampoco indígenas, como en el episodio del Pentecostés, sino típicamente europeos. El paisaje que servía de fondo correspondía al de la región de la histórica Palestina,

El lienzo representaba el evento de la mujer samaritana junto al pozo de Jacob (Juan. 4) y, según la inscripción que

aparecía en el ángulo inferior derecho, databa de 1809. Una obra de arte que había alcanzado la respetable ancianidad de ciento treinta y dos años. Por tanto, me pregunto, ¿cómo pudo la señora Garza haber sido el arquetipo del retrato de la samaritana? Sencillamente, no pudo ser ella. Entonces, ¿la increíble similitud entre la dama del lienzo y la real, era pura coincidencia? Quizá. Aunque lo más probable era que una lejana antecesora de ésta, con seguridad sigchense, hubiera sido el modelo de aquélla. ¡Claro, ahí radicaría la solución del enigma!

Además, esta propuesta se fortifica si se toma en cuenta la presencia del singular medallón presente tanto en el personaje real como en la pintura. Esta joya, en la que se ven, además de las figuras geométricas (dos triángulos y una esfera semi oculta por las primeras figuras), unos extraños signos, que mi falta de conocimientos criptográficos impide descifrarlos, es la misma en ambos casos. Desde su primera propietaria conocida (la modelo de la mujer de Samaria), sin desviarse del cauce consanguíneo y a través de una sucesión de herederas, había llegado finalmente a su última descendiente: la cual se convertiría en la esposa de Garza y luego en la viuda de éste. La ponencia se explicaba de sí misma.

A la sola vista de aquella representación, que era la viva imagen de la seductora mujer que ha venido ocupando la mente desde el instante en que la viera, la fuerza de voluntad que me había mantenido al abrigo de esa dulce locura llamada amor, se diluyó como la cera expuesta al calor. Y, sin su protección, me vi de pronto succionado por un intenso sentimiento que, partiendo de su propia soledad, necesitaba y buscaba el encuentro y la unión con el ser que lo despertara.

Comprendí que me había enamorado como nunca antes y que ya no tendría paz sino junto a ella. Pero me hallaba vir-

tualmente atado de pies y manos para ir en busca de mi amada. Además que el día no resultaba lo más conveniente para merodear discretamente las inmediaciones de la población, no tenía yo la menor idea hacia dónde debía dirigirme. Mas el suponerla carente de consuelo y alimento, debilitándose anímica y físicamente conforme corría el tiempo, me acongojaba. Eran ya tres días de penuria los soportados por la joven. Un lapso demasiado largo como para que no hubiera dejado profundas huellas en ella. ¿Acaso a la sazón, agobiada por el hambre y la inclemencia del clima, no se habría desfallecido ya? O ¿el temor a ser descubierta, en cualquier momento, por el asesino de su esposo, no le habría socavado el equilibrio mental? Todo era posible. Y si no recibe inmediata ayuda, el peligro se multiplica.

\* \* \*

Al salir del templo me encontré con Rosaura, que también había concurrido a misa, causándole admiración con mi asistencia a la iglesia. Según sus propias palabras, jamás me había imaginado un hombre religioso. La acompañé gustoso hasta la puerta de su casa y, por el mismo camino, me dirigí a la plaza mayor con el propósito de informarme de alguna novedad. Temía que en el transcurso de la mañana alguien hubiese descubierto casualmente el refugio de la dama en quien tenía puesto mi pensamiento. Ventajosamente, nadie conocía nada de ella. A propósito de ella, ¿cuál era su nombre? Saura, que sin duda lo sabía, había olvidado de mencionarlo en su carta. ¿Sería, acaso, un nombre familiar como el de Celia, Adriana, Joaquina, Sara, Micaela, Almudena, Paloma, Leticia o Francisca, que es lo usual para nombrar al

común de las mujeres? ¡Imposible! Mi amada no podía llamarse sino como la reina del amor y la belleza: Venus. Y en tanto ignore su nombre verdadero, me serviré de él.

Trataba de matar el tiempo de alguna manera cuando miré a ciertos muchachos que se esforzaban por trepar un alto poste engrasado, conocido como “palo ensebado”, cuyo extremo superior contenía tentadores premios para quien los alcanzase. El espectáculo, ciertamente, conllevaba incidencias divertidas. Pues nada resultaba más chistoso que el ver cómo un sujeto que, debido a su tesón y destreza, se aceraba a la meta, era recurrentemente impedido de consolidar su triunfo por la nefasta intervención del aspirante que ocupaba el segundo lugar, quien, asiéndole por los pies, le obligaba a descender hasta el sitio de partida. Este ameno deporte que surgió como mera distracción popular, fatídicamente, fue simbólicamente adoptado por nuestros políticos como una nefanda costumbre.

Me entretenía gratamente cuando Saulo acertó a pasar cerca de mí. Sostenía en su único brazo un arrogante gallo colorado al cual le habían extirpado, además de la cresta y las carúnculas, las plumas del cuello y de la cabeza. Se alegró de encontrarme y me invitó a seguirle. Iba camino de la gallera, confiado en el triunfo de su belicosa ave frente a cualquier contendor que le pusieren delante.

—Se llama “gladiador” —dijo, presentándomelo formalmente— y es en realidad un gladiador en todo el sentido de la dicción. Aunque no ha terminado aún con ninguno de sus contendores, porque sus enfrentamientos han sido hasta ahora únicamente de prueba, estoy seguro que nadie como él para medirse de igual a igual con el “pinto” del joven Ignacio Nogales, el gallero más famoso del país y, por lo tanto, tan popular como el mismo Presidente de la República. ¡Este maestro del palenque se adjudicó el primer galardón en el torneo

de “El gallo de oro”, que acaba de llevarse a cabo en la capital! Ahora mismo tendrá usted el honor de conocerle.

No pude demostrar mi admiración más que levantado las cejas. Ciertamente que la perspectiva de conocer personalmente a don Ignacio Nogales, de quien había oído hablar desde el momento de mi llegada a este pintoresco poblado, incitaba mi curiosidad. Por lo demás, nunca he sido adicto de luchas cruentas ni de eventos donde se impone la inclemente tortura. Pero, muy a mi pesar, no pude hacer otra cosa que seguir a mi amigo. En cuanto a él, en esta ocasión, probablemente por la prisa que llevaba, se le olvidó o no quiso referirse al maldito fantasma que, al igual que a su colega, se le había convertido en idea fija.

Un ensordecedor alboroto provocado por gallos y galleros, saludó nuestra llegada. El palenque se hallaba ocupado por dos furibundos gallos, armados de afiladas navajas, que protagonizaban un espectáculo macabro no apto para quienes padecen de aneurisma. Mas, bien mirado, aquí nadie adolecía de semejante calamidad. Por el contrario, el olor y la vista de la sangre, que manaba profusa de las heridas abiertas en los contendientes, encendía de entusiasmo la multitud que a su vez traducía su exaltación en aclamaciones y promesas de abultadas apuestas. Varios ciudadanos, que daban la impresión de nadar en la opulencia y al mismo tiempo de menospreciar el dinero, sosteniendo en cada mano gruesos fajos de billetes de banco, tentaban la codicia de los demás con apuestas que aparentaban ser ventajosas para estos.

Me pregunto que si entre estos fulanos de aspecto respetable, pero hábiles en las artes de la simulación, ¿no se encontraría, acaso, el temible capo de los forajidos locales que estaban saqueando el antiguo cementerio indígena? Cómo saberlo.

Saulo, en espera de que se le presentarán contendores para su gallo, se quedó junto a la palestra mientras que yo busqué un sitio entre los espectadores para mirar desde allí el espectáculo. El local, improvisado en el traspatio de la casa de un notable, no contaba con asientos y las pocas sillas, que seguramente algunos precavidos asistentes habían llevado consigo, como era de suponer, se hallaban ocupadas. No existiendo forma de ponerme cómodo, me resigné a disfrutar la distracción de pie. Y la verdad sea dicha, no pude haber elegido el lugar más apropiado para martirizar mis oídos. Mis vecinos inmediatos, de aspecto patibulario y, probablemente, educados por arrieros, en más de una ocasión estuvieron a punto de perforarme los tímpanos con desaforados gritos que pretendían animar o reanimar a los de la discordia. Lamentando la ocurrencia de haberme metido en semejante jauría, elegí otro sitio que, a juzgar por la magnífica catadura de quienes lo ocupaban, prometía mejor acogida, y me incrusté en él. Pero me quedé yerto al comprobar que también los de aquí habían tenido los mismos maestros que los anteriores. No pude más y, sin llegar a conocer a Nogales ni comprobar que si el “gladiador” era tan bueno como el “pinto”, me dirigí a mi habitación.

\* \* \*

En el trayecto a la posada me encontré con Pacho Soldado y Santos Díaz, que libaban juntos en la calle. Se hallaban poco menos que ebrios y sostenían sendos frascos de aguardiente. En cuanto me vieron, deseosos de incluirme en su grupo, fueron hacia mí con los brazos abiertos. Les prometí buscarlos más tarde y me separé aliviado. Más adelante me uní a Jaime, que regresaba a su casa, y más allá distinguí a



quienes Saulo les hubiera calificado de *hatuc runas*. Iban camino del villorrio de Tiliguila, a mi entender, achispados, ya que, a pesar de encontrarse juntos, se comunicaban entre sí mediante gritos semejantes a aullidos. Tampoco caminaban, en el sentido exacto de la palabra, sino que se desplazaban a pequeños saltos y, de vez en cuando, girando el uno alrededor del otro, como si danzaran. Miré interrogante al posadero, pero éste no formuló su comentario sino cuando nos sentamos a la mesa, junto a la cual, para mi sorpresa, se hallaba Cotello.

—Los he visto, en los últimos días, merodeando a su placer la población. Eran los Sepúlveda sin lugar a duda. Pero no me lo explico cómo éstos rufianes continúan aquí, digo, en este mundo, si hará cosa de dos o tres años fueron ajusticiados en Canjaló, acusados de asesinato múltiple y de antropofagia. Qué hubiesen salido con vida del percance, luego de haber permanecido colgados del cuello por varios días, es algo que escapa a mi comprensión. Sin embargo, los he visto antes y acabo de verlos ahora con mis propios ojos, que estoy por creer que los hombres lobos, al igual que los gatos, poseen más de una vida.

—Pero, marido mío, qué ingenuo eres —intervino doña Estefanía con hosca autoridad—. ¿No te han dicho nunca que ni siquiera el fuego es capaz de terminar con los *hatuc runas*?

De pronto recordé que doña Ornella les había echado agua hirviendo sin que, al parecer, les hubiese afectado demasiado. ¿Estaría la posadera en lo cierto? Vamos. Estaba dejándome sugestionar por aquella conversación.

Humberto Cotello, el hombre que estuvo a punto de perder los labios a manos de González, de quien aún desconozco a santo de qué se hallaba presente en la mesa, ya que jamás le

había visto en la posada, no compartía del criterio de la hostelería.

—Los fulanos a quienes acaban ustedes de verlos —opinó Cotello—, no pueden ser los mismos que fueron ahorcados en Canjaló. De estos no quedarán ahora ni siquiera los huesos. Deben parecérselos nada más. Además, es improbable que fueran estos lo suficiente necios como para regresar adónde sin duda les ahorcarían otra vez. En lo que a mí concierne, la resurrección de los muertos y la existencia de hombres lobos, están totalmente descartados. Los muertos bien muertos están y, por otra parte, con los lobos auténticos nos basta y nos sobra. No obstante, esta alucinación, que de tiempo en tiempo adquiere vigor y se generaliza, no tiene otro origen que en la leyenda del *Hatuc runa* que tiene raigambre aquí. Para su curiosidad, doctor, trataré de pergeñarla.

Cotello es persona ilustrada y tiene por costumbre sacar a relucir sus conocimientos sobre cultura general en la primera oportunidad que se le presenta. Por tanto, ahora tenía la ocasión propicia para manifestar su erudición.

## [HUTUC RUNA]

### Hombre lobo

«—Las leyendas sobre licantropía no constituyen monopolio exclusivo del Viejo Mundo (inicialmente recogidas y divulgadas por los escritores latinos Ovidio y Petronio y continuadas por toda una pléyade de imitadores), puesto que también en América, inmersas en su rico folklore, han estado presente desde siempre. En Ecuador, por ejemplo, los pueblos de origen indígena, que habitan la serranía, conservan frescas antiquísimas leyendas de este tipo de metamorfosis. Aquí, el *hatuc runa* es la versión quechua del “hombre lobo” europeo.

Pero, a diferencia del “hombre lobo” del Viejo Mundo, el *hatuc runa* no hereda su facultad de metamorfosis ni ésta se activa gracias al influjo de la luna llena. Este personaje de los Andes, que puede adoptar a voluntad el aspecto de bestia o de persona, disfruta de semejante poder gracias a su privilegio de habilidoso brujo.

»En las inmediaciones de la vecina población de Chugchilán, y también en las circunscripciones de Gualaya, Guangaje y Chinaló, cuando cae la tarde o adviene la garúa, se hace presente el terrible brujo, convertido en *hatuc* feroz, enorme, negro, de hocico babeante. Y entonces, entre espeluznantes aullidos, merodea el gélido páramo en busca de jóvenes pastoras a quienes arrancarles el corazón, que constituye su dieta cotidiana. Claro está que, dada su adicción por la carne humana, prescinde de las visitas a los rediles de corderos, como si lo hace en cambio su similar europeo.

»Se asegura que no existe medio ni modo de combatirlo. La cruz, las oraciones y el agua bendita sólo le causan aullantes risas.»

Supuse que ahí debía radicar la causa de aquel embrollo, pero nada dije. Me interesaba escuchar la conversación, que se vislumbraba interesante, sin que tomase yo parte de ella. Jaime, simulando que le interesaba más saborear el succulento cocido que tenía frente a sí, también declinó a emitir parecer alguno al respecto. En cambio su esposa, que a pesar de las breves ausencias a la cocina, en busca de reemplazar los platos consumidos, no había perdido detalle de la exposición de Cotello, tenía siempre algo que objetar.

—En definitiva, señor Humberto, ¿quiere decir usted que el *hatuc runa* existe sólo en la imaginación?

—Ni más ni menos, señora mía.

—Pero si acaba de decir usted que también en una época y un lugar lejanos, ya se menciona la presencia del mismo monstruo que lo tenemos aquí. ¿Pues no le parece demasiado extraño que en puntos tan apartados entre sí por el tiempo y la geografía, circulase exactamente la misma fantasía?

Cotello sonrió encantado, viendo en el cuestionamiento de la mujer el pretexto para hacer alarde de sus razonamientos. Desde luego, no buscaba con ello impresionar a los incultos lugareños, que le tendrían sin cuidado, sino a mí. Expuso:

—Tal cosa no me extraña ni poco ni mucho, porque tanto aquí como en todas partes este mito se edificó a partir de sucesos naturales a los que se les dio equivocadas y pavorosas interpretaciones. Para la cultura incipiente de la humanidad, la transformación advertida por el hombre, en la fauna y la vegetación, unida a otras potenciales causas, tales como el estado de postración anímica y desequilibrio emocional que induce la pérdida de un ser amado (esa ansiosa vigilia al oír desprenderse de la tenebrosa noche unos rumores y al percibir algún animal merodear cerca de la habitación), la confusión y la demencia coadyuvaron a que se generalizara la idea de la metamorfosis. Además, el hábito de vestirse de pieles de animales en los ritos místicos y las danzas litúrgicas privativas debió contribuir a que la creencia se consolidara en la gente. Y, como colofón, los hechiceros, con la mira permanente en el panorama de las oportunidades, vieron la misma circunstancia propicia para aprovecharse, atribuyendo a los dioses o a los demonios aquella expedita facultad metamórfica.

»Una vez creado el mito metamórfico, los diferentes pueblos (manipulados por los hechiceros o sacerdotes, que para el caso es lo mismo) escogieron sus personajes quiméricos a su conveniencia. Desde luego no con el propósito de conver-

tirles en manantial de bondades ni, por el contrario, de cargárselos el peso de sus culpas, como el chivo expiatorio de los israelitas, sino en su búsqueda inconsciente de complicar su apacible existencia con una suerte de sobresaltos. Porque el miedo es en el hombre tan necesario como el pan del cual se sustenta. Sin él, la humanidad difícilmente hubiera subsistido hasta ahora y aún menos alcanzado el desarrollo intelectual presente, sino que habría sucumbido en el inicio mismo de su trayecto víctima del prurito de su audacia.

»En la antigüedad se admitía que los hechiceros podían metamorfosearse en fieras, particularmente en lobos, ya que la creencia más generalizada de la metamorfosis es la licantrópía. Esta forma de transformación es la más difundida en Europa, aunque de ningún modo la única. Y América no podía estar al margen de este tipo de elucubraciones connaturales a las sociedades primitivas. Particularmente en los pueblos de los Andes, el lobo ha sido la fuente de inspiración de espeluznantes leyendas incluidas las de licantrópía, que a menudo se escapan de la anécdota para asumir apariencia real. Al punto que aquí, ahora mismo, a nadie le sorprendería la noticia de que alguien ha sido atacado por un hombre lobo más que si lo hubiese sido por un vulgar perro. La ficción y la realidad andan tomadas de las manos por estos pagos.

»Pero mientras el fenómeno licántropo continúa aquí en su apogeo, ocupando lugar preponderante de la cosmovisión andina, el Viejo Mundo consiguió redimirse de este yugo tan pronto transcurrida la edad media tardía. La aciaga época en que muchos hombres fueron acusados y condenados por ser hombres lobo, había concluido. A partir de entonces, apenas lo concederá atención por respeto a la historia de las creencias concernientes al ámbito sobrenatural que sostenían los antiguos pueblos desde el periodo legendario hasta que el

racionalismo proscribiera definitivamente la superstición. Finalmente, la licantropía ha quedado reducida a un término que define la alucinación que padecen algunas personas que creen haberse convertido en lobo.

Jaime, sintiéndose de repente impelido por la manía del debate, detuvo los viajes de la cuchara entre el plato y su boca, pero su esposa, demostrando mayor agilidad verbal, le impidió que pudiese expresar su opinión. Defraudado pero no contrariado, se resignó a proseguir en silencio con la operación interrumpida mientras escuchaba a la reina del hogar.

—Mire usted, señor Cotello —se dejó oír ella—, que no todos los casos de este tipo de transformación pueden ser considerados como simples alucinaciones. Porque ejemplos sobran de ellos que no dejan duda de su autenticidad. E incluso los que podrían ser catalogados como producto de la alucinación, deben basarse necesariamente en un motivo real que dé pábulo a la fantasía. En consecuencia, tanto los autores latinos, a los que usted hace referencia, como los cuenteros criollos no pudieron haberse inventado algo semejante de la nada.

Dona Estefanía le estaba resultando a Cotello difícil de convencer. Si en un principio le había imaginado susceptible a dejarse persuadir con cualquier argumento que escuchara (si bien la exposición de su tesis no había tenido otra intención que la de convencerme que él distaba mucho de pertenecer a la enorme mayoría de ignaros locales), se veía ahora avocado a dilucidar el cuestionamiento de la suspicaz mujer. Cotello, aunque extrañado por la lógica del razonamiento de quien menos lo había esperado, se propuso consolidar la afirmación de que la licantropía, como expresión de metamorfosis, era absolutamente irreal. Notablemente ilustrado (no lo sé si por formación académica o por auto didactismo),

gusta de elaborar comentarios con argumentos fundados en la literatura universal, que hacen interesante su plática.

—La imaginación del hombre, señora mía, no tiene límite ni se concede reposo —enunció Cotello con la seguridad plena de un catedrático—. Por ello, la realidad refleja apenas una reducida fracción de su percepción, mientras que la mayor parte de ella, constituida por impulsos extrasensorios, no pertenece sino al reino de la fantasía. Así ha sido y así será siempre. Pero la realidad, como efecto de su fría y descarnada morfología, perdura mucho menos que la fantasía, la cual, a medida que se propaga, adquiere solidez y colorido y pronto se transforma en mito. Finalmente éste, labrado en el oro de la poesía, provocará en el espíritu una eclosión de placenteras emociones, o por el contrario, configurado con caracteres de pesadilla y al ser escuchado en la soledad de la noche, sobrecogerá de terror el ánimo. Sin embargo, aunque el mito se yergue sobre bases cimentadas en la áurea pero movediza arena de la fantasía, cuenta con tanta energía como para instituir una cosmovisión ideológica, desde el término más abstracto hasta las disciplinas y actividades más concretas y materiales. Y pese a su concepción carnavalesca e irreverente a la razón, aún los autores más preclaros, especialmente de la antigüedad, lo han rendido tributo.

»En referencia al tema que nos atañe, la licantropía, tomemos como ejemplo a los autores latinos precitados: Ovidio y Petronio. Ovidio, el excelso poeta romano cuya capacidad narrativa, inteligencia, agudeza y gracejo han valido para edificarle una inmensa fama desde su época hasta la fecha de hoy, escribió *Las Metamorfosis*, una serie de mitos que constituyen uno de los poemas más importantes de todos los tiempos. Contiene 246 leyendas mitológicas, que relatan los diferentes aspectos que adoptaron personajes y cosas de la

antigüedad desde la Creación hasta los tiempos de Cayo Julio César. Éste fue transformado en astro, y Licaón fue metamorfoseado en lobo por Júpiter. He aquí el primer suceso de licantropía del cual se tiene noticia. Y Cayo Petronio, autor de *El Satiricón*, a quien el historiador romano Publio Cornelio Tácito se refería como *Arbiter Elegantiae*, en honor al sentido de la elegancia y el lujo que le convirtieron en organizador de muchos de los espectáculos que tenían lugar en la corte de Nerón, menciona en su inmortal obra un caso licantropía que atestigua que ya por aquel entonces se hallaba muy difundida esta creencia. En el pasaje del festín de Trimalción, un tal Nicero, a solicitud de su anfitrión y amigo, nuevo rico y libertino como él, refiere a los compañeros de mesa una extraña aventura con un hombre lobo que la vivió en la juventud. El auditorio la escucha sin interrumpir hasta el final, pero lo hace con fingida admiración, que a Nicero no le pasa desapercibida. Dolido por tamaña actitud de sus casuales compañeros, les increpa: “*Piensen lo que les parezca los que no me quieran creer; pero que los genios tutelares de esta mansión me agobien con su cólera si no he dicho la verdad*”. La reprensión del libertino no disipa el escepticismo de los oyentes, por lo que Trimalción, en el ánimo de restablecer la concordia, se ve en la necesidad de avalar la dudosa integridad del narrador, aseverando que éste es incapaz de entretener con tonterías. Pues bien, señora mía, como lo muestra con claridad este ejemplo, desde hace dos milenios el mundo civilizado se sirve de fábulas como la licantropía para someter a prueba la ingenuidad de la gente o tentar su paciencia.

Dona Estefanía no insistió. La mención de las famosas obras latinas, de las cuales ni siquiera habría tenido noticias, terminó con la esperanza de poder valerse de algún argumento que hubiera esgrimido en favor de su posición. Tampoco



Jaime pretendió nada, limitándose a masticar en silencio mientras miraba de reojo a su erudito huésped, Cotello. Y a su vez éste, olvidándose de sus anfitriones, me sonreía socarronamente, dándome a entender que ningún alegato tenía garantizado el éxito contra alguien armado de cultura.

Y yo lo creo así. Nada puede contra la sapiencia. Pero ahora tenía frente a mí un hombre que tal vez no llegaba a sabio pero que indudablemente era ilustrado, quien, al desconocer mi criterio sobre el tema del debate surgido, era capaz de considerarme tan ignaro como los demás. Debía demostrarlo que tampoco a mí eran desconocidos los clásicos latinos y que el contenido de sus obras lo recordaba muy bien. Para el caso, venía a propósito *El Asno de Oro* de Apuleyo, ya que se refiere al mismo asunto de *Las Metamorfosis* de Ovidio y también es conocida por este mismo nombre. Unas cuantas palabras sobre él, exoneraría mi prestigio. Dije:

—Recordemos que también *La Metamorfosis* de Lucio Apuleyo, conocida popularmente con *El Asno de Oro*, se refiere a una de las más extrañas transformaciones que pueda uno imaginarse. Aunque relata un solo caso no dejan entibiar el interés del lector las diversas aventuras de su bohemio protagonista que, víctima de la hechicería, terminará convertido en asno. La obra, de tipo romance, que describe amenos eventos ficticios, permite a su sarcástico autor burlarse con tiento y disimulo de las extravagancias y de las inmoralidades que dominan en su época y desde luego de la superstición.

Mi sucinto comentario no tenía otro propósito que el de advertir a mi interlocutor que tampoco yo carecía de cultura. Pero sirvió más bien para que éste se explayara sobre su tema.

—¡Oh!, mi reconocimiento a usted por recordarme *La Metamorfosis* de Apuleyo —se dirigió a mí, mirándome con

aparente gratitud—. Obra sin rival en su género y estilo. Sidonio Apolinar, obispo de Clermont, diría de su autor: “La gravedad de su elocuencia, verdadero trueno” (“*podereis apuleiani fulmen*”). También Volterrano, el reputado crítico de Barth, no tiene inconveniente en declarar que nada le satisface más que el estilo de Apuleyo. Pío V, canonizado en el año 1712, se entusiasmó por su cualidad graciosa y espiritual, expresando: “Libro sin igual, verdadero lingote de oro.” Y yo, anónimo ciudadano pero estudioso infatigable de la herencia de los clásicos, digo que si a las musas se les diera por hablar latín, sería en el estilo de Apuleyo que ellas que-rrían hacerlo.

Era evidente que se hallaba perfectamente informado de los comentarios favorables a Apuleyo hasta el punto que, fraudulentamente, lo hacía suya la célebre exclamación de Beroalde, proferida en un momento de incontrolable entusiasmo. Inteligente, perspicaz, que hace de la improvisación el arma eficaz que la usa para salvar los atolladeros adonde a menudo le conduce su verborrea, para sellar su didáctica plática, dejó traslucir una muestra de su filón humorístico.

—Lucio Apuleyo —prosiguió Cotello—, en *La Metamorfosis*, retrata admirablemente la extravagante sociedad romana y la de su área de influencia, prisioneras de la superstición. La toma como ejemplo la misteriosa Tesalia, más propiamente la ciudad de Hipata, donde el desdichado héroe de la novela se ve transformado en borrico con la intervención de la hechicería. ¡Un hecho de imposible realización! Sin embargo, Apuleyo está lejos de inventar este suceso, es más, ni siquiera lo exagera, puesto que se limita a describirlo, mediante alegorías, conforme lo manifiesta su atenta observación de la conducta humana. Es así como percibe que es ésta la única

forma de metamorfosis que puede experimentar el hombre incluso sin la ayuda de la magia.

—¿Usted lo cree?

—Vamos. ¿Es, acaso, un secreto que el mundo está lleno de hombres asnos? En todos los tiempos y en todas las latitudes del globo terráqueo se ha dado y continúa dándose este tipo de metamorfosis de forma espontánea.

Nos reímos de la chufleta, incluidos los posaderos, que poco habían ido perdiendo interés en la conversación de Cotello. Mientras tanto, sin que lo hubiésemos notado había llegado la hora en que debía empezar la última corrida del festival y, si queríamos tomar un sitio preferencial desde donde pudiésemos mirar el espectáculo, era necesario que nos pusiéramos en camino de inmediato. Salimos todos juntos de casa, pero en cuanto en la calle, Cotello, aduciendo que debía sorprender, con las manos en la masa, a un escurridizo contrabandista de aguardiente denominado Abelardo Lasso, tomó el camino de Tiliguila, o sea el mismo que poco antes lo habían tomado los *hatuc runas*, es decir, los Sepúlveda.

\* \* \*

A pesar de que todavía faltaba mucho para que el primer toro de la tarde saltara a la plaza, las barreras se hallaban ya atestadas de gente cuando nosotros llegamos, haciendo imposible la localización de un sitio libre. Jaime, apesadumbrado por este contratiempo que nos dejaba a merced del azar, endilgaba toda la responsabilidad a Cotello por habernos hecho perder un precioso tiempo con una intrincada conversación de la cual no había podido él sacar nada en claro. No quise continuar escuchando sus fútiles lamentaciones y, aprovecha-

do una distracción suya y la aglomeración de la gente, me escabullí hacia la iglesia, que aún mantenía la puerta abierta.

La iglesia se hallaba desierta y la luz del día, filtrándose a través de los escasos y altos ventanales, bañaba su interior en una luz mortecina y melancólica. Sin detenerme a examinar los retablos que, ubicados junto a las paredes laterales, parecían mirarme con curiosidad, fui a detenerme frente al lienzo de la samaritana. Sentía la necesidad inexorable de extasiarme en su contemplación. Porque la joven representada en él, era idéntica hasta en el mínimo detalle a la dama que conocí noches atrás y a quien ansío verla de nuevo. El mismo rostro ovalado, cercado por una blonda cabellera que cubre los hombros y la espalda, los mismos ojos, que han tomado para sí el color del lejano cielo y de las aguas profundas, la misma hermosa nariz, la misma boca maravillosa... Su cuerpo, de exquisita esbeltez, era el mismo, y aun el medallón que pendía de su cuello no era otro.

Fue entonces cuando, atraído inexplicablemente por el peregrino, desplace la mirada puesta en la mujer para centrarla en él. Y lo que descubrí no pudo menos que llenarme de asombro. ¡La imagen que representaba, en todos sus características, era idéntica a mí, como si hubiese sido yo su modelo! Eh aquí otra circunstancia difícil de explicar si no se la atribuye a la coincidencia.

Me hallaba fascinado por aquellas imágenes, cuando el sacristán, al inspeccionar el templo, advertido mi presencia. Extrañado de su descubrimiento pero sin perder la medida, me pidió amablemente que le siguiera. Entonces, muy a mi pesar, dejé de contemplar la composición pictórica y, guiado por el monaguillo, atravesé una puerta que conectaba directamente la iglesia con la casa cural. De ahí podía irme cuando

y adonde yo quisiera. Pero no salí de allí sino algunas horas después.

El padre Silvano, que coincidió en asomarse al patio de su casa precisamente cuando ingresaba yo en él. Rebosando cordialidad, me invitó a que pasara al salón, advirtiéndome de la presencia de unos amigos suyos, que habían concurrido allí para disfrutar de las incidencias de la fiesta brava desde sus balcones y que, una vez concluida ésta, se aprestaban a marcharse directamente a la casa elegida para honrar esta noche a la divina Alegría.

El salón al cual fui introducido era el mismo que dos días antes lo había visitado. Un amplio aposento con ventanales a la plaza y paredes cubiertas de papel tapiz, estampado de diminutos búcaros de multicolores y exóticas flores, que le daba a uno la sensación de hallarse en medio de un jardín liliputiense. Varios óleos con motivos religiosos, colgados demasiado alto, una vitrina ocupada por unos cuantos libros empolvados, un armonio con pretensiones de piano, mirádonos con sarcasmo desde un apartado rincón, una mesa con varias sillas a su derredor y cada una de ellas ocupada por un aprovechado discípulo de Baco, completaba la decoración de la estancia.

Pero en esta ocasión sus concurrentes eran menos y diferentes de los anteriores y, a la inversa de ellos, parecía no incumbirles el espectáculo que estaría desarrollándose en la plaza y de donde, extrañamente, no llegaba la estrepitosa batahola que podía esperarse, sino tan sólo aisladas y apagadas voces. Eran cuatro hombres los que, junto a una mesa provista de botellas de vino Torino, daban la impresión de haber descubierto el verdadero sentido de la felicidad en el contenido de sus copas. Bromeaban y reían mientras libaban. Al verme, todos a la vez, se levantaron de sus asientos para dar-

me la bienvenida con alborozadas frases dignas de ser expresadas a alguien que acabara de endosarles una cuantiosa fortuna. Dos de los presentes eran mis buenos amigos profesores, Salvatierra y Lombardo, y en cuanto a los otros, les conocía sólo por referencias. Sin embargo, se mostraban tan contentos de verme como sus compañeros de reunión.

No obstante que el regocijo de aquella reunión lo comprartían sus miembros equitativamente, era Saulo quien se veía más eufórico que los demás. El adusto gesto, que contribuía a identificarle con Tarzán aun más que el aspecto semejante de su mismo rostro, parecía haberlo dejado olvidado en alguna selva remota. Ahora sonreía con esa ancha sonrisa que les distingue a los agraciados perennes de la fortuna. También como ellos, se creía con el derecho de representar a los demás. Asumió para sí el compromiso del anfitrión: presentar a sus huéspedes desconocidos entre sí, y sin permitir que nadie le hurtara la palabra pasó a explicar la razón de su alegría.

Fue así como me enteré que uno de los desconocidos, joven, de cabello ensortijado, alto como una vela, de rostro aquilino y risueño, era nada menos que el célebre gallero Ignacio Nogales, y el otro hombre, nada joven como el anterior, pero de catadura igualmente agradable, se llamaba Ángel María Orbea, quien compartía su tiempo laboral entre las profesiones de armero y de relojero. El maestro Orbea (que es como le llaman) —según Lombardo— lo fue siempre armero y relojero, pues tales profesiones las adoptó desde la infancia, en emulación a su padre, y cuando se le ocurrió venir a Sigchos y afincarse definitivamente aquí, ya era por cierto un profesional con dilatada experiencia.

De inmediato se ocupó de ponerme al corriente del motivo de su exuberante entusiasmo, que por cierto se justificaba plenamente. Porque ganarse una bonita suma de dinero, casi

una fortuna, sin esfuerzo, o tal vez sí, pero nada más que de su gallo, debía ser razón más que suficiente para que se le elevara el ánimo hasta la estratosfera. Relató, primero, la emoción que le había embargado cuando el “gladiador” había sido aceptado para que enfrentara al invicto “pinto”, uno de los gallos de Nogales, el cual no había conocido hasta ahora un rival digno de su valía. Luego reveló que, pese a la confianza depositada en el “gladiador”, en tanto que duró el encuentro no había podido liberarse de la inquietud originada por un potencial fracaso de él, lo cual le hubiera significado, además de verse afectado en su prestigio de gallero, la pérdida de la apuesta, comprendida en los ahorros de todo un año. Acto seguido describió, sin omitir detalle y ayudándose con ademanes, las incidencias de la contienda desde el primer revuelo hasta la espolada fatal. Y finalmente, como para maravillarme, aseguró que el motivo de su euforia no se debía únicamente al triunfo del “gladiador”, que desde luego le convertía en un ciudadano próspero y célebre, sino también a su lucimiento con el morlaco más temible de la corrida realizada de esta tarde, que le había valido el reconocimiento general como excelente torero.

Al enterarme de su éxito taurino, me imaginé que “El Toro Fantasma” tenía al fin un rival digno de su destreza: “El Torero Manco”. Sonreía de mi ocurrencia, mas de pronto intuí que algo anormal había en todo esto. Y, temeroso de ver fundada mi sospecha, me acerqué a la ventana para mirar la plaza.

Como me lo temía, la plaza se hallaba casi desierta. Apenas unas cuantas personas que transitaban recelosas bajo el pálido brillo de los lejanos astros era todo lo que se veía en ella. De la multitud que poco antes se preparada a disfrutar de la corrida, ni vestigio. ¿Había transcurrido el tiempo sin que me

hubiera dado cuenta? Miré el reloj y no pude creer que éste marcara casi las ocho. Fue sólo en ese instante cuando recordé, más exactamente, que comprendí las palabras del cura que en referencia a sus amigos presentes había dicho al invitarme a pasar al salón: "...que habían concurrido allí para disfrutar de las incidencias de la fiesta brava desde sus balcones y que, una vez concluida ésta, se aprestaban a marcharse directamente a la casa elegida para honrar esta noche a la divina Alegría". Pero ¿cómo se habían esfumado seis horas de mi vida sin que yo lo notara? El desconcierto me impedía ordenar las ideas para edificar una explicación razonable de lo que pudo haberme sucedido desde cuando ingresé al templo hasta el momento en que salí de él. Sin embargo, no hizo falta esforzarme demasiado para encontrar la respuesta que desde luego no podía ser más sencilla. Pues, aunque resulta difícil de creerlo, ¡durante todo este tiempo no había hecho yo otra cosa que permanecer, arrobado, frente a la imagen de la samaritana!

Pensé en la hermosa viuda y en su desamparo, sin muchas posibilidades de continuar con vida si alguien no acudía de inmediato en su socorro. Era ya demasiado tiempo el que vagaba por los extramuros, sin duda con la esperanza de poder acercarse a la autoridad en demanda de justicia para su malogrado esposo, pero temerosa de vérselas con la persona equivocada. Entre tanto, el deterioro físico y mental no le concedería tregua.

Sintiendo mi pecho a punto de estallar por la abnegación represada, no quise esperar más para salir en busca del motivo de mi obsesión y, dejando de lado la cortesía, me dirigí a la puerta de salida sin despedirme de nadie. Pero no era tan sencillo librarme así como así de mis amigos. Mermados en sus inhibiciones por la ingestión de una significativa dosis de



alcohol, todos a una vez se abalanzaron sobre mí para impedir mi retirada, asiéndome por los brazos. También para ellos había quedado la cortesía relegada a segundo plano. Haciéndome cargo de la situación que atravesaba, desistí el empeño de abandonar la reunión y retorné dócilmente a la mesa, prometiéndome en secreto escabullirme de ella en la primera oportunidad que se me la presentara. Sobra decir que a ninguno de ellos, para emplear semejante método de disuasión, le impulsara otro propósito que no fuese el afecto sentido hacia mí.

—Ya nos retiraremos todos —dijo el maestro Orbea dirigiéndose a mí, imaginándose que estaba aburriéndome en compañía de ellos—. Sólo esperamos la llegada de Cotello para trasladarnos juntos a casa de los Gómez, que es, como usted lo sabe, donde se honra esta noche a nuestra santa patrona, la divina Alegría. No sé por qué Humberto tarda tanto en llegar, pero terminará por hacerlo. ¡Paciencia doctor!

El padre Silvano encontró motivo para discrepar.

—De donde sé, maestro Orbea, el santo patrono del pueblo es San Miguel Arcángel, quien le diera una reverenda paliza al diablo. En cuanto a la alegría, es bueno que reine siempre en nuestros corazones.

El aludido o bien no oyó al sacerdote o bien no quiso responderle, ocupado en llenar una copa con aromado y rojo vino, ofreciéndomela acto seguido.

—Como dice el poeta —dijo, imprimiendo énfasis en la expresión —: El amor es como el vino, beber un poco no hace daño a nadie.

—Pero acabar la botella da dolor de cabeza —completé el refrán sin proponérmelo siquiera, puesto que de otro modo me hubiera resultado una pueril jactancia poner en evidencia que también yo lo conocía. Sin embargo, tuve la sensación de

que él había esperado oírlo y que por tanto el haber pronunciado sólo la mitad de la filosófica frase había sido intencional. Además, me pareció advertir que el armero había sentido complacencia de escucharlo, aunque no podría asegurarlo que fura así.

Libé a la salud de todos los presentes.

El revuelo originado por mi frustrada evasiva se olvido pronto, resurgió la calma y el diálogo fluyó ágil y abundante. Ignacio Nogales, que debido a su disposición permanente de excelente conversador y a su insuperable gracejo se había adjudicado el decidor apodo de “El Charla”, nos divirtió con las remembranzas más curiosas de su anecdotario acumulado en el apasionante mundo de los gallos de riña. Hablo de los episodios heroicos de sus gallos, sobre todo de uno denominado *crucero*, que llegó a liquidar una decena de contendores, y de los milagros de otro, el cual no tenía nombre pero que entendía por “Satán”. También, como era lógico, ponderó las hazañas del “pinto”, determinantes en el triunfo de incontables competiciones locales y regionales y, por cierto, en el de El Gallo de Oro, torneo que anualmente se lleva a cabo en la ciudad capital. Y como si hubiese tratado de un nuevo laurel conquistado por el campeón, sin que se le decayera el gusto inherente en su conversación, se refirió a la primera y última pelea perdida de éste, precisamente el día de hoy. Daba gusto escucharle.

Colegí que el gracejo del caballero motejado como “El Charla” era inmune a las circunstancias desfavorables, que en otro pulverizaría ipso facto el optimismo. Resultaba, pues, obvio imaginar que, además de su gallo, habría perdido una buena suma de dinero. No obstante, daba la impresión de que más bien ello reforzaba el júbilo reflejado en su rostro. Aquel generoso desprendimiento en aras del deporte, proclama su

estirpe gallera de honda raigambre, originada probablemente en una época anterior a la conquista española. ¿Cuándo? Nadie puede saberlo a ciencia cierta. Pero si se tiene en cuenta que los Nogales de aquí descienden de los de Acubilla de Nogales (municipio de Zamora, España), que es el solar nativo de este patronímico y, además, notable por los gallos de pelea que se cría allí, el silogismo de estas premisas infiere que nuestro gallero lleva esta afición deportiva tanto en las cromosomas memoria como en la sangre desde fechas que se pierden en las abisales regiones del tiempo.

Es obvio suponer que también sus gallos deben tener similar origen, si bien ahora mejorados en su casta mediante un persistente y cuidadoso proceso de cruzamiento y selección que procuraran en cada generación el logro de ejemplares más perfectos. Y en cuanto a la tarea de convertirlos en auténticos gladiadores, está claro que sólo es posible con la intervención de un entrenador de dilatada trayectoria profesional que, además, sabe conjugar los conocimientos adquiridos por experiencia propia con los secretos transmitidos por generaciones de especialistas en el deporte pluma. Y quien, mejor que nadie, ha conseguido dotar energía y destreza insuperables a los combatientes del palenque, es el maestro Ignacio Nogales.

“El Charla”, privilegiado con un peculiar don de gentes que le permite con facilidad atraer y persuadir a los demás, no limita su salero a las anécdotas de los gallos, que tal cosa le parecería una tacañería narrativa, sino que lo usa generosa e indistintamente en toda conversación que aborda. El donaire con que describe los episodios de sus experiencias, tomándolos del lado bello de la vida, adquiere en sus labios luminoso vuelo. Nada más ameno que oírlo relatar sobre todo sus lances galantes, ilustrados con magistral elocuencia, donde el

humorismo embellece lo que de otro modo descubriría sólo su escueta y cruda realidad. Debido a esta estupenda peculiaridad, no obstante mi impaciencia por irme de allí, me divertí mucho cuando el gallero retomó el relato que, por motivo de mi llegada, había sido interrumpido en su inicio.

La notable cantidad de alcohol ingerida por mis amigos, que les volvía hipersensibles al menor roce de cualquier estímulo, contribuyó para que estos se desternillasen con las jocosas incidencias de la anécdota contada por Nogales. Don Braulio, a quien jamás le hubiera imaginado capaz de ocasionar tanto alboroto, reía con ensordecedor estrépito; Saulo, si bien no se equiparaba con su colega, tampoco iba muy a la zaga; el maestro Orbea, parco en palabras y que apenas había intervenido en la conversación, demostró que decididamente no lo era respecto a la risa; por su parte el sacerdote, que durante la narración simuló sentirse conturbado con las ocurrencias a veces subidas de color, aunque incapaz de impedir que se le saltaron las lágrimas al no poder contener la convulsión ocasionada por la alegría interior y la contracción de los músculos de la cara, terminó por reírse a mandíbula batiente; también don Ignacio rió sonoramente, si bien no puedo asegurar si excitado por los recuerdos que le habían salido a flote o contagiado de la hilaridad general. Lo cierto es que superó a todos. Y yo, susceptible a la influencia que ejerce el buen humor, no escatimé carcajadas.

La miel de la conversación prometía la consecución de una prolongada y amena velada, la cual, salvo yo, nadie hubiera deseado perderla. Todos se sentían a gusto: libaban y reían. Y el mismo padre Silvano, en su deber de anfitrión, se ocupaba en llenar constantemente las copas de sus huéspedes, como si esperase verles borrachos pronto. El gallero pretendía relatar otra de sus anécdotas, cuando Saulo, confiado en su racha de

buena suerte, le interrumpió para intentar pactar con él una nueva lidia del “gladiador” con otro de sus gallos. No pude escuchar el alcance del convenio, ya que el cura, apartándose de la mesa para llevarme hasta una de las ventanas del salón, como si deseara mostrarme algo situado en el exterior, me hizo partícipe de la opinión que le merecía Lombardo.

—No sé si usted alguna vez se haya visto ante un zoquete como el manco Lombardo —empezó—. Bueno, estoy seguro de que no, de lo contrario, jamás le hubiera pasado desapercibido alguien como éste. Pues figúrese usted la clase de mentecato que demuestra serlo al suponer que su “gladiador”, un pollo sin otra experiencia que la de echar el ala a las gallinas, podía salir bien librado frente a un gallo entrenado para dar cuenta de su contendor en contados segundos.

—Pero lo ganó al *pinto*, ¿no? O al menos fue eso lo que me parece haber oído.

—Desde luego —comentó el clérigo, levantando sus negras y anchas cejas y comprimiendo el ceño—. Ganó el *gladiador* al *pinto* porque alguien que lo usara a aquél como pantalla de sus artimañas, dispuso así. De otro modo jamás lo hubiera logrado. Sepa usted que en los gallos el fraude es la moneda corriente y salvo los confabulados en el matute, nadie avizora las sorpresas que traerá una pelea. Así, un gallo con vastas posibilidades de vencer a su rival, termina a menudo vencido por éste. Los profesionales del llamado deporte pluma conocen mil trucos que les permite ganar siempre, incluso cuando su gallo es derrotado.

No soy demasiado lerdo como para que me escapasen insinuaciones de ese calibre sin que llegase a descubrir el fondo de su intención. Pero el sacerdote, quizá dudando de mi perspicacia, decidió mostrarse más explícito.

—Mas el buenazo de Saulo —continuó el padre Silvano—, ensoberbecido por el triunfo pírrico del *gladiador*, ha caído en el garlito. Y perderá hasta la camisa si vuelve a jugar su gallo con otro de Ignacio Nogales. Se lo aseguro. Esta vez el famoso gallero no usará la misma treta de la pelea anterior, consistida en presentar un gallo famoso, pero al borde del colapso por alguna causa conocida sólo por él, de modo que el retador no encontrase dificultad en abatirlo tan pronto iniciado el encuentro. Porque, aun siendo mayores los beneficios pecuniarios alcanzados al apostar contra sus propios gallos que cuando lo hiciera en su favor, no le conviene comprometer su prestigio de gallero con reiteradas pérdidas. Ahora, una vez que ha creado cierta desconfianza en detrimento de sus gallos, como es lógico suponerlo, contará con menos partidarios y cubrirá mayores apuestas él solo, beneficiándose abundantemente, puesto que volverá a triunfar en el palenque. Ya lo verá usted.

Me hallaba maravillado. Si lo que acababa de oír no lo hubiese dicho alguien que, por su privilegio de confesor conocía hasta los secretos más recónditos de sus feligreses, lo habría puesto en tela de duda. ¡Caramba! De manera que tampoco el juego de gallos estaba exento de los manejos soterados que, según afirman, controla el pugilato. Necesitaba yo mayores puntualizaciones. Pregunté:

—Entonces, ¿conoce usted que el resultado de la pelea en cuestión fue arreglada de antemano?

—Un arreglo equivale a un convenio y para que se dé éste es necesario el consenso entre dos o más personas que converjan a un punto satisfactorio para todos. Y bien, mirado el asunto desde este punto de vista, claro que no lo hubo. Saulo no lo hubiera consentido, ya su simplicidad en nada afecta a la honradez con que norma sus actos. Pero estoy seguro que

Nogales preparó cuidadosamente la escena para que el resultado no fuera distinto. Que el “gladiador” u otro fuese el instrumento de su plan, debió tenerle sin cuidado, ya que sólo le interesaba engañar a la parroquia con la aparente pérdida del combate de su gallo más afamado. Así, en la próxima lid, la tomaría desprevenida.

—Pero ¿por qué debió recurrir él a semejante argucia que significaba apoderarse malamente de unos cuantos sures a costa del prestigio de sus gallos que, según dicen, se cotiza su peso en oro? Si precisaba de dinero, le bastaba con enajenar uno de sus campeones.

—Porque don Ignacio Nogales no es un vulgar comerciante sino un deportista nato a quien jamás se le ocurriría vender sus gallos que los cría exclusivamente para su propia recreación. El venderlos carece de incentivos para él. Sin embargo, siendo ellos su principal fuente de ingresos, es de suponer que aspire a que ésta fluya sin interferencia. Por tanto, consciente de que a medida que la celebridad de un campeón crece, las posibilidades de encontrarle contendor decrecen, y que esto significa la reducción de ganancias por concepto de apuestas, se valió de una de las tretas que difícilmente pueden ser descubiertas. ¿Me he explicado, doctor? Y bien, si algún buen samaritano no acude a tiempo en socorro de Saulo para impedir su salto al abismo, que no sería otra cosa un nuevo enfrentamiento del “gladiador” con uno de los asesinos emplumados de Nogales, el pobre diablo habrá perdido, como dije antes, hasta la camisa que lleva puesto. Lléveselo, pues, ahora mismo con usted y convénzalo de que su compulsión por el juego le llevará indefectiblemente a la ruina económica y moral.

La preocupación del párroco en precautelar los intereses del pedagogo, dispuesto a confiar al azar su peculio, me conmo-

vía. Mas no entendía por qué razón yo y no él debía conven- cer al consuetudinario jugador de lo equivocado que era su proyecto. ¿De cuándo acá la gente prefería el consejo de al- guien que acababa de conocerlo al de un viejo amigo? Me aprestaba a exponer aquel punto de vista cuando mi interlocu- tor, dejándome junto a la ventana, se acercó a nuestros ami- gos, que reían y libaban, y situándose junto a Lombardo, le dijo perentoriamente que yo debía decirle algo de suma im- portancia.

El aluvión de risa no se hizo esperar. El aludido, que a pe- sar de las afirmaciones endilgadas por su detractor no parecía tener un pelo de tonto, afrontó con habilidad la noticia.

—Padre —bromeó—, si el doctor tiene algo que decirme, prefiero que me lo diga aquí mismo, junto a mis amigos, para quienes no tengo secretos, por cierto, si el diálogo no precisa de un marco confidencial.

Por encima de las risas que originara la respuesta del pers- picaz manco, “El Charla”, que sin duda se había dado cuenta del contenido de la conversación sostenida poco antes entre el cura y yo, le hizo a éste colorear hasta las orejas con este co- mentario:

—Quizá no sea necesario disuadir al señor Lombardo de su propósito de volver a enfrentar su gallo contra uno de los míos —dijo tajante el joven de los cabellos ensortijados luego de encender el cigarrillo que lo había colgado de sus la- bios—. Pues, sabe usted señor padre, no seré yo tan loco co- mo para arriesgar por segunda vez gallo y dinero con seme- jante demonio, que tal es el “gladiador”. No sé qué procedi- mientos utilizó con él mi amigo Saulo, aunque cada vez me convenzo más que debieron ser mágicos. En consecuencia, todo compromiso pluma entre los dos está descartado.



Era obvio que el cura debía creer que era más bien Nogales quien se valía de procedimientos mágicos, pues, sino cómo se había enterado de lo que acababa de decirme. Cogido en falta, miraba amoscado al famoso gallero, temeroso quizá de que le descubriera otros secretos soterrados en el fondo del alma. Pero hábil en sedar todo tipo de aprensiones, ensayó una disculpa que aunque bastante trillada le podía sacar de apuro.

—Sólo deseo proteger mi rebaño —adujo, en tanto que su rostro volvía al color oliváceo, que es su coloración natural—, evitando a tiempo cualquier motivo de desavenencia entre sus miembros. El deber del pastor es velar por la seguridad de sus ovejas, poniendo ante todo mayor esmero en las proclives a dejar el redil. Porque el buen pastor, si fuere necesario, descendería hasta al mismo averno para salvar su pécora descarriada.

Los alegres bebedores se miraron unos a otros, preguntándose si les valía más tomar con fingido beneplácito aquella sutil coartada o si, por el contrario, debían festejarla con sonoras carcajadas, como se estila premiar las buenas bromas. Pero don Braulio, acogiéndola como válida, inclinó la balanza a favor de la primera opción.

—Grandiosa misión la suya, señor padre —dijo mientras enjugaba con un ajado pañuelo las perlas de sudor que tachonaban su frente—, la de velar a toda costa su rebaño, aunque sea a veces difícil de llevarla a cabo y a menudo mal entendida.

Saulo, a pesar de su determinación de no moverse de su asiento, se levantó y, llenando una copa, se acercó a mí, que aún me encontraba junto a la ventana, para ofrecérmela. Estoy seguro de que él deseaba más que nada decirme algo en voz baja, pero, temeroso de ponerse en evidencia ante los

demás, pidió acercarme a la mesa. En cuanto ocupamos nuestros respectivos asientos, dirigiéndose a todos nosotros, dijo a guisa de broma:

—Aunque aquí, amigos míos, lo estamos pasando muy bien, gracias a la generosa hospitalidad de nuestro buen pastor, soy de la opinión de trasladarnos ya a casa de los Gómez para divertirnos en conjunto con las demás pécoras. No tiene sentido continuar esperando a Cotello, que tal vez se fue allá directamente.

—Comparto su brillante opinión —exclamó el sacerdote, distendiendo notablemente el ceño.

—Me parece bien —apoyó el maestro Orbea—. Y es precisamente lo que vengo pensándolo desde hace rato.

Pero alguien tuvo que objetar aquella decisión cuando apenas tomaba forma.

—Pues no les parece que es algo tarde para eso —intervino don Braulio al tiempo que miraba pesimista a través de la ventana—. El tiempo en que podíamos mover sin peligro, se ha agotado. ¿Es qué no escuchan el desaforado aullido de los perros, amedrentados por el astro de la noche?

Todos se agolparon a las ventanas para otear el horizonte, temerosos que el anciano pudiese tener razón. Pero cuando vieron que efectivamente el satélite, bastante incompleto, había recorrido ya buena parte del cielo, corrieron las cortinas de las ventanas y regresaron taciturnos a la mesa, acosados por la arremetida auditiva provocada por los canes. La perspectiva de permanecer encerrados allí la noche, parecía no contentar a nadie.

—¡Vamos! —protestó el sacerdote, desconcertado— Ustedes son cinco valientes y, si me sumo yo, seremos seis. Además, la distancia que media entre un punto y otro es corta. Un paso, se diría.

Los presentes le miraron perplejos.

—Sin embargo —opinó el maestro Orbea—, el tener que desplazarnos por descampado a la luz de la luna, sobre todo el paso del Ermita, no me hace mucha gracia. ¿Quién nos asegura que a *paquita* no se le haya ocurrido cazar esta noche precisamente allí?

—Yo... —exclamó Nogales, suscitando la admiración de los presentes, y cuando estos, ahídos de curiosidad, se apresaban a preguntarle cómo se había enterado de los movimientos futuros del engendro, continuó—, digo que yo no podré ir con ustedes, ya que prefiero tomar ahora mismo el camino de mi casa y disfrutar de su largo recorrido. La presencia de la luna despejada en mi alma su sensibilidad poética y predispone mi espíritu a la búsqueda de románticas aventuras —y disponiéndose a retirarse, añadió—: señor padre, mi gratitud a usted por su hospitalidad, y a los demás, mi reconocimiento por haberme permitido gozar de su compañía.

Nadie hizo o dijo nada por retenerlo. Más bien los demás, estimulados por aquella intrépida decisión, no aguardaron un instante para ponerse en camino de la residencia de los Gómez. No obstante, cuando dejábamos la casa parroquial, Saulo comentó que el joven Ignacio Nogales era un buen candidato a constituir la próxima cena de *paquita*. Pero el maestro Orbea lo desestimó, aduciendo que el gallero, en cierta ocasión, ya se las había visto con aquel demonio, saliendo triunfante de la contienda.

Al pisar la calle nos recibió el repiqueteo de las herraduras de un caballo, que galopaba suavemente por el empedrado de la calle, y la silueta de un jinete que cabalgaba un garboso corcel. Era “El Charla”, que tomaba el rumbo de Tacna, donde tenía su hogar.

—¡Amigo, vaya usted con cuidado! —recomendó Saulo al centauro— No sea que la tozudez que le domina a usted nos haga lamentar la desaparición de uno de nuestros mejores amigos.

Entonces se oyó la bien timbrada voz de Ignacio Nogales:

—Vamos. No lo creo necesario. Si muero por el camino, no digas que así lo fue, di que hallé un nuevo amor, y sabrán que me he ido yo.

—¡Filósofo! —murmuró el maestro Orbea, viéndole alejarse.

“Poeta, además de inteligente y valiente” —pensé yo—. No hubiese sido propio de él responder, por ejemplo: “El que va a morir os saluda”.

La morada de los Gómez, aunque dentro de lo que aún se puede considerar parte del perímetro urbano, se ubica muy cerca del Mallacoa, funesto torrente asociado a un sinnúmero de sucesos deplorables, considerados de intervención demoníaca. De ahí que todos evitasen aventurarse por sus cercanías durante la noche, incluso fuera del periodo que se le atribuye a *paquita* la costumbre de merodear los extramuros de la población. Pero el prurito de diversión en mis amigos era tal que, a riesgo de verse en apuros, fueron en su búsqueda.

Al iniciar la marcha se me acercó don Braulio para deslizarme al oído que, como resultado de las últimas observaciones realizadas por él, se había prolongado el plazo para salir en busca de *paquita*. Aseguró que dos noches después, y no antes, sería la ocasión ideal para darle caza, puesto que para entonces se hallaría tan debilitada, que sería para mí un juego de niños el destruir el sortilegio que le mantenía anclada a la vida. Añadió que, merced a su detector de fantasmas mejorado, había podido observarlo la tarde de este día, incluso antes de la puesta del sol, deambulando como una ebria por las

inmediaciones del Catava. Y, con la dulzura empleada por un afectuoso padre para desalentar los temerarios impulsos de su crío, me sugirió paciencia hasta entonces. Hubiera deseado decirle lo equivocados que andaban él y su colega, empeñados en dar batalla a los fantasmas que poblaban solamente su afiebrada mente, pero lo creí inútil el intento de cualquier polémica a estas alturas. Tan sólo me contenté con separarme de él.

Tan pronto como me había separado don Braulio, se puso a mi lado el maestro Orbea y, procurando no ser escuchado por los demás, me sorprendió con algo que jamás me hubiese imaginado oírlo dada la escasa confianza que nos impedía abordar temas personales.

—Doctor, le he estado observado discretamente a usted desde su llegada. Así es como le he visto ir de aquí para allá y fijarse en todas partes, tratar a todo el mundo y estudiar el carácter de la gente como lo haría un naturalista empeñado en descubrir un nuevo espécimen. Tampoco se me ha pasado inadvertida esa tensión originada por la tardanza en acudir a usted la persona esperada. Y bien doctor, aquí me tiene usted. Me ha encontrado.

No sabía yo adónde quería llegar el maestro Orbea, comunicándome los éxitos de sus observaciones en torno de mis actividades en la población. ¿Era malo aquello? ¿Bromeaba? Se hacía necesario mayores detalles para entenderlo.

—Explíquese, por favor —demandé, procurando mantener incólume la calma.

El aludido pareció desconcertarse por un brevísimo instante, aunque se compuso de inmediato y, dibujando en sus labios una amplia sonrisa que descubría su alba y perfecta dentadura, comentó:

—Vamos, doctor, a poco que le vi a usted supe de quien se trataba. Sin embargo, hacía falta estar completamente seguro para poder revelarme a usted. Y, por tanto, he concluido que los dos estamos en el mismo lío de faldas.

—¡Faldas! —reaccioné confundido.

El maestro Orbea amplió aún más su sonrisa.

—Oh doctor, quiero decir que usted y yo amamos a la misma dama.

¿De manera que me creía su rival? No quise perder tiempo averiguando si se refería a Rosaura, de quien la buena gente de la población me creía enamorado, y me despedí tanto de él como de los demás, aduciendo que prefería pasar la noche en la posada.

\* \* \*

Desde luego que no fui a la posada. Oculto en el vano de una puerta, esperé hasta cuando mis amigos se perdieron de vista y luego encaminé mis pasos hacia el Catava. La luna, en su fase de cuarto menguante, envolvía el paisaje en su pálida luz, permitiéndome avanzar sin dificultad. Pronto dejé atrás el perímetro urbano y continué por un sendero sinuoso como un reptil, que se extendía tímidamente entre espinosas pencas de cabuya y susurrantes carrizales. La caminata, aunque larga, no presentó demasiada dificultad para llevarme al sitio previsto, la colina del Catava, donde esperaba encontrar a la joven viuda exhausta por la fatiga.

Mas ella terminaba de marcharse de allí. Ventajosamente me di cuenta de ello el instante mismo en que me disponía a iniciar su búsqueda por los enmarañados matorrales que pueblan ese sector. Me hallaba a media altura de la colina, un

sitio que, por su óptima posición, dominaba la población y sus llanuras adyacentes, cuando la vi entonces. Vestida únicamente con una ajustada bata negra, que moldeaba maravillosamente su esbelto cuerpo de suaves líneas, y con su larga y dorada cabellera agitada por el aura nocturna, descendía el último tramo de la ladera. Me quedé estático de emoción.

Tomaba la joven el camino que, por su flanco oriental, bordea el poblado, cuando, sobreponiéndome a mi parálisis emocional momentánea, me propuse alcanzarla mediante una vertiginosa carrera cuesta abajo. Mas, cuando logré descender la pendiente, ella había desaparecido del campo visual, interferido por la arbolada y los recovecos del mismo sendero. Temiendo perderla cuando terminaba de encontrarla de nuevo, presa de la ansiedad e impelido por la esperanza, corrí en la dirección que la viera seguir. Afortunadamente, al llegar a un sitio donde la ruta se abría, volví a verla muy cerca de donde el Ermita se cobija de un bosquecillo de frondosos eucaliptos. Caminaba tambaleante y deteniéndose con frecuencia, como si estuviera al borde del desfallecimiento. Si no la alcanzaba a tiempo, rodaría por el empinado acceso que llevaba al arroyo.

Aceleré el paso.

Sentada sobre una roca situada al canto de la vía y arrullada por el susurro de los eucaliptos, me esperaba la joven, deslumbrante de belleza. En cuanto me vio, una sonrisa de felicidad, partiendo de sus ojos se extendió por todo su angelical rostro. La alegría que sentía de volver a encontrarme, era evidente. Sin permitir que la emoción hurtara esta vez mis movimientos, fui hacia ella con los brazos abiertos. ¡Oh, cuánta dicha nos esperaba en el transcurso de nuestra reunión!

Pero a veces el incidente más insignificante puede conspirar para que un proyecto largamente acariciado se transforme jamás en realidad. Se conoce también que el pinchazo de un mosquito, ocasionado al cazador en el momento de apretar el gatillo, ha malogrado el disparo destinado a una fiera, la cual, indemne pero enfurecida, se lanza luego contra su fallido agresor. Y, fatalmente, algo similar fue lo que sucedió con nosotros.

Cuando nos hallábamos a punto de fundirnos en un vehemente abrazo, para alcanzar juntos el cielo de nuestra mutua felicidad, la repentina aparición de un sujeto detuvo en seco la acción que hubiese permitido juntarnos. Pero esta circunstancia que a lo sumo podía habernos obligado a posponer las expresiones tangibles de nuestra aspiración anhelada, originó su completo desastre. Mi Venus, reaccionando al temor de modo inconsciente, no pudo contener un grito que al mismo tiempo manifestaba asombro, temor y disgusto. Inmovilizados por la frustración, mirábamos al importuno que a su vez nos miraba con asombro, como si le pareciera inconcebible el encuentro de una pareja de amantes al amparo de una noche solemnizada por la luna. La bella mujer, reponiéndose pronto de la sorpresa, se apresuró a ocultarse detrás del tronco de un árbol, como si temiese ser reconocida por el caminante, a quien sin duda le consideraba uno de los complicados en el asesinato de su esposo. Pero un instante después vi, con mucho pesar, como su flexible silueta se disolvía en la distancia.

Ni siquiera intenté seguirla. Adónde habría podido dirigirme si no había conseguido distinguir el rumbo tomado por ella. ¿Quizá si la esperaba en el sitio donde me hallaba, habría alguna posibilidad de volver a verla en el transcurso de la noche? Decididamente no, porque el viandante daba la impresión de que hubiese determinado quedarse donde, sor-



prendido por su encuentro, había detenido la caminata. Lo columbré cuando le vi arrimado al talud del camino, precisamente enfrente de mí, como si pretendiera acompañarme. ¿Tal vez si le conminaba a proseguir el camino? ¡Claro! Debía echarlo de ahí bien fuese por las buenas o bien por las malas.

Poniendo cara de pocos amigos fui acercándome a él mientras elaboraba las razones que habría de esgrimirlas para convencerlo. Y fue sólo entonces cuando pude darme cuenta que el intruso no se había detenido allí por su voluntad. Es más, quizá ni se habría fijado en nosotros. Según las huellas que presentaba, había sangrado profusamente por las heridas abiertas en el pecho, la cara, los brazos y las piernas, que a duras penas conseguía mantenerse semi erguido socavado por el dolor y la debilidad. Al efectuarle un somero examen táctil, pese a mis elementales conocimientos médicos, me di cuenta de que la hemorragia le había conducido a una etapa clínica de alto riesgo. Los síntomas como respiración rápida y superficial, pulso cardíaco acelerado y débil, piel fría y húmeda, además de los ojos desmesuradamente abiertos y congelados en una mirada fija y apagada, revelaban que el desdichado se hallaba en situación de *shock*. Pero ¿en tales circunstancias hasta cuándo lograría conservarse vivo? Bueno, si no recibía inmediato auxilio médico, no sería por mucho tiempo desde luego. Por tanto, precisaba de mi apoyo para conseguir llegar hasta el centro médico local denominado: “¡Lázaro, Levántate y Camina!”

Esta casa asistencial y farmacia a la vez, es el único lugar de la población donde el paciente es atendido de acuerdo con las recomendaciones y exigencias impuestas por la ciencia médica. Su propietario y responsable, don Pedro Crespo, es un ex sargento del ejército que se había desempeñado en él

como enfermero. Su fama de cirujano sobre todo es notable. Se cuenta de él que es capaz de devolver sus funciones a piernas, brazos y aun cabezas amputados en los duelos a machete, con rotundo éxito. Durante las sucesivas guerras con el Perú había descubierto los secretos de la cirugía practicando con soldados destrozados por las balas y las bayonetas.

Al levantarse el hombre, ayudado por mí, como si sólo entonces empezase a sufrir las consecuencias de sus laceraciones, prorrumpió en lastimeras quejas que hubieran infundido compasión al más duro de corazón. Y no obstante que sus quejas las expresaba con vocablos perfectamente articulados, jamás consiguió decirme lo que le había ocurrido. Pero fueron ellas, mejor dicho, fue la inflexión de la voz con que las pronunciaba, que me permitió descubrir en el herido a Humberto Cotello. Hasta entonces, la sangre que cubría su rostro como una terrífica máscara, me lo había impedido.

De pronto recordé que él, luego de haber almorzado en la posada, había tomado el camino de Tiliguila (el mismo donde nos hallábamos ahora) con la consiga de sorprender a un contumaz contrabandista de aguardiente apellidado Lasso. Mas, todo hace pensar que el sorprendido fuera Cotello. Pero ¿qué clase de sanguinario monstruoso era aquel bribón de contrabandista cómo para que no se haya interpuesto entre su mano asesina y su víctima una chispa de piedad? Sin duda del tipo criminal que Cesare Lombroso lo conceptúa el resultado de factores hereditarios y degenerativos más que de las condiciones sociales. Pues, sólo alguien aquejado de locura criminal, sería capaz de infligir con saña semejante. Pero ¿dónde y cuándo le acaeció aquel infortunio a Cotello, propenso por lo demás a sufrir agresiones físicas? Presumiblemente en las inmediaciones, ya que en caso contrario no hubiera podido avanzar hasta allí, para encontrarnos inopinadamente. Pero

todo ello debió sucederle mucho antes, impidiéndole retornar a la población en algún momento de la tarde. Eso explicaba su inasistencia a la reunión de amigos celebrada en la residencia del padre Silvano.

Ventajosamente, el pueblo no quedaba lejos, a Cotello no se le dio por expirar en el trayecto, que era lo que más temía yo, el ex sargento Crespo acudió al primer grito de auxilio a la puerta de su sanatorio y, para mi satisfacción, descubrí que mis espaldas eran tan fuertes como las de un mozo de cordel.

## *Jueves 23...*

Día suturado de ansiedad y coronado por la frustración. Si alguna vez poso la mirada en estas notas, dictadas por mi alma tronchada por el dolor, no sé si cuente con el valor necesario para sumergirme nuevamente en el bruno lago de pesar que ahora me anonada. Acaso no lo resista y vuelva la página, porque incluso el gusto por el masoquismo tiene su límite. Pero, al margen de futuras perspectivas, el sentimiento de impotencia que me embarga, no sólo que dejará huellas indelebles sino que gravitará en lo que me queda de existencia. El dolor ajeno, amargo y contagioso, cuando no ha podido ser mitigado en su fuente no tarda en convertir a quienes lo presencian también en sus víctimas.

A partir de ahora ¿podría intentar yo la ejecución de una buena acción en beneficio de alguien que se ve derrotado de antemano en su voluntad por salvarse? ¿Sería capaz de extender mi mano a alguien que se hunde en el precipicio, consciente de lo baldío de mi generosa intervención? Sí, aun en la certeza de atraerme el sinsabor del desengaño, no vacilaría en intentarlo.

Luego de poner en buenas manos a Humberto Cotello, me trasladé a la posada, convencido de que ya nada podía hacer por entrevistarme con mi amada en lo que subsistía de la noche. Pero en cuanto me acosté, dispuesto a mitigar la frustración y el cansancio en las regiones del lenitivo olvido, que es adonde nos conduce el sueño, me acometió un enorme dolor de conciencia motivado por mi egoísmo. Avergonzado de haberme procurado seguro refugio mientras que mi amada se encontraba a merced de la inclemencia de la noche y temerosa de ser atrapada por sus enemigos, no pensaba sino en co-

regir mi despropósito poniéndome a buscarla. Pero no me decidía del todo.

Fue entonces cuando, como para poner fin a mi dilema, el sueño acudió a mí, aunque debió ser corto. Soñé que iba en busca de la joven y que la encontraba. Pero la vi sólo por un instante y a una distancia difícil de superarla. Salía ella de una de aquellas casitas prendidas en la ladera y, con apresurado paso, se dirigía hacia aquel bosque de eucaliptos que bordea el torrente del Ermita. Los colosales seres, en cuanto percibieron la presencia de la joven, tremolaron alborozados el follaje e inclinaron galantemente su copa en signo de pleitesía. Mientras tanto yo, presa del éxtasis, le acompañaba con la mirada hasta cuando la arboleda le absorbió en su penumbra. La beldad apenas me miró y no fue posible que habláramos.

Me desperté intrigado, sin saber si aquel sueño revelaba que la joven me esperaba en ese lugar o simplemente el resultado de la obsesión que se apodera de mí cada vez con mayor tenacidad. Pensé que con probar la primera opción nada perdía, por el contrario, ganaba enormemente. Pero el temor de que con ello me alinearía con la superstición, me contenía.

Sin que pudiese superar mi indecisión advino la mañana y, para entonces, el ponerme a deambular por despoblado resultaba extemporáneo a más de embarazoso. No podría examinar un solo punto del vasto perímetro de la población sin ponerme en evidencia. Además, la joven, después de otra noche deplorable, yendo de aquí para allá en inútil búsqueda de un alma caritativa, quizá habría encontrado ya un escondite donde, al abrigo de miradas indiscretas, permanecería el día. En consecuencia, lo dable sería tratar de localizarla una vez llegada la noche, que es cuando los supersticiosos moradores de la población prefieren el abrigo de sus tétricas casas al noc-

turnal espectáculo que ofrece el cielo abierto. Pero ¿qué haría entre tanto si el anhelo vehemente de volver a tenerla junto a mí se imponía sobre mi voluntad?

Tras haber desayunado ligeramente, deje la posada sintiendo intactas en el alma las impresiones de los infaustos sucesos de la noche anterior. Sin embargo, en medio de la zozobra entreveía allende el día un tenue brillo de esperanza. Y debía avanzar yo hacia allí atravesando todo aquel mar encrespado que se me antojaba el transcurso de un día ajustado al cronograma de eventos solemnes que desde ya contribuían a incrementar mi ansiedad. “La verificación de la Rosa” era uno de ellos.

“La verificación de la Rosa” es el complemento del rito de “La ofrenda de la Rosa” y se lleva a cabo cinco días después de éste. Al igual que la ceremonia anterior es presidida por la “Señorita Alegría”, quien se ocupa esta vez de revisar el estado de conservación de la flor entregada días atrás a cada uno de los moradores. Dicho examen, aunque sólo visual, lo preveía dilatado, tedioso e insufrible, como si hubiese sido mentalizado con el sólo propósito de exacerbar mis nervios. También se había fijado para este día la presentación de otros eventos importantes que en mejores circunstancias me hubiesen resultado entretenidos.

En efecto, cuando llegué a la plaza mayor, la fastuosa ceremonia, con el protocolo requerido por su mística condición, se efectuaba en ella ya. Flor Celina, airosa y seductiva, instalada en un trono confeccionado en flores y rodeada por su multicolor séquito de “mariposas”, posaba su escrutadora mirada en cada una de las rosas que, sus coterráneos, la presentaban reverentes. Tras un vistazo que tenía como fin evaluar el estado de conservación de la flor, la representante de la Alegría formulaba un sucinto diagnóstico y la consiguiente

recomendación que su dueño debía observarla en prevención de ulteriores complicaciones. Y quienes habían cumplido con su devota obligación, al igual que en la ocasión de la “ofrenda”, se retiraban resplandecientes de felicidad.

Entre las personas que se retiraban descubrí a Rosaura que, sin detenerse a intercambiar saludos con sus amigas, tomaba la dirección de su casa. Parecía llevar prisa. Sintiendo atenuar el sofocante tedio que me asfixiaba con la sola presencia de mi amiga, me dirigí a ella, apresurándome para alcanzarla. En efecto, Rosaura deseaba llegar con rapidez a su morada, ya que debía despertar cuanto antes a su padre para que pudiese asistir a la hierática ceremonia.

Mientras caminábamos contó que don Braulio, durante la noche anterior, había bebido más de lo que podía tolerar sin que sufriera estragos futuros. Su lógico resultado era que ahora dormía como un tronco, indiferente de todo lo que acaecía fuera del fantástico escenario creado por el delirio. Si faltaba al sacro rito, lo habría de pasar mal durante el año.

La dejé en la puerta de su casa, deseándole que tuviese éxito en la difícil tarea de despertar a su padre, plenamente anestesiado, y prometiéndole que iría a por ella más tarde, retorné sin mucho entusiasmo a la plaza mayor. A mi regreso noté que la hilera de piosos se mantenía igual que antes, y calculé que a ese ritmo no terminaría la ceremonia en varias horas, postergando indefinidamente con ello la presentación de otros espectáculos posiblemente más entretenidos. Las carreras de caballos o la competencia de tiro al blanco que se anunciaban, con la expectativa propia que origina la incertidumbre del resultado, atenuarían posiblemente la ansiedad que se había desatado en mí por la dificultad en poder ver de inmediato al objeto de mis pensamientos. No obstante, ¿por

sugestivo que resultasen tales espectáculos, tendrían el vigor necesario para desviar hacia ellos mi atención?

Lindaba yo en la desesperación, sin saber cómo iba a combatir el ferino tiempo mientras llegara la noche, cuando sentí que alguien me tocaba suavemente del brazo. Sobresaltándome de susto como cogido en grave falta. Volví la cabeza para ver de quien se trataba. Y lo que descubrí tuvo la virtud de abatir mi desamparo, reemplazándolo con un manantial de ternura. Era Rosaura, aquella mujercita comparable a una azucena aún cubierta del rocío que el amanecer ha tributado a su pureza sin mácula y a su deliciosa esencia. Era aquel ángel de luz que, desde que le vi y hasta cuando llegara a conocer a la mujer del extinto Garza, había iluminado la lóbrega morada de mi corazón, desolada por la pérdida de fe en el amor. Me pregunto ¿si nadie se hubiera interpuesto entre los dos, hubiese podido yo permanecer hasta ahora insensible a ella? Posiblemente, no, porque sólo ella es capaz de traer al ánimo tranquilidad y sosiego, es decir, lo opuesto a la turbación y las pasiones.

—El temor de encontrar a mi padre aún dormido fue ventajosamente vano. Se hallaba él ya listo para salir a la calle cuando llegué a casa. Mírele —me indicó con la mirada—, se halla ya en la fila, precisamente detrás de aquella señora de mantilla azul. ¿Lo ve?

Le veía perfectamente. En vez del aspecto deplorable que debía marcarlo la resaca exhibía un semblante de envidiable bienestar, incluso parecía rejuvenecido. Se diría que el alcohol actúa en don Braulio como la lluvia sobre las plantas.

—Tiene usted carta de Juanito —dijo, mirándome con sus ojos tan verdes, como las aguas del Quilotoa, mientras ponía en mis manos un sobre blanco que había sacado de la cartera—. Llegó esta mañana junto a otra destinada a mi padre,



quien me pidió que la hiciera llegar de inmediato a su destinatario. Según el gesto de asombro que ha puesto él al leer la suya, supongo que nuestro amigo ausente les quiso sorprender con alguna noticia interesante. Por tanto, dejo a usted en libertad para que pueda informarse y también contestar a su remitente. Hasta pronto, amigo mío.

Se alejo dejándome tan desolado como al principio. En cuanto a la carta, ¿qué puede contarme en ella Juanito que no pudiese decírmelo personalmente a su regreso? No la he leído aún.

Sintiendo transcurrir los minutos con una lentitud angustiosa, me vi asaltado por una furia impotente semejante a la que debe sentir un león enjaulado. Como éste, caminaba yo en círculos, rabioso, sin que lograra abatir el cerco que me aprisionaba. Y también como éste me hubiera gustado encontrar escape a mis emociones, recurriendo a rugidos y zarpazos. Mas carecía de fuerza para rebelarme frontalmente a la adversidad.

Sentí nuevamente que alguien me tocaba el brazo, y cifrando la esperanza en que fuera nuevamente Rosaura, un destello de esperanza iluminó mi alma. Pero, para mi frustración, esta vez no se trataba de ella sino de don Ángel María Orbea, el hombre que me había dicho que los dos (él y yo) estábamos en el mismo lío de faldas. A la luz meridiana pude ver que este caballero era mucho más viejo de lo que me había figurado anoche, alumbrado escasamente por la única lámpara con que contaba el salón de recepción de la casa del sacerdote. Espigado, nervudo, de rostro trigüeño y arrugado del cual sus negros ojos de mirada intensa es su característica principal. Frisa los sesenta años. Habla con voz firme y sin circunloquios, como si estuviese acostumbrado a convencer y hacerse obedecer sin valerse de explicaciones. Sin embargo,

la modulación de su voz es armoniosa y su dicción clara. Por otra parte, cojea ligeramente de la pierna derecha, quizá como resultado de una antigua herida mal atendida, aunque este defecto no perjudica en nada su porte marcial.

—Le suplico a usted acepte mis disculpas —me sorprendió el armero mientras me extendía la mano derecha para cumplir el rito del saludo con un apretón con la mía—, pues no debí hacerle esperar tanto. Comprendo su impaciencia y toda la culpa ha sido mía. Pero ya podremos hablar discretamente —indicándome un camino imaginario a través de la plaza, añadió—: ¡Por aquí, doctor!

Me dije que Orbea quería tener conmigo una conversación relacionada con alguna mujer, posiblemente Rosaura, y sin preguntarle nada me dejó guiar como un autómatas. ¿Deseaba, acaso, dirimir el supuesto conflicto en el campo del honor, como se estilaba aquí en similares circunstancias? Bueno, con el motivo que presumía tenerlo, además de lo familiarizado con las armas como debe estarlo, qué se podía esperar de él. ¡Vaya lío en que me había metido! Sin embargo, por su talante más bien tranquilo, no parecía abrigar aviesas intenciones en mi contra. Mas, si a pesar de todo buscaba exigirme una honrosa satisfacción por una ofensa que jamás infligida a él, bueno, ya intentaría yo sacarle de su craso error.

Dimos un rodeo para superar la fila de personas que, portando una blanca rosa, caminaban lentamente hacia la “Señorita Alegría”, y evitando aquí y allá tropezar con los despreocupados paseantes, nos detuvimos frente a la puerta cerrada de una casa situada en un costado de la misma plaza. El maestro Orbea, manipulando prolijamente el llavero que extrajo de uno de los bolsillos del chaleco, eligió la llave que nos permitió el acceso de la morada. Entramos en un almacén con una de sus paredes abarrotada de armas de fuego de mediano

alcance que, colgadas de sendos clavos, reposaban con fingida y pacífica apariencia. Junto a ella, una amplia vitrina, que abarcaba todo el largo del salón, contenía más armas de fuego, comprendidas en pistolas y revólveres, y cartuchos para ser usados tanto por éstas como por aquellas.

No soy un cobarde, pero tampoco un temerario. El peligro que no busco ni puedo evitarlo, prefiero afrontarlo de cara. Sin embargo, confieso que en modo alguno me agradó la vista de aquellas maquinillas de muerte, que me antojaba una maniobra ex profesa para intimidarme. Y esta conjetura tomó visos de realidad cuando el armero me aconsejó adquirir una de ellas, aduciendo que pronto iba a precisarla.

Frente a esta vitrina, otra de menores dimensiones, exhibía en contraste inofensivos relojes de los más variados modelos, marcas, y tamaños. Muchos de ellos, provistos de alarma musical, acariciaban el oído con sus dulces melodías, como surgidas de los espléndidos salones de las capitales europeas. La sola vista de aquel emporio de sofisticados adminículos me impresionó hondamente, no obstante, mi anfitrión no me dejó tiempo para que pudiese examinarlos ni siquiera visualmente. Y al fondo, una mesa de trabajo sobre la cual se veían herramientas de relojería y algunos cronómetros desarmados, indicaba que la misma estancia servía también como taller de reparación de estas delicadas máquinas. En cuanto a las armas de fuego, debido al tamaño mucho mayor de los útiles requeridos para construirlas o repararlas, resultaba obvio de suponer que eran construidas o reparadas en otra dependencia de la casa.

Pero ¿por qué cuánto mortífero artefacto listo como para ponerlo en bélico funcionamiento? ¿Acaso el idílico *Balcón de los Andes* cimentaba su pacífica ensoñación en la armas? De ser así, era cierto aquel proverbio que reza: *Si quieres la*

*paz, prepárate para la guerra.* Y concluí que tal aforismo debía de tener algo de verdad, porque detrás de la tempestad que provoca un disparo sobreviene siempre una expectante clama.

Salimos del almacén a un patio y de ahí, por un corredor, llegamos a una sala atiborrada de ciertos objetos por los cuales jamás se le hubiera podido calificar al maestro Orbea como un humilde artesano, sino más bien como un erudito. No sólo las paredes de la habitación se hallaban cubiertas de estanterías de libros sino que también reposaban estos receptáculos de conocimientos sobre mesas, sillas e incluso en el suelo. El variado tema de volúmenes hacía pensar en el acervo de un enciclopedista.

—Es mi refugio —sonrió don Ángel María Orbea, halagado por la admiración que causaba en mí la vista de su biblioteca—. Luego de cumplir con las obligaciones que demanda mi modesto negocio, busco sosiego aquí, que es donde están mis mejores amigos. Estos jamás me defraudan. Y a propósito de mi refugio, hasta ahora, nadie que no fuera yo ha ingresado a él. Es usted su primer visitante.

Maravillado de cuanto veía allí, nada dije.

—Siéntese usted —pidió, indicándome la única silla desocupada, situada junto al escritorio—. Le ruego perdone usted mi futura y breve ausencia mientras preparo una taza de café. Vivo solo y, en tanto me acompañe la soledad, continuaré siendo mi propio asistente —y desapareció de inmediato por la misma puerta que acabábamos de entrar.

Cuando me dirigía al mueble indicado para sentarme, descubrí sobre un aparador algunas viejas fotografías, publicadas en revistas y periódicos de la época, encerradas en finos y esmaltados marcos de madera y sentí curiosidad por ellas. Me acerqué y fui examinándolas detenidamente, tratando de des-

cubrir no sólo los personajes que representaban sino también los escenarios y las referencias que servirían para calcular la posible fecha en que fueron elaboradas. A los personajes no tuve dificultad en reconocerlos al primer vistazo, mas no así los detalles concurrentes, que exigieron bucear en los recuerdos para sacar a flote datos históricos que permitieran elaborar una conclusión admisible. Y bien, la fotografía situada en medio de las demás, que fue en la que me había fijado primero atraído por su mayor tamaño, mostraba la efigie de Eloy Alfaro, muy joven aún y mucho antes de que la Asamblea Nacional Legislativa de Nicaragua le concediera el grado de General de División del ejército de ese país en mérito a su activa solidaridad con la causa revolucionaria liberal nicaragüense. Por ese entonces tendría quizá unos treinta años el caudillo popular. Se le veía muy diferente al de las imágenes con que retratos posteriores habrían de caracterizarlo. Era de baja estatura, delgado, rostro agradable del cual emanaba una simpatía irresistible, y aún no usaba perilla. Sus ojos se abrasaban con el fuego irreducible que anima la mirada de los hombres imbuidos de elevadas e indeclinables decisiones. Iba de paisano. Vestía traje blanco de dril y sombrero manufacturado en Jipijapa.

La segunda fotografía mostraba en primer plano al general Alfaro —mucho mayor que el de la anterior— junto a sus hombres de confianza, de uniforme militar y con el pecho cubierto de condecoraciones. También sus compañeros iban uniformados y sostenían sus armas en las manos, como pres-tos para la contienda. Tenía por fondo el mar y, anclado cerca de su orilla, se veía un buque de guerra cuyo nombre aparecía claramente: “Momotombo”. Recordé que esta histórica nave había sido entregada por el presidente de Nicaragua, general José Santos Zelaya, a Eloy Alfaro en apoyo a la lucha que el

pueblo ecuatoriano, constituido en montoneras, librada entonces contra la opresión oligárquica. Y bien, por este testimonio, se podía calcular con exactitud la fecha en que había sido tomada la instantánea.

Y ¿quiénes eran las demás personas que, en esta ocasión, habían posado para la cámara? Medardo y Flavio Alfaro, Pedro Montero y también aquel apuesto y joven militar de quien jamás aparecía su nombre cuando figuraba en fotografías divulgadas por la prensa, pero que sin embargo aparecía con persistente frecuencia junto al “Viejo Luchador”. Al revisar los periódicos de la época (coleccionados por mi padre), lo había mirado yo muchas veces sin que se me ocurriera concederle demasiada atención ni mucho menos averiguar su nombre. Mas ahora, al notar en él una increíble semejanza con alguien de quien era yo ahora mismo su invitado, me sentí motivado a estudiar con detenimiento los rasgos de la imagen. Y al fijarme con detenimiento en el retrato del joven militar, pese a la diferencia que en mi anfitrión marcara la acumulación de unos treinta y tantos años, descubrí que los dos eran la misma persona. Por tanto, el nombre del incógnito militar era Ángel María Orbea. ¡Increíble! Nunca iba a imaginarme que el *Balcón de los Andes* conservara una reliquia no sólo de las montoneras alfaristas, que ya es mucho esperar, sino también un protagonista del nuevo orden político que cambió las estructuras sociales del país. Y el descubrimiento, por cierto, no era susceptible de equivocaciones.

El maestro Orbea no siempre fue armero y relojero como lo suponen aquí, pues que tales profesiones las emprendió cuando las montoneras de Alfaro, a las que había pertenecido, se disolvieran y la política le hubiera cerrado las puertas. Porque hubo tiempo en que Orbea se distinguiera como guerrillero y funcionario público de cierta relevancia alternativamente.

Pero un día se le ocurrió viajar a Sigchos y afincarse discreta y definitivamente aquí, bien lejos del traqueteo de las ametralladoras y de las palaciegas intrigas.

A partir de ese instante, ya sin que me causara sorpresa lo que mostraban las demás fotografías, fui examinando las restantes. Orbea, unas veces en atuendo militar y de civil en otras, aparecía siempre junto a Alfaro.

Cuando regresaba a su sitio la última fotografía que acababa yo de mirarla, reapareció el maestro Orbea, que de pronto había adquirido una misteriosa aureola que es patrimonio de los héroes. Traía en sus manos una bandeja, ocupada por una cafetera de aromática infusión y tazas, y en sus ojos una luminosa sonrisa.

—Debo admitir que nunca fui tan fotogénico como el “Viejo Luchador” —bromeó el ex guerrillero en tanto que buscaba, sobre el escritorio, un sitio desocupado para depositar la bandeja—. De haberlo sido, quizá nunca me hubiese detenido en la sima del olvido. Lamentable caso, ¿verdad?

—No soy de ese parecer, maestro Orbea —comenté, dejándome oír por primera vez desde cuando, sin saber por qué lo hacía, me había dejado conducir dócilmente—, porque la cámara fotográfica ha registrado de usted imágenes que un galán de cine bien quisiera para sí. También es diferente mi punto de vista respecto a la concepción del olvido que usted lo tiene, puesto que abrigo el convencimiento que nada existe mejor que le dejen a uno vivir en paz.

El aludido efectuó una ligera venia, como dando a entender que convenía conmigo.

Desde hacía un rato sentía viva curiosidad por conocer el grado militar que había alcanzado él en las huestes revolucionarias. Le pregunté.

—Durante mi permanencia en el ejército revolucionario liderado por mi general Alfaro —respondió, mirando con nostalgia la fotografía que mostraba a éste aún joven y sin atuendo militar—, que sobrepasó en algo la década, fui el edecán de mayor confianza de él. Mas nunca se me asignó ni reclamé jerarquía militar oficial alguna e incluso mi nombre permaneció a la sombra de otro ficticio, si bien puertas adentro se me otorgaba el tratamiento de coronel. Además, no era yo el único que debió adoptar este procedimiento irregular en apariencia. Comprenderá usted que el gobierno revolucionario, en su anhelo por alcanzar la redención de la Patria, encargaba con frecuencia a sus prosélitos la ejecución de misiones delicadas que no siempre se veían coronadas por el éxito, con el consecuente riesgo tanto para ellos como para sus familiares. Además, por aquel entonces, la fama o el acomodo personal no era la meta perseguida por el auténtico patriota —aseveró orgulloso el maestro Orbea.

Aquello explicaba con diafanidad que, pese a los testimonios irrefutables de su directa vinculación con Alfaro, no apareciese su nombre (seguramente su alias sí) inscrito en las páginas de la historia del liberalismo ecuatoriano. Aquel suceso turbulento que cayó como un vendaval sobre la pantagruélica oligarquía ecuatoriana, derribando las estructuras que sustentaran su dominio, debía consistir para él, en su condición de protagonista, un recuerdo maravilloso e imperecedero. En fin, un recuerdo que debía nutrirle el espíritu, haciéndole sentir orgullo de su participación cívica, aunque consciente que los sucesos que lo proyectaran no eran sino patrimonio de la historia.

El hombre común y corriente a quien, cuando le viera anoche por primera vez, no me había inspirado ninguna admiración, ahora transformado en un gigante, me invitó nuevamen-



te a que tomara asiento. Vertió el humeante y oscuro líquido en las tazas, inundando el ambiente en una excitante fragancia, y me ofreció una. Me instalé en la silla contigua al escritorio, que era la única donde los libros no habían tenido acogida, y empecé a paladear aquel delicioso brebaje, sintiendo con cada sorbo que el lastre de mi ánimo disminuía. Y, sintiendo intacta la zozobra que me produjera la extraña invitación del maestro Orbea a casa, reflexioné que cualquier riesgo, regado por una taza de café, se podía correrlo sin mayor pesimismo.

Devolvía la taza vacía a la bandeja, cuando miré el libro abierto que, situado en primer plano en relación con sus sucedáneos que llenaban la mesa-escritorio, indicaba que había estado siendo leído. Miré el encabezado de la página y pude ver que se trataba de la obra tal vez más difundida de Henryk Sienkiewicz: *Quo Vadis?* Un excelente libro que recuerdo haberlo leído por varias ocasiones, entusiasmado por la descripción que hace de la sociedad romana de la época de Nerón. Era yo apenas un adolescente cuando, entre los libros que atesoraba mi abuela como oro en paño, descubrí un estropeado ejemplar de esta obra literaria que, con la lectura de tan sólo unas cuantas páginas, causó en mí un placer estético sin igual. La pintura de lances, de caracteres, de costumbres y de pasiones que marcaran la Roma Clásica, me sedujo.

Pretendí llevármelo prestado, pero mi abuela se opuso tenazmente, aduciendo que era éste el único recuerdo que conservaba de su hermano, fallecido ya para entonces, y que por nada del mundo se lo desprendería. Sintiéndome incapaz de poder convencerla, aparenté que desistía de mi propósito, pero luego me lo llevé furtivamente.

—Sienkiewicz es mi escritor favorito y *Quo Vadis?* mi libro de cabecera —señaló el maestro Orbea en tanto que lle-

naba nuevamente mi taza con café—. Y créame usted que su lectura me atrae cada vez más.

Empezábamos a descubrir aficiones comunes.

—También yo siento predilección por esta maravillosa obra —declaré—. Con frecuencia, el recuerdo de sus episodios, descritos con insuperable elocuencia, aflora en mi memoria, conmoviendo mis sentimientos. ¿Cómo podría sustraerme del impacto de escenas impresionantes como el alarido de la plebe, pidiendo a Ahenobarbo *¡panem et circenses!*, o exigiéndole que entregara los cristianos a la ferocidad de los leones?

—Lo entiendo doctor. Además, Quo Vadis? lo está dirigido a la gente joven, aunque también a la mayor. En lo que a mí concierne, su lectura fijó motivos de ensoñación en el panorama aún impreciso de mi adolescencia y, cuando adulto, se instituyó en el portal de un ámbito de ideales y de esperanzas donde no hay sitio para el tedio que a menudo ocasiona las frustraciones y los desengaños. También, cuando enervado por la prosaica realidad busco fortaleza espiritual, es Quo Vadis? mi refugio. En consecuencia, tanto me he familiarizado con sus personajes, que les considero mis amigos personales. Y hasta tengo a veces la sensación de que su argumento, que implica avatares conflictivos de sus protagonistas, se desarrolla y se desenlaza cual si fuese diseñado por mí.

Algo similar había ocurrido conmigo hacía unos cuantos años atrás, que era entonces cuando Quo Vadis? había suscitado en mí el interés por la lectura. El lenguaje poético, que embellece la narración de la obra referida, tendía en mí a la creación de una atmósfera de imágenes y sensaciones. Era así cómo de pronto, del pretérito, que normalmente deja ver su remoto dominio, borroso y diminuto, se esfumaba la barrera que le circunscribe al perímetro fijado por lontananza para exhibir sus escenarios, personajes y situaciones, exuberantes

y tangibles, como si se desarrollaran en mi derredor. Entonces la Roma de la época de Nerón me pertenecía por entero, por decirlo de alguna forma. La Ciudad Eterna, orgullosa de sus magníficos palacios, de sus jardines estupendos, de sus ostentosos templos y estatuas de adusto rostro e impasible mirada y de su abigarrada población oriunda de las cuatro esquinas del mundo, me acogía indiferente en su regazo. Su actitud era la de quien estuviese convencido que un inquilino más o menos en su enorme y concurrida morada no hacía diferencia. Me hallaba persuadido de que tal insensibilidad, que confundía al visitante, no le venía sino del abuso sistemático de sus gobernantes sucesivos que le embellecieron y le prostituyeron al mismo tiempo, como el lascivo que paga con joyas del estupro de la dama que le ha absorbido el seso...

Fue en este punto de mis reminiscencias cuando, como filtrándose a través de un espeso muro, me pareció oír una voz apagada e incomprensible que en favor de la cual nada hice por averiguar su origen ni su significado. Tenía en ese instante la mente enfocada en la parcela de los recuerdos.

Distraído con las escenas imaginarias, que enseñorearon mi fantasía de adolescente, recreaba ahora un combate de gladiadores del cual participaban un galo y un caledonio. Éste, vestido únicamente con una estrecha baja alrededor de la cintura y armado de red y tridente, daba vueltas en torno de su adversario, agitando la red con movimientos calculados y amenazándolo con el tridente, al tiempo que tarareaba: "*Non te peto, piscen peto; Quid me fugis, galle?*" (No busco a ti, busco un pez. ¿Por qué huyes de mí, galo?) A su vez el galo, protegido con yelmo y coraza y armado de gladiolo y escudo, observando atentamente a su contrincante a través de los resquicios de la visera, retrocedía o ladeaba. ¡Oh...! Y sólo en-

tonces pude escuchar claramente al maestro Orbea, que extrañado de mi largo silencio, me preguntaba con insistencia:

—¿Le sucede algo a usted? —y al verme que a fin me hallaba pendiente de sus palabras, añadió—: Decía que nunca me había sentido más complacido que anoche, viendo finalmente que mi capital aspiración se convertía en realidad. La certeza de que mi esfuerzo de tantos años (exactamente la mitad de mi existencia) no había sido en vano, devolvió mi optimismo al nivel que abrigué cuando la Patria se cobijó con la bandera del liberalismo.

El entrever que había sido llevado a aquella casa, con un propósito distinto al que me había imaginado, me hizo sentir aliviado. Sin embargo, por las vagas expresiones vertidas por mi anfitrión, no conseguía columbrar adónde quería llegar él. Por tanto le miré interrogante, aunque tratando de controlar la inquietud dominante.

—Vamos doctor, me sorprende la indiferencia que usted concede a un caso tan relevante como lo es la redención de la Patria. ¿Acaso desconfía usted de mi civismo?

¿De manera que los acontecimientos vividos por él en su ya lejana juventud, de ningún modo los había relegado a la historia, como era de suponerlo, sino que esperaba aún de ellos su desenlace? Era posible que aquellos recuerdos terminaran por obsesionarle.

—Lamento no comprenderlo del todo —respondí, sin entender exactamente el asunto al cual se refería mi interlocutor—. Por tanto, ruego a usted ser más explícito para poder en consecuencia emitir mi opinión. Comprenderá usted que mi corta permanencia en este lugar me impide conocer lo que aquí se elabora en beneficio de la Patria y los participantes de esta acción cívica. En todo caso, mis congratulaciones a usted y a sus colaborados por su altruismo.

Era un tiro en la oscuridad, pero de alguna manera debía averiguarlo el terreno que estaba pisando yo. El maestro Orbea desdibujó en algo su característica sonrisa, levantando una de sus cejas, previniéndome que no estaba para bromas. Y sin poder ocultar su impaciencia, expresó:

—Tengo la absoluta seguridad que usted sabe quién soy y yo la de saber quién es usted. Por tanto, las precauciones sobran entre nosotros, amigo. Recuerde usted que el tiempo nos queda corto y en consecuencia es indispensable que nos pongamos en movimiento ahora mismo, ¿no le parece?

Mi repuesta fue la que debía ser en este caso, un silencio sepulcral e interrogante, que erróneamente él la interpretó como un signo de aquiescencia. Recobrando su talante natural, que era el de bonanza, prosiguió:

—Pues bien, capitán Valverde, no hay más vueltas que dar al asunto —me sorprendió el maestro Orbea, dejándome estupefacto con el grado militar y el patronímico que me adjudicaba—. Tal como fuera informado, en mi último reporte, mi comandante Albán, le aseguro también a usted que aquí se encuentra todo debidamente preparado para enarbolar de nuevo el pabellón de la reivindicación de la Patria, que flameará pronto sobre el cadáver del retrógrado conservadorismo. El inminente arribo del capitán Colón Eloy Alfaro a Ecuador será la campanada para el inicio de una nueva gesta revolucionaria la cual encabezará, como usted lo sabe, el propio hijo del “Viejo Luchador”. Entonces todos los patriotas del país acudiremos en respaldo del líder y marcharemos juntos a él hacia la victoria.

El entusiasmo con que hablaba el armero me impidió que le sacase inmediatamente del error de haberme tomado por otra persona. Cuando más tardase el momento del desengaño, mejor para él. También contribuyó a mi omisión la curiosidad

de conocer hacia donde deseaba dirigirse él. Aparte de estas consideraciones, resultaba nueva para mí la noticia de la llegada del hijo del General Alfaro, puesto que hasta mi llegada a Sigchos ningún medio de información se había referido a él. De ser verdad aquello no tenían por qué mantenerlo en reserva, máxime tratándose de un suceso que de algún modo podía transformar el rumbo de la historia. Pues el Gobierno se habría puesto nervioso, temeroso de las impredecibles consecuencias que podían derivarse de la visita de un controvertido personaje que no habría tenido otro objeto que la de vengar la sangre de su padre. Por su parte la ciudadanía, sin que le importase su simpatía al partido liberal o al conservador, ante semejante perspectiva, andaría tensa o quizá convulsionada. Pues era lo que había ocurrido el 24 de junio de 1933, cuando comunicados de Panamá, reproducidos por la prensa nacional, daban cuenta que en el vapor Santa María de la Grace Line venía el Capitán Colón Eloy Alfaro, acompañado de su esposa e hijos, para asistir a los festejos de las bodas de plata del ferrocarril. Entonces la población creía que el estallido de la guerra civil era inminente. Sin embargo, mi interlocutor daba la impresión de estar seguro de lo que decía. Estaría, pues, en el secreto del advenimiento del gran hombre, restringido únicamente a un pequeño círculo de ciudadanos de probada lealtad a la causa revolucionaria.

—En lo que tiene que ver con este sector, como a propósito para sostener una prolongada guerra de guerrillas —prosiguió Orbea, poniéndome erradamente al corriente de sus secretos militares—, pues créame usted, Capitán Valverde, que todo se halla a punto: abundantes armas ligeras, depositadas en lugares estratégicos, y un contingente profuso y bien entrenado, dispuesto a derramar hasta su última gota de sangre por la madre Patria. Por tanto aquí le liquidaremos al enemigo, o al

menos lo detendremos por un buen tiempo, mientras Alfaro, con una hueste de voluntarios cada vez más numerosa, avanza sobre Carondelet. Porque, como usted bien lo sabe, el paladín, una vez que hubiere ingresado cautelosamente a Ecuador, no usará la Panamericana para trasladarse a Quito, sino una vía conocida únicamente por los montañeses de aquí: Quevedo, Salento, y por el valle de Quindigua, finalmente Sigchos.

No pude más, estaba poniéndome entre la espada y la pared. Por un lado, la sola circunstancia de enterarme de una confabulación sediciosa y no denunciarla a las autoridades, me situaba frente a la Ley. Por otro, ¿cómo iba a librarme de la furia de Orbea cuando percatase de mi impostura, a la cual fui moldeándome con mi malintencionado silencio? Debía esforzarme por convencerle de su error, aunque sólo fuese para evitar que me configurase como un espía. Una posibilidad que francamente no me hacía gracia.

—Le aseguro maestro Orbea —dije, procurando disimular el nerviosismo que empezaba hacer presa de mí— que usted me toma por otro. Pues yo me llamo y me llamaré siempre Florencio Vivas (mentí) y desconozco la carrera de las armas, de ahí que no tenga grado militar alguno. Además, la violencia no es mi vocación. Y en cuanto a lo escuchado a mi pesar, como si jamás no lo hubiese oído.

Por un momento pensé que mi anfitrión me desarrajaría un tiro en la frente, con la pistola que llevaba al cinto. Me pareció ver que por sus risueños ojos cruzó un relámpago de furia que anunciaba la irrupción de una tempestad asesina. Pero no. Aunque visiblemente confundido, supo asumir con dignidad su ligereza.

—Pero si usted no es el Capitán Valverde, ¿cómo pudo enterarse de la contraseña conocida únicamente por él para identificarse?

—¿A qué se refiere concretamente usted?

—Verá, es imposible que no recuerde usted cuando, en la casa del cura, mientras le ofrecía yo una copa de vino a usted dije como por casualidad: “Como dice el poeta: el amor es como el vino, beber un poco no hace daño a nadie”. ¿Lo recuerda?

Con que era sólo eso.

—Por supuesto que lo recuerdo —respondí—. Entonces completé aquel refrán sin proponérmelo siquiera, añadiendo: “Pero terminar con la botella produce dolor de cabeza”. Fue todo.

Por imposible que parezca, el maestro Orbea no dudó de mi aserto ni se molestó porque me hubiese enterado de los preparativos de la rebelión. Sólo le inquietaba la tardanza del capitán Valverde en llegar.

—Créame que eran esas la seña y la contraseña acordadas —respondió con indiferente calma, como si hablase para sí mismo.

Sin embargo, el instante de despedirnos, se desvió de su preocupación para advertirme:

—Tenga mucho cuidado doctor, pues, en los últimos tiempos, el *Balcón de los Andes* se ha convertido en un nido de espías, que también podrían confundir a usted con el Capitán Valverde.

Sin poder yo dar crédito de cuanto había visto en casa del maestro Orbea y oído de labios de él, ya que me parecía imposible que todo eso hubiese sucedido, me retiré preguntándome si no lo había soñado todo lo que acababa de acontecer.



---

\* \* \*

Ingresé en la plaza, tan ruidosa como en los últimos días, donde un extraño incidente arrancaba divertidas risas de los presentes. Por cierto que tal incidente no podía ser nada extraño en una población que debía estar acostumbrada a este tipo de ocurrencias que generan a menudo sádicas distracciones. Sin embargo, por impropio que me parezca el solazarse con el apuro del prójimo, en esta ocasión no pude más que sumar mi risa al coro de carcajadas que hendían el ámbito. Y no era para menos la escena que tenía ante mis ojos: el diminuto Rosalindo el Grande luchando cuerpo a cuerpo y de igual a igual contra un hombre de tamaño por lo menos cinco veces mayor que el de él.

La pelea debió haberse iniciado bastante rato antes, porque el sudor que empapaba a los contendientes, demostraba el prolongado esfuerzo realizado por ellos, pero aún quedaba espacio como para que me divirtiese de sus jocosos episodios. Rosalindo el Grande, desplazándose cual centella en torno de un voluminoso hombre que sangraba por una mano, golpeaba impunemente y a su antojo en la pesada anatomía de éste, que intentaba en vano atrapar a su volátil adversario, girando como un trompo. El belicoso enano parecía una auténtica máquina programada para asestar certeros golpes sin que tuviesen la menor posibilidad de evadirlos y mucho menos de replicarlos. Pegaba a su adversario cada vez que éste plegaba los brazos o las piernas para impulsarlos nuevamente y también cuando los impulsaba. Es decir, le golpeaba todo el tiempo.

No obstante, su táctica principal radicaba en llegar al gigantón por la espalda y mantenerse en tan privilegiada posición el mayor tiempo posible. Beneficiándose de su diminuta

estatura que le concedía inusitada agilidad, conseguía escu-riéndose con presteza por debajo de los brazos y a menudo por entre las piernas de su contendor. Cada proeza realizada era festejada estrepitosamente por el público que sin duda se hallaba en su elemento, especialmente de su compadre Juan J. Rodríguez, el tío del futuro General y Presidente de la República, quien a la par que aplaudía prodigaba sabios y oportunos consejos al campeón.

Con todo, el antagonista del enano no mostraba el mínimo quebranto en su fortaleza por efecto de los reiterados pero débiles golpes que los acogía con la misma indiferencia que le haría el contacto de una obstinada mosca. Sólo le enfurecía la impotencia en poder darle caza. La herida de la mano —según pude enterarme después— de ningún modo había sido provocada en la riña actual, sino en una anterior, protagonizada media hora antes en la taberna de “El Compactado”, donde a Rosalindo el Grande se le ocurrió arrancarle con los dientes uno de los dedos del señor de Quilluna, que era el hombre con quien se las medía ahora. El motivo verdadero nadie lo sabía a ciencia cierta, aunque, conocedores de las tendencias románticas de ambos, suponían que debía haberse originado por cuestión de faldas. Como fuere, lo cierto es que del señor de Quilluna había perdido su más preciado dedo en las fauces del furibundo y sanguinario enano.

Este sistema de ataque que se parecía en mucho al empleado por el quilico con el buharro, lo encontré al principio a propósito como para relajar la tensión e incluso divertido, descubrí pronto que estaba lejos de satisfacer mi expectativa. Sus recurrentes acciones, incapaces de mantener el interés con una renovada variedad de escenas, terminaron por fastidiarme. Lamentando la pérdida de tiempo y la ocurrencia de haberme dejado tentar por entretenimientos nada edificantes,

no pensaba más que en retirarme de allí. Cuando me alejaba, como para inducirme a revisar la opinión que me había formado de aquel incidente, vi con no poca sorpresa como el gigante era derribado estrepitosamente por el insignificante hombrecillo. Ya podía imaginarme el estupor que habrían sentido los israelitas al ser testigos de la hazaña realizada por el mozalbeta de David frente a Goliat.

Rosalindo el Grande, cansado de aquel inútil ataque por la retaguardia, que no producía el mínimo daño en su antagonista, cambió de táctica y le agredió frontalmente. Esperó a que don Carlos se diera la vuelta y, en cuanto le tuvo frente a frente, sin concederle ocasión de defenderse, le aplicó con suprema violencia un puntapié en una de sus espinillas. El impacto fue tal que el hercúleo hombre, mientras se cogía la pierna herida con ambas manos, daba desesperados saltos equilibrándose en la sana, aullando como un lobo. Luego de efectuar por un momento esta angustiosa danza que hizo desternillar de risa a la concurrencia, se inclinó sobre ambas piernas para sobar la herida, usando saliva como sedante o lubricante. Y fue entonces cuando le sobrevino el desastre. Porque cuando tenía la cabeza a escasa distancia del suelo, empeñado en procurarse alivio mediante un concienzudo sobajeo, Rosalindo, levantando con insólita rapidez sus dos piernas, como lo haría un gallo de riña, le asestó sendos puntapiés en la garganta. Asunto concluido.

El ganador del combate fue ovacionado y proclamado sin duda por enésima ocasión como el campeón de los púgiles. Le pasearon, en silla de manos, en torno a la plaza y finalmente le condujeron a la taberna más próxima. En cuanto a don Carlos López de Quilluna, debido a su excelente estatus social: terrateniente y sobre todo funcionario de una entidad adscrita a un Ministerio que administra los monopolios del

Estado, tampoco fue olvidado. Alguien sugirió que, inconsciente como estaba, fuese trasladado de inmediato al centro de salud “¡Lázaro, Levántate y Camina!”

Esta frase, por asociación de ideas, me recordó que debía visitar aquella clínica para averiguar el estado de salud del desdichado Humberto Cotello. Había transcurrido algo más de doce horas desde cuando le fuera confiado al cuidado médico de don Pedro Crespo y aún desconocía yo su resultado de salud. ¿Qué habría sido de aquel pobre diablo? ¿Habría dejado este mundo ayudado por tantas heridas, mortales de necesidad, recibidas? Posiblemente no, ya que de haber ocurrido esto no hubiese tardado hasta ahora en enterarme. Lo más probable era que se encontrara aún con vida y tal vez en condiciones de poder relatar lo acontecido con él. Bueno ya lo sabría yo en contados minutos.

Adelantándome al inerte cuerpo del señor de Quilluna y sus socorristas, que también habrían de tomar el camino del sanatorio, me puse en marcha hacia allí. El sargento Crespo tiene su consultorio y su residencia en una blanca e imponente casona, provista de dos plantas, situada no lejos del Ermita y muy cerca del punto mismo donde se desprende el camino de Tiliguila. También mi albergue se ubica por ese rumbo. Y bien, para llegar desde la plaza Antonio Mata, en la cual me hallaba, al lugar previsto, es necesario atravesar otra de nombre 24 de mayo, amén de un largo tramo de calle. Nada digno de mencionar se presentó en mi trayecto inicial, mas cuando ingresé a la plaza precitada, me vi virtualmente arrastrado por un aluvión de gente que acompañaba a Juan Camino que hacía gala de sus dotes de cantautor.

Ahora el bardo no anunciaba la muerte física de nadie, en traducción libre de los pronósticos vertidos por el fatídico chúshig, sino que al son de su melodiosa guitarra escarnecía

la fama de varios de sus conciudadanos con florido y poético lenguaje. Claro que nada personal había en ello, puesto que se atenía únicamente a lo estipulado en un compromiso de carácter meramente profesional. Por supuesto que también los deshonrados debían interpretar así las oficiosidades punitivas de Camino, ya que éste quedaba siempre intacto, para una futura intervención, luego de vapulearles con sádica inclemencia.

“Escuchen las buenas gentes  
y pasen por ahí la voz:  
que no es obra de valientes  
delinquir de modo atroz...

Temí que una banda de malhechores, de aquellas que decían ser el azote de los caminos reales, hubiese masacrado a indefensos transeúntes. Todo era posible en este rincón del mundo donde sus ciudadanos muestran poco respeto por la Ley y el Orden constituido, adoptando muchas veces normas privativas de conducta que no se podía catalogarlas sino como actos de barbarie.

“A los malos se castiga,  
aunque a los buenos también.  
Mas si el diablo los abriga,  
ni uno sólo de entre cien.

La multitud que, aglomerada en torno del pregonero, apenas le permitían caminar, sonreía extrañamente a los versos tremebundos que escuchaba. Aun más: como si los encontrasen graciosos, dignos de ser festejados ruidosamente, no faltaba quien se los acogía con atronadoras risas. “¡Costumbres

del país!”, me dije afligido, conteniéndome a duras penas el impulso de hacerle callar al escucha guasón, valiéndome de algún altisonante impropio y hasta de un sopapo. Sin embargo, picado por la curiosidad, preferí unirme a la comitiva y avanzar con ella en completo silencio.

No tuvimos que caminar mucho, ya que Juan Camino, tan pronto como virara la esquina más próxima, se detuvo frente a una coquetona casita de dos plantas, encalada impecablemente y provista de balcón adornado de rojos geranios. Y situado en el centro de la calle, como si tratase de una serenata dedicada a los ocupantes del inmueble, prosiguió con su cántico:

“Por cierto el fiero ladrón,  
que ataca y roba de frente,  
es más digno de perdón  
que el timador elegante.

No sabía yo adónde quería llagar el cantautor. Pero no tenía la menor duda de que la bronca era con los de la citada casita, y como para confirmar mis sospechas, un hombre, quizá atraído por la tonadilla, se asomó de pronto al balcón, y al notar la muchedumbre en su puerta, desapareció aun con mayor velocidad de la que había tomado para asomarse. Sin embargo, su fugaz aparición fue saludada con silbatinas y risas.

“Ahí lo tienen, ya lo saben  
quien le tima, quien le miente,  
con astucia y vil desdén  
al común de nuestra gente.

La acusación vertida por Juan Camino, aunque hubiese sido formulada en broma, era temeraria y podía dar pábulo a una demanda judicial por injuria calumniosa. Pero también, si se tenía en cuenta la fama de valientes que adorna a los ilustres ciudadanos del *Balcón de los Andes*, podía tener consecuencias violentas e inmediatas. Quién podía asegurar que en unos segundos más no aparecería el ofendido con escopeta en mano para defender su honor. Y francamente temí por la suerte del pregonero. Pero éste, que se hallaba lejos de adivinar mis temores, continuó volcando en alas de la música la agresión verbal.

“Y si acaso aún lo ignoran  
yo se lo voy a decir:  
El fulano a quien lo vieron  
tiene deudas a morir.

Pero ¡cómo! ¿Se trataba únicamente de un moroso que debía más bien inspirar lástima?

“Lo debe el taimado Pablo  
a cada santo una vela  
y mil mecheros al Diablo...  
y aún queda mucha tela.

Al pobre Pablo, le estaban desnudando ante la voracidad pública. Se vería como Daniel cuando lo fuera arrojado al foso de los leones. ¿Qué haría yo en tal caso? ¿Iría en lo posterior cubierto el rostro por una discreta careta? ¿Qué la divina suerte me proteja! Sintuéndome vivamente impresionado, busqué madera para tocarla y poder así conjurar este escalofriante peligro, pero no la hallé cerca. La puerta que la tenía

enfrente y que estaba fabricada totalmente de este prodigioso material, se hallaba demasiado distante y, además, bloqueaba mi acceso la multitud. No tuve otra opción que la de mantenerme quieto... ¡Vamos! En qué tontería había pensado yo. Pero resulta que la superstición es tan contagiosa como la gripe.

“Justamente hace un año,  
pidió Pablo una alcancía,  
engañándole a su dueño  
devolverla al otro día.

Vaya. Pues no me parecían delitos de gran envergadura los cometidos por el tal Pablo como para que fuera escarnecido de esa manera. Porque ¿quién no ha adquirido, alguna vez, al fío una baratija, despreocupándose luego del compromiso de pagar puntualmente su coste? Ejemplos no faltan.

“Y tranquilo la vendió,  
preparándose a burlar  
de la deuda que adquirió.  
pero.....»

Fue entonces cuando Pablo, abriendo violentamente la puerta de su casa, volvió a aparecer, esta vez, enrojecido como un tomate. Cantautor y curiosos se echaron instintivamente hacia atrás. A mi entender era, pues, ya hora de que el agraviado saliese a pedir cuentas a su ofensor.

Y venía armado... pero no precisamente de arma ofensiva o defensiva alguna, sino de un puñado de billetes de banco. Me quedé yerto, suponiendo que aquí los insultos se cotizaban a tan alto precio.



¡Me equivocaba! El ruborizado Pablo ni siquiera se fijó en la presencia de Camino, que casi se tropezó con él, y más bien buscó con mirada desesperada a alguien que debía hallarse mezclado con la multitud. No tardó en descubrir a un individuo ñato llamado Robayo, que reía con manifiesta saña, y hacia él se dirigió con los billetes en ristre. La multitud festejó con desaforada risa el desenlace para ellos lógico de la serenata.

Al fin supe que la escandalosa algazara había sido armada y explotada como justo castigo a un moroso consuetudinario que gustaba de incumplir sus compromisos de pago adquiridos no porque careciera de recursos sino porque le tenía sin cuidado que se le considerara un pícaro redomado.

Dejando al moroso Pablo abatido por un sentimiento de vergüenza, si es que lo tenía, me dirigí sin otro incidente a la casa de salud “¡Lázaro, Levántate y Camina!”

\* \* \*

Encontré a don Pedro arrimado en el marco de la puerta de su clínica, arrugado el ceño y con la mirada desolada. Temí que, pese a su fama de milagrero, se le hubiese escapado Cotelto a causa de las terribles heridas que le cubrían, mortales sin duda la mayor parte de ellas. Una pérdida de sangre de esa magnitud no era ciertamente como para continuar con el alma en el cuerpo, claro. Pobre individuo, ¡ayer nomás, precisamente a esta misma hora, hacía alarde de su erudición en materia mitológica con la inequívoca intención de impresionarme, y ahora su cadáver valdría tanto como el de un mísero ignaro! Quién lo hubiera dicho.

—Bienvenida sea su señoría a poner en esta sombría casa una pincelada de alegría con la exuberante salud que exhibe usted —saludó zalamero el cirujano, sin variar su gesto adusto que contrastaba con lo que terminaba de expresar—. ¡Pase, pase por aquí y salude al afortunado Cotello que acaba de retornar de la muerte. Créamelo que se hallaba completo y definitivamente muerto cuando terminé de zurcir sus heridas, y de pronto se incorpora para decirme que sentía una devoradora sed. Le di a beber tanto como él quisiera, por supuesto, temiendo que el agua se le escapara por las heridas. Y luego, para mi asombro, se pone a relatar tranquilamente la peripecia que hubo él de sufrir.

No podía creerlo.

—¿Es qué sigue aún con vida? —inquirí irónicamente, creyéndome víctima de una broma macabra.

—Ha vuelto a la vida, que no es lo mismo. Pero aguarde usted un segundo y véalo con sus propios ojos. Ciertamente que es algo increíble.

¡Volver a la vida! Eh aquí un golpe de efecto de los que seguramente el ex sargento estaba acostumbrado a suministrar al incauto con el fin de justificar el impresionante nombre de su clínica: “¡Lázaro, Levántate y Camina!” Vamos. A mí no me iba a engatusar fácilmente. Pues si Cotello vivía no sería sino porque sus heridas, pese a su aparente gravedad, no habían sido mortales ni mucho menos.

Cotello, que se mantenía acostado sosegadamente, se incorporó con precipitación y asombrosa agilidad en cuanto percibió que alguien se le acercaba. Se diría que sólo había permanecido al acecho, como una fiera que aguarda agazapada el momento propicio para lanzarse de repente sobre su presa. E igual que a ésta se le brillaban los ojos con amarillenta fosforescencia, transfigurados quizá por la penumbra

de la alcoba. Una súbita impresión, similar al terror me estremeció, y sentí que se me erizaban los pelos de la nuca.

Sin embargo, superando de inmediato aquella brusca y escalofriante sensación, fui acercándome lentamente al herido hasta situarme junto a él. El aspecto que presentaba Cotello era como para inspirar compasión al corazón mas endurecido. Múltiples heridas, ahora ya cosidas, surcaban íntegramente su cuerpo, dándole la impresión de hallarse envuelto en una telaraña. Supuse que el hilo que debió emplear el cirujano para zurcir tantas aberturas de la piel llegaría fácilmente a la centena de metros.

—¡Hombre! ¿Qué fue lo que le ocurrió a usted? —inquirí al herido, sin tener la seguridad de que pudiese responderme—  
¡Es realmente terrible el aspecto suyo, y figúrese el que presentaba anoche, cuando casualmente le encontré!

El aludido se retrepó en el respaldo de la cama, buscando la comodidad que requería la exigencia de una conversación prolongada. Luego me dedicó una alerta mirada de sus ahora fosforescentes ojos, mientras dilataba las narices como lo haría un sabueso que ha venteado su presa, haciéndome estremecer nuevamente. Parecía una fiera a punto de atacar.

—Le ha faltado a usted poco para que perdiera la vida como efecto de las múltiples cuchilladas recibidas —proseguí, procurando sobreponerme a la inquietud originada en la rara actitud que ofrecía el paciente—. Por lo que veo, el tal Abelardo Lasso no parece una persona a quien le asiste un sentimiento mínimo de compasión, sino una bestia sádica y sanguinaria que encuentra solaz en martirizar a sus víctimas, ¿no es así?

Cotello levantó su rostro, cetrino y enflaquecido por la hemorragia, disponiéndose a hablar, pero cuando lo intentó, lo único que consiguió fue emitir un sonido gutural similar a

un espeluznante gruñido que incluso le impresionó a sí mismo. Nos miró claramente desolado, lamentándose íntimamente el habernos asustado muy a su pesar, y luego se ocupó en relatar las peripecias que acababa de sufrirlas.

—Verá Doctor, como ya se lo he contado a mi sargento Crespo, fui atacado por dos enormes y feroces lobos que por poco terminan conmigo.

—¿De modo que sus heridas no se las debe a la inquina de Abelardo Lasso? —le interrumpí, defraudado porque el autor de semejante estrago no hubiera sido el ignominioso contrabandista sino otros, como si aquello me hubiese perjudicado en algo. Definitivamente que estaba dejándome minar por el nerviosismo.

Ni Cotello ni el ex sargento parecieron notar mi manifiesta alteración. Éste continuaba, cerca de mí, cejijunto y aquél fue a cumplir lo prometido sin antes referirse a mi pregunta.

—Al separarme de usted —dijo el herido, dirigiéndose a mí—, como me lo había prometido, no pensé sino en atrapar al facineroso de Lasso, aunque para ello tuviese que sacrificar el placer de presenciar el espectáculo de la “tarde brava” en aras del deber. Además, me las tenía jurado, asiéndole por las orejas, vapulearle a aquel contumaz defraudador que tantas veces se había burlado de las celadas tendidas en su honor. No obstante, una extraña circunstancia habría de salvarle también esta vez.

»Empecé el recorrido, como he dicho, sin pensar más que en detener al contrabandista, lo cual esperaba que sucediese en el transcurso de las primeras horas de la tarde. El confidente me había informado que aquél intentaría introducir en la población un importante cargamento de aguardiente mientras todos, guardas de estanco incluidos, nos halláramos atentos a las incidencias de la corrida. Hay que reconocer que éste

era un buen momento como para movilizarse sin ser notado por nadie. Pero lo que es bueno para uno, lo es igualmente para otro. Por tanto, también yo, sin que nadie percatase de mis gestiones, me puse en acción, seguro de que la presa no sería alertada.

»Tomando el camino que necesariamente tendría que usar Lasso para llegar desde Laguán, en cuyo aislado paraje tiene él su guarida y su centro de operaciones, fui a su encuentro. Atravesé el Mallacoa sin que encontrara ni viese a nadie, pero en cuanto alcancé la planicie de Tiliguila, noté que me precedían dos hombres. Se hallaban a una treintena de pasos de mí y avanzaban sigilosos, mirando a todas partes, como si presintiesen el peligro de una asechanza, y fue entonces cuando me descubrieron detrás de ellos. Recelando de mí, no pensaron sino en huir de inmediato, pero luego optaron más bien por esperarme, mostrándose siempre cautelosos. Eran los infelices Sepúlveda, a quienes, debido al aspecto repulsivo y a las maneras montaraces que se gastan, a la gente se le ha dado por llamarlos *hatuc runas*. Parecían ir desarmados, pero supuse que debajo de sus andrajos portaban sendos puñales. Pues, para dos sujetos de su calaña era impropio dejar su madriguera sin apoyarse en la ventaja. Al fin o al cabo, la triste fama que se han adjudicado no habrá sido sino a fuer de reiteradas fechorías.

»Mientras me acercaba a los *hatuc runas*, estos conversaban en voz baja y se ponían en guardia. Intuí un inminente ataque de parte de ellos y, precavidamente, empuñé la culata de mi pistola, dispuesto a usarla al menor signo de amago. Advertidos los *hatuc runas* de mi desconfiada actitud, que no dejaba sitio a la equivocación, me cedieron el paso a regañadientes. Desde luego que no me hacía ilusiones, porque sabía que el asunto entre nosotros no se había finiquitado y que en

adelante debía ir con tiento si quería sortear alguna sorpresa desagradable. Y como para ratificar que mis presunciones no iban del todo descaminadas, pronto advertí que me seguían, poniendo el máximo cuidado en no ser descubiertos.

»Algo más allá, cuando traté de localizarlos, se habían esfumado. En la creencia de que hubieran tomado un atajo para caerme encima en la próxima encrucijada, dejé el camino y avancé a campo traviesa, seguro de que allí no les sería fácil sorprenderme. Ese fue mi primer error, ya que ellos, desplazándose al amparo de los matorrales con el sigilo de las fieras monteses, me habían seguido durante todo el trayecto sin perderme de vista. Y el segundo fue el creerlos que, convencidos de la imposibilidad de tomarme descuidado, optaran por dejarme en paz. Lo cierto es que, dando por solucionado el conflicto, busqué un altozano desde donde poder otear tranquilamente el camino que le traería al “Llamingo” —que es por este mote que se le conoce a Abelardo Lasso—. Sentado plácidamente sobre un tronco, con la mirada fija en el escabroso camino que serpenteaba el paisaje que se extendía frente a mí para ir a confundirse súbitamente en un barranco profundo, sonreía pensando en la sorpresa que se iba a llevar el bandido al verse atrapado in fraganti por la Ley en un momento y en un sitio insospechados.

»Sin apenas moverme, en prevención de atraer la atención de algún eventual viandante mientras aguardaba mi caza, me mantuve en aquel sitio por más de una hora. Hasta entonces nada anormal había ocurrido a mi alrededor. Mas de pronto me sentí embargado por la sensación de que no me hallaba solo, que alguien, agazapado entre los matorrales cercanos, me vigilaba. Al principio me reproche en la creencia de que el nerviosismo me estaba haciendo su víctima cuando no existía motivo para ello y traté de menospreciar aquella alar-

ma puesta en marcha por la intuición. Colgué de los labios un pitillo y le di fuego. Me tranquilicé de inmediato. Mientras fumaba con deleite proseguía aguardando sosegadamente la aparición del “Llamingo”.

»Aún faltaba mucho para consumir el cigarrillo, cuando volví a experimentar, incluso más fuerte que la vez anterior, aquella molesta impresión de estar siendo espiado. Ahora sí que me lo tomé en serio aquel presentimiento y, dejando súbitamente el puesto de vigilancia, me puse a explorar los sotos adyacentes. Los fui examinando con sumo cuidado, deseando haberme equivocado y, sobre todo, deseando no verme precisado a recurrir al auxilio de la pistola, desde luego no porque sintiera reparo en usarla contra algo que redundara en peligro sino por el riesgo de espantar la caza. La posibilidad de que se me volviera a escapar no me hacía ninguna gracia.

»Escudriñé los matojos de mortiño, que eran los más cercanos, sin que mis ojos pudiesen descubrir nada, no obstante, detecté de repente aquel nauseabundo tufo peculiar de las bestias salvajes. Parecía emanar de una frondosa chilca situada algo más allá. Ya seguro de que me enfrentaba a un inaplazable peligro, desenfundé la pistola y fui acercándome con cautela al matorral.

»Sí, allí se encontraban agazapados dos pestilentes animales. Eran los miserables Sepúlveda, aun más fieros y repulsivos que nunca. Al verse descubiertos, se irguieron con centelleante velocidad y, en vez de buscar defensa en la huída, la buscaron en el ataque sorpresivo. Ventajosamente me hallaba en guardia, y les amagué con mi pistola, dispuesto a defenderme con el socorro de ella. Sin embargo, no se arredraron con la mera amenaza y fueron necesarios varios tiros disparados a la silueta para amedrentarlos. Viéndose los maleantes

en un tris de perder la vida, no encontraron otra salida que huir cobardemente..., o tal vez prudentemente. Me reía de su precipitada fuga. Mas de pronto caí en la cuenta que la factura por el éxito de mi defensa no podía ser más onerosa, ya que el ruido de las detonaciones, en ese descampado lugar, se habría oído a varios kilómetros a la redonda. Y lamentando que ya nada me quedaba por hacer allí, no pensé sino en emprender el regreso.

»El día agonizaba envuelto en sangrientos matices que parecían presagiar el advenimiento de inminentes y nefastos sucesos, cuando empecé el recorrido de retorno. Pronto se dejó sentir una llovizna, fría y persistente, como para incrementar la molestia de mi desazón. No pensé en guarecerme, ya que en las actuales circunstancias no significaba sino ponerme a merced de la oscuridad a corto plazo, y más bien alargué el paso. Atravesé Sivicusí y Tiliguila sin otra molestia que la de encontrarme calado hasta los huesos, que por lo demás no era un problema que en el pasado no lo hubiera soportado sin mayores consecuencias al menos una centena de veces. Pero al empezar el descenso del Mallacoa, sin previo aviso, dos enormes lobos, saliendo al mismo tiempo de ambos lados del camino, se abalanzaron sobre de mí.

»¡Demontre...! El suplicio que por efecto de las dentelladas tuve que padecer, fue tanto doloroso como prolongado. Las feroces bestias, como si alguna fuerza demoníaca les guiase a terminar conmigo entre atroces e interminables sufrimientos, no atacaban partes vitales, como la garganta, por ejemplo, sino que parecían recrearse mordiéndome en las menos vulnerables. Pues, sus broncos y espeluznantes gruñidos resonaban como obscenas carcajadas. La tortura, al ser trituradas mis carnes por tan poderosas mandíbulas, no podía ser más terrible, al punto que la conciencia se me escapada ineludi-



blemente. Sin embargo, cuando el *shock* se hallaba inmediato a producirse, gracias a un supremo esfuerzo, conseguí hacer fuego mi pistola sobre los feroces brutos. Y con el último resplandor de mi razón vi que los disparos habían sido ciertos, ya que mis atacantes, revolcándose en el suelo y aullando de dolor, cada uno con un balazo en el pecho, sangraban como un cerdo degollado. Y bien, doctor, mis recuerdos del percance llegan sólo hasta ahí».

¡De modo que las terribles heridas del bueno de Cotello no se debían al cuchillo de Abelardo Lasso sino a las dentelladas de dos furibundos lobos, y la circunstancia de que éstas no resultasen fatales obedecía simplemente a que no habían tocado órganos importantes! Bueno, me había equivocado en mis presunciones. La carencia de los más elementales conocimientos en el campo de la ciencia médica me habían inducido a elucubrar conclusiones apresuradas. Sin embargo, aquella inmediata recuperación, como si se hubiera tratado del restablecimiento de lastimaduras intrascendentes, me maravillaba. Más aún, si se tenía en cuenta la abundante pérdida de sangre sufrida por el paciente, suficiente para provocarle anemia aguda y fulminante, sugería que los milagros se hallaban aún vigentes en esta aislada comarca. ¡Vamos! De nuevo me precipitaba en elaborar conclusiones que a la postre carecían de sólido sustento. Pues, tal vez ocurrió que el herido hubiese recibido una transfusión de sangre tan pronto como ingresara al sanatorio. ¡Sí, era eso! Me despedí de Cotello, expresándole mi satisfacción por su franca convalecencia, y me aparté con el famoso cirujano, ansioso por comprobar que no andaba yo equivocado en mi hipótesis de la transfusión sanguínea.

El ex sargento y famoso cirujano se veía ahora más pensativo que cuando le encontré arrimado al marco de la puerta de

su casa de salud, arrugado el ceño y con la mirada desolada. Algo grave le hurtaba el sosiego, y no sería desde luego la pronta recuperación de su paciente en sí por supuesto. ¿Qué le preocupaba tanto? En tal caso debía yo, en respeto a su estado de ánimo, dejarlo discretamente. Pero la curiosidad por saber si tenía yo razón en mi conjetura fue mayor a la consideración que le debía a él.

—Ni pensarlo, pues no cuento con los elementos necesarios como para practicar una transfusión sanguínea —expresó don Pedro en respuesta a mi pregunta—. Si bien el proceso de introducir la sangre de un donante, o la sangre del propio receptor extraída con anterioridad, en la corriente sanguínea, no puede ser de lo más sencillo. Una cánula conectada a sus extremos dos agujas hipodérmicas y ya. ¿Y la sangre? Es aquí donde radica el problema. Pues el donante debe necesariamente poseer el mismo grupo sanguíneo que el del receptor. ¿No lo sabía usted?... Y ese detalle es imposible de descubrirlo sin el amparo de conocimientos especializados, que dicho sea de paso no los poseo yo.

Si lo sabía yo, pero no era momento éste como para hacer alarde de mi cultura general. Lo que me importaba era conocer la opinión de mi interlocutor sobre aquella inexplicable mejoría que parecía ser la causa de su preocupación.

—Entonces, ¿cómo ocurrió semejante milagro? —inquirí.

—Yo diría más bien ¿por qué hubo de ocurrirle al pobre de Cotello semejante desgracia?

—¿Cómo!

—¡Ha sido él atacado por *hatuc runas*! Qué duda cabe al respecto. La infección de *killa junt'asqa* (luna llena) le ha sido transmitida. Todos los síntomas lo confirman. De hoy en adelante vivirá Cotello como hombre durante el día y, tal vez sin saberlo siquiera, como lobo por la noche.

No podía yo creerlo. Tal cosa no podía suceder ni siquiera aquí, donde el arcano y lo esotérico envuelven en un nimbo nebuloso las cosas más diáfanas. Supuse que el ex sargento si no bromeaba se había vuelto loco. Por esa causa debí mirarle con ofensiva incredulidad dibujada en mis ojos, ya que él, lindando en la ira, dijo:

—¿Pues no acaba de verlo usted mismo? ¿No ha notado que Cotello no es ya una persona como las demás?

—¡Vamos! ¿Es que ahora lo es diferente en algo a nosotros?

—Definitivamente sí. A pesar que el proceso de metamorfosis apenas empieza, en la práctica lo es ya un *hatuc runa* auténtico en todo el sentido de la expresión. ¿No ha visto usted mismo que le brillan los ojos como tizones encendidos, que su rostro ha pasado del aspecto humano al de un cánido, que sus dientes se han trocado en afilados colmillos y que su actitud es la de constante asecho? Y no me asombraría que si ahora mismo se pusiera él a aullar.

Que Cotello se hubiera convertido en *Canis lupus* por ensalmo de unas dentelladas, me parecía imposible de suceder. Estaba bien para contárselo como un cuento, pero nada más. Sin embargo, no podía contrariar a mi interlocutor develándole un parecer opuesto, y opté por dar pábulo a la relación de sus conjeturas.

—Por lo que deduzco —dije—, la transmisión del maleficio atribuido a *killa junt'asqa* es viable por el ataque de un hombre-lobo a una persona sana. De acuerdo. Pero quién podría asegurar que Cotello no fuera agredido por lobos ordinarios, tal vez rabiosos a lo sumo. De ser así, don Pedro, el pesimismo con que usted marca semejantes conclusiones saldría sobrando. Además, Cotello afirma haber herido de muerte a las fieras agresoras, que ahora deben yacer en completa

paz en algún lugar de las laderas del Mallacoa. Sólo hace falta buscar sus cadáveres para desechar temores infundados.

—Ya fueron encontrados sus cadáveres —respondió el ex sargento, aun mas desolado que antes—. Unos transeúntes madrugadores los encontraron precisamente en el sitio que alude Cotello, dando inmediata parte de su hallazgo a la autoridad. Pues éste no se equivoca respecto a la gravedad que, con sus disparos, ocasionó a los feroces agresores. Sólo que estos, una vez muertos volvieron a su estado normal, es decir, que recobraron su aspecto de persona.

Era más de lo que podía yo escuchar sin manifestar airadamente mi incredulidad, creyéndome víctima de una broma macabra.

—Tal cosa no puede ser cierto —argüí irritado—. Cotello ha declarado que sus atacantes fueron simples lobos y también que fueron heridos como tales. Lo entendí perfectamente.

—Sí, eso es lo que ha dicho él —replicó don Pedro, pausadamente, sin dar importancia a mi repentina alteración de ánimo—. Pero lo que desconoce es que ha sido atacado por *hatuc runas* y, en consecuencia, ahora también él pertenece a tan envidiable club. ¡Vaya ironía! Alguien que jamás creyó que esta clase de metamorfosis estuviera a la orden del día termina siendo víctima de ella.

Tenía razón el ex sargento al menos en su última aseveración, ya que también a mi me constaba que Cotello no podía estar más lejos de aceptar tamaña superstición. Lo recordaba perfectamente los argumentos esgrimidos por él, ayer nomás en la posada, para desacreditar el comentario que, respecto a los supuestos *hatuc runas*, hiciera la posadera. Y de pronto, por asociación de ideas, imaginé que los cadáveres aludidos

no podían ser sino de aquellos pobres diablos llamados Sepúlveda. No me equivocaba.

—¿De modo que los furibundos lobos, resultaron a la postre ser de los Sepúlveda? —inquirí tan sólo para estar seguro.

—Ni más ni menos —respondió el ex sargento, con indiferencia—. Lo vi sus cadáveres. Eran ellos, sin duda. Los conocía yo perfectamente, ya que, en ocasión anterior, también asistí al levantamiento de los cadáveres de aquellos malditos —dio paso a un suspiro profundo y entrecortado y, como para sí mismo, añadió pesimista—: Y estoy seguro que tal cosa volverá a suceder.

Temí ser objeto de una pesadilla, porque despierto difícilmente habría ocurrido lo que estaba sucediéndome. Miré estupefacto a mi interlocutor, quien, agitado por los nefastos acontecimientos recientes, ni siquiera me concedía el honor de mirarme. Su mente debía ser teatro de conflictos que absorbían toda su atención. Y fue entonces cuando intuí que sus palabras, pronunciadas con contenida ansiedad, surgían más bien por la imposibilidad de ocultar sus temores que estimuladas por mis preguntas. Se hallaba atenazado por el temor.

—¿Significa que los Sepúlveda ya habían fallecido anteriormente? —dije como si formulase una pregunta de lo más normal. Un aditamento de dramatismo a la expresión habría incrementado la desazón de don Pedro.

—Sí —fue la escueta pero firme respuesta del aludido.

—¿Y teme usted que también esta vez recobrasen ellos la vida?

—Por desgracia, ya ha ocurrido tal cosa —dijo el ex sargento, mirando con pesar la elevación vecina, como si presintiese que sus enmarañados chaparrales escondiesen un inminente peligro—. Cuando se les iba a practicar la autopsia a los susodichos cadáveres, según prescribe la Ley para dece-

sos anormales, estos, levantándose de repente, como si sólo hubiesen estado dormidos, huyeron vertiginosamente entre pavorosos aullidos. Y créame usted que, a quienes nos encontrábamos junto a ellos, por poco nos mata el susto.

Mirando desde ese ángulo la situación del cirujano, se podía entender que no le faltaba motivo para haberse deprimido a tal punto. Me despedí de él antes de que también Cotello, en su condición de flamante *hatuc runa*, empezase a hender el ámbito con sus aullidos.

\* \* \*

»Hay una imagen en mi recuerdo,  
que ilumina el alma  
y lacera mi existencia.  
Ella eres tú mi bella desconocida.

El día entraba al fin de la etapa de la tarde, prometiendo desvanecerse pronto en las discretas y hospitalarias sombras de la noche. La sola perspectiva de volver a encontrar a mi amada, con la protección de las sombras, me nutría de esperanza, impidiendo despeñarme por el abismo de la desesperación. Los sucesos del día, abundantes y ricos en emociones, no habían conseguido desviar mi pensamiento de ella siquiera por un instante. Durante todo este lapso le había mirado con los ojos del alma, sintiendo por otra parte la agonía provocada por la distancia física que nos mantenía separados.

»¡Distancia!  
Nociva palabreja,  
yo te maldigo,  
porque graficas la barrera

que se interpone  
entre mi amada y yo.

Pero una vez llegadas las sombras de la noche, ¿tendría yo el superlativo privilegio de volver a verla? Sin duda. Porque anhelo tal cosa con todo mi ser. Y, como se suele decir, querer es poder. Para encontrarla sólo bastará con acercarme al sitio donde, intempestivamente, nos separáramos anoche. Tengo la seguridad que también mi Venus, advertida por la omnipotente voz del amor, acudirá puntualmente a esta cita convenida, en el seno del arcano, por nuestros respectivos hados. Y en cuanto nos juntemos, fundidos los dos en un solo ser indisoluble, la inspiración acudirá a mis labios con un extraordinario lenguaje que ilustre a cabalidad la magnitud de mi ternura inspirada por ella. ¡Oh!.. También mi amada dejará al fin escuchar su melódica voz.

»Una sola palabra tuya  
habría llenado de felicidad mi alma mustia.  
Sufro por no poder oírte,  
pero respeto tu silencio.

Si en nuestros efímeros encuentros hubiese tenido yo la satisfacción de escuchar una sola palabra de labios de mi amada, estoy seguro que el sufrimiento no se habría enroscado en mi alma, asfixiándola en su abrazo opresor. Porque el tener la certeza de que nuestros puntos de vista convergían o divergían con respecto a una meta común, hubieran menguado mis tribulaciones. La esperanza, para que funcione adecuadamente, debe cifrarse en algo concreto, ya que es imposible llegar a ninguna parte sin conocer el camino a seguir.

»Si te preguntan que es peor que la muerte,  
dilo que es el silencio,  
porque te mata poco a poco  
sin terminar de matarte nunca..

Pero al margen de mi ominosa sensación causada por el dolor de no verla, paradójicamente intuyo su presencia constante y cercana. Pero la presiento no desde luego como alguien limitándose a contemplarme desde un determinado punto, sino formando parte esencial y activa del ámbito.

“Te siento en todas partes:  
en la luz que me ilumina,  
en el olor de las flores,  
en los celestes mirajes,  
en las bandurrias del viento.  
mas no te veo jamás.  
¿Dónde estás amada mía?

No la veo en sitio exógeno definido, más exactamente, no la veo en ningún lado. Sin embargo, siento que su esencia, procedente de todas partes, como el agua de los ríos que desemboca en el mar, converge en mí.

“Llegaste a mi alma  
y te quedarás en ella.  
Inflamas mi corazón con tu belleza,  
yo llenaré de felicidad tu vida».



---

\* \* \*

Camino de la hostería, atravesaba la plaza principal, cuando reparé en el grupo de gente que acompañaba a Juan Camino en plena ejecución de su artística actividad. Supuse que se trataría de escarnecer públicamente a un nuevo pillastre de la población y volví a estremecerme sólo de pensar en la vergüenza por la que pasaría yo en el caso de ser distinguido con semejante homenaje. Al principio, impelido por mi natural curiosidad, pretendí acercarme al corro para enterarme acerca del motivo que originara éste. No obstante, pronto deseché aquella frívola idea y continué decididamente hacia mi albergue.

Pero bastante antes de conseguir abandonar la plaza, tuve la oportunidad de conocer el propósito que esta vez le movía al ilustre difusor de las novedades acaecidas o por acaecer en el *Balcón de los Andes*. De ningún modo llevaba la malévola intención de ruborizar a nadie a costa de la mofa de indiscretos testigos, sino más bien la de anunciar al respetable público de la futura desgracia que se cernía. Y la multitud, atenta y compungida a la vez, mirándose recíprocamente con estudiado disimulo, se mantenía pendiente de lo que iba a oírlo.

En cuanto a mí, no pude menos que sonreír cuando escuché:

»Me han de dispensar, señores,  
que apenas les cuente ahora  
lo que dicen los rumores  
surgidos a primera hora.

Claro, a pesar de aquellos rumores los supo temprano, no los pregonó antes, debido a que se hallaba atareado en cum-

plir compromisos adquiridos que sin duda le representaban nada despreciables emolumentos. Bueno, aquí como en todas partes, la obligación está antes que la devoción. ¿Iba acaso él a referirse a los *hatuc runas*? Pero esta nueva, por impresionante que fuese, ya sería del dominio público a estas horas. Y aunque fuera relatada en verso y acompañada de música de guitarra, no sería sino llover sobre mojado. Mas de pronto me vi estremecido por un tremendo sobresalto, viéndome asaltado por la idea de que estaba yo a punto de escuchar algún suceso lamentable relacionado con mi amada. ¿La hallarían muerta quizá?

Me volví atrás y procuré acercarme un tanto al poetastro con el fin de poder oírle mejor los siguientes versos:

“Escuchen propios y extraños  
lo que el chúshig ha cantado,  
—según oyentes yaleños—.  
Y me he quedado asombrado.

El ilustre lenguaraz continuaba con habilidosa pericia preparando el ánimo del auditorio. Golpes de efecto usados por los facundos de oficio para cautivar la atención del incauto. Continuó:

»Perdonen, lo equivocado,  
ya que no fueron yaleños,  
quienes a mí me han contado,  
sino más bien tiligueños.

Me hallaba a punto de estallar enardecido por la impaciencia. Pero me arme de estoicismo y esperé, asumiendo el ada-

gio popular que advierte que “No hay mal que dure cien años...” Y escuché:

»El chúshig ha revelado  
Que esta noche, en el Ermita,  
alguien será devorado  
por las fauces de “paquita”.

Y ese “alguien”, ¿no podría ser, por desgracia, mi amada? ¡Oh, de ser así, su fin estaría decidido por el hado y ya nada se podría hacer para salvarla! Vamos. Pero ¿qué impulso misterioso me empujaba a pisar el deleznable terreno de la superstición? Bueno, mi desmoralización sin duda. Pues bajo ningún concepto debía temer el vaticinio del pregonero, que no era más que un redomado charlatán aprovechándose de la inopia de sus coterráneos. No obstante, ¿cómo pudo haber acertado con matemática precisión en su pronóstico sobre la muerte violenta de González y Garza? Pues aquello no podía ser pura coincidencia. Me hallaba enfrascado en estas interrogantes, cuando Camino se decidió a exponer la siguiente estrofa.

»Y aquel que va a fenecer,  
a la orilla del estero,  
no es otro ni puede ser  
que un ilustre forastero.»

Pese a que yo no podía conceder el mínimo crédito a las aserciones vertidas por el pregonero, me alegré de que se hubiera referido en género masculino a la persona que habría de constituir el próximo banquete de *paquita*. Aquello exoneraba tácitamente de un inminente peligro a la hermosa desco-

nocida. También me satisfizo que no se hubiera referido a nada concerniente con ella. Por lo demás, hacía falta ser demasiado cándido como para no entender que aquella cancioncilla no estuviera dedicada exclusivamente a socavar mi tranquilidad. Pues días antes el gárrulo de Santos Díaz, confabulado con Pacho soldado, ya había tratado de timarme con similares argucias. Ahora habían vuelto a acordarse de mí con la misma malévola intención y seguros de que acudiría yo en volandas al brujo para demandar el antídoto que contrarrestara el maleficio que pendía sobre mi cabeza. Una burda maniobra que denunciaba a leguas su inequívoca procedencia. Sintiéndome decepcionado de que hubiesen querido cebarse en mi supuesta ingenuidad, me alejé del estupefacto corro, que empezaba a fijarse en mí con indudable connivencia, y vine a la hostería.

\* \* \*

Apenas sin darme cuenta, la noche se ha cerrado completamente mientras registro los sucesos correspondientes a la fecha de hoy, aunque el día todavía no ha concluido. Me pregunto, ¿qué sabor dejarán en mi alma los acontecimientos que se producirán a partir de ahora? No deseo especular con ellos ni con el futuro y sólo los espero.

Afuera, el bullicio de los festejantes, congregados en las casas elegidas para esta especial ocasión, va en acelerado incremento. Se escucha por doquier risas y voces eufóricas por encima de la música de acordeón y guitarra que hace de fondo de la algarabía general. Sin embargo, ni un alma viviente osa transitar las calles, ni siquiera los perros se aventuran por ellas, aunque amparados por la distancia manifiestan su presencia expresada en tétricos aullidos.

Espero que la tranquilidad nocturna sobrevenga en unas horas más, al debilitarse la algarabía por fatiga. Entonces habrá llegado el momento de salir en busca de mi amada sin temor a ser sorprendido por nadie. No obstante, la espera se vuelve larga y cada vez más tediosa. Quizá si acudo a la casa a la cual he sido invitado a participar del agasajo que esta noche se celebra en ella, la espera sea más llevadera. ¡Claro! Me sumaré ahora mismo al festejo, aunque hasta entonces deba aburrirme entre risas y canciones.

Pero ¿debo esperar que la calma total sobrevenga? ¿Más bien por qué no ir ahora mismo en su busca de mi bella y furtiva amada?

Tengo el presentimiento de encontrar a la beldad en el lugar al cual la vi dirigirse durante mi ensoñación. No sé qué poderoso llamado escucha mi subconsciente, que me veo obligado a dirigir mis pasos hacia allí. Quizá el anhelo de verla de nuevo me ha vuelto en extremo perceptivo. Atravieso el Ermita y, acompañado de las voces de los perros que a lo lejos se han puesto a ladrar desaforados, avanzo directamente al bosque de eucaliptos que bordea el Mallacoa. Tal como en el sueño, noto de pronto agitarse el follaje de los árboles y entablar un complejo diálogo entre sí, valiéndose de enigmáticos susurros.

Aunque no la veo, sé que ella está allí, mirándome desde algún lugar cercano del camino. Avanzo con mayor cuidado mientras miro a todas partes, ansioso por descubrirla cuanto antes. Y no tengo que esperar mucho, pues, sorprendentemente, noto la presencia de mi amada a sólo unos pasos de mí, junto a los pencos, sentada sobre la misma piedra que la ocupara la noche anterior. En cuanto me ve, camina hacia mí. Es realmente hermosa, mucho más de lo que me había parecido antes. Sus ojos, a pesar de hallarse bañados por el llanto y vela-

dos por la tristeza, son los más bellos de cuantos haya visto jamás. Al fin me explico por qué me he enamorado locamente de ella.

La emoción me deja estático, impidiéndome continuar adelante. Mas la joven se acerca y, con palabras entrecortadas por el sollozo, me explica que, no obstante su lealtad al recuerdo de su extinto cónyuge, le aterra la perspectiva de permanecer sola durante lo que le queda por vivir. Estoy estupefacto. Deseo con vehemencia exponer que mi vida se halla a su disposición, pero mis labios permanecen silentes. Sin embargo, la joven me comprende perfectamente asistida por algún poder de clarividencia. Cesa su llanto y viene a mí rebosante de dicha... Una inconmensurable felicidad embarga mi espíritu y, bajo su influjo, se esfuma mi inmovilidad. Recorro veloz el breve trecho que nos separa inducido por el anhelo de estrecharla en mis brazos.

Me veo a un paso de obtener mi suprema felicidad y la disfruto por anticipado. La certidumbre de hallarme a punto de tenerla en mis brazos y de poder catar la miel de sus besos hace latir mi corazón con la fuerza de un atabal. Mas, cuando el cielo se ha puesto a mi alcance, todo se viene abajo arrastrado por las intempestivas voces de varios sujetos que, seguramente camino a casa, coincidieran en pasar por el sitio de nuestro encuentro. Mi amada, víctima del susto, se detiene bruscamente cuando se halla apenas a unos centímetros de mí. No puede reprimir un lastimero grito, que a su vez me paraliza de pavor, e instintivamente busca protección en la fuga. Se desliza con asombrosa celeridad por entre los pencos que erizan el cerco del camino, que se diría que se ha filtrado a través de ellos, y desaparece en algún lugar de la llanura. No pienso seguirla, ni siquiera abrigo la intención de esperarla, ya que estoy seguro de volver a verla más tarde.

No me detengo a indagar la identidad de los inoportunos, ya que con ello no remediaría nada, y, rumiando mi fracaso, regreso a la hostería. Una vez aquí, luego de un lapso de irresolución, me decido al fin dejarme ver en la casa del festejo. Procuraré permanecer en él una hora o máximo dos, antes de abandonarlo furtivamente para ir de nuevo en busca de mi amada.

Fin del diario de Florencio Vivas

## CONTINUAN CON LA HISTORIA

Por: Juan Saura

### LO QUE LE OCURRIÓ AL DOCTOR

Extrañamente, la noche de la tragedia, nadie le vio al doctor abandonar la casa en la cual se había congregado parte de la comunidad para continuar la fiesta. Sólo lo notaron cuando, por encima de la algarabía originada por los celebrantes, escucharon los espeluznantes gritos de alguien que estaba siendo brutalmente torturado. Los lamentos provenían de las inmediaciones del arroyo del Ermita.

Los pavorosos aullidos de los canes, presintiendo que algo siniestro acaecía bajo el resplandor lunar, servían de fondo a los alaridos del infortunado que tal vez estaba siendo desollado vivo. De pronto, toda la belleza del paisaje nocturnal se modificó en espectral aspecto, cuya etérea hostilidad infundía un pánico que helaba la sangre. Sin embargo, el sentido de solidaridad de los lugareños pudo más que el pavor y, liderados por el cura, que en todo buscaba ubicarse en primera fila, fueron en auxilio del desdichado.

Cuando acudieron al sitio donde habían surgido los gritos, la escena que descubrieron les paralizó de espanto. Del apuesto y vigoroso joven, que sólo hasta instantes atrás respiraba exuberante vida, no quedaba sino su cadáver cubierto de sangrantes heridas, como si hubiera sido atacado por una fiera enloquecida. La sangre que le envolvía era tan abundante que daba la apariencia de una roja mortaja. Aparte de las profundas heridas que surcaban la garganta y el pecho, le faltaban íntegramente los labios. Quizá la muerte, al besarlos con



pasión insaciable, no se había percatado de la rudeza con que los succionara.

Los presentes miraban aterrados el cadáver, seguros que tamaña atrocidad no podía ser obra sino de *paquita*, de quien nadie pronunciaba su nombre sin estremecerse. Presas del temor, observaban el contorno como si esperasen ver de un momento a otro el monstruo asesino agazapado en algún lugar cercano. Y fue entonces cuando escucharon los desgarradores graznidos de un ave gigantesca, describiendo vuelos concéntricos sobre sus cabezas, y voces proferidas en un extraño y escalofriante lenguaje. ¡Quizá el que se usa en el averno!

El padre Silvano, ahora más cejijunto y fosco que nunca, parecía tan aterrado como los demás. Sin embargo, consiguió expresar que ya nada podían hacer por el forastero que no fuera darle cristiana sepultura. Y ordenó llevárselo a la iglesia.

Pese a las presunciones abrigadas respecto al autor del asesinato, presumiblemente nadie hubiese quedado plenamente convencido de su naturaleza diabólica si en la habitación que había ocupando el malogrado joven no se hubiera encontrado un extenso manuscrito que en realidad resultó ser el diario íntimo suyo. Su contenido no dejaba dudas sobre la conexión que había llegado a establecer con el maléfico ser.

Sin embargo, esta relación histórica sirvió de poco para esclarecer el misterioso pasado que envolvía a Florencio Vivas, pues, salvo el detalle que dejaba ver la intención de escribir un libro, no hacía otra alusión personal. Además, lo había empezado el día de su arribo al *Balcón de los Andes*, como si su existencia le importase sólo a partir de entonces.

Bueno, poco importa de dónde viniese. Lo cierto es que la cita con el destino la tenía acordada aquí. La muerte, valién-

dose del maleficio de *paquita*, le esperaba puntualmente en el lugar que debía emprender el viaje hacia la eternidad. Debido a ello, los factores que normalmente habrían contribuido a sortear el peligro, más bien se confabularon en contra suya.

Una prueba evidente de este aserto es la desidia en que incurriera el maestro Braulio al no haberle comunicado el sitio del emplazamiento del óleo que, gracias al hallazgo del libro “El impío Pío”, conocía quiénes habían sido los arquetipos de referencia para reproducir los personajes que figuraban en éste. Una de las cartas del Marqués de Gualaya dirigidas a Francisca Muñoz de Irigoyen, ocultas en el citado libro, aludía que esta misma joven había modelado para el retrato de la Samaritana y Facundo Numa para el otro personaje, el Nazareno. Este magnífico cuadro, junto a otros de igual factura, decoraba la pared izquierda de la iglesia.

Más todavía, el maestro Braulio, tan pródigo a la hora de otorgar información, que no tuvo reparo en confiarle incluso la invención de su famoso detector de fantasmas, omitió incomprensiblemente decirle cómo poder romper el sortilegio de *paquita*. Algo tan simple que consistía apenas en arrebatarse el medallón que traía pendido del cuello. Con este procedimiento, breve y sencillo, el espectro de Francisca Muñoz de Irigoyen se habría esfumado para siempre de este mundo. “El impío Pío”, que no era otra cosa que un manual de poderosos sortilegios, aseguraba para el efecto la eficacia de esta sencilla operación.

Respecto a los signos del medallón, a los cuales el forastero, según su diario personal, les daba una enigmática connotación, lamentándose de no poseer conocimientos criptográficos que le permitiesen descifrarlos, no se referían a otra cosa que al fenómeno del *plenilunio fatal* en el preciso instante en que la iluminación del astro de la noche incidía en la gruta

del Catava. Mostraban las pirámides gemelas del Iliniza, recortándose sobre el fondo de un tétrico cielo, y el disco lunar en ascensión, pero aún semi oculto por los dos colosos plateados.

Surge la pregunta en el sentido de que si el doctor hubiera conocido estos pormenores, por escéptico que se manifestara, ¿le hubiese servido de algo en aquella noche aciaga? Pero ¿los desconocía del todo? Por supuesto que no. El mismo hace un descubrimiento que le intriga enormemente. En su relación histórica correspondiente al día miércoles 22... dice: "...fui a detenerme frente al lienzo de la samaritana. Sentía la necesidad inexorable de extasiarme en su contemplación. Porque la joven representada en él, era idéntica hasta en el mínimo detalle a la dama que conocí noches atrás y a quien ansío verla de nuevo. El mismo rostro ovalado, cercado por una blonda cabellera que cubría los hombros y la espalda, los mismos ojos, que habían tomado para sí el color del lejano cielo y de las aguas profundas, la misma hermosa nariz, la misma boca maravillosa... Su cuerpo, de exquisita esbeltez, era el mismo, y aun el medallón que pendía de su cuello no era otro.

»Fue entonces cuando, atraído inexplicablemente por el peregrino, desplacé la mirada puesta en la mujer para centrarla en él. Y lo que descubrí no pudo menos que llenarme de asombro. ¡La imagen que representaba, en todos sus características, era idéntica a mí, como si hubiese sido yo su modelo! Eh aquí otra circunstancia difícil de explicar si no se la atribuye a la coincidencia...»

¿Jamás volvió a meditar sobre esta "coincidencia"? Parece que no.

Y aun día antes, en las notas del martes 21..., apenas formula para sí un comentario de fugaz evocación cuando don

Braulio le dice: “Su personalidad, doctor, encaja perfectamente en la de Facundo Numa, el malogrado primer esposo de Francisca. Se diría que la descripción física que existe de aquél, ha sido inspirada en usted”. Y añade luego, refiriéndose al espectro de la joven, aún en el aspecto seductor de Francisca, y a la apostura de él: “...pues lo sabemos con certeza que los dos son el uno para el otro”.

Es cuando se le escucha reflexionar: “Entonces recordé que don Braulio, cuando nos conociéramos, me había dicho a guisa de bienvenida—: Aunque a usted le parezca extraño, le esperábamos —. Ahora comprendía que aquella frase no había sido de cortesía sino más bien una expresión surgida de la satisfacción de ver un deseo cumplido. Lo que significa que, el instante mismo en que hiciera mí aparición aquí, unos lunáticos, encabezados por el anciano profesor, habían creído descubrir en mí la persona ideal llamada a romper aquel sortilegio existente sólo en la fantasía. ¡Admirable! Qué viva imaginación la tienen. No quise quebrar el encanto de aquella elucubración con razonamientos, que quizá a sus ojos me hubiese hecho parecer un necio o un loco, y procuré ser coherente con ella”.

Y añade para sus amigos: “No se hable más del asunto. Pues tengan ustedes la seguridad de que contribuiré en pro de la causa. Por lo demás, mi alma de poeta, adepta a la belleza, tiene para la mujer un tabernáculo dispuesto”.

Por lo que se puede inferir, estos indicios, que al ser analizados con detenimiento y sentido crítico, le hubiesen conducido hacia una conclusión provechosa, los malogró a priori su recalcitrante escepticismo.

Sin embargo, aquel recalcitrante escepticismo, que le impedía al ilustre forastero aceptar un asunto de flagrante superstición como el de *paquita*, no hubiese constituido un óbi-

ce para que le sometiese a un análisis si no se hubiera enamorado precisamente del engendro que tenía en mente eliminarlo con la simple arma de la negación absoluta. Porque hechizado con el aspecto de la seductora mujer con que se adornaba ocasionalmente el monstruo desde muchísimo tiempo atrás, ya no pensó sino en poner la vida a sus pies. Resulta conmovedor, por decir lo menos, escucharle la impresión que le causara su primer encuentro con el monstruo, metamorfoseado en delicada mujer. Al respecto, unos días después, estimulado por la impresión que le produjera la imagen de la samaritana, diría:

«A la sola vista de aquella representación, que era la viva imagen de la seductora mujer que ha venido ocupando la mente desde el instante en que la conociera, la fuerza de voluntad que me había mantenido al abrigo de esa dulce locura llamada amor, se diluyó como la cera expuesta al calor. Y, sin su protección, me vi de pronto succionado por un intenso sentimiento que, partiendo de su propia soledad, necesitaba y buscaba el encuentro y la unión con el ser que lo despertara.

»Comprendí que me había enamorado como nunca antes y que ya no tendría paz sino junto a ella. Pero me hallaba virtualmente atado de pies y manos para ir en busca de mi amada. Además que el día no resulta lo más conveniente para merodear discretamente las inmediaciones de la población, no tenía yo la menor idea hacia dónde debía dirigirme. Mas el suponerla carente de consuelo y alimento, debilitándose anímica y físicamente conforme corría el tiempo, me acongojaba. Eran ya tres días de penuria los soportados por la joven, un lapso demasiado largo como para que no hubiera dejado profundas huellas en ella. ¿Acaso a la sazón, agobiada por el hambre y la inclemencia del clima, no se habría desfallecido ya? O ¿el temor a ser descubierta, en cualquier momento, por

el asesino de su esposo, no le habría socavado el equilibrio mental? Todo era posible. Y si no recibe inmediata ayuda, el peligro se multiplica».

La frustración de no poder ir en ayuda del objeto de su naciente y candente amor, le mortificaba. Su corazón, herido fatalmente por las lanzadas de una pasión arrolladora, sangraba profusamente. Y en adelante no desearía ya sino sumergirse en la incierta hospitalidad de su idolatrado tormento, como el suicida que se acoge al lenitivo del vaso de ponzoña.

Su fin quedó decidido el instante en que conociera a *paquita*. A partir de entonces, nada ni nadie podía salvarle.

Apenas unos días antes, Rosaura, emergiendo como una esplendente luminaria en el lóbrego y desierto horizonte de su existencia, empezó a iluminarlo con mágicos colores, transformándolo en un fascinante miraje. Había en sus ojos de esmeralda una gracia y un encanto, un oasis de ternura que abatía su indolencia, y en sus labios de amapola, una sonrisa hechicera, cual el hálito afectivo de la regia primavera. Había en su voz seductiva acentos tan musicales como surgidos unánimes de las arpas celestiales, y en sus dúctiles contornos, en su seráfico rostro, esos excelsos adornos del aticismo triunfante. En su mente florecía una fulgente ilusión, un corazón indulgente en su pudoroso seno. Por ello sintió quererla, por el primor de sus labios y el embrujo de sus ojos, porque su presencia imbuía las más tiernas emociones. Unos días más y el forastero, pese a sus alardes de mantener el corazón protegido por una inaccesible muralla, hubiera terminado por rendirse a los encantos de Rosaura.

Pero el hado le salió al paso para ponerle la zancadilla. Y por la que veía se olvidó de la que vio. Verla y amarla fue una sola cosa. En vano pretendería rebelarse contra la fatalidad: «Me mortifica el sentimentalismo que empieza a desper-

tarse en mí... —comenta el siguiente día de haberla conocido—, Anoche, a la sola vista de una hermosa mujer, sentí mi alma desplegarse cual botón de amapola al beso del sol fúlgido. Y, a pesar de las horas transcurridas desde entonces, su imagen, lejos de debilitarse, adquiere mayor consistencia, se magnifica y se extiende sobre el panorama de mi pensamiento. Empiezo a mirarla en todas partes y hasta en el fondo de la copa, que ahora mismo la sostengo, la estoy viendo. ¡Temo haberme enamorado! ¿Qué hacer?... Pues bien, la necesidad de ahogar mi naciente amor, desarraigando la idea de ir en busca de la seductora mujer, se hace imperativa». Pero no consiguió cumplir su propósito. Porque desde el instante en que la viera, ya no conocería sosiego ni podría librarse de aquella obstinación cada vez mayor, cada vez más avasalladora. El loable intento de pretender salvar a la ficticia dama de un supuesto peligro, no fue óbice para que ella lo devorara tranquilamente, como lo habría hecho con un pastelillo. Porque del diablo no se puede esperar gratitud ni clemencia.

## LO QUE DESCONOCÍA EL DOCTOR

Y fue una verdadera lástima lo ocurrido con el doctor. La muerte, adoptando la personalidad de una seductora mujer, le asechaba desde el instante mismo en que él arribara al *Balcón de los Andes*, cómo dudarlo algo muy evidente. Con cada paso que daba, con cada movimiento que efectuaba, no sólo que se acercaba inexorablemente a ella sino que se enredaba más y más en la maraña de su red. Paradójicamente, su condición de hombre culto, que no le permitía admitir nada que no estuviese debidamente tamizado por la ciencia, fue lo que le perdió. Jamás sospechó que tal convicción no era más que una presuntuosa entelequia, ya que poderosas fuerzas invisibles, que escapan a la comprensión de la ciencia convencional, gobiernan el universo.

No obstante, si lo hubiese leído el relato de *paquita*, que entre otras historias locales verídicas, le hiciera entrega yo días antes, estoy seguro de que jamás se hubiera producido semejante tragedia. En él describo no sólo las atrocidades perpetradas por este monstruo diabólico sino también las características físicas de Francisca Muñoz de Irigoyen, la bella joven que con su muerte daría vida a aquél. De haberlo leído, y de esa manera advertido del peligro que entraña aquí el entablar una relación amorosa con una dama que te sale al paso inopinadamente, jamás se hubiera comportado como un inocente cordero camino del matadero. Habría desconfiado de la aparente casualidad que le facilitaba los sucesivos encuentros con la misteriosa mujer. Sin embargo, la fatalidad nunca le permitió ir más allá de las primeras palabras en la lectura de esta tenebrosa historia. Por uno u otro motivo, quedaba ésta siempre relegada en cuanto lo tomaba el folleto.



Lo irónico es que Florencio Vivas nunca estuvo abandonado a su suerte. Varias personas de las muchas que le tenían simpatía, conocedoras de su incommovible escepticismo, no sólo que se esforzaron en prevenirle del peligro al cual se exponía temerariamente, sino que a menudo malograron los encuentros con *paquita*, siguiéndole a escondidas permanentemente. Pero, extrañamente, la noche fatal nadie le vio abandonar la casa donde se hallaban reunidos también sus amigos más afectos.

Pero antes de continuar con esta relación veamos en qué consiste el relato de *paquita*:

## PAQUITA (La dama fatal)

«La antiquísima población andina de Sigchos, custodia fiel de tradiciones como ninguna otra, cuenta entre sus leyendas tenebrosas con la de Paquita, de la cual su protagonista es una mujer de singular belleza. También los hábitos de esta dama son singulares, pues, durante ciertas noches de luna, siente propensión por frecuentar los caminos reales y, sirviéndose de sus encantos, seducir al viandante solitario. Por cierto, no todo hombre está al alcance de los requisitos necesarios que le habiliten la vía de acceso a semejante privilegio. Para que la beldad se interese por alguien, tiene que poseer éste características que ella las considera ideales para su exigente gusto. Además, debe contar con una alta dosis de romanticismo y estar sobre todo dispuesto a vérselas con el mismo diablo por la mujer que ha originado su incendiaria pasión.

»Cuando el romántico transeúnte se halla entregado a su deporte mental favorito: elaborar las delicias que le reportaría una eventual aventura galante, o lo mismo, si se ocupa en

meditaciones menos frívolas, nada raro es que, al virar la curva de un camino o al cruzar un estero, se encuentre de sopetón con una bella mujer, atribulada y bañada por el llanto, lamentándose de la prematura muerte de su esposo. Su semblante que, de suyo se presenta conmovedor, adquiere niveles alarmantes cuando se queja de que en adelante carecerá de un alma caritativa que le consuele. Luego, con la mirada puesta en el estupefacto caminante y aparentemente confortada por el fortuito encuentro, agradece al destino que acaba de conferirle al hombre ideal. Y, entre suspiros, solicita a éste concederle al menos un ápice de afecto. Su voz, embebida de ternura, acaricia como una dulce melodía.

»Aunque va vestida de negro, luce una blusa escotada que permite la revelación atrevida, pero seductora, de unos pechos enhiestos y exuberantes que despiertan fuscas apetitos. Entonces, sucede lo que es fácil de comprender. El incauto, envanecido por lo benigna que se muestra con él la fortuna, no sólo que se apresta a complacer la insinuación formulada por la hermosa, sino que se apresura a llevar las cosas a feliz término por la vía rápida mediante efusivas caricias. Presa de la excitación que influyera el primer beso, siente abrasarse en las flamas de una pasión envolvente, devoradora, y por obtener algo más, no vacilaría llegar hasta el mismo averno.

»Como resultado del inopinado encuentro con la bella desconocida, al noctívago caminante no le cabe la alegría en el pecho y los detalles más elementales de cortesía previstos para circunstancias semejantes quedan relegados. No trata de entablar diálogo con ella, ni siquiera se le ocurre preguntar su nombre. ¿Para qué?... Pues esos preliminares que normalmente surgen espontáneos cuando busca uno relacionarse con alguien, le parecen innecesarios, una pérdida inútil de tiempo, cuando la relación de sí ha rebasado los límites de la simple

amistad para alcanzar la cúspide de la intimidad. Por ello, cuando la misteriosa mujer (quizá, segura de que su poder de seducción le ha obnubilado, o porque, aun en su maldad, siente la necesidad de prevenirle que el camino que ha emprendido le conducirá al abismo), dice llamarse Paquita, un nombre que para nadie de la comarca es desconocido, ya que su vinculación con infinidad de leyendas siniestras es evidente, el incauto no le concede atención obcecado por la ilusión de dar el paso siguiente que le situará en la gloria. La emoción no le permite razonar con claridad y, embriagado de vanidad, cavila que el recuerdo de una experiencia así no sería del todo provechoso encerrándola en el reducto de la memoria para su privativo deleite. Mañana, muy por la mañana, una vez superado el agotamiento que por cierto le exigiría la velada de esa noche, todas las evocaciones de cuanto ocurriere ahora las compartiría generosa y democráticamente con los demás, empezando por los miembros de su propia casa. Bueno... pensándolo bien, con los de su casa, no, porque con ellos no podría referirse a situaciones escabrosas sin mostrarse demasiado explícito. Además, a sus ojos, un asunto de tal naturaleza empañaría su imagen de hombre probo en el presente y en el futuro aureolaría con la sospecha toda amistad que contrajera con personas del sexo opuesto. Teniendo en cuenta la suspicacia pertinaz de su familia, en casa adoptaría más bien la actitud de la esfinge. En su lugar acudiría de inmediato a sus amigotes, atentos siempre a todo lo que tuviese que ver con faldas, para dejarlos estupefactos con la narración de episodios tan apasionantes como picantes, puesto que con ellos se podía hablar de todo sin ruborizarse. Pero para que mañana estuviese en condiciones de propalar la noticia de un suceso verídico protagonizado por él, debería ahora mismo vivir ese suceso.

»Pero sucede que, cuando el fervoroso amante aún conserva en sus labios intacto el delicioso sabor del primer ósculo obsequiado por la dadivosa beldad, de repente se transfigura ella en un monstruoso ser, paralizándole de terror. ¡Toda su belleza se ha esfumado para otorgar sitio a la fealdad alucinante que proyecta un cadáver en la última fase de descomposición! Su bonito rostro se ha modificado en el semblante sobrecogedor con que los pintores ilustran el de la imagen de la muerte asechando guadaña en ristre. Dos tizones encendidos suplantán a sus ojos y de su carcomida boca fluyen filamentos de pegajosa baba y emanaciones pestilentes. No es más que un pútrido esqueleto, conservando extrañamente adheridos los huesos entre sí, pero está provisto de vida. ¡Profiere injuriosas obscenidades y, ahora que al incauto le han brotado alas en los pies, se ha puesto a perseguirlo con canina velocidad! Hay momentos en que todo parece estar perdido para el frustrado amante, que en su desesperación lanza verdaderos relinchos equinos. Mas por obra y gracia de algún milagro, hurta terreno a su perseguidor cuando sus garras las siente ya encima. Y este estado de cosas sucede una y otra vez, que se diría que no se trata sino de un juego macabro.

»Quizá el pánico, como los oscuros nubarrones, posea resquicios que permiten atravesar la luz hasta la razón extraviada, porque el acosado alcanza a comprender que todo lo tiene perdido. Ve con absoluta claridad que la puerta de los infiernos se ha franqueado para él, en espera de recluirlo aún con vida en su horrendo recinto. ¿Acaso no ha llegado un súcubo para conducirlo en sus brazos hasta allí? Sin embargo, acelera cada vez más su carrera, aunque sabe a ciencia cierta que cualquier dirección que tome le llevará hacia la eternidad. La cerca de alambre erizado de púas o el barranco que cortan eventualmente su camino, no lo detienen, puesto que el pere-

cer lacerado o destrozado le parece preferible a descender vivo al averno.

»Y se afirma que es muy raro que alguien que ha sufrido esta singular experiencia no haya terminado en un sanatorio mental, por cierto, si ha conseguido salir con vida de la peripeca».

No sé si la crudeza con que está descrito el relato, o la vitalidad que de sí reflejan los sucesos verídicos, hubiera tenido la fuerza suficiente para invitarle al doctor Vivas a la reflexión y, en consecuencia, habilitarle una diferente actitud hacia lo sobrenatural. De no ser así, en todo caso hubiera servido al menos para que estableciera una analogía entre la dama del relato y la de sus encuentros furtivos. Además, si se hubiera informado del contenido de mi última carta, a la que nunca la dio importancia, probablemente los designios de *paquita* hubiesen fracasado. La certeza de que la misteriosa mujer no era la que él se había figurado, le habría llevado al convencimiento de que algo enigmático la rodeaba. Y de ahí a elucubrar que ella había surgido de las páginas de la leyenda, había un paso.

Ciertamente, mi última carta dejaba sin piso las aseveraciones formuladas por mí en la anterior. En ésta le informaba al doctor de mi éxito en la indagación de la viuda de Garza, partiendo tan sólo de vagos indicios que disponía yo de su lugar de residencia. También le daba cuenta a él de que, tan pronto advertida ella del peligro que corría de trasladarse al lugar donde fuera asesinado su esposo, me había puesto a husmear los archivos de la policía y de la prensa con la esperanza de encontrar cualquier relación delictiva de alguno de los ciudadanos afincados de un tiempo acá en el *Balcón de los Andes*.

Este informe, de haber sido conocido, habría dado otro giro a las decisiones prontas a tomar por el romántico forastero. Sin embargo, no lo imaginó que en sus manos tenía su propia salvación.

## EL MARQUÉS Y FRANCISCA MUÑOZ DE IRIGOYEN

Probablemente nunca hubiera sido posible aclarar en todos sus detalles el origen de *paquita* si la casualidad no hubiese venido en nuestra ayuda. El afortunado hallazgo de “El impío Pío” con las famosas cartas del marqués ocultas en él, como un potente fanal, vino a despejar el nimbo de misterio que envolvía a este suceso histórico. A partir de entonces fue relativamente fácil elaborar la biografía de Francisca Muñoz de Irigoyen y también develar el génesis de *paquita*, cuyo significado en lengua panzalea es el de “viuda desesperada”.

Hasta aquel momento, con el solo apoyo del archivo eclesiástico, aunque da cuenta pormenorizada del bautismo y de los sponsales de Francisca, nos veíamos impedidos de poder reconstruir su historia sin que la malograsen lagunas insalvables. Asimismo nuestras investigaciones (complementadas con la ayuda de un invalorable material histórico encontrado en carcomidos legajos que reposan olvidados en los archivos de la Gobernación Provincial) han permitido sacar a la luz un fragmento importante de la historia de Sigchos, que comprende esencialmente la etapa en que don Gonzalo Meza de Pineda y Salazar, Marqués de Gualaya, residió en este lugar. Sin embargo, la contribución más afortunada, que permitió que conociéramos a Francisca en todo el esplendor de su proverbial belleza, le correspondió únicamente al maestro Braulio. Fue precisamente él quien descubrió casualmente el magnífico retrato de la joven, el cual había permanecido siempre a la vista de todos, sin que lo imaginase nadie que representara a la mujer que dio origen a *paquita*.

He aquí esta terrible historia, arrebatada a las garras del olvido.

Poco antes de finalizar la dominación Española, exactamente el tres de septiembre de 1810, Sigchos fue escenario de un espeluznante crimen pasional que la erosión del tiempo, no obstante que todo lo debilita, lo pulveriza, lo diluye, ha sido incapaz de borrar su recuerdo. Su enormidad no estriba únicamente en la forma con que fue perpetrado el delito, sino en el infortunio de sus protagonistas que vieron tronchada su mutua felicidad cuando ésta empezaba a acariciarlos. Y también porque de esta tragedia se derivaron los males que aún pesan en esta comarca como una ominosa carga.

Cierto día, apenas germinada la mañana, arribó a la población un gallardo caballero de luenga y flotante cabellera y barba poblada y entrecana. Su aspecto era de quien hubiera dejado hace rato la etapa risueña de la primera juventud para escalar la del hombre de carácter y temperamento fuerte, sin que aquello determinase de ningún modo la decadencia de su belleza varonil. Cualidad que el más exigente de los varones la hubiera ambicionado para sí. Vestía suntuoso traje de paño azul, sombrero negro de ancha falda y relucientes botas color marrón que cubrían hasta la ingle. Además, montaba un albo corcel de preciosa estampa y chispeantes ojos, similar al que —según se difundía por entonces— cabalgaba el revolucionario Simón Bolívar mientras librada mil batallas por la emancipación de Suramérica. Se adivinaba fácilmente que se trataba de un hombre principal, posiblemente de algún hidalgo rico, o funcionario de la Corona. Lo fatigado del jinete y el espumoso sudor que empapaba su caballo daban pábulo para suponer que la jornada que habían realizado debió ser larga y esforzada. Quienes habían sido testigos de su arribo a la plaza mayor, llevando todavía la cabalgadura al galope, opinaban que, por la prisa que se había dado el caballero en llegar, debía traer algún encargo urgente para el capitán de la



brigada acantonada en este lugar, máxime cuando, luego de dialogar brevemente con un soldado que casualmente se hallaba cerca, le vieron dirigirse con igual premura hacia el recinto militar.

Es que ese día habría de constituir para el capitán una fecha única y memorable, ya que buena parte de los hombres se casan por una sola vez. Y él contraería nupcias dentro de contadas horas, en ceremonia privada, en su mansión y en presencia de apenas unos cuantos invitados. Relacionando con esta circunstancia la llegada del desconocido, las buenas gentes del pueblo opinaron que resultaba plenamente justificado el denodado empeño del mensajero, cabalgando incluso en la noche, para transmitir oportunamente al novio los parabienes enviados por la superioridad. Pero nadie había caído en cuenta que ese acto de cortesía se acostumbra a formular después, y no antes, de un acontecimiento así.

El capitán de marras era un ilustre español que se hallaba a un periquete de la ancianidad. Su fofa obesidad, en conjunto con la brillante calva y la gelatinosa sotabarba, le daban el aspecto de un pavo cebado. Se dice, no obstante, que cuando joven fue un hombre apuesto, atractivo, que inspiraba arrebatadoras emociones en las mujeres, pero el transcurso de los años se había mostrado despiadado con él. Se llamaba don Gonzalo Meza de Pineda y Salazar, Marqués de Gualaya. Este deslumbrante título nobiliario lo había comprado al rey con parte del producto de la mina de plata de ese nombre que la explotaba más en beneficio suyo que en el de la Corona. Este caballero era a la sazón uno de los propietarios más prósperos del lugar y de nada carecía, excepto de esposa, ya que había llegado a la sabia conclusión de que a las mujeres debía mantener el padre de ellas. Mas un día le sucedió algo sumamente extraño, algo sin precedentes, algo que ni siquiera

sabía cómo enfrentarlo. Podía considerarse como un delirio fugaz, originado por la fatiga o el insomnio... pero en realidad se trataba de un asunto mucho más complejo. Don Gonzalo sintió abrasarse el corazón en el fuego de una dulce sensación que, como el perfume de una flor, aromaba el alma. El hombre que había visto recorrer desierta la mejor etapa de su vida por obra y gracia de la avaricia, ¡se había enamorado!

La culpa fue de Francisca, la menor de las hijas del criollo Ataúlfo Muñoz de Irigoyen, que se había convertido en la más bella de cuantas beldades vieran sus ojos. Y vio transmutar su yerma existencia en el ubérrimo jardín que albergaría a aquella flor en botón. Enamorado con la fogosidad de un adolescente, desde la cima de sus setenta años, descendió verticalmente para ponerse a las plantas de la bella adolescente. Cupido, que de ordinario se había mostrado indolente con el peninsular, ahora le sorprendió con su diligencia. Solamente que las flechas del inquieto y alado dios resultaran incapaces de tocar el corazón de Francisca, que veía al vejete languidecer de amor con el desprecio que le merecería un perro roñoso obstinado en halagarla. Pero el marqués, acostumbrado a triunfar en cuanta empresa acometiera, no iba a contentarse con obtener abrojos donde esperaba recoger flores. Luego de ensayar inútilmente por un respetable tiempo, con llamativos señuelos que, a pesar de su proverbial avaricia, los sufragaba con esplendidez, decidió usar expedientes más convincentes. Conocía de la simpatía que el criollo Muñoz de Irigoyen abrigaba por la causa independista y, usándola como instrumento de chantaje, le amenazó con detenerle y llevarle a juicio si su hija no accedía a sus requerimientos. Ante semejante promesa, ni el padre de la dueña de sus pensamientos, ni ella misma, opusieron resistencia. Y fue así como aquel noviazgo

forzoso, formado por personas tan disímiles, quedó concertado.

Debido a los tiempos convulsionados que corrían, este ilustre aristócrata personificaba en la circunscripción la suprema autoridad tanto del fuero militar como del civil, funciones que en los últimos años las había desempeñado sin extralimitarse, claro está, dentro del marco de abusos e ilegalidades establecido en un régimen de excepción. En suma, para los habitantes de la demarcación que administraba, pasaba por un magistrado tolerable, y por confiable para el poder central del cual él dependía. Sin embargo, el fusilamiento de César y Antonio Saavedra (cabecillas de los insurrectos capturados el 20 de agosto, cuando pretendieran tomarse el cuartel por asalto), que lo llevó a cabo luego de un juicio sumario, había dado a las partes antagónicas, por igual, motivos de desconfianza hacia él. A los simpatizantes de los ejecutados, que era la mayor parte de la población, les parecía un asesino sanguinario y, a partir de entonces, les llamarían “Carnicero”. En tanto que los realistas juzgaban que don Gonzalo había obrado con deslealtad al adoptar una medida tibia con la ejecución de apenas dos prisioneros sediciosos en vez de haberlos liquidado a todos, ya que con semejante actitud no hacía otra cosa que contribuir a fomentar la subversión que estaba obligado él a sofocarla a sangre y fuego. Se preguntaban que si el marqués disentía del escarmiento que, días antes (2 de agosto de 1810), hiciera el Conde Ruiz de Castilla con más de sesenta revolucionarios quiteños prisioneros en las mazmorras del Cuartel Real de Lima de Quito, al ordenar a la soldadesca peruana pasarles a cuchillo.

Pero en justicia, a don Gonzalo no se le podía imputarle la última acusación. Aunque fuese en atención a sus propios intereses que por conflictos de conciencia, a los culpables de

sedición que iban a parar en sus manos, hubiera preferido enviarlos a las minas que plantarlos ante al paredón. Debido a ello no se había apresurado a poner a los demás prisioneros, a cargo suyo, frente al piquete de ejecución. Pero la prórroga de la fecha fatal no podía ser indefinida, ya que no dependía de él sino del todopoderoso Conde Ruiz de Castilla, que ordenaría de un momento a otro el ajusticiamiento. Tampoco tenía madera de traidor: guardaba lealtad a su lejano rey, respetaba a su cercano Presidente y procuraba que sus actos se enmarcaran en lo posible dentro de la Ley.

Y bien, don Gonzalo, con su proverbial parsimonia, no se dio prisa por atender al viajero, que no tuvo otra opción que la de hacer antesala mientras el marqués conocía y emitía sentencia sobre los casos de los dos primeros acusados que habían sido llevados ese día ante la Justicia. Se trataba de un indio y de un mestizo. El indio, apellidado Pasaguay, había sido sorprendido en actitud sospechosa en el huerto del señor cura. Según afirmación de uno de los sacristanes del hombre de hábito, el infeliz tenía en mente apoderarse de una calabaza de las muchas que se veían por allí. La acusación era gravísima y, de encontrarle culpable, era posible que los años que le quedaban de vida los pasara en las minas de Gualaya, redimiendo con sudor la deuda que gracias a su mala intención echara sobre las espaldas. Sin embargo, por hábil que fue el interrogatorio del magistrado, secundado por el gesticulante sacerdote, el indio jamás admitió responsabilidad alguna y se defendió aduciendo reiteradamente que sí había ingresado al huerto no había sido más que acuciado por la última etapa de la digestión. Al fin los inquisidores cedieron ante el fracaso, mas, por las dudas, don Gonzalo ordenó a Pasaguay recibir *ipso facto* media docena de latigazos.

En cuanto a la acusación que pesaba sobre el mestizo, por desgracia para él, era fácil de probar su culpabilidad. Éste se llamaba Juan Fernández y era un sujeto bajo y grueso como un tonel. En su rostro redondo y mal trazado, similar a uno de esos primitivos platos de arcilla moldeada con la sola ayuda de las manos, brillaban unos saltones ojillos de animal acorralado. Durante los tres últimos años y hasta esa misma mañana, se había desempeñado como cocinero en casa del alguacil, y éste le acusaba recién ahora de haberle arruinado a consecuencia de su proverbial glotonería.

—Su señoría, mire usted lo gordo que se ha puesto el bribón a costa de mi peculio —decía el corchete, palpando con una mano reiteradamente el abultado abdomen del acusado—. Es el Baal-Moloch que todo lo absorbe, engulle y pulveriza. Su voracidad es insaciable. A su lado, Gargantúa y Pantagruel son apenas un débil reflejo de glotonería.

—¿Qué dices, hermano, a todo eso? —profririó el funcionario por pura fórmula— Has devorado tú solo la pitanza de tres años del señor alguacil y lo vas a pagar.

—Yo no arriendo esas ganancias, —contradijo con insolencia el acusado—. Pues sepa vuestra señoría que el señor ministril pretende engañarle. ¡Pues mi robustez no proviene sino del particular funcionamiento de mi metabolismo, que transmuta en tocino hasta del aire que respiro!

Al señor capitán no le convenció la defensa esgrimida por el obeso Juan y le condenó a tres años de trabajos forzados en sus minas de plata de Gualaya. El querellante no parecía del todo satisfecho del fallo del magistrado, ya que manifestó que era mejor que el bribón, en vez de las minas, fuese más bien restituido a la cocina de su casa sin que percibiera sueldo alguno.

Al fin don Gonzalo concedió audiencia al hombre que esperaba ser recibido por él desde hacía dos interminables horas. Éste se presentó como el teniente don Antonio de Sotomayor y Carvajal, primo hermano, por lado materno, del marqués de Villa Orellana, y añadió que si se presentaba sin atuendo militar lo hacía por instrucción expresa del gobernador. Acto seguido le entregó un documento que traía consigo, guardado cuidadosamente en un bolsillo oculto del cinto. Don Gonzalo que le había dado la bienvenida sin demasiado entusiasmo al portador del mensaje, en cuanto lo leyó, se esforzó en endulzar el gesto y, aderezando la voz con un matiz de alegría que no sentía, prometió cumplir de inmediato las instrucciones que la Junta de Gobierno acababa de hacerle llegar. Dijo a don Antonio, por si él lo desconociera, que aquel mensaje se trataba de la copia de un decreto que confería amnistía general a los presos por sedición y de conciencia. Le confió, además, que una demostración de clemencia de tal magnitud, devolvería al país la tranquilidad que carecía desde hacía mucho tiempo, y que, en particular él, lo aplaudía porque le quitaba de encima un terrible peso. Y rogó al teniente que, a fin de dar inmediato y estricto cumplimiento al mandato, le acompañase a la cárcel para devolver la libertad a los prisioneros. El aludido aceptó gustoso la invitación.

Los prisioneros no cabían en su asombro por la extraña y generosa decisión del Conde Ruiz de Castilla, quien hasta entonces había sido la expresión más elocuente del despotismo colonialista. Les parecía un sueño el volver a respirar libertad cuando la distancia que les separaba de la muerte se reducía sólo a unos cuantos días o quizá horas. Luego, lo insondable del Más Allá, de donde nadie retorna. Pero en realidad, ¿nadie retorna de allí?

De inmediato la alegría, intensa, contagiosa, incontenible y desbordante, cobijó al vecindario, militares incluidos, que, congregados en la plaza principal, reían, lloraban o se abrazaban sin mirar demasiado con quienes lo hacían, ateniéndose simplemente a festejar el increíble suceso de haber salido bien librados de aquella pesadilla. La banda de música, de ordinario remisa a complacer al público con su melodiosa intervención, a pesar de ser bien remunerada siempre, esta vez se presentó espontánea y bien dispuesta. La euforia general era tal que el mismo don Gonzalo, no obstante su desidia por socializar con la parroquia, se prestó gustoso a dar con su ejemplo inicio el baile. Sin embargo, prefirió retirarse pronto a su mansión y esperar allí, pletórico de felicidad, el momento en que arribase Francisca para unir su destino al suyo.

Se dirigió don Gonzalo a su mansión sobre un lujoso calesín y escoltado de su guardia personal. Viviendo sólo para su propia dicha, miró con indiferencia las colosales pirámides cubiertas de sempiterno hielo, que se dibujan majestuosas en el sitio donde el sol suele hacer su aparición cada mañana. Tampoco concedió importancia alguna a la belleza del paisaje, ni al rumor de la mies coloreándose bajo el cielo azul turquí, ni a la presencia de las flores que adornaban y perfumaban la tierra que él y sus huestes la profanaban. Se ocupaba únicamente de congratularse por el decreto de amnistía en favor de los subversivos, desde luego, no porque éstos le inspirasen simpatía, sino porque, indirectamente, le beneficiaba también a él con la reducción de sus obligaciones. Una circunstancia ideal que le concedía la ocasión de obtener tiempo adicional para dedicarlo a la alcoba matrimonial. Pensó en lo bella que era Francisca y en lo hábil que había sido él para dobligar su altivez y someterla a la condición de esposa-esclava mediante el chantaje.

Pero la novia jamás aparecería por allí, al menos en ese día. La amnistía le dejaba al padre de la joven al margen de todo género de culpabilidad subversiva y a ella libre de temores. En esas circunstancias, el chantaje usado por el marqués había perdido fuerza.

Don Antonio de Sotomayor y Carvajal que, no obstante su filiación realista, era visto por los alborozados festejantes como el artífice de aquel feliz suceso, se había convertido en objeto de unánime gratitud. Nadie de los concurrentes hubiera querido dejar pasar por alto la ocasión de agradecerlo personalmente. Por su parte el homenajeador, si bien recibía con sincero agrado la simpatía que le tributaban, procuraba permanecer a la sombra del escenario festivo, manteniéndose expectante. Daba la impresión de esperar el advenimiento de algo importante. Miraba con disimulo, pero con atención minuciosa, todo lo que ocurría en su contorno. Y finalmente llegó lo que él había aguardado. ¡Llegó en forma de una preciosa joven de intensos ojos azules y áurea cabellera, cuya belleza resplandecía como la estrella matutina!

Se trataba de Francisca Muñoz de Irigoyen. Avanzaba ésta en compañía de otras chicas hacia la salida de la plaza. La actitud del grupo mostraba la intención de abandonar tempranamente el festejo, prefiriendo quizá el seguro abrigo del hogar a la exaltada alegría de la reinante algarabía popular. Francisca, muy complacencia, comentaba a sus amigas que el presente decreto de amnistía general a los presos por sedición y de conciencia, le beneficiaba también a ella tanto como a los condenados a muerte, puesto que implícitamente le exoneraba de la obligación de casarse con el marqués. Y fue entonces cuando don Antonio, apareciendo de pronto, le rogó quedamente dispensarle su atención. La joven aceptó gustosa la petición.



En cuanto se hallaron lo suficiente apartados del grupo, como para que sus miembros no pudiesen escucharlos, fue Francisca quien tomo la iniciativa.

—Estoy a vuestra disposición, don Antonio — dijo, mirando inquisitiva al caballero.

—¡Oh señora! —expresó el hidalgo con sigilo—. Antes que nada, ruego a usted me permita aclararle que no soy quien aparento serlo. En realidad ni me llamo don Antonio de Sotomayor y Carvajal ni pertenezco a la nobleza española, como tampoco dependo del ejército realista ni mucho menos me hallo en cumplimiento de misión alguna por encargo de la Junta de Gobierno. Además, jamás ha existido decreto semejante de amnistía. Todo esto no ha sido más que un plan forjado por alguien que, ante la inminente ejecución de varios patriotas prisioneros aquí, ha querido jugárselas el todo por el todo. Nada más.

Francisca, ante la última parte de esta confidencia que acababa de echar por tierra su naciente alegría, empalideció y sus yertos labios se negaban a proferir palabra. No obstante, recobró pronto la serenidad al suponer que los patriotas liberados se habrían puesto ya a buen recaudo. En cuanto al peligro que corría ella, lo afrontaría con resignación si no había otro remedio.

—Caballero —dijo emocionada—, lo que acaba de hacer usted es formidable. Porque el arriesgar la vida por la de los demás, no es nada fácil. Solamente está permitido a un reducido número de privilegiados. Pero, ¿me está permitido saber yo quién es usted, señor?

El hidalgo esbozó una amplia sonrisa y mirándole por primera vez directamente a los ojos de su interlocutora, dijo:

—Por supuesto, señora mía. ¡Soy Facundo Numa, un vehementemente enamorado de la libertad y, en adelante también

vuestro más obsecuente esclavo! Su belleza insuperable me ha cautivado en cuanto la descubrí y, desde ese momento, mi paz, mi amor y mi vida misma le pertenecen a vuestra merced.

Y ante la sorpresa de la joven procedió a retirar de su rostro parte de la espesa barba que lo velaba, cuidándose por supuesto de que nadie más lo viera.

Francisca se vio de pronto inundaba de felicidad. La alegría propiciada por la presencia de aquel bizarro y joven caballero en sí y, sobre todo, por su ardiente declaración amorosa, luego de hallarse a un paso de precipitarse al abismo empujada por el inminente enlace con el ogro peninsular.

—Si Dios lo ha dispuesto así, entonces que se cumpla cuanto antes su voluntad —expresó Francisca, llena de diáfana complacencia—. En lo que a mí respecta, pongo de testigo al cielo amarle a usted eternamente.

De inmediato, sin preámbulo ni circunloquios que les hicieran perder tiempo, acordaron abandonar furtivamente Sigchos en cuanto llegase la noche, ya que la impostura del falso don Antonio Sotomayor y Carvajal, podía ser descubierta de un momento a otro por el marqués.

La felices amantes, tras haber escapado a uña de caballo en los primeros minutos de la noche, consiguieron llegar al amanecer a cierto poblado, donde contrajeron matrimonio de inmediato. El sacerdote que los casó era un hombre bondadoso que tenía por hábito anteponer la piedad al infame mandato de la iglesia que exigía denunciar a la autoridad civil o militar más cercana a quienes se enfrentaran a la Corona. Concedor del riesgo que corrían los flamantes desposados de ser detenidos por el inhumano Marqués de Gualaya, les ofreció su protección mientras no hubiera garantías de seguridad necesarias para que pudiesen alejarse de allí sin peligro.

Pero la pareja optó por continuar su camino con la esperanza de poder ocultarse en la inmensidad de la geografía. No obstante, semejante empresa les resultó más fácil de imaginar que de realizar.

El marqués, en cuanto se hubo enterado de la fuga de su novia en compañía del mensajero de la orden de amnistía y de la misteriosa evaporación de los amnistiados, columbró que había sido engañado por un astuto impostor y estuvo a punto de sufrir un síncope ocasionado por la furia. Ordenó que varios piquetes de soldados, tomando los diferentes accesos de la población, salieran en busca de los tórtolos y los retornara cargados de cadenas. Mientras esperaba el regreso de los fugitivos no pensó sino en el tipo de tortura que debía infligirlos. Pero ¿qué iba a ocurrirle si éstos conseguían escapar a sus rastreadores? Esta hipótesis le ponía todavía más furioso. Sin embargo, para su satisfacción, la infeliz pareja fue aprehendida con increíble facilidad no lejos de la iglesia donde se había casado apenas minutos antes.

El Marqués no tuvo un ápice de piedad para sus víctimas. En cuanto llegaron, ordenó que Facundo Numa fuese pasado por las armas en presencia de su esposa, quien padeció aquel espectáculo sin encontrar amparo en el benigno desmayo. La hermosa joven acababa de convertirse en viuda. Acto seguido fue arrastrada hasta la iglesia donde un diligente sacerdote les esperaba ya para casarla con el marqués. La ceremonia que, por el llanto incontenible de la novia y los rostros compungidos de los concurrentes, parecía más bien un funeral.

La tarde languidecía bañada en una llovizna fría y pertinaz que presagiaba el advenimiento de una noche tenebrosa, rasgada por cegadores relámpagos y pletórica de temores, ya que en la oscuridad es donde se anidan albuces que en nada contribuyen a fijar la tranquilidad.

Una vez en la mansión, el marqués condujo a su bella y afligida desposada al tálamo nupcial con la misma celeridad con que poco antes había obrado en la ejecución de Numa. Tan sólo se dio tiempo para instruir a sus lacayos no perturbarles bajo ninguna circunstancia so pena de ser desollados vivos. Por causa de esta disposición, nadie osó averiguarlo cuando lastimeros gritos que ponían los pelos de punta, procedentes de la recámara nupcial, irrumpieron el silencio de la noche. Ni siquiera se arriesgaron cuando estos, cada vez más intensos, se prolongaron hasta el amanecer. Durante el día siguiente ya nada se escuchó. Lo suponían al marqués renovando con el reposo las energías desgastadas en el ímpetu de su sadismo. Pero al promediar el día tercero que la pareja permanecía encerrada, el absoluto silencio que envolvía la estancia hizo pensar a la servidumbre en que algo raro ocurría allí. Llamaron con insistencia a la puerta y, al no obtener respuesta, sin pensar dos veces la derribaron.

Lo que vieron allí les paralizó de terror. ¡Diseminados por toda la habitación, en la que el efluvio de la putrefacción era el detalle más insoportable, se hallaban los despojos desmembrados de quien en vida se llamara don Gonzalo Meza de Pineda y Salazar, Marqués de Gualaya! El aristócrata parecía haber sido destrozado por una jauría de lobos rabiosos. En cuanto a Francisca, no quedaba el menor vestigio de ella. Aquello les hizo pensar que había sido devorada por el marqués en un rapto de locura o de hambre. Una absurda explicación desde todo punto de vista, puesto que si don Gonzalo le había devorado a ella, ¿quién lo hizo con él?

La terrible respuesta no se hizo esperar demasiado. Sólo hubo que aguardar el advenimiento del plenilunio de mayor duración, que fue realmente fatal, para que Francisca Muñoz de Irigoyen hiciera acto de presencia con una nueva persona-

lidad, con un nuevo cometido que estaba lejos de proporcionar felicidad a sus elegidos y también con un nuevo nombre: *paquita*. Su primera víctima fue un apuesto ciudadano, idéntico a Facundo Numa como una gota de agua a otra.

¿Qué sobrenatural poder fue capaz de transformar un ser de belleza y bondad extraordinarias en un monstruo abominable y sanguinario, cuyo solo nombre produce terror? Por cierto, una terrible maldición consumada por el Marqués de Gualaya, quien ejercía el arte de la magia negra con extraordinaria pericia. En los archivos parroquiales no faltan referencias de las proezas realizadas por él, que hacen ver a sus colegas más célebres como meros aprendices de la técnica del encantamiento.

¡Vamos! Pero si la querella y la misma masacre acaecieron a puerta cerrada, ¿cómo puede estar seguro nadie de que fuera don Gonzalo el artífice de tamaña anatema? Pues, si bien los lacayos se hallaban impedidos de poder acercarse a la cámara conyugal, en virtud de una prohibición puntual del marqués, no así el ama de llaves de éste, una tal Laura Gallego. Esta mujer, instalada en una habitación contigua a la nupcial, había sido estática y silente testigo de cuanto ocurriera a escasa distancia suya. Y desde luego fue quien más tarde informaría a las autoridades de aquel cruento y diabólico episodio.

El acta que recoge la declaración de Laura Gallego, escrita sin duda por alguien familiarizado más con la azada que con la pluma, y si a esto se suma el estilo del lenguaje coloquial de la época y la vigencia de un castellano arcaico, no resulta legible al ciento por ciento. No obstante, tal cosa no constituye un óbice insalvable para quien se propusiera tamizarla con la debida paciencia. Eh aquí el relato en parte esencial:

La infortunada Francisca, tras haber sido conducida entre lágrimas y ruegos de piedad a la alcoba nupcial, apenas respiraba y una palidez cadavérica reemplazó al delicado sonrosado que era su natural color. Tumbada en un canapé, el cual había conseguido alcanzar, parecía una rosa desgajada por la furia del vendaval. Todo parecía indicar que la muerte no tardaría en sobrevenirle, evitándole con su prisa las torturas que de otra manera habría de sufrirlas. La compungida ama de llaves, que había improvisado la función de enfermera, pretendía inútilmente reanimarla valiéndose de recetas populares prescritas para colapsos semejantes. Mas nada de lo que hacía surtía efecto. Y transida por la impotencia miraba a su enfurruñado amo, como diciéndole que ya nada se podía hacer por la paciente que no fuese amortajarla.

Fue entonces cuando el marqués, que en su creciente furia había ido esponjándose como un pavo, imprecó con violencia al ama de llaves, como retaliación a las miradas insinuantes que le dedicaba.

—¡Mentecata! —gritó, echando espuma por la boca— Lo que en realidad atraviesa mi esposa es una especie de vahído, provocado por la emoción de verse de pronto convertida en marquesa. Y, en consecuencia, lo único que necesita por ahora es tranquilidad y absoluta privacidad para llenar su espíritu con las delicias del himeneo. Por tanto, ¡tú, maldita necia, desapareced de mi vista!

Laura Gallego obedeció con inusitada celeridad la orden de su todopoderoso señor y fue a refugiarse en su propia habitación, la cual se hallaba junto a la que acababa de abandonarla. Y desde luego que con el cambio de sitio resultó aventajada, ya que desde allí podría atisbar y escuchar el desarrollo de la escena sin que corriese riesgo ninguno, que era lo que ante todo buscaba.

Y viéndose al fin, en la intimidad de su alcoba, junto a la mujer que le había desencadenado un huracán de encontrados sentimientos, una espeluznante carcajada, como un fragoso trueno, brotó de los tumefactos labios del malvado peninsular. Era una risa demencial en la que a lomos de la complacencia cabalgaba el prurito de la lujuria.

—¡Oh señor de las tinieblas!, te doy gracias amo mío, por haberme concedido la mujer a quien deseo por mi eterna compañera —profirió, realmente agradecido de Satanás—. Acógela también en tu seno, señor, que en lo posterior viviremos únicamente para alabar tu diabólico nombre.

Francisca, como si aquel exhorto le hubiera irradiado energía y capacidad de resignación, abandonando su postración se puso de pie. Parecía indemne y despejada. No lloraba ya ni daba la impresión de aferrarse al afán de continuar oponiéndose a los requerimientos de su opresor. Su rostro había recuperado la aterciopelada tonalidad normal y en sus ojos, que retrataban el color del distante cielo y el piélagos insondable, imperaba una expresión de diáfana placidez que confería a su apariencia general un sello de célica majestad. Estaba más fascinante que nunca en su deslumbrante hermosura, según aseveraciones de Laura.

Y por supuesto que también el marqués la vio así. La impresión causada por la inefable belleza de quien figuraba ya como su esposa, hizo que repentinamente viera llegado el momento de dejar atrás resquemores, de olvidar agravios inferidos por ella y no pensar sino en deleitarse en su contemplación. Por un instante se imaginó que, habiendo retrocedido en el tiempo como efecto de una casual circunstancia imperceptible para él, se hallaba en presencia de la misma diosa del Amor. De su excelso semblante fluía esa arrobadora esencia de la gracia en plenitud y una infinita ternura de su

límpida mirada. Maravillado, sentía que aquella mirada se filtraba hasta su negra alma para bañarla en su esplendente fulgor, redimiéndola y privilegiándola con una sensación de candorosa felicidad que no la había experimentado desde hacía largo tiempo. Era el mismo estado psíquico del cual usufructuara de niño, de muy niño, allá en su lejana y decrepita España, cuando soñaba que era miembro del primer coro de ángeles, conformado por serafines, que en su condición de ángeles del amor, de la luz y del fuego, rodeaban el trono de Dios y permanecían en constante alabanza. Ciertamente que desde entonces mucha agua había corrido.

»¡Me he precipitado al poner en marcha algunas decisiones que debieron haber afectado su sensibilidad de mujer! —se dijo consternado, sin poder substraerse a la fascinación que en él ejercía la bella mujer— Pero alguien de su perfección, que irradia nobleza y bondad por todo su ser, difícilmente puede anteponer la intransigencia a la mansedumbre. La hablaré, me disculparé y, si es necesario, la imploraré perdón de rodillas. Me absolverá de culpa y seremos felices.»

Animado por este propósito y convencido de que la felicidad se hallaba al alcance de la mano, rebosante de optimismo avanzó hacia ella, que le miraba con inmensurable dulzura. La tomó con suavidad por el talle y, sintiendo el furioso galopar del potro de la lascivia por sus venas, fue acercándola paulatinamente. Ella no se resistía. Más bien, demostrando que se hallaba dispuesta a complacer las apetencias del marqués, levantando despaciosamente los brazos, le enlazó por la nuca al tiempo que entreabría sus labios de fuego como si esperase que fueran apagados por un intenso y prolongado beso. Don Gonzalo, viéndose en el portal de la gloria, fue a imprimir el primer ósculo en la boca que tanto había soñado con degustarla, loco de contento.



Pero de inmediato se echó hacia atrás con insólita rapidez, deshaciendo el abrazo mutuo y llevándose las manos a la boca. Y con un desgarrador grito de dolor en el cual se matizaba la sorpresa intensa, se percató que acababa de perder sus tumefactos labios, horribles sin duda, puesto que a él mismo le causaban repulsión cuando se miraba al espejo, pero al fin y al cabo eran los únicos que había poseído.

Pese a que los rebordes exteriores carnosos y móviles de su boca estaban siendo masticados tranquilamente por su esposa y al raudal de sangre que, deslizándose por la quijada, se precipitaba por el pecho camino del suelo, donde se iba formando un charco, se resistía a creer que era real lo que acababa de sucederle. Pensó que se trataba nada más que de una pesadilla. Ciertamente, este tipo de ensueño angustioso y tenaz, que le había acompañado desde la adolescencia sin producirle demasiados sinsabores, últimamente había adquirido caracteres dantescos. Aún estaba fresca la ocasión en que soñó que le convertían en un enorme sapo verde bermejo, destinado en adelante a croar y a nutrirse de coleópteros, hormigas, miriódodos, larvas de insectos y lombrices. Entonces lo había sufrido mucho. Claro que tampoco era como para olvidarse fácilmente cuando soñó con Facundo Numa, que levantándose de la tumba y haciendo caso omiso de los balazos que hacían ver su anatomía como un colador, le persiguió hasta alcanzarle para luego proceder a asarle vivo. Por cierto que también en tal ocasión padeció lo suyo. Y ahora solamente deseaba despertar cuanto antes. Mas al punto recapacitó que resulta imposible soñarlo que se sueña. Por tanto, lo que le parecía un sueño debía forzosamente ser cierto. También lo ratificaba esa especie de modorra que empezaba a sentir como secuela del profuso y rápido desangre. Su larga experien-

cia como soldado le había ilustrado perfectamente en esta materia.

Apenas se hacía cargo don Gonzalo de su penosa situación, cuando su bella esposa, como si quisiera hacerse perdonar del estallido de violencia de su comportamiento, se le acercó mirándole con inmensa ternura. Daba la impresión de querer restañar con sus manitas la hemorragia de las heridas que acababa de provocárselas. Y en cuanto se juntó al mutilado, atrayendo su sangrante rostro hacia sí, de una dentellada le cercenó limpiamente uno de sus apéndices auriculares.

El marqués, asaltado por un penetrante dolor que le hacía ver estrellas, mientras gritaba como un condenado dio primero unos cuantos saltos y luego se tiró al suelo para revolcar como una mosca que ha perdido un ala. Entre tanto Francisca, sin inmutarse por el sufrimiento de su víctima, saboreaba con fruición la oreja que le había arrancado, como si jamás hubiera encontrado un bocado más apetitoso. No le impresionaba la presencia de la sangre, pues tal cosa saltaba a la vista, pero sí la vitalidad que manifestaba tenerla el marqués, viejo, obeso y por añadidura gotoso, no obstante, rebotaba con la agilidad de un balón. Pero finalmente los rebotes fueron achicando y terminaron por someterse a la inmovilidad. Circunstancia en la cual la caníbal vio una magnífica oportunidad para ir en busca del otro órgano externo de la audición.

Acercándose con naturalidad y elegancia al caído, se inclinó para mutilarle una vez más, y fue entonces cuando el marqués aprovechó para aplicarle una tremenda patada en el vientre que la hizo caer cuan larga y hermosa era. Su completa inmovilidad explicaba que se había desvanecido. Y ahora que el agredido tenía a su merced a la agresora, sin perder un segundo se dispuso a tomar la revancha.

—¡Oh!, no puedo estar más satisfecho de haber obrado con sensatez respecto a las precauciones tomadas para enfrentar una contingencia así, que además la veía venir —balbuceó, comprobando que los labios no solamente eran útiles para besar sino también para hablar, y procediendo a colgar del cuello de la desvanecida joven un gran medallón argentado que lo había extraído de una gaveta de la mesa, añadió fatídicamente—: Despreciable y traidora criatura, quieres fingirte moribunda con el propósito de escapar de mi castigo, ¿no es así? Pues bien, ¡Francisca Muñoz de Irigoyen, por los infernales poderes encerrados en el talismán que pendo a tu cuello, te conjuro a que jamás puedas acogerte al reposo de la muerte! Sin embargo, tu existencia se mantendrá sujeta a la intangibilidad y a un permanente letargo susceptibles a ser dominados únicamente por la primera luz del *plenilunio mayor* y anulados mientras perdure su fase luminosa. ¡Durante este lapso irás por la comarca cual bestia famélica, buscando satisfacer tu voracidad con individuos que guardasen similitud con tu amante!

Sí, tal como lo había supuesto don Gonzalo, Francisca en realidad no había sufrido un síncope ni mucho menos como efecto del golpe, tan sólo lo había simulado hábilmente. Porque inesperadamente y, convertida en una leona enfurecida, atacó empleando como armas ofensivas las uñas y los dientes. En un instante el aristócrata perdió los ojos y tenía la garganta cercenada...

El ama de llaves, al llegar a este punto, perdió la serenidad y el poco valor que le restaba para seguir presenciando aquel macabro suceso y se desmayó. Y bien, la conclusión es muy fácil de colegir.

El terrible mago, en prevención de un posible desenlace adverso, lo tenía preparado todo. Lo había confeccionado

cuidadosamente el medallón e hizo construir el túnel que sería la guarida del espectro de su aborrecida viuda, en el sitio exacto donde incidían los primeros rayos del *plenilunio fatal*.

---

## CONCLUSIÓN

Reanudando con la narración interrumpida necesariamente para aportar oportuna información a esta historia, sin la cual parecería resquebrajada, retomo su hilo el momento mismo en que visitara yo el departamento de policía. Continúo. Esta gestión redundó a la postre en beneficio de mis aspiraciones empeñadas en la búsqueda de una pista que condujera a esclarecer la identidad de los culpables que actuaban impunemente desde las sombras. Si bien, mis pesquisas en el departamento de Policía, pese a haber examinando exhaustiva y prolijamente las fichas delincuenciales acumuladas en su archivo durante las últimas tres décadas fue vano mi esfuerzo. Pues, para mi decepción, ninguno de los fulanos por quienes me interesaba, parecían tener el menor conflicto con la Ley. Reflexioné entonces que la falta pruebas incriminatorias contra una determinada persona, de ningún modo podía garantizar la absoluta honorabilidad de ésta. Porque no todos los facinerosos se hallan registrados, puesto que muchos de ellos se las arreglan bonitamente para salir bien librados de las redes de la Justicia.

Pese a todo, los responsables de transgresiones atroces, como los profanadores de tumbas, difícilmente hubieran podido escapar sin que se hicieran acreedores del INRI que les revelaría de por vida como criminales aborrecibles.

El irme con las manos vacías del departamento policiaco, no me desalentó notablemente, claro está. Pero no influyó para que cesara allí mis investigaciones. Con el mismo ánimo de antes acudí a los archivos de la prensa, empezando por uno de los diarios de mayor circulación del país, y no tuve que hojear demasiado para encontrarme con algo que me dejó estupefacto. Increíblemente, el misántropo de Benigno Ara-

gón, presunto violador de tumbas e infortunado padre de dos imbéciles, sordomudos, feos y repulsivos sujetos, no resultaba ser otro que uno de los oficiales de estado mayor del extinto General Alfaro. Protagonista de varios levantamientos sediciosos sin éxito, había pasado a la clandestinidad en los últimos tiempos. Su nombre era naturalmente ficticio, pero las fotografías que de él mostraba el rotativo no admitían género de duda sobre su identidad.

Salí del *periódico* confundido, haciéndome esta pregunta: ¿Había determinado Aragón mantenerse quieto en su voluntario y discreto exilio o, por el contrario, venía preparándose para un nuevo episodio sedicioso? Interrogante difícil de contestar en uno u otro sentido, aunque si se tenía en cuenta su protagonismo en infinidad de levantamientos, no iba a mantenerse inactivo ni ahora ni nunca. Los ideales no se declinan tan fácilmente. No obstante, para que este tipo de ideales pudiera cristalizarse, requiere forzosamente de la contribución de factores determinantes sin los cuales no pasaría de un sueño tanto hermoso como irrealizable. Una guerrilla demanda, claro está, de una partida de tropa, formada por hombres de inquebrantable fe y dispuestos a jugárselas por la redención de la Patria, amén de una segura fuente de ingresos pecuniarios que le permita la provisión del armamento necesario, entre otras cosas. ¿Y nuestro hombre se hallaba en posesión de semejantes recursos? Por supuesto que todo hace pensar que no.

De donde se sabía, Aragón era un individuo proverbialmente arisco, pues a pesar de sus largos años de permanencia aquí, que normalmente le hubiera procurado incontables amistades, su área social no abarcaba más de un reducido número de individuos. Y, ¡vaya casualidad!, sus escasos allegados, salvo González, eran todos ex militares que habían

combatido al lado de Alfaro: Pacho Soldado, Juan Cruz, Francisco Luna, Francisco Puruncaja, Cipriano Lomas y alguno más cuyo nombre se me escapa de momento. Resulta, pues, evidente que su pasada actividad común les uniera, permitiendo que una especie de unidad de cuerpo fluyese entre ellos. Posiblemente sus tertulias no tuvieran jamás otros temas de comentario que los de sus pasados logros bélicos y sus sueños de reeditarlos, pero nada más. Porque para alcanzarlos les hacía falta atraer a su derredor un nutrido grupo de ciudadanos y, además, proveerlo de un largo proceso de entrenamiento militar. Y, por la tranquilidad que de momento gozaba la población, esta eventualidad puede ser descartada de plano.

Y llegué al mismo punto de partida, convencido que de momento todo lo hacía Benigno Aragón no era otra cosa que saquear el antiguo cementerio panzaleo. Su pasado, sembrado de civismo y sacrificio, no le habría impedido pensar en un porvenir cimentado en la prosperidad. En consecuencia, debía yo permanecer atento a sus movimientos, ya que la pérdida de su supuesto jefe inmediato o intermediario entre él y el cabecilla de la organización criminal, le tendría nervioso y, en esas circunstancias, no obstante sus extremas precauciones, podía dar algún paso en falso. Era indispensable dar caza a la banda completa.

Sin embargo, apenas un par de días después, cuando tuve acceso al diario del malogrado Florencio Vivas, me vi forzado a modificar mi criterio respecto al presunto saqueador de tumbas indígenas. Las notas dejadas por aquél sobre la conversación que mantuviera con el maestro Orbea y lo que viera en su casa, no dejaban duda de lo que en el *Balcón de los Andes* se fraguaba. Pues, a corto plazo, se convertiría él en un volcán revolucionario.

Fue así como me convencí de que la relación entre González y Aragón no era de amistad ni mucho menos tenía vínculos laborales o comerciales. Los dos estaban en posiciones antagónicas. Presumiblemente el primero, antiliberal a ultranza y redomado pillo, sospechando las actividades sediciosas del segundo, le chantajeaba a éste. También el duelo entre Cecilio Garza y el teniente político dejó de parecerme motivado por celos patrimoniales o, lo que resulta aún más aventurado de creer, debido a una sublevación repentina de dignidad ofendida. Lo más acertado era pensar que cada uno de ellos tenía la consigna de acabar con el otro. Porque Cecilio Garza, si bien era realmente quien afirmaba serlo, era también el capitán Valverde, el mismo que el ex coronel Orbea había confundido con Florencio Vivas.

Y el tiempo me dijo que no me había equivocado en esta ocasión.

¡Ah!... En cuanto a las vasijas funerarias panzaleas, que me habían llevado a la presunción de que Aragón se las había desenterrado junto a invalorable tesoros, no resultaron ser sino trastos inservibles que lo vio precisado a deshacerlos porque estorbaban en su reducida casa; las dichas tumbas indias, o guacas, jamás fueron tales ni habían sido abiertas para retirar nada de ellas sino más bien para ser utilizadas como depósitos; los feos y repugnantes sordomudos atribuidos como hijos suyos, resultaron ser dos brillantes oficiales, ingeniero en logística el uno y técnico en explosivos el otro, pero ajenos entre sí de todo parentesco de sangre, y sólo el escuálido rebaño de ovejas de su hacienda no sufrió alteración ninguna al ser examinado con ojo crítico.

Tiempo después, cuando fue abortada la rebelión aún en ciernes (de ningún modo dirigida por Colón Eloy Alfaro, quien nunca la puso en marcha ni mucho menos llegó a Sig-



chos para ponerse al frente de ella, sino organizada por los antiguos oficiales del Viejo Luchador y simpatizantes de éste), se descubrió que las fosas abiertas por Aragón, contenían, empaquetado cuidadosamente, armamento de infantería y su correspondiente pertrecho suficientes como para equipar a un batallón entero. Benigno Aragón y varios de sus colaboradores inmediatos, incluidos sus hijos ficticios, fueron pasados por las armas *ipso facto*. Las fuerzas represivas del Gobierno, ansiosas por sofocar cualquier conato de sedición, no tuvieron miramiento ni compasión con ninguno de los cabecillas. Increíblemente, el maestro Orbea pudo salir bien librado de la purga. Jamás le relacionaron con el movimiento subversivo, no obstante haber sido el mayor proveedor del armamento encontrado. Falleció en 1943, como resultado de la complicación de una vieja herida de bala, recibida muchos años atrás en una pierna, de la cual nunca se curó completamente.

Juan Cruz, Francisco Luna y Cipriano Lomas, si bien fueron detenidos y trasladados a la capital provincial, para ser interrogados allí, no tardaron en recobrar la libertad. Se dice que, pese a los despiadados tormentos recibidos, estos valientes no declararon nada que les hubiese podido vincular con la sedición y, además, comprometer a otros. Fenecieron de muerte natural muchos años después. Pacho Soldado, aunque fue capturado junto a pruebas irrefutables de su participación en la frustrada insurrección, que sin duda le habrían valido el paredón, consiguió burlarse espectacularmente. Cuando le conducían, cargado de cadenas, ante las autoridades centrales, fue liberado gracias a la intervención de Santos Díaz, quien, adoptando la forma de un toro embravecido, embistió brutalmente contra sus captores. Soldado, luego de este percance, jamás fue visto por aquí.

Ignacio Nogales, el gallardo caballero, ídolo de románticas damitas y gloria del deporte pluma de la región, aunque por entonces sobrepasaba apenas los veinte años de edad y, en consecuencia, jamás pudo haber participado en las huestes alfaristas, era, no obstante, un liberal convencido y estaba comprometido con la causa revolucionaria. En cuanto el andamiaje de la rebelión se vino abajo, consciente de que él ya nada podía hacer que no fuese buscar su seguridad personal, se trasladó de inmediato a Guayaquil para darse de alta en el ejército, ocultándose así de los esbirros del gobierno donde menos podían sospechar. Su permanencia en el ejército fue la misma que demoró en volver la tranquilidad a la comarca. En adelante, Ignacio Nogales, apaciguado ya en sus ánimos cívicos, que le hubiera convertido o bien en líder revolucionario o bien en mártir de alguna cruenta batalla, se dedicaría a tiempo completo a la crianza y entrenamiento de sus belicosos gallos de lidia, tesón que más tarde sería galardonado con “El Gallo de Oro”, codiciado trofeo le fuera otorgado en un célebre campeonato nacional del aristocrático deporte pluma.

En cuanto al inefable padre Silvio, el cejijunto y usurero sacerdote, que cobraba las absoluciones a tanto por pecado, las cosas no le pudieron salir peores en esa época de terror y desbandadas. También él, aunque por una razón muy distinta de la política, se vio obligado a tocárselas a uña de caballo. Coincidiendo con los primeros días de ocupación militar, surgió un escándalo de proporciones mayúsculas que involucraba el honor de una de las familias importantes del *Balcón de los Andes*. Pues sucedió que Miroslava, la última hija del matrimonio Barranco, abrumada por la desesperación no tuvo reparo en quitarse la vida, ingiriendo varias pastillas de estricnina a la vez. El poderoso veneno, obrando con inusitada celeridad, impidió todo socorro a la suicida, que, ante sus

afligidos agnados, agonizó entre convulsiones y desgarradores gemidos. La población entera se conmovió hasta las lágrimas frente a semejante suceso que tronchaba la existencia de una de sus bellas coterráneas en la flor de la edad.

Pero el deceso forzado de la joven, en modo alguno había sido provocado por un simple capricho. Razones de fondo que, al parecer de la suicida, no tenía otro derrotero que el de la autoeliminación, le habían obligado a recurrir a ella. Y esto quedó en claro en cuanto el cadáver fue examinado. Miroslava se hallaba encinta, en sus últimas semanas de embarazo. Con todo, esto no hubiese causado revuelo en una chica de conducta desorganizada o al menos que tuviese novio. Lo raro era que Miroslava, no obstante su notable belleza, carecía de pretendiente conocido. Presidenta de la congregación de “hijas de María”, su refugio era la iglesia y el confesionario el lugar predilecto de pasatiempo. Y fue precisamente aquel comportamiento que hizo recaer las sospechas de culpabilidad en su confesor. Por su parte éste, sin esperar a que las sospechas se consolidaran, circunstancia que le habría significado ser quemado vivo, huyó en el primer caballo disponible que encontrara en el establo.

Don Braulio Salvatierra, el eficiente maestro de al menos tres generaciones de ciudadanos de la localidad y eminente investigador, empeñado en desarticular los poderes satánicos en sus múltiples manifestaciones, sufrió grave quebranto por su último fracaso en la cacería de *paquita*. Sintiendo impotente ante las fuerzas del mal, dejó de lado los adminículos por él inventados para la detección de espectros y fantasmas y, con inusitados bríos encauzó sus investigaciones al área de las Ciencias Naturales, volcando sus esfuerzos en la biología. Y sus logros en este campo de la ciencia fueron espectaculares. Pues, como para ilustrar lo afirmado, baste mentar tan

sólo uno de sus frutos cosechados. Consiste éste en echar por tierra la sacrosanta opinión de los biólogos sobre la imposibilidad de que una planta pueda generar espontáneamente un ser mucho más organizado que ella, como un insecto por ejemplo. No obstante, don Braulio ha descubierto que la chilca, más específicamente su flor, da origen a cierta especie de pulga similar a la de los perros.

Este descubrimiento, digno de inscribirse en letras de oro en los anales científicos, el maestro Braulio lo ha realizado sin más instrumentos de ayuda que una observación crítica y una proverbial paciencia. Aún no lo ha patentado ni lo ha hecho público fuera del ámbito netamente familiar. Esperemos que la comunidad científica no se rasgue las vestiduras en cuanto lo sepa.

En cuanto a Rosaura, la bella y espiritual Rosaura, luego de que hubiese podido superar la angustia sufrida por los terribles sucesos que, como una avalancha, se abatieran contra el *Balcón de los Andes*, recobró su delicioso talante y su lozanía. Me enamoré de ella y, para mi fortuna, también ella de mí. Y, como consecuencia natural de nuestra mutua devoción, terminamos siendo esposos.

Y *¿paquita?* –¡Cómo olvidarnos de la protagonista de nuestra historia!–. Pues ella, al advenir el plenilunio más dilatado del año, como en sus mejores tiempos continúa sembrando el desasosiego en la población y dando feroz caza a los jóvenes noctámbulos con cierta semejanza física a Facundo Numa, su amado y fugaz esposo.

**FIN**

## LECTOR

Si este libro te agrada, no lo prestes, porque restándome compradores, agradecerías, el deleite que me debes, devolviéndome mal por bien.

Si este libro no te agrada, no lo prestes, porque obra insensatamente quien propaga lo malo.

Prestar un libro es un gran perjuicio para el autor que cobra derechos por ejemplar vendido.